



**IGNACIO
AGUSTÍ**

*La
ceniza
fue
árbol*

**MARIONA
REBULL** ×

Lectulandia

Mariona Rebull, es el primer título de una pentalogía titulada *La ceniza fue árbol*, compuesta, además de ésta, por las novelas *El viudo Rius*, *Desiderio*, *19 de Julio* y *Guerra Civil*. Los personajes de estas novelas son seres típicos —o mejor prototípicos— de esa sociedad barcelonesa que se tomó en serio el juego del trabajo y levantó de la nada una urbe industrial de primer rango. Sin embargo, no mana de ahí el secreto de la obra agustiniana, ni de la reconstrucción fiel de una época, el 1900. El manantial de su encanto, de su poesía y a la vez de su descarnado realismo, brotan de una vena subterránea: como en todos los grandes escritores realistas, la narrativa y la descripción excluyen la presencia del autor con su respiración y su ritmo entrecortado, pasando a ser los mismos personajes, los mismos objetos, el mismo sol y la misma naturaleza quienes hablan. Estas célebres novelas de Ignacio Agustí constituyen, además de un serio y penetrante estudio de la idiosincrasia catalana, en sus virtudes y humanas limitaciones, un entronque con la tradición novelística de Galdós o Alarcón. Pero en nuestro autor palpita una preocupación que lo vincula como hombre de su época: es un pulso sensible a la inquietud y a la marea de tipo social, reseñada no como parte interesada o neutral ni, menos aún, con la fría actitud del historiador, sino con humana vibración que no puede ocultar una raíz cristiana.

Mariona Rebull fue publicada en 1943 con gran éxito, y es la crónica social de una época a la vez que una historia de amor con dos partes claramente diferenciadas: el noviazgo entre Joaquín Rius y Mariona y el matrimonio que fracasa y deriva en adulterio femenino, uno de los temas de la novela del siglo XIX, que el autor recupera, poniendo especial énfasis en los tres personajes del triángulo: el marido austero y aburrido, la mujer insatisfecha y soñadora y el amante frívolo y vividor.

Lectulandia

Ignacio Agustí

Mariona Rebull

La ceniza fue árbol - 1

ePub r1.0

Titivillus 08.03.15

Título original: *Mariona Rebull*

Ignacio Agustí, 1943

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedico «La ceniza fue árbol»

A
LA MEMORIA DE MI PADRE
DON
LUIS AGUSTÍ SALA

A LA MEMORIA
DE LOS PADRES DE MIS AMIGOS
QUE ENSANCHARON
Y
DEFENDIERON UNA CIUDAD

Ésta es la primera de las cinco partes de que consta «La ceniza fue árbol». Siguen a «Mariona Rebull»: «El viudo Rius», «Desiderio», «19 de Julio» y «Guerra Civil».

Cada uno de esos cinco fragmentos del personaje Joaquín Rius abarcará un periodo determinado de su existencia y de la vida de su ciudad y he intentado que pueda ser leído separadamente de los demás; cada uno de los cinco ciclos de la narración quiere mantener su propia vida, sujeta a la de la totalidad de la obra, de la que es eslabón. Discúlpeame si la longitud de la novela me ha aconsejado la adopción de tal sistema. Así la obra me parece crecer lenta y orgánicamente como la propia vida de los seres que la integran.

La toponimia es la de mi ciudad, Barcelona, y las épocas discurren sobre ella —y dentro de la obra— con sumisión casi absoluta a la realidad. Joaquín Rius y los demás personajes de la novela son imaginarios ; toda coincidencia de apellido, anécdota o circunstancia con personas que hayan podido existir es puramente casual.

Asimismo, tienen siempre una interpretación fantástica los hechos concretos de la historia de Barcelona, que son utilizados por el autor con un propósito puramente estético o novelesco.

I. A.

I

HABLO de muchos años atrás.

Mi ciudad alcanzaba su cima sin perder un ápice de su encanto recoleto. Cada barrio tenía su parroquia. Al doblar una esquina cualquiera el viandante percibía murmullo de rezos; las monjas de los conventos susurraban en el oratorio; y el tañido leve de las campanas conventuales, tan peculiar, se dilataba en la madrugada hasta morir en el lecho de nuestros abuelos. El latido masculino y grave de las campanas parroquiales venía con el amanecer. Finalmente, se enseñoreaba del aire la voz de la campana mayor de la catedral, abadesa de la ciudad; su eco dilatábase sobre la urbe y penetraba leguas de mar adentro, a sepultarse en las aguas del horizonte.

Al sonar de las primeras se despertaba una porción de gentes. Tras haberse lavado en la palangana de trípode recogían de la mesa del comedor su paquete —panecillo y tortilla— y penetraban en la madrugada, brumosa aún. Largo era el camino para muchos, pero lo ganaban sin apresuramientos. Nadie llegaba un minuto tarde. En las cercanías de la fábrica sucumbía la luz de los últimos faroles de gas, sumida en la lechosa claridad del día. Se sentía frío, intenso pero confortador; al salir a la calle la postrera neblina del sueño había sido diseminada por el filo del cierzo mañanero; desvelados por el escalofrío los hombres se sentían encuadrar de lleno en el engranaje social y determinados resueltamente a cumplir su obligación, sin remilgos.

La primera hora de trabajo transcurría aún bajo un sistema mixto de luz artificial e injertos de luz diurna que penetraba por las vidrieras. Después, con la plena luz diurna, el trabajo adquiría un ritmo metódico. La rotundidad de las cosas se había hecho irremediable ya, desahuciados la esperanza y el misterio que la noche trae consigo.

En esta prehistoria del maquinismo las máquinas tenían estructura de insectos, con venas, músculos y pulmones; algo así como las máquinas de coser de nuestras madres, dotadas de una fisonomía tan dulce y doméstica, con sus refajos y pendientes, que parecían amigas íntimas. Lo cierto es que el hombre no se consideraba aún al servicio de la máquina, sino que consideraba la máquina al suyo. Tal vez por esto en el rostro de los trabajadores eran patentes los rasgos indefinibles por los que se identifica un alma independiente.

Los artefactos no estaban distribuidos y colocados de la manera rigurosamente simétrica que se estila hoy, y que nos hace pensar que ha sido otra máquina la que los colocó en el interior de una nave, asimismo ideada por otra máquina de edificar. Gozaban de una distribución más libre, en un edificio adecuado a ellos posteriormente; cada uno parecía conservar su peculiaridad.

Los jefes de industria empezaban a ser considerados en la ciudad como una suerte de nueva aristocracia. El hecho de que el jefe no solo conociera a cada uno de sus

subordinados, sino que estuviera al corriente de las preocupaciones que le aquejaran en cada instante, privadas o familiares, justificaba y daba proporción a la estima que adquiría en las esferas todas de la vida ciudadana. Entusiasmada la prensa por el presagio de riqueza derivado del auge industrial, mimaba a los fabricantes y no desperdiciaba ocasión para parangonar su actividad con otras de tradicional abolengo ciudadano. Al decir de la prensa, el progreso y sus repercusiones convertirían al Universo en un paraíso. El romanticismo abandonaba los cisnes y los lagos, moría absorto en la trepidación de un motor.

Los hombres de mi ciudad no ganaron tanto honor de manera cómoda. Sus manos eran ásperas por la grasa; abrían las puertas del taller a las cinco y media en punto para que a las seis los trabajadores —no se hablaba todavía de obreros— no tuvieran que esperar, y para que entraran al trabajo bajo la impresión de que el patrón estaba ya a bordo.

Los burgueses de mi país habitaban en el piso de bodas rodeados de hijos, que dormían de tres en tres en las amplias alcobas.

Los hijos debían también madrugar; concluidas las etapas de la teneduría y de la correspondencia comercial, eran colocados como meritorios en las oficinas del padre; si en ellas no rendían como otro mortal cualquiera, eran puestos de patitas en la calle, con objeto de que aprendieran a vivir. La mitad de los indianos de mi país deben su fortuna a la obstinación paterna que los equiparó sin consideraciones a otro cualquiera de los seres que pueblan el mundo de la teneduría y de la correspondencia comercial.

Los trabajadores lucían, como los patronos, cuidadas barbas, que olían a tabaco y honradez. Las casas de los trabajadores eran como las de los burgueses, pero más pequeñas. Como ellos, sentaban a sus hijos en torno a la gran mesa, a la hora de comer. Lo que más identificaba los hogares de los operarios con las casas de los patronos era la vocación de trabajo de que estaban colmadas; de modo que, al llegar, en vez de distraerse con otras conversaciones, los trabajadores hablaban con sus hijos de hilaturas y aprestos, de rendimiento semanal y de jornales. Esta era su manera de vivir.

El dinero entraba a montones. Pero si un solo día hubieran dejado de madrugar se habría desquiciado la rueda de la fortuna; de tal manera el estilo del trabajo conservaba una conexión con los métodos tradicionales y era, en cierto modo, prolongación de los modos gremiales y de la artesanía. No había posibilidad de enriquecimiento a costa de los demás o, por sagacidad, con una oportuna operación de Bolsa; el dinero amasado servía pues, para vivir sobriamente y para trabajar de nuevo y más; en modo alguno para ser gozado sin reparo.

El secreto del crecimiento orgánico posterior de esta riqueza es que cada uno de los burgueses dio al mundo muchísimos hijos. Los hombres de mi ciudad se casaban mayores, en el umbral de la madurez. Pero sabían recuperar aprisa lo desaprovechado. Las esposas eran jóvenes, en general mucho más jóvenes que los

maridos. Apenas salidas del colegio, con sus buenos rudimentos de francés y su urbanidad bien aprendida —una urbanidad de polisón y abanico— se encontraban de la noche a la mañana unidas físicamente y espiritualmente al marido; a un marido alto, severo, de audaz bigote y grave condescendencia, que ejercía sobre ellas una especie de tutela paternal y usaba con pulcritud de su talonario de cheques; además, las hacía madres copiosamente, un hijo tras otro.

El marido leía la prensa y ponía punto final a las conversaciones; cuando los hijos eran mayores, todos, del marido al último, la llamaban a ella «mamá».

Los gastos de la casa eran múltiples. El servicio era prolijo, y una especie de prolongación familiar. No era raro que las sirvientas encanecieran y murieran en la casa, tuteando a los hijos varones hasta que estos habían cumplido los quince años; y después, solo a las mujeres. Las sirvientas de confianza eran las que acostumbraban a llorar en los bautizos y en las bodas y a velar a los enfermos o, mejor, a que los enfermos las velaran a ellas —derribadas, cabeceando, en el sillón del ángulo.

Después de cenar, era rezado el rosario; y luego, inmediatamente, la gente se iba a acostar. El padre no lo hacía hasta después de haber encendido y apagado todas las luces, como en inventario rápido y certero de las figuras de porcelana, de las cerraduras, de los pestillos de las ventanas, de los cortinajes todos de la casa. Después de correr el pestillo de la puerta principal hacía sobre él la señal de la cruz.

Hablo de muchos años atrás.

Claro que mi ciudad no ha producido grandes genios y sus monumentos se erigen un poco para contentar a todos; pero no se puede evitar que entre tanto navegante, poeta o filósofo de otros lugares asome su cabeza entre tilos de parque algún ejemplar de aquellos modestos madrugadores, con su chistera de las fiestas perpetuada en bronce, su levita y su chaleco lleno de dijes. Bajo la levita, y en el seno del pecho de verdad, palpataba seguramente un corazón; corazón en el que se mezclaban al «Debe» y «Haber» de los Diarios, números de recibos y facturas, cierto amor al país y a la esposa, y una ardiente esperanza de cristiana sepultura, junto al mar.

Los magnates de la industria primeriza —magnates de guardapolvo y un traje al año— formaban, pues, un núcleo delimitado en la vida de mi ciudad. En su contorno transcurrían la vida tradicional, gentes de abolengo que habían heredado de sus padres no solo el apellido, sino también el nombre comercial y el secreto de la profesión respectiva.

Las fábricas estaban instaladas en la periferia, en solares a los cuales el resto de la gente no se aproximaba más que los días de fiesta o de excursión con merendona. Solares en los que hoy se asienta el corazón de la urbe. Pero el resto, la tradición más fina, permanecía en las callejas de rango secular, mantenida en ellas con una suerte de fruición, avara del espacio. Cada calle recibía su nombre del gremio que la había hecho accesible siglos atrás, y en el que perseveraba a través de los años y de las

procelas. Por esta razón son tan bellos los nombres de los barrios antiguos de mi ciudad, porque aromatizan las losas con la fragancia del trabajo secular; y su nomenclatura, lejos de sugerir el lado adverso del trabajo, el dinero, la ambición y el rencor, delata su lado amable; el sudor de la frente impuesto por Dios, la continuidad y el afianzamiento de la vida, la sangre transcurrida allí, de una a otra vena, de padres a hijos y a nietos, siglos atrás.

Es lógico que los habitantes del casco tradicional sintieran prevención ante los progresos del maquinismo. Considerábanlo una ofensa personal inferida al hombre, de cuyas manos salen las cosas, como él de Dios. No estaban lejos, además, de presumir lo que en el terreno moral y social amenazaba significar la nueva moda. Finalmente, se echaba en cara a los recién llegados la novedad del apellido y no era raro oír de alguien a quien se quisiera molestar: «No es más que un fabricante».

Mi ciudad no tuvo apenas aristocracia, porque la aristocracia abandonó sus tierras, en las que radicaba, para seguir a la corte y hacer la corte. Las luchas políticas del siglo XVIII, por añadidura, habíanle amputado sus mejores brazos. Las fuerzas vivas de mi ciudad eran, pues, por aquellos años los antiguos gremios, en todo su esplendor y, entre ellos, los de las artes más nobles.

La calle de la Platería es, hoy aún, una calle breve. Hoy, con todo, los joyeros y plateros han trasladado sus talleres al centro actual y si no han perdido todavía su clientela, a la que sirven sin interrupción desde hace trescientos años, han perdido la paz y el silencio de su augusta sede antigua, por cuyo canal la voz de las campanas de Santa María del Mar discurría sin un tropiezo, limando las aristas de la tortuosa calle, tan conocida, como una corriente de aire de bronce dispuesta a diluirse en la desembocadura.

Los establecimientos de los plateros, codo con codo, parecían hacer tertulia. En el frontis de cada cual, con arabesco caprichoso, se leía el apellido del maestro joyero a que correspondiera. Cada una de las tiendas, de reducida dimensión, era un arsenal de pedrería, oro y platino. El gremio era naturalmente el más rico del país, y los clientes más numerosos de los joyeros eran sus propios parientes, siempre muchos y de lo mejor. Era imposible entrar en competencia sin una base de relación familiar dilatada entre lo más escogido de la ciudad. El joyero Rebull era, desde tiempos inmemoriales, el de la Casa Episcopal y de ahí que la familia Rebull contara siempre con algún miembro preponderante en la política municipal y nacional.

El grupo asistía con temor al auge alarmante de la industria, que amenazaba no solamente a la preponderancia social de los joyeros, sino a los principios en que esta se basaba; las piezas de tela arrancadas estrepitosamente a una máquina, el dinero que hiede a apresto, cosechado aprisa y sin pausa por manos sin el placer del tacto, eran presagio de revolución. A menudo, en una familia, los hermanos menores, más arriesgados, se habían lanzado con entusiasmo a la nueva actividad. Pero a los senatoriales joyeros, cuya conversación era trasunto de amplios puntos de mira en lo concerniente a la situación general y a Europa, les inquietaba que gentes sin estudios

empezaran a intervenir en la dirección de una urbe cultivada, remansada y fina, ensanchada sin prisas, fundamentada con solidez, en siglos de bienestar sosegado.

El verdor recóndito de una esmeralda, la chispa de su entraña; las aristas de los brillantes, el descaro sorprendente de su irisación, de un morado, rojizo y fino; menester lento, ponderado, el de los joyeros...

Plateros y joyeros permanecían en su reducto, sumidos en el silencio de la calle, o en tertulia, a la caída de la tarde, en torno a los mostradores de terciopelo; pero su familia veíase mezclada a veces en el torbellino; un día era la noticia de que «fulano», un hombre «bien», había transferido su palco del Liceo a un nuevo rico; otro, que el hijo de un fabricante pretendía a la menor de las hijas de don Desiderio Rebull; el tercero, que uno de los joyeros de más fama aceptaba el encargo de montar la corona —verdadero relumbrón de pedrería— que el recién creado gremio de fabricantes — ¡horror!— se disponía a ofrendar a la Virgen de la Merced en el día de su fiesta.

Por la tarde, sobreviene sobre mi ciudad una tonalidad azul y dorada; los interiores de las casas parecen entonces recibir el reflejo de una temblorosa luz submarina, en la que floten los ademanes; se conversa sin levantar mucho la voz para no despertar prematuramente la noche.

En la tertulia de don Desiderio Rebull había costumbre de comentar las noticias del día, el artículo de fondo del *Brusi*, las novedades del África o de Madrid, la ópera de anoche en el Liceo...

—Debo confesar que no conozco a nadie —afirmaba don Desiderio—. Vuelvo la vista por los palcos; todo es gente nueva que no sabe cómo poner las manos; ellas, sobre todo, van al tocador para ponerse las sortijas sobre los guantes antes de que termine la función.

—Exagera, don Desiderio —interrumpió Ernesto Villar, abogado de gran porvenir, diputado el más joven a Cortes por los conservadores—. Siempre ha sido así. Tú que eres joyero también y no tienes prejuicios —añadió, dirigiéndose a otro contertulio, el joyero Ribas, hombre de unos cuarenta años, bajo y algo grueso con primoroso bigote—, ¿te fijaste en el broche de la mujer de Rius? ¡Vaya un dineral!

—Me fijé; no tanto como parece: unos quince mil duros.

—Ya es buena cifra.

—Sobre todo para estar hecha dándole a una manivela.

El autor de la observación era el decano de los joyeros, don Jacinto Miralles. Hombre ya anciano, de recortada barba blanca, lacio bigote, ojos muy vivos tras el espesor de las cejas fruncidas. Era un intransigente.

—Yo ya no voy al Liceo —prosiguió— ni a ninguna parte. No leo tampoco el diario; no me interesa ni la política de Madrid, ni apenas lo que va a ser de todos nosotros. Pero los progresos, el maquinismo y el cambio de las costumbres nos van a

llevar muy lejos. Solo os digo que en cualquier caso sería intolerante. No quiero mezclas.

—Haga usted este sermón a don Desiderio —prosiguió tranquilamente Ernesto Villar—. Parece ser que su hija menor no le dice que no, por ahora, al mayor de los Rius.

—Dejaos de bromas. Todavía no la he puesto de largo.

—¿Qué Rius son estos? —preguntó don Jacinto.

—No tengo la menor idea —contestó don Desiderio— como no sean el broche y el escote de la señora, anoche. Pero si quieren, se lo puedo preguntar a Mariona —prosiguió, sonriendo—. O el mismo Villar se lo puede contar, puesto que parece tan seguro y tan bien informado.

Los Rius eran ya entonces una de las primeras fortunas de la ciudad. Recién llegado de América, adonde había ido con lo puesto, el padre estableció unos telares en la parte posterior de un almacén de coloniales que había instalado pocos meses antes. Prosperó velozmente. En dos lustros se sabía de tres solares adquiridos por él en la parte alta de la ciudad, en uno de los cuales se estaba edificando a todo tren una gran casa de pisos. La fantasía de los barceloneses, sin distinción, daba vueltas en torno a dicha familia; se decía, por ejemplo —sin ninguna justificación—, que don Joaquín Rius había adquirido una cuadra de seis caballos y que en las grandes solemnidades los hacía enganchar a todos en la «victoria» para ir a dar una vuelta por las Ramblas. El artefacto tenía la virtud de embarullar la circulación; y se decía que para dar la vuelta a la Plaza de San Jaime el lacayo tenía que bajar y coger por la brida al primer tronco, que no se decidía a asumir por sí solo la responsabilidad de la maniobra.

La señora Rius tomaba muy en serio la reciente opulencia —afirmación aventurada, dado que la pobre doña Paula no hacía más que añorar sus tiempos de menestrala— y que no cesaba de mostrar en todo momento evidencias de la misma. La calumnia era, sin embargo, dulce y llevadera; aparte de sus joyas —se decía—, que lleva hasta para barrer (pues las caritativas lenguas afirmaban que la señora Rius no desdeñaba los menesteres más modestos, en recuerdo de sus años mozos), sentía el prurito de ofrecer a sus amistades opulentos chocolates a la manera de París y el empeño de abrirse, como fuera, un hueco en la mejor sociedad. Empeño, a nuestro entender, difícil, en tiempos en que la gente no se vendía aún por un chocolate.

Pero la propalación de tales fantasías no distraía al padre de su obligación. Acompañado de su primogénito se dirigía a las seis en punto a la fábrica, que ahora ocupaba ya enteramente el almacén más algunas derivaciones adheridas. Sin que mediara entre padre e hijo una sola palabra, casi ni los buenos días, caminaban suburbio adelante con paso regular, y el eco de sus pisadas resonaba con rotundidad en el empedrado solitario, húmedo de la bruma, como si se tratara de un solo caminar. Simultaneidad pareja a la de las reflexiones de ambos, pues se hallaban enfrascados de tal modo en el trabajo del día que el silencio quedaba empañado de un

cariño acrecentado por todas las complicidades de la sangre y de la empresa común. El hábito de diez años de madrugar juntos y a una hora invariable eliminaba en el curso del camino todo propósito consciente. Las contingencias de la ruta eran salvadas con regularidad matemática de un día a otro, de un año a otro; cada día cruzaban las aceras no solo en el mismo lugar, sino también sobre invariable adoquín, y a la misma décima de segundo.

El camino de la fortuna había sido arduo para don Joaquín Rius. Hijo de los dueños de una herboristería de la calle de la Paja, todas las mañanas salía con sus hermanos a recoger espliego, hierbaluisa, tomillo, en las laderas de las lomas vecinas. Estas hierbas, las de mayor consumo y menor rendimiento, son las que no crecían en la huerta artificial, hecha de rebrotes y de trasplantes, ni en los tiestos, de los que la rebotica de los padres de Rius estaba colmada; por el contrario, era preciso agarrarlas en el propio terreno, agacharse y acarrearlas, vivas aún, a la ciudad que reposaba en la planicie, comenzando lentamente a desvelarse. Los recuerdos de los primeros trabajos de Joaquín Rius van unidos al del propósito, todavía vago y presentido, de llegar hasta donde los demás; aquellos «demás», dueños de las berlinas que se detenían de tarde en tarde ante la puerta de la botica, y de las cuales bajaba apresurada un ama de llaves en busca del manojito prescrito para la pequeña, que se había resfriado, o para el reuma del abuelo; los «demás», dueños de los flamantes carruajes cuyo paso era saludado por el vecindario con reverencia respetuosa y solemne; los que en la procesión llevaban el hacha con una naturalidad condescendiente y delicada cual si llevaran un cetro. Sí; sobre todas las ambiciones, la de la preponderancia que da el dinero y no ciertamente por el dinero mismo; sabía que no se trata de un montón de metal muerto, sino de la vida misma, de la conciencia del trabajo; él es el espejo del alma, más aún que el rostro, que muda y envejece.

Por las noches, al salir de la tienda, iba con Paula, la hija de la planchadora, tan íntima de su madre, a pasear por las Ramblas y ambos llegaban caminando hasta el puerto, donde los bajeles aguardaban y se mascaba un olor acuciante de madera y de sal. Joaquín Rius permanecía absorto ante las panzas de los buques, la silueta altísima de un velero, el gallardete retorciéndose al viento en que culminaba el palo mayor. Paula tenía que sacarle de su ensimismamiento.

—No me haces caso...

—Pienso que no nos podremos casar nunca. No se puede hacer nada sin dinero.

—Con poco nos bastará.

—No quiero que nos baste.

—¿Y qué harías si tuvieras dinero? El dinero pone tristes a los hombres.

—No es verdad.

—Pero el dinero tiene que servir para algo.

—Para tenerlo.

Miraba los barcos y decía:

—¡Si hubiera nacido en un barco de estos en alta mar y hubiera vivido siempre en un barco así, quizá no hubiera sentido las ganas de ser rico y de tener dinero, porque no lo hubiera necesitado! Pero no es verdad; si hubiera nacido en un barco de estos, también hubiera querido trabajar para hacerme rico y bajar un día y no volver más al barco. De cualquier modo me habría dado cuenta de que los demás eran mejores que yo porque tenían más dinero; y hubiera querido ser como ellos.

Paula le miraba con conmiseración. Se quedaba un rato observándole, para concluir:

—No curarás nunca.

Y no curó. Murieron sus padres cuando tenía unos veinte años. En el tránsito del luto al medio luto se casó con Paula. Era una muchacha guapetona y propensa a la felicidad. Se pasaba el día planchando en el establecimiento de su madre, que tenía fama de puntual y esmerado y en el cual había siempre risas con el corro de planchadoras, primas hermanas y alguna jornalera, cantando y contándose chanzas. Era el centro de las habladurías del barrio, justo en el corazón de la ciudad y tan cercano a la herboristería, que el buen humor de las planchadoras era atribuido a esa proximidad que, al decir de ciertas clientes, les llenaba el tórax de emanaciones salutíferas. Pero la misma herboristería cuidaba de desmentir con su aspecto destartado, por el que se adivinaba la falta de afición del dueño, la veracidad de aquel aserto. Las hierbas aromáticas tenían algo de la flora que emerge, contra viento y marea, en las rendijas de las losas del camposanto.

Por las noches, cuando Paula penetraba en su cuarto, recién acabado el trabajo en la cocina y puestos en sus estantes los platos y cubiertos, encontraba en la cama, una cama alta y trascendental, hecha de hierro con voluntad de orquídea o de crisantemo, a un marido acostado que miraba al techo, fumaba lentamente y no le dirigía una sola palabra a pesar de la locuacidad que la mujer derramaba, explicándole las minucias de la jornada. Joaquín Rius permanecía así dos o tres horas hasta que Paula, ya dormida, se desvelaba de pronto sin saber si era hora de levantarse o no, en la incertidumbre del sueño, justamente cuando el marido apagaba la mariposa azul del gas.

Tuvieron un hijo y luego otro, lo que demuestra que a veces el marido era bien capaz de volver en sí, y Paula cobró una rotundidad hermosa, como de fruto silvestre. Después de los partos volvía lozana a su trabajo; una vecina le bajaba el crío al establecimiento, donde Paula le daba de mamar abundantemente hasta que el pequeño, ya hartado, volviera la cabeza del otro lado. Entonces ella lo devolvía a la vecina, se abrochaba, cogía la plancha y se la acercaba a la mejilla para comprobar la justeza de su temperatura; la plancha estaba en su punto, y la mejilla también. Se sentía el ceceo de la ropa blanca, salpicada de gotas de agua, al contacto de la superficie caliente del hierro, y un tufillo de sábana pulida, de lino impávido, mezclado al olor de ladera que emanaba de la herboristería, donde el marido fumaba en la oscuridad.

La noticia corrió como un reguero de pólvora, y causó sensación; pero Paula fue como todos los días al establecimiento, y aunque no rió ni habló —nadie pudo hacerlo— planchó como siempre. Joaquín Rius le había dejado únicamente un papel: «Me voy; no aguanto esta vida. Lo hago por ti y por nuestros hijos. Espérame. Volveré rico».

Por la noche, cuando se encontró sola en el cuarto frente a la cama monumental, tan ancha y desierta para ella sola y escuchando la respiración mínima de los dos pequeños, se echó a llorar. Al principio fue un llanto como un suspiro; pero cuando se dio cuenta de cómo las lágrimas aligeran del peso mortal de una jornada, pensando en su soledad, en tener que dormirse con la luz apagada, el llanto fue saliendo de más adentro; temía despertar a los niños, pero no lo pudo remediar. No recordaba haber llorado nunca.

Se acomodó a la nueva existencia, y ni por un instante pasó por su imaginación que el marido la hubiera engañado o fuera a engañarla. Pero ¿qué iba a hacer, solo, por esos mundos de Dios? ¿Y adónde habría ido, sin ropa y con cuatro cuartos? Se conformaba diciéndose: «¡Si es para bien...! A los hombres no se les puede llevar la contraria».

«Joaquín tiene demasiado amor propio —pensaba—. No toleraba verme trabajar de esa manera; no quería creer de ningún modo que yo trabajo por gusto».

Parecía la menos apenada de todas.

Mandó a los niños a la escuela y sentía un placer especial en salir los jueves por la tarde con ellos a comprarles un «plumier» o una libreta, o las flores de papel para la procesión del Corpus.

Recibía noticias del marido una vez al año, por Navidad. A los diez meses recibió su primera noticia. Eran unas líneas escritas desde Valparaíso y que corrieron de mano en mano; las dio a leer incluso al pequeño, que tendría a la sazón año y medio. Rius le informaba de que había adquirido pasaje en un barco y que al llegar a América pasó días difíciles; pero que obtuvo por fin una plaza en ciertas plantaciones de cacao para observar el trabajo de los jornaleros, echar unas cuentas y vigilar el embarque de las mercancías. Tenía esperanzas de entrar en las oficinas de la plantación, donde, a no dudar, se le abrirían perspectivas mejores.

La segunda misiva, recibida al año siguiente, decía que no solo, en efecto, había entrado en las oficinas, sino que había barrido en ellas a determinados vejestorios y algún truhán. Ya tenía algunos ahorros. Si a Paula le hacía falta dinero no tenía más que escribir; por mediación de algún marinero de confianza de los barcos que hacían el alijo de las mercancías le sería enviado lo que pidiera.

La tercera carta llegó ya con el propio envío de dinero. Eran cinco billetes raros, grandes como estampas para colgar. «Las cosas van mejor, a Dios gracias. Dale algo al chico que te ha traído esto». Paula no sabía cuánto darle, pero se decidió por darle dos pesetas y un vaso de anís. Al propio tiempo se ofreció para lavarle y plancharle la ropa, sugestión que el marinero pareció no entender. Se decidió por llenarle de nuevo

el vaso de anís, lo que excitó, por un momento, la locuacidad del emisario. Le dio buenas noticias de Joaquín, y a Paula le llamó la atención que al referirse a él le llamara «el señor Rius».

—El señor Rius es muy bueno —pareció entender.

Llegaron cinco cartas más, y cuando Paula esperaba la sexta, hizo su aparición el propio Rius, de improviso. Paula no hacía más que repetir a los niños, con lágrimas que no la dejaban ver ni hablar:

—Es papá, es papá...

El estaba desconocido.

Durante la ausencia había engordado; vestía terno azul oscuro, listado de anchas franjas blancas, muy ceñido, sombrero hongo gris, muy alto y rumboso con pequeñas alas ribeteadas, un chaleco crem...

—Es la última moda en Valparaíso. Claro, debido a mi cargo... —se justificaba.

Ella le contemplaba orgullosa; después le abrazó; y lloraba.

—¿Cómo te encuentras?

—No sé... Más, más...

¡Cuánto apetito la primera comida en familia! los niños observaban al intruso, que cuando reía hacía que trepidaran los cristales y que al besarlos —lo hizo muchas veces— les picaba con la barba. De vez en cuando se pellizcaban por debajo de la mesa.

Después de la comida él llevó su índice a los labios, anunciando una gran sorpresa; se dirigió a su cuarto; al comedor llegaba el ruido de los llavines; don Joaquín regresó de puntillas; dos botellas colgaban de sus manos.

¡Qué fregonazo de espuma el que se derramaba sobre los manteles y que acertaba por fin a dominarse; chorro precipitado en los vasos macizos, que cambiaban hasta el color al sentir la cosquilla del líquido fosforescente! ¡Qué cosquilleo raro produce en la nariz y en los oídos beber el champán despacito; sobre todo la segunda vez, cuando ya no se tiene miedo! Lo raro es que a Paula, tan habladora, en lugar de hacerla hablar la hacía callar; y después, de sopetón, al pretender hablar, le salía una vocecita rara como si fuera de otra. Ciertas palabras salían aprisa y redondas, y otras salían en punta, y otras no salían, sino que salía la de al lado. ¡Qué risa!

—Es el champán más caro del mundo —dijo el padre.

Los niños miraban muy serios las botellas, con gran respeto. Por la tarde la casa se llenó de visitas.

Al principio lamentó que no le dejaran en paz. ¡Con la ilusión con que había esperado el día de la llegada, para estar solo en su casa! Pero a medida que las horas fueron avanzando; a medida que uno tras otro le estrechaban la mano, le preguntaban por su vida, por las cosas de allá —si las mujeres eran negras o blancas, y si había negras que llevaban gafas, y si hay caníbales... («¡No, mujer, no —pontificó el panadero—, lo que hay son pieles rojas!»); y si se pasa miedo en alta mar, y si él hablaba el paraguayo, y un sinfín de cosas más—, Joaquín Rius se fue entonando; y

el silencio que rodeaba sus palabras, y la hilera de ojos y de bocas abiertas y el poder decir, de vez en cuando, de paso, al enseñar el dije: «Sí; es marfil, esmalte y oro; marfil de la India»; o con relación al reloj: «En América son baratos; no me costó más que noventa pesos»; todo ello le inundaba de una dulce, profunda, encantadora satisfacción. Era la satisfacción de asir de nuevo la realidad de sus años mozos, y de asirla de una manera extraordinaria, como en un sueño. A última hora, cuando ya empezaba a sentir el peso de los párpados y la botonadura de las altas botas pellizcarle debajo de los botines —al tener que contestar por undécima vez que no, que no se había mareado en la travesía; pero que sí, que hubo una señora que se mareó—; se retiró a la alcoba y se tendió sobre la cama, mientras Paula iba contestando por su cuenta, añadiendo deliciosas fantasías, a las cuestiones que las visitas planteaban. Joaquín Rius, mirando al lecho, como antaño, se decía sonriendo: «Ya está; ya eres rico».

¿Ya está? Una voz repetía, por dentro: Todavía no. ¿Qué es ser rico? —pensaba—. ¿Esto? No hay que parar, la vida es lucha. Pensaba en la mujer y en los hijos y se quedó dormido.

Paula entró y le quitó los botines; desabrochó uno tras otro los botones de las dos botas; le puso los pies juntos, cubiertos por el cubrecama. Después, se encaminó a la cocina a preparar un poco de cena; un poco de nada, para los niños, porque ella no se sentía con ánimos de tragar ni un bocado más.

Esta cuestión —¿qué es ser rico?— le preocupó durante unos días. Por fin, llegó a una conclusión: ser rico es vivir de renta; es decir, no tener que trabajar para vivir. Inmediatamente comprobó que este hecho no le producía la menor alegría. Desde que murieron sus padres hasta que marchó a América no había trabajado para vivir, pero ¿podía afirmar que había sido rico entonces? Se había limitado a pasar las horas fumando detrás (¡el mostrador de la herboristería!); hubiera terminado loco. La fortuna, pues, no es en sí misma envidiable. Lo envidiable, lo apasionante, son las ganas de ser rico. Pero, por el hecho de serlo ya, acababa de clausurar justamente esta etapa. ¿Qué hacer?

La reorganización de la vida familiar le ocupó algunos meses. Además, la fortuna amasada en América era realmente considerable con relación a su vida de herbolario y le permitía ser considerado como hombre de fortuna, siempre y cuando no excediera el tren de vida llevado hasta entonces; pero no bastaba con relación a otra de tono superior.

Permanecieron en el piso de la calle de la Paja, si bien Paula dejó de trabajar en el establecimiento.

En resumidas cuentas —pensaba Joaquín Rius—, ser rico es saber gastar el dinero. Y el mejor sistema de gastarlo es emplearlo en lo que no pierda valor. Si podía dar a sus hijos una educación como la de los hijos de los «demás», ¿para qué

quería los muebles, los carruajes y los palacios de aquellos? Hizo, pues, gestiones para que en el curso siguiente sus hijos pudieran ingresar como alumnos en los jesuitas.

Y nada más. Nada más, salvo la tristeza, que no había vuelto a sentir desde que madurara la fuga. ¿Será verdad lo que Paula le decía a veces, que el dinero hace poner tristes a los hombres? No. ¿Cómo iba a ser verdad? Lo que sucedía es que tenía que buscar una ocupación apasionante. ¿Y si fundara una sucursal o solicitara la representación de la casa en la que había trabajado, donde tenía invertidos sus ahorros? No es mala idea. Durante unos días estuvo barruntando. Lo consultó con Paula.

—Déjate de cosas. No vayas a perder lo que tienes. Pero la idea seguía dándole vueltas en el magín.

—Me siento joven, más joven que nunca; no puedo con la sopa boba.

Previa una correspondencia con la casa de América, instaló un almacén de coloniales, cacao, café y azúcar, en las afueras del Borne. Había que verlo los martes y los jueves, día del mercado. Al cabo de pocos meses los dueños de los restaurantes más acreditados no acudían a otro proveedor. Los hoteles, consultados precios y calidades, buscaban el café de Joaquín Rius. Su calidad de revendedor y socio de la casa exportadora, en una sola pieza, le situaba en superioridad de condiciones frente a la competencia. Al cabo de un año el personal del almacén se componía de cinco dependientes y tres mozos. A las siete de la mañana, en general, y los días de mercado a las cuatro y media o a las cinco, ya estaban él, con un mozo y el contable —verdadero hallazgo, llamado Llobet—, de guardia en el almacén, tasando, seleccionando y llenando pequeños saquitos con las muestras. Por las tardes iba al puerto, a enterarse del arribo de los barcos con el cargamento, o a controlar la descarga de este, acto que le emocionaba; se emocionaba con el recuerdo de los años pasados, con el olor de café crudo y de alquitrán y el verde plomizo de las aguas del puerto, reflejando un cielo terso. Satisfecho, se mezclaba entre los descargadores, les daba órdenes, golpes en la espalda, cigarrillos. Estos le llamaban *Quim d'Amèrica*. En el puerto era universalmente querido y le obsequiaban a menudo con un vaso de vino en una cualquiera de las tabernas del muelle, en las que siempre había marineros con camisetas de franjas horizontales, azules o rojas, grandes tatuajes de mujeres desnudas en los brazos y hasta en el cogote, gentes de grandes bigotes desaliñados, que manipulaban grasientos naipes. Pero él rehusaba el vaso de vino; a lo sumo pedía un vaso de agua con anís.

Llobet era tan diligente, iba tanto de un lado para otro, considerando haber entrado en una casa de porvenir, que en una ocasión en que el señor Rius tuvo que quedar unos días en cama no se notó en absoluto su ausencia; no faltó detalle. Al llegar de nuevo al almacén, puestos el guardapolvo y la gorra, que usaba para no resfriarse con las corrientes, don Joaquín preguntó a Llobet si había alguna novedad.

—Nada, don Joaquín. Las siete toneladas de caracolillo llegaron con cinco días de

retraso y la casa Pagés y Roca se negaba a aceptarlo, alegando que estaba húmedo. Tuvimos que recurrir al peritaje y todo fue a pedir de boca. La casa Balet ha aplazado treinta días el pago...

—No importa, es casa seria.

—Finalmente, le quisiera decir...

—¿Qué pasa, Llobet?

—Me caso el mes que viene y quisiera que me diera usted unos días de permiso, si no es que...

—¿El mes que viene? Hombre de Dios, ¿cómo no me lo había dicho?

—Es que...

—Tiene usted concedidos los días de permiso y puede usted contar con un aumento de sueldo de cincuenta pesetas.

El empleado le estrechó la mano con una efusión multiplicada por cincuenta.

—Muchas gracias, señor Rius. Dios se lo pague.

—Si las cosas siguen bien, tendrá usted una situación excelente en esta casa. Y muchas felicidades.

Cuando regresó a su casa, el señor Rius se había percatado de que el trabajo del almacén al cabo de un tiempo marcharía solo. Esta idea le desazonaba.

—¿Y si probara lo que explicaba Clapés, de Londres? —se iba repitiendo—. Un telar no es nada del otro mundo y cabría en el almacén.

¿Y si probara?

Probó. Marchó a Londres y quedó infundido del espíritu del negocio. Pasó allí seis meses. Escribía a Paula cada semana. Al regresar traía embalada en unas cajas con muchos nombres raros una serie de ruedas y de tornillos y palancas, que fueron desembalados solemnemente en el almacén. Llevaba también un prospecto con intrincadas indicaciones.

—¿Y tú tienes que hacer este rompecabezas?

—No, mujer, no; hay que esperar a que venga el técnico. Paula preguntó:

—¿Qué es eso?

Pero cuando vio que se trataba de un hombre, y lo aprisa que daba forma al artefacto y la manera cómo los bracitos de metal, las pequeñas pinzas se ponían en movimiento y que el conjunto iba a dar con puntería allí donde era preciso que recogiera un hilo; cuando vio que el ovillo giraba aprisa; que de allí salía una pieza de tela larga, larguísima; y que no era mentira; entonces Paula suspiró y tuvo que sentarse, acalorada, sobre unos sacos de cacao tumbados en un rincón como cerdos dormidos.

II

DON DESIDERIO salía de la reunión de última hora un poco fatigado. Después de la indiscreción de Ernesto Villar, sin saber por qué, había dejado de prestar atención a los diálogos. El aliento, con la humedad, era una bocanada de humo. La ciudad parecía de charol.

Habían hablado largamente de política. Ernesto Villar tenía el singular defecto de ser joven. Ser joven era un error incalificable. No se debiera ser joven nunca o, si no queda más remedio, hay que serlo de una pieza. Es estúpido el entusiasmo que pone la juventud en las cosas que no le incumben; por ejemplo, en la política.

No cabe duda de que Villar era un muchacho de porvenir. Pero por lo mismo le molestaba a don Desiderio que tuviera ese aire de muchacho de «presente», de hombre predestinado al éxito. Donde no hay dificultad no hay mérito. Villar lo tenía todo resuelto. Sus papás le habían hecho político como a él joyero. ¿Es lícito esto?

Pero para ser joyero precisaba una técnica, un aprendizaje, un esfuerzo de años por encauzar el pulso; hasta la madurez no puede un hombre ser considerado artífice. En la política, en cambio... ¡Bah!

Ni la situación de Madrid era tan importante para constituir la en base de las conversaciones de su tertulia, como constantemente intentaba Villar, ni eran aceptables sus puntos de vista en lo tocante a la política de Ultramar.

Pero la insinuación con relación a Mariona no la aceptaba y se proponía decírselo. Raramente hablaban en la tertulia de esos temas; de ahí que resultaba todavía más disonante la imprevista salida de Villar. ¿A santo de qué iba ahora a entremeterse el mentecato aquel en los asuntos de su casa?

Cruzó por las callejas de los contornos de la catedral. Detúvose frente a la puerta de Santa Eulalia; la noche era brumosa, y el espacio de aire, impenetrable y oloroso, que se alberga en la ancha nave de la basílica iba, sin duda, a entonarle. Se sentía fatigado. Después pensó que sería mejor subir un momento a la antecámara del señor obispo, con la excusa de hablar con su ayudante de una custodia que su ilustrísima quería regalar a la parroquia de San Honorato, por el celo desplegado en el lustro anterior y la eficacia de las rogativas para la lluvia del pasado invierno. Se encaminó, pues, a la calle del Obispo; pero al llegar a la puerta del palacio, se dio cuenta de que no tenía ganas de hablar. Torció a la derecha y, titubeando aún, se dirigió a su casa.

La familia Rebull habitaba un principal espacioso de la calle de la Puertaferriosa. Vivía allí desde tiempo inmemorial. Don Desiderio había casado con la hija de un joyero; unidos los dos establecimientos, pasó a ser el más importante artífice de la calle de la Platería y, por tanto, de la ciudad. Anteriormente la joyería Rebull solo contaba con el favor de la Casa Episcopal, pero al heredar don Desiderio la clientela y el taller de su suegro, la casa adquirió una solidez inquebrantable. A unos y a otros

fue conveniente la unión. La joyería del padre de su mujer se resentía de la falta de un jefe joven, maestro en el oficio y apto para imponer su autoridad entre la siempre remolona mano de obra. Y la joyería de los Rebull, aunque con solo el apoyo de la Casa Episcopal se defendía bien, trabajaba sin estímulo; aquel era un trabajo uniforme, se reducía al montaje de tres o cuatro piezas siempre reiteradas. La boda fue, por consiguiente, un acontecimiento muy grato en la ciudad.

Hombre alto, de poderosa contextura, atildado y severo en el vestir, debía sufrir precozmente la suprema desdicha; perdió a su mujer a los dos años de la boda. Aún hoy en la mirada de don Desiderio no se ha borrado la pátina de aquel dolor, ganada en unas horas de contemplación absorta de la yacente; cómo en sus sienes se posó, nevado en unas horas, un polvillo blanco, que perdura impávido a través de los años.

Fue una larga viudez, una segura fidelidad. La casa no se alteró; tal era el equipo de nodrizas, de peinadoras, de viejas criadas, de costureras que allí permanecieron, pugnando todas con voluntad por sustituir a un solo ser, a la joven dueña evaporada a los veintidós años. Don Desiderio al quedar contemplando largo rato la cuna donde dormía la menor de sus hijitas, de pocos meses, hacía señas a la nodriza para que se retirara en silencio; esta entraba apresuradamente en la cocina y «el señor está llorando, el señor está llorando» —decía—. La vieja Ramona suspiraba entonces levemente mientras picaba un par de cebollas junto al fogón y se llevaba con disimulo la mano a la nariz, en la que se daba unos golpecitos muy personales.

Al entrar en su casa, don Desiderio recibía el saludo afable y distanciado del portero, Bernardo, que lucía unas largas patillas blancas y parecía un aristócrata tras los ventanales de la vitrina; subía despacio las anchas escaleras; sus dos hijas, Mercedes y Mariona, asomaban al balcón del patio de entrada. La doncella abría la puerta de la casa sin que don Desiderio tuviera necesidad de llamar. Mercedes y Mariona besaban la mano paterna que se les ofrecía y, transcurrido un instante, cuando el padre se había quitado el gabán, se le colgaban al cuello y le besaban.

Don Desiderio observó más que de costumbre a su hija menor, Mariona. Era ya también una mujer, a pesar de su uniforme, a pesar de las trenzas, que ahora se recogía atrás, con coquetería. Y a pesar, sobre todas las cosas, del amor que sentía hacia ella y que ofuscaba su discernimiento. Tampoco su esposa sería ahora la muchacha que él ha seguido recordando sin envejecer en la memoria, pues los años no pasan para el recuerdo de los muertos.

Las dos muchachas lo cogían del brazo y lo acompañaban al interior, junto a la chimenea, a cuya vera él se sentaba a leer. Y la pequeña muchas noches se sentaba sobre un cojín, a sus pies, y apoyaba la mejilla sobre sus rodillas, o la barbilla frágil, fina, interrogándole con la mirada mientras leía.

La criada entró con la sopera humeante y la colocó sobre la mesa. La muchacha se levantó de un salto y fue a retirar, como todas las veces, la silla de su padre, para que este la encontrara dispuesta. Don Desiderio se propuso no seguir observando los movimientos de la chiquilla, obrar como todos los días. Era bella; era hermosísima,

parecida a su madre. El talle estaba completamente formado; la silueta de la mujer, diseñada del todo. Y lo que ocurría con la figura, ocurría con los ademanes todos, con las exteriorizaciones vitales de su femineidad. La sonrisa, el silencio, las palabras, la manera de actuar, de vivir, en fin, de Mariona, eran ya la manera de actuar, de vivir de una mujer.

La cena transcurrió afablemente, como todas. Las muchachas hablaban del colegio, de las profesoras, de las condiscípulas. ¿Qué es lo que a él, sin embargo, se le ocultaba? Don Desiderio sonrió levemente.

—¿Qué te pasa, papá, esta noche? ¿No te sientes bien?

—Estoy un poco cansado.

—Vete a acostar en seguida de cenar.

—Tengo algo que hacer todavía.

—Ya lo harás mañana.

—No lo puedo dejar para mañana —y después de una pausa—: Tengo que hablar contigo.

Mariona cesó de sonreír. Después, adelantando el delicioso rostro, preguntó, intrigada:

—¿Qué es, qué es?

Don Desiderio dirigió su vista a Mercedes, más callada y mayor que Mariona, pero no menos bella. Mercedes estaba pensando: «Mariona habrá hecho alguna de sus cosas».

Era insólito el tono con que su padre había hablado, y aun lo que dijo era insólito. Ninguna de las dos hermanas recordaba que jamás les hubiera hablado separadamente.

—Papá, dímelo ahora, tengo miedo.

Al terminar la cena, el padre se dirigió a su despacho. Encendió la lamparita de la mesa y se sentó en el butacón tras el macizo escritorio. La chiquilla penetró después, pero no se atrevía, y lo hizo de puntillas. Se sentó en la butaca de las visitas, frente a la mesa. La luz horizontal, que llegaba casi directa a su retina, le obligaba a cerrar un poco los ojos, y contribuía a aumentar su zozobra.

Cuando era niña sentía mucho miedo de entrar en aquella habitación, despacho de su padre; la librería repleta de volúmenes de maciza encuadernación le infundía una mezcla de espanto y respeto insuperables. El diploma de papá, con su gran orla y la letra caligrafiada, ininteligible, le hacía abrir desmesuradamente los ojos. Y la lámpara, de cristal grabado, con sus dalias, azules como monstruos, en el seno de cuyos globos temblaba la pulpa del gas, entrecortaba su respiración. Pero su padre la acogía con una sonrisa bondadosa. Mariona escuchaba en silencio con toda su atención, sentada en el extremo de la butaca, en espera de que se desgarrara el misterio.

—¿Estás asustada?

Ladeó la cabeza con ademán que tanto podía significar: «no», como: «un poco».

—Eres ya mujer. Tienes dieciséis años.

—Quince, papá.

—Vas a cumplir los dieciséis. A los dieciséis años se es ya una mujer.

Mariona no lograba adivinar la intención de su padre.

—Me he enterado —prosiguió— que un muchacho, no recuerdo cómo se llama, te sigue por la calle.

Observaba fijamente a su hija.

—Te sigue y te habla.

A Mariona no se la oía ni respirar.

—¿Es cierto?

Estaba indecisa. Su padre la ayudó.

—Todos hemos sido jóvenes, Mariona; yo el primero. No creas que porque soy tu padre no he seguido a las chicas, en mi tiempo.

Ella esbozó una sonrisa, que pronto quedó de nuevo helada en sus mejillas.

En voz más baja:

—Habéis tenido la desgracia de perder a vuestra madre sin haberla conocido, sin saber cómo era —añadió don Desiderio.

—Yo no he hecho nada malo, papá —prorrumpió enérgicamente.

—Lo sé, Mariona.

Se miraban ya cara a cara. Se había distendido la rareza del aire inicial.

—¿Cómo se llama el muchacho? —preguntó el señor Rebull con severidad.

—No sé, papá.

—¿Y sin saber cómo se llama ni quién es —prorrumpió—, hablas con un muchacho en la calle? ¿Con un desconocido?

Se le veía muy enojado. Mariona estaba a punto de llorar. —Yo sí sé cómo se llama —prosiguió—. Y te ruego que sea la última vez que hables con él.

Mariona pugnó por defenderse:

—Es de buena familia.

—No es a ti a quien incumbe juzgar si es de buena familia o no. Para tu gobierno, te comunico que justamente no es de buena familia... Por lo menos no es de una familia que a ti y a mí nos pueda merecer confianza. Me he informado, y se trata de una familia que no tengo interés en que por el momento se relacione con la mía.

Calló un instante.

—Me importa poco la clase de familia a que pertenezca o a que pertenezcan los que te puedan seguir por la calle. Lo único que te ruego, y en lo que me vas a obedecer, es que por la calle no dejes que te dirija ni media palabra nadie, salvo doña Clotilde.

Y después de un silencio:

—Vete a acostar.

La chiquilla se echó a llorar.

—Ven, dame un beso.

Pero salió con celeridad por la puerta, ocultando el rostro en las manos.

Don Desiderio quedó solo. El tictac del péndulo sonaba monótonamente; le impedía coordinar las ideas, hacer el hallazgo de algo que, seguramente, pugnaba en su interior por ser resuelto en el acto.

Levantó la frente: lo que le incomodó no era la ligereza de su hija; era la sensación de perderla. Esto no iba a ocurrir ahora, claro es; pero sí dentro de un año, de cinco, a lo sumo...

Se levantó; movió ligeramente la cabeza, como si quisiera ahuyentar pensamientos nefastos. Antes de salir de la habitación apagó la luz.

Se dirigió al cuarto de sus hijas, pero de ningún modo se hubiera atrevido a llamar. Escuchó un instante, al pasar ante la puerta. Nada se oía.

Mariona, ante el espejo, se secaba las lágrimas. Su ceño se mantenía aún fruncido.

Hasta el momento, la broma del caballero que la aguardaba todas las tardes en el landó a la salida del colegio, que al salir la obsequiaba con un saludo parabólico, había sido bueno para divertirse con las amigas y, sobre todo, para despertar la envidia de las demás.

Pero ahora era ya casa de empezar a tomarlo en serio. ¿De qué manera se habría enterado papá? ¿Quién se lo diría? ¿Las «madres», tal vez?

Ya no recordaba el mal rato.

No. Las «madres» nada saben. Tampoco podría ser obra de doña Clotilde, que en cualquier caso se dejaba ganar el ánimo y no había informado nunca de nada.

Se trataba de un caballero. La primera vez no creía que la saludara a ella; y al día siguiente ya no le cabía la menor duda. ¿Qué edad tendría? ¿Treinta años? No, no era tan viejo. ¡Y qué elegante! Cada día con un traje distinto...

Papá no tenía razón. ¡Era tan anticuado?

Claro que el haber dejado que el joven le hablara había sido una ligereza, pero al fin y al cabo ella ignoraba lo que el joven iba a decirle. Lo que ya no tenía excusa era la segunda vez. Pero de todos modos tenía que hablarle, para decirle que no la molestara. Y aunque ya se lo había dicho, y muy claramente, él había reincidido al tercer día. Lo curioso es que al tercer día ya todas lo sabían y ella empezaba a encontrarlo divertido. Decididamente la culpa fue de la primera vez.

Mariona se despertó temprano y estuvo en la cama meditando con fruición; doña Clotilde entró con el desayuno. No podía llegar a concebir que la nimiedad hubiera trascendido hasta ciertos círculos de su padre. En su corazón sentía una ligerísima sacudida cada vez que recordaba, no las palabras del caballero, sino la atmósfera de que se precedió: landó señorial, sombrero pulcro; y su edad, su aspecto: el hecho de que no fuera un mozalbete, sino un hombre hecho y derecho, con su bigote y sus redondas mejillas y las solapas, pequeñas y tersas. Y su manera de hablar: la manera de hablar de quien sabe lo que se propone.

«Señorita, ¿me permite que le hable un instante?» —díjole la primera vez. Y la segunda: «Le repito, señorita, que jamás me hubiera atrevido a hablarle si mis intenciones no hubiesen sido rectas». Y la tercera: «Mariona, permítame que la llame así; no me niegue usted por lo menos el derecho de contemplarla».

Detrás estaban sus compañeras, formando corros; disimulaban, reían, ocultaban sus rostros entre las manos, en los pañuelos de seda. Doña Clotilde no podía con todas; al fin, enfurecida, imprecó a Mariona:

—Esto pasa de toda medida, señorita.

Mientras tanto el caballero, dirigiéndose a la buena dama, le decía, con inflexión de voz confidencial:

—Se lo suplico...

—No me dirija usted la palabra, no tengo el gusto de conocerle —clamaba con envaramiento la acompañanta.

—No logrará desviar el curso de los sentimientos —insistía el joven.

—La señorita es muy niña.

Y después, como si volviera en sí:

—De ninguna manera, de ninguna manera. Haga usted el favor de no importunar.

El caballero se había retirado. Pero no subió a su landó hasta haber perdido de vista al corro de muchachas.

Mariona piensa en ello; la escena se le antoja aureolada de cierto nimbo de cuento antiguo, de un aire de oro en que navegaban las figuras, como en la linterna mágica. Y le divierte justamente un hecho: que esté prohibido.

El caballero la tiene sin cuidado. Como dicen sus amigas, es un tipo tieso, mayor y con cara de hombre. Más se parece a un tío que a un novio.

Tomado el desayuno, Mariona salta de la cama. Su hermana está adormilada aún, con el desayuno al lado, que se está enfriando. La sacude repetidamente.

—Anda; es tarde.

—¿A qué estas prisas?

Y una vez vuelta del todo en sí:

—¿Qué te dijo papá?

—Me regañó.

—¿Y cómo se ha enterado?

—Quizá las «madres» se lo han dicho.

—No; las «madres» no saben nada. Algún amigo suyo que te haya visto.

Mariona estaba sentada al borde de la cama de Mercedes, mientras esta desayunaba.

—Ya te dije que no tenías que dejar que te hablara.

—¿Y yo qué puedo hacer?

—Mandarle a paseo. Es un hombre mayor y no está bien que juegue contigo.

—¿Mayor? ¡Qué más quisieras! Apenas tendrá veinticinco años.

—¿Y esto no es ser mayor?

—Para mí, no...

—No seas tonta y piénsalo. Di que no vuelva.

—No lo haré.

—¿Te has vuelto loca? —saltó Mercedes, repentinamente enojada—. ¿Quieres que papá se enfade de verdad?

—Lo que papá quiere es que siempre sea una niña, pegada a sus pantalones. Y ayer me dijo que mamá no era mucho mayor que nosotras cuando él la conoció.

—Pero lo suyo es distinto. Sus padres se conocían.

—¿Y qué culpa tenemos de que papá no conozca a esos señores? ¿Es que solo podemos hablar con los hijos de los amigos de papá? Pues sí que nos íbamos a divertir, con lo tontos que son...

—Lo que yo te digo es que no está bien que hables así. ¿Qué diría mamá si te oyera?

—Seguramente no tendría manías de viejo. Si mamá viviera, todo sería otra cosa.

—¡Calla, que blasfemas!

El ceño de Mariona se había vuelto a endurecer. Se puso en pie, saltando de la cama, y no dijo una palabra más.

—Cuando estés lista... —dijo, al cabo de mucho rato, mirando a Mercedes con desdén.

Esta, que acababa de arreglarse, se dirigió a ella y la retuvo por los hombros con ambas manos.

—Mariona —y hablaba cariñosamente—, prométeme que no harás enfadar a papá. Ha vivido muy solo y todo por nosotras. Piensa que eres pequeña aún...

No pudo terminar; Mariona se había desasido y, con mano fina y enfurecida, le propinó un cachete en la mejilla. Mercedes sintió un momento la crispación, pero supo aplacarla en el acto. Su rostro había mudado de color un instante. Mariona añadió, rápida:

—Mira, si soy pequeña... —y salió de la habitación.

Mercedes había sentido deseos de abofetearla. Pero pensó que se trataba de una nube pasajera, uno más de los caprichos de su hermana y que, en el fondo, era buena; pensó que sería mejor, una vez más, convencerla por las buenas, en lugar de torcer a la fuerza su voluntad. La intranquilizaba que el lance pudiera disgustar a su padre, y se reprochaba haber sacado a relucir el tema, lo que agravaría la obstinación de su hermana.

Todo el día estuvo preocupada por ello. Al mediodía, a la hora de comer, Mariona entró con su aspecto normal; pero luego permaneció sin duda más callada y absorta que de costumbre, y a ella, a Mercedes, no le dirigía la palabra. Solo hablaba a su padre, cariñosamente: «¿Quieres mantequilla, papá?». O: «¿Verdad que está un poco soso? Te voy a echar un poquito de sal». Su padre la miraba de vez en cuando sin explicarse su actitud.

—¿Por qué no comes? ¿No te sientes bien?

Con su voz dulce, Mariona contestó:

—Sí, papá; me encuentro muy bien. No tengo gana.

Después, muy pausadamente, dirigió su vista a la lámpara, a los visillos, a las palmeras de la galería; luego, más allá todavía, al jardín, con ojos extasiados.

Don Desiderio y Mercedes la contemplaban en silencio, sin perder detalle. Padre e hija se miraron un instante; pero Mercedes dirigió en seguida su vista al plato; volvió a comer, aprisa.

III

QUINCE AÑOS ATRÁS, Joaquín Rius, el chiquillo que el día del almuerzo de la llegada de su padre pellizcaba a su hermano por debajo de la mesa, había ingresado como alumno en los jesuitas. Las emociones de la llegada de su padre no se le borraron jamás de la memoria. El sombrero hongo, el chaleco crem, el terno a franjas blancas quedaron grabados en su ánimo como con buril.

No se había planteado nunca hasta entonces la cuestión de si las gentes tienen padre o no. En general, los padres acostumbraban a ser como el del hijo del panadero, gruesos y mandones, padres que salían a la calle en camiseta en momentos impulsivos y conducían a su casa a los hijos agarrados por una oreja. Pero la aparición de un caballero, de un caballero de cuerpo entero, no excesivamente grueso y que sonríe, y que resulte ser el padre de uno, esto no es corriente.

A los pocos días de la llegada de su padre, el pequeño Joaquín se deslizaba por la calle de la Paja sin mirar los escaparates ni a parte alguna, con la cabeza gacha: «No quiero que me vean, porque me harían jugar con ellos y no quiero jugar en la calle», decía.

Las palabras de su padre: «Es el champán más caro del mundo», no las podía olvidar. Al recordar el burbujeo del champán, tan suave, le parecía que el vino de todos los días le iba a manchar por dentro.

Quedaba absorto en la contemplación de su padre, le observaba, parecía escudriñarle. Su madre le sacaba del ensimismamiento: «Anda, come; date prisa».

En la escuela no había dado pie con bola. La maestra le obligó a subir un día a la tarima y le hizo poner la mano, para darle un palmetazo con la regleta. El muchacho, que había llegado a la tarima lentamente, sin prisas, desafiador y satisfecho, tendió la mano y se la dejó golpear como si fuera de otro.

Durante toda la clase no hacía más que pensar en el final, para ir corriendo a su casa y contemplar a su padre deambular por la galería. Le entusiasmaba oír el chirriar de sus zapatos, relucientes como un espejo.

Su madre, en cambio, hablaba constantemente y le sonaba a él con su pañuelo, sucio de sus mocos y de la cocina. El pañuelo del padre era limpio; cuando don Joaquín concluía de sonarse lo volvía a doblar como si tal cosa.

Después de cenar, cuando doña Paula se adormilaba tricotando, su marido, afable, decía: «Anda, mamá, vete a acostar, que te estás durmiendo»; entonces Joaquín, el chico, se iba a un rincón oscuro de la galería, se sentaba en la mecedora y observaba a su padre escribir o sacar cuentas; se dejaba suggestionar por el reflejo de las gafas de oro que se ponía sobre la nariz, de lentes diminutos y torcidos, bajo la presión de cuyo muelle don Joaquín resoplaba trabajosamente. Si un movimiento leve de la mecedora hacía volver al padre la cabeza, el pequeño Joaquín se veía sorprendido por

su voz: «¿No te has acostado todavía?». Se levantaba y se iba a acostar dócilmente.

En la mesa, el chico no perdía detalle de las conversaciones sobre el futuro plan de vida. Cuando el enviarlos a estudiar a los jesuitas fue cosa decidida, la palabra colegio cobró un sentido nuevo: y la paladeaba.

Él había entendido claramente decir a su padre: «Quiero que estos sean lo que nosotros no hemos podido ser: dos señores; para eso tenemos el dinero».

Su madre había objetado: «¿No será demasiado para nosotros?». Siempre se metía donde no le importaba.

A los jesuitas solo iban los hijos de la gente más rica, de los condes y de los que salen en el diario. Se imaginaba ser ya un conde y salir en los diarios por el hecho de ir.

El verano lo pasó en esa ensoñación: pensaba en lo que iba a hacer al llegar al colegio, en lo que iba a decir y en los amigos que tendría. De mes en mes crecía su agitación, pero no se le notaba.

La víspera apenas pudo conciliar el sueño. Su madre le había preparado la ropa, el delantal, la cartera. Pero él volvió a palpar en la oscuridad, temiendo que no todo estuviera en orden. A las cinco de la mañana volvió a despertarse y ya no durmió más. Cuando, al cabo de mucho rato, percibió el rumor de su madre al levantarse, el corazón comenzó a latirle apresuradamente; y al abrir aquella los postigos del cuarto se lo encontró sentado en la cama y con los ojos muy abiertos.

—Andad, niños, a levantarse.

Su hermano aún dormía, el muy bruto.

Salieron a las siete en punto; el pequeño de la mano de su madre, y él, solo, un poco adelantado. Su madre, de vez en cuando, tenía que advertirle: «No vayas tan aprisa, Joaquín».

Aguardaba un poco, pero al cabo de un instante volvía a adelantarse.

Al llegar a la vista del colegio sintió el corazón darle un tumbo; siete u ocho coches, muy lujosos, aguardaban en la entrada. Había infinidad de niños. Unas criadas de uniforme formaban coro en la puerta; parecían más damas que su madre; y algunas damas de verdad, con su gran sombrero lleno de plumas y unos vestidos relumbrantes, de larga cola; las cinturas de estas señoras eran muy delicadas y diminutas; hablaban aprisa y se volvían de un lado a otro con suma facilidad, como si no les costara el menor esfuerzo.

Antes de llegar a la puerta se despidió de su madre; le dio un beso en la mano, a toda prisa, para que no se notara mucho. Le daba vergüenza que las damas y sus discípulos adivinaran que era su madre, con la manteleta y la mantilla y casi sin peinar.

A la entrada del colegio un cura, que preguntaba a cada uno su apellido, a medida que entraban, les dirigía a uno u otro lugar, a unas grandes aulas llamadas «brigadas», en las que gran número de niños sentados en los bancos, sin decir palabra, eran objeto de la atención de un sacerdote.

Sintió el sonrojo en sus mejillas. Había tantos ojos dirigidos a él, que se metió en el primer pasillo de bancos y allí quedó, sin moverse.

El sacerdote se dirigió a él:

—¿Cómo se llama usted?

Su voz que, a decir del cura, no oía ni el cuello de su camisa, contestó:

—Joaquín Rius.

El sacerdote anotó con un lápiz en una libreta. Joaquín quedó perplejo ante la blancura de manos del jesuita y la longitud de sus dedos. Usaba gafas de montura plateada, tras las que los ojos brillaban agudos.

Al rato sonó una campana y el cura dio una palmada; se dirigieron en largas filas a la capilla, donde les aguardaban todos los demás.

Joaquín contemplaba maravillado el incienso y el oro y miró a sus compañeros. ¡Qué elegantes! ¡Qué bien peinados! ¡Qué olor había a colonia y jabón perfumado! Él escondía la puntera de su zapato, un poco raspada. Los niños se miraban unos a otros, con la observación descarada de los jovencitos, que no ceja. A Joaquín le parecía que todos le miraban la puntera raspada del zapato y esto le incomodaba.

¡Si la puntera del zapato pudiera ser como la de los demás podrían ser pasados por alto el chaleco de punto y los pantalones que su madre estuvo frotando con amoníaco media hora seguida! Si eran ricos, ¿por qué razón no podía llevar zapatos relucientes, chaleco propio, en lugar del que usaba, aprovechado de su padre, que la costurera había estado rehaciendo, pero que tenía un bolsillo grande y torcido, imposible de arreglar? ¡Qué rabia!

Un chico, dos filas más adelante, le hacía muecas. No tenía la estatura que él; era rubio y lucía un gran cuello de celuloide; llevaba sortija en un dedo.

Como no podía soportar la insistencia de las muecas, volvió la vista hacia atrás, sofocadísimo. La capilla estaba completamente llena, la masa de los colegiales crecía en altura a medida que su mirada avanzaba en profundidad. Al fondo estaban los mayores, más altos, o incluso uno con bigote y patillas. Uno de los chicos de la fila siguiente, el más próximo a él, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Rius.

—¿Cómo?

Sonaron unos golpes enérgicos e insistentes al otro lado. Joaquín vio al cura golpear con los nudillos en el repecho del largo reclinatorio común. Sin dejar de mirarle, el sacerdote se llevó las manos a las bocamangas contrarias;

complementándose, desaparecieron en ellas; de modo que todo, salvo el resplandor de los ojos, que no cesaba de dirigirse a él, se convirtió en una alta mesa, azul de puro negra. Joaquín hubiera querido desaparecer; las mejillas le ardían; dirigió su mirada al altar, en el que estaba empezando la misa.

—»*Altísimo Dios... Verdad Infallible...*».

La cantinela repetida en el colegio un día tras otro, año tras año, no se le borraría nunca de la memoria.

El resto de la misa lo pasó intentando eludir la mirada del rubio de la fila anterior. Contó el número de bombillas de la lámpara central, el de los angelitos que formaban racimo, sin más que cabeza y alas, junto a la nube que la Virgen pisaba en el techo.

Al terminar la misa, otra vez en largas filas regresaron a las «brigadas». Una vez sentados en los bancos de la clase, el chico rubio se acercó a Joaquín y le preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

—Once.

—Yo doce. Mi hermano tiene dieciséis. ¿Te gusta jugar a bolos? En casa tengo un juego de bolos.

El sacerdote oyó el runruneo del diálogo y se volvió repentinamente. Antes de que el chico rubio consiguiera callarse, lo había descubierto.

—Usted.

—¿Quién, yo? —preguntaba cándidamente un chico angelical de la fila anterior.

—No, no; usted; el del cuello grande.

La clase se echó a reír.

—Silencio. ¿Cómo se llama?

El muchacho se levantó sin el menor sonrojo.

—Ernesto Villar.

—En la clase no se habla —dijo el cura—. Quiero que lo sepan de una vez para todas. Si tienen algo que decir, levanten la mano; en caso de una necesidad urgente, un dedo; y si es más urgente aún, dos. Siéntese.

La novedad de las primeras clases las hizo divertidas; los profesores hacían la distribución de los nombres y los alumnos se iban conociendo recíprocamente. Joaquín Rius salía satisfecho, sin dejar de pensar: «¿Por qué no puedo ser como ellos?».

Al llegar a casa narraba a su padre las incidencias del día. Don Joaquín le escuchaba, condescendiente.

—Papá: ¿son ricos esos niños?

—Sí, casi todos son ricos.

—¿Más que nosotros?

—Sí; más que nosotros.

—¿Nosotros no somos ricos?

—Tú lo serás, si eres trabajador.

La madre llegaba en aquel instante y oía al pequeño hablar de estas cosas.

—Anda, vete a jugar. Vete a la calle, a tomar el aire. Todavía no está la comida y tengo que acabar de arreglar el comedor. El chico permanecía callado.

—¿Me oyes?

—No quiero jugar en la calle.

Pensaba que si alguno de sus compañeros, el chico rubio por ejemplo, le veía jugar en la calle con el hijo del panadero, nunca más podría mirarle a la cara.

Con el tiempo fue clasificando a sus compañeros y eligió a un grupo de cinco o seis a los que admirar. En clase era de los del montón; pero cuando le faltaban pocos puestos para alcanzar a Prats, o a Villar, o a Mir, o a Soler (Antonio), se apresuraba a estudiar para avanzar los puestos y sentarse a su lado. Y cuando estos estaban más atrasados que él, estudiaba sin tesón para perder los puestos de sobra.

El día más normal para los estudios era el miércoles; el miércoles había sido ya superada la nostalgia del domingo, y se tenía la esperanza de la tarde siguiente, la del jueves, lo que redoblabla el afán de estudio y el de travesuras. El viernes era un día gris; nadie se sabía la lección. El sábado ponía en las mejillas de los estudiantes un punto de picardía y de frenesí. Los lunes eran insoportables. Al volver de la misa se entraba en la dase con una zozobra indescriptible; un solo día de fiesta había bastado para echar al traste el hábito del colegio; los ojos de los estudiantes parecían llagados por las emociones del día anterior. Por eso las clases de los lunes eran tan grises e interminables; todos se sentían colmados de una fatiga dulce, incluso los mismos profesores.

Los días de marejada eran los martes y los miércoles.

En cierta ocasión, y era martes, un chico, aprovechando un descuido del profesor, disparó una bola de papel mascado contra la pizarra. El profesor viró en redondo.

—¿Quién ha sido?

Joaquín había visto de quién se trataba: Ignacio Mir, que escondía la cabeza riendo detrás de la cartera. Pero el profesor no lo veía. Entonces, como siempre al ocurrir algún percance de este orden, increpó al cabeza visible de toda revuelta, que le miraba muy divertido con una sonrisa, completamente ajeno a la imprevisible reacción.

—Villar. Póngase de rodillas.

Joaquín Rius se levantó:

—He sido yo, padre.

Quedaron atónitos. El profesor no quería, sin embargo, patentizar la ligereza cometida al echar mano de Villar como símbolo de la cosa.

—Bien. Pónganse los dos de rodillas.

¡Con qué fruición se puso Joaquín de rodillas al lado del chico rubio, de figura de príncipe!

—Puesto que ha sido usted noble y ha confesado —le dijo al cabo de un rato el

profesor—, por esta vez no sucede nada. A la próxima pasaré aviso al padre prefecto.

Villar estaba sulfurado:

—Eres idiota. Había sido Mir.

Pero Joaquín pensaba que el lance le servía para adquirir notoriedad ante los que le interesaban.

La última semana de octubre tenía lugar en el colegio los Ejercicios Espirituales. Joaquín asistió a los primeros desprevenido. Tenía once años y no sabía qué cosa serían. Le quedó en el ánimo una sensación de temor, proveniente de la penumbra de la capilla, del silencio sobrecogedor, que hacía más sonora y más honda la voz del sacerdote, del recuerdo de los cortinajes morados que cubrían las imágenes de los santos y que ocultaban la figura de la Inmaculada, tan esbelta y rubia, con el pie desnudo, los párpados bajos, pisando sin darse cuenta a la víbora de la manzana en la boca. Todo quedó oculto tras de las cortinas moradas; y sobre ellas lucían, chisporroteando, las llamas de seis cirios simétricos, tres a cada lado. Le quedó el recuerdo de esto y de las palabras del lector; al revestirse el sacerdote los ornamentos para celebrar la misa, en el presbiterio, la voz del lector repetía, y a Joaquín no se le olvidó: «El cingulo es la cuerda con que ataron al Maestro para llevarle al Gólgota». Y más tarde: «Después de desnudarle la espalda, los sayones le azotaron». ¿Qué son *sayones*?

Los muchachos asistieron a los Ejercicios de muy distinta manera; pero Joaquín no pudo dejar de recordar la expresión de un niño, algo mayor que él. Cuando al terminar cada plática y levantarse todos a cantar, el colegio entero entonaba la súplica de perdón, el chico lo hacía con la cabeza gacha, y no como los demás; los demás miraban, cantando, a todos lados. Y el raudal de voces fluía muy despacio:

*Perdón, oh Dios mío,
perdón y clemencia...*

Joaquín Rius respiró al descubrir, el domingo siguiente por la mañana a la luz de todas las arañas encendidas, el rostro rubio y suave de la Inmaculada y, con ella, san Francisco Javier, san Luis, san Ignacio. Todos como antes, con su ademán perenne, con mirada de arrobo dirigida al cielo, con la mano crispada sosteniendo, a punto de caerse, un crucifijo.

Las clases, después de dos Ejercicios, quedaban unos días sumidas en una paz mate y monótona. El brillo de algunos ojos se había mitigado.

Los meses se sucedieron. Y los cursos. Después del verano, reemprendían la tarea con ilusión renovada. A cada nuevo año los alumnos volvían un poco cambiados, en

esa edad en que falta poco para que los cambios sean notorios a simple vista, como el correr de la larga aguja del reloj. A los quince años de Joaquín, la clase era un elocuente vivero de seres con sus virtudes y sus defectos ya del todo cristalizados; el bozo apuntaba en los labios carnosos, en los que hacía mella el anticipo de la precoz sensualidad, el presentimiento, ya tangible y vivo, de las exigencias de la vida y de la carne. Aquellas treinta miradas se obstinaban, a veces, de pronto en un pasaje de la historia natural, en la insinuación que pareciera colegirse de las palabras de un monarca, en la clase de historia, las cuales se aprestaban a revelar mi tramo más profundo de las raíces de la vida. O al abrirse las ventanas en primavera; el estallar los primeros brotes en las ramas de los árboles callejeros, derramando en el aire un polen sutilísimo que hacía temblar levemente a los estudiantes las aletas de la nariz; cuando hasta los excrementos de los caballos sobre los adoquines suscitaban un recuerdo de tierra y de vena henchida, de verde talle, de seno turgente de risa femenina junto al manantial, en el instante en que todos se han ido ya y quedan, en silencio, la muchacha frente al muchacho y se siente en el revés de la mano el discurrir de la sangre, lento como una insinuación; en la primavera, al abrirse las ventanas de la clase, aquellas treinta miradas quedaban prendidas de un tramo de cielo azul atrapado en el rectángulo; y el oído percibía el eco de las pisadas de una mujer, la que fuera, distintas a las de los hombres; eco que se oyera descender rotundamente calle abajo. Treinta miradas absortas en el rectángulo azul, menos una: la de Joaquín Rius.

Los chicos admirados por Joaquín regresaban los lunes a la clase con el recuerdo de un domingo transcurrido entre sofás elegantes, a la sombra tibia de chimeneas de casa confortable. Allí, grupos de jovencitos se congregaban en torno a grupos de muchachas, primas y amigas de primas, y se adiestraban en la galantería. Quizá notaran también tomar vuelo en su pecho las primeras inquietudes, no complejas aún, pero adivinadas hasta lo más hondo; y la sensación de ráfaga en la carne, el amor atolondrado, primerizo y apasionante que desvela de pronto la forma leve y fugaz, a media tarde, de la cintura de una amiga; un modo inesperado de pisar; la curva que sobrevino al apoyar aquella el codo sobre la mesa en un efímero instante sin recato, cuando con ademán de enojo intentaba en vano recuperar un guante que el muchacho había sustraído para bromear. Y al darse cuenta de que la sorprendía una mirada de hombre, y no de muchacho, volverse asustada para atrás con un rubor inconfundible.

Joaquín Rius regresaba a la clase con el recuerdo de un tapete verde, de lluvia en los cristales, de rumor de conversación en un tramo de escalera, de llanto de chiquillo en el piso de abajo, de una mosca en la crema, que la madre sustrajo con una cuchara.

Escuchaba nombres de muchachas en la boca de sus compañeros: Rosa, Pilar, Mercedes, Isabel, Concha... Pero no le sugerían la imagen corpórea de las muchachas, ojos dulces, pícaro ademán, rebullir de una falda sobre la pantorrilla moza. Ellas eran fantasmas jóvenes de un mundo de chimeneas en la molicie de los salones, de butacas panzudas, de alfombras que amortiguan el ruido de las pisadas. Y

no tenía para él interés oír decir: Isabel, a secas; tenía interés oírsele decir justamente a Ernesto Villar, que lo decía de una manera especial, claro que no a él, pero sí a los otros.

Mientras tanto, los negocios de don Joaquín Rius, padre, habían seguido viento en popa. Primero un telar, después otro y otros, hasta llegar a la media docena. Don Joaquín se había percatado no solo del espíritu del negocio, sino de la técnica de la industria que tenía entre manos. Alguien afirmaba que la tela fabricada por él nada tenía que envidiar a la de Manchester. El tren de vida de los Rius, sin embargo, seguía siendo el mismo.

La ciudad empezaba a distenderse hacia la parte alta, avanzaba como una lava de oro por la planicie, inundaba la huerta, con empuje hacia la ladera, que era ya cosa próxima, no un contorno lejano. Antaño, las gentes, los padres y los abuelos, iban a pasear por el Paseo del General, andén del mar, por el cual la brisa penetraba cargada de sabor salino, oreando las almas. Ahora la gente paseaba por la calle de Fernando, donde las levitas cobraban un lustre senatorial y los sombreros, al saludar, dibujaban una prolongada y suave parábola, curva como la misma cortesía. Y, sin embargo, el tren de vida de los Rius seguía siendo el mismo. Incluso el contable Llobet, con sus dos hijos puestos al mundo, no se recataba de pasear con ellos y con su señora, una vez al año, en Corpus, luciendo un magnífico sombrero hongo, que no era el de la boda, pues casó con sombrero viejo. Las gentes cosechaban los primeros frutos de su trabajo y esto se dejaba notar hasta en la indumentaria. Y, sin embargo, los Rius seguían en su pisito de la calle de la Paja, sin exteriorizar la fortuna que se iba acumulando.

En la primavera, a finales de curso, cuando los exámenes estaban próximos, la familia Rius salía los domingos con sus hijos a almorzar al campo, pues don Joaquín no quería que los chicos fueran a pasar la vida encerrados y nerviosos con los estudios. Ya en la pradera, Joaquín acostumbraba a recobrar, en general, el buen humor principalmente al escuchar las observaciones de su padre, que todo lo refería a la experiencia americana. Admiraba el aspecto de su padre, su lustre de viajero, su forma de hablar, tan decidida. Saber que se aproximaba el tiempo en que podría acompañar a su padre a la fábrica le acercaba progresivamente a él. Cuando se sentaban sobre la tienda, a comer a la sombra de un árbol, parecía vivir otra vida, y se animaba; cualquiera de sus compañeros, en efecto, hubiérale podido ver así, y no se hubiera sentido avergonzado. El campo iguala cosas y personas.

A menudo, después de cenar, en su casa, se acercaba a su padre y le ayudaba a sacar las cuentas, a poner en limpio determinados borradores; se instruía en la correspondencia. Las fórmulas: «Muy señor mío», etc., le causaban emoción. Se enfrascaba apartado, en firmar muchas veces en hojas de papel, con una firma retorcida y sinuosa que recordaba la de su padre.

Al iniciarse el último de los cursos, Joaquín Rius tuvo una sorpresa desagradable que, sin saber por qué, le acongojó unos días. Ernesto Villar había terminado en verano el bachillerato y acababa de partir, enviado por su familia, a Inglaterra, para estudiar magistratura y leyes en una de las Universidades de allí. ¿Por qué una cosa tan natural y tan sencilla le llenaba de tristeza? Encontraba híbrida la compañía de los demás; no acertaba a sopesar, así, de pronto, el grado de admiración que Ernesto había despertado en su ánimo; todos los ademanes, la mezcla de naturalidad, de seguridad en sí mismo, de superioridad social de Ernesto habían sido constantemente el espejo en que se miraba; eran su piedra de toque, lo que él no era y ambicionaba. Pero ¿cómo llegar a serlo con una madre casi planchadora, y un padre eminente, pero con guardapolvo y gorra, a los cuales la fortuna parecía no servirles de nada? Joaquín presentía que la distinción que codiciaba provenía de una naturaleza congénita a la sangre, llegada a esta razón a través de largas generaciones de mujeres que no lavan los platos, de hombres que se levantan a las diez o a las once y tienen ayuda de cámara y no recuerdan haberse preocupado nunca personalmente del traje que se van a poner ni haber usado nunca la misma ropa dos días seguidos. ¡Qué distinto a lo suyo! Recordaba sus juegos en la calle; su hermano jugaba aún a los bolillos en la plaza, con el hijo del panadero; su madre se presentaba a comer secándose, las manos en el delantal, sucio de los fogones; su padre hacía ruido al comer la sopa y daba la mano al cochero al despedirse si por casualidad algún domingo señalado se decidían a alquilar un landó para ir a las afueras a comer tortilla con atún, grasienta...

Acabó el colegio. Era casi un hombre. Su rostro había experimentado una lenta y persistente transformación. El hombre pasa de la primera a la absoluta pubertad con una especie de temor y de asco. Al ser adulto, el rostro pierde el último candor. La naturaleza se manifiesta con una serie de signos inexorables en la piel, en las comisuras de los labios, en las cejas. Joaquín Rius observaba en su rostro irse acentuando las trazas de la sangre y que tenía una expresión irrefutable de menestral, unos rasgos con los que se sentía oprimido. Alto, enjuto, con una frente dura; su mirada no conseguía prescindir de la existencia de otras miradas; se adivinaba indefenso, aplastado por las negras cejas; su mano era ancha y basta y los dedos largos, huesudos, de trabajador.

IV

JOAQUÍN RIUS, HIJO, llegó a su casa y con sonoro golpe dejó los libros en la mesa del comedor. Su padre le miraba con una sonrisa cuajada por su orgullo. El niño al que encontrara al regreso de su afortunado viaje a América era un mocetón.

—Bien, Joaquín. Has terminado el colegio. Siéntate. Joaquín Rius, hijo, se sentó frente a su padre.

—Tienes abiertas las puertas del mundo. ¿Qué quieres hacer ahora?

Ante el silencio de su hijo, prosiguió:

—He pensado que puedo darte una carrera, como te dije hace dos meses. ¿Qué quieres ser?

El muchacho concentraba la mirada sobre su padre, pero no contestaba.

—¿Médico, ingeniero, arquitecto? ¿Abogado?

—Nada. Quiero continuar contigo.

El padre insinuó una sonrisa de satisfacción.

—No te quiero obligar a nada. Tienes en tus manos elegir tu porvenir. Y lo mío exige un gran esfuerzo y muchas ganas de trabajar.

—No me gustan los libros —continuó Joaquín Rius, hijo, después de una pausa—. Quiero trabajar contigo.

—Bien. No me desagrada la idea. Es tu gran porvenir. Pero con lo mío también hacen falta libros; no muchos, pero algunos. Y lo que hace falta es madrugar. Tú has terminado el colegio y tendrás que volver a empezar y volver a aprender muchas cosas de mi negocio, que no se aprenden en un día.

El hijo callaba.

—Lo primero que necesitas es una temporadita de vacaciones. He pensado que...

El hijo aguardaba la sugerencia del padre, que no acababa de salir.

—El mes que viene yo tenía pensado hacer un viaje. Tengo que visitar la casa equipadora de Londres. No muchos días, los suficientes. Quiero que empieces a aprender a ir por el mundo y te quiero regalar algo... Lo mejor que puedo hacer por ti es que te vengas conmigo.

Joaquín Rius, hijo, no pudo disimular su alegría. Sonrió y miró francamente a su padre. Pero volvió a su rigidez.

—No quisiera serte una carga, y estoy impaciente por empezar cuanto antes a trabajar en la fábrica. Y eso del viaje no deja de ser perder el tiempo.

—De ninguna manera —replicó el padre—. ¿Tú sabes lo que se aprende en un caso así? Se aprende más visitando esas casas inglesas que en un año de estar entre telares.

Joaquín Rius, hijo, reiteró la sonrisa, colmada de satisfacción, y le preguntó:

—¿Cuándo tenías pensado salir?

—Sabiendo que tú vienes conmigo, cuanto antes. El tiempo justo para comunicar por carta a Londres y de recibir la contestación. Unos diez días.

En aquel momento entraba doña Paula.

—Tu hijo y yo hemos decidido echar una cana al aire. Nos vamos de viaje.

—¿De viaje?

—Sí, señora; a Londres.

—¡Virgen Santa! ¿Y cuándo?...

—Si los vientos nos son favorables, a fines de la semana que viene —clamó, con gesto grandilocuente.

La madre miró al hijo y le preguntó:

—¿Estás contento?

—Sí.

Pero al día siguiente, cuando el padre, a las seis menos cuarto, salía de puntillas de la habitación, ya vestido y con el abrigo y el sombrero puestos, se encontró a su hijo esperándole, también vestido, en el recibidor.

—¿Qué haces?

—He pensado que podría empezar cuanto antes, y que a ti no te disgustaría.

El padre tuvo un momento de desconcierto y pensó: «¡Caramba, con el chico!».

Pero estaba satisfecho.

—Pues andando.

Era la primera vez que iban a la fábrica juntos. Aquel camino se iba a proseguir durante muchos años.

Marchaban sin pronunciar palabra. Era primavera.

El amanecer había sido claro, y todo en aquella hora matinal se perfilaba con nitidez de acuarela. Todo parecía recién lavado. Las ventanas y las persianas estaban cerradas y era agradable la sensación de adentrarse por las calles solitarias, relucientes, limpias aún.

Joaquín Rius, hijo, no pensaba en nada; solo tenía sensaciones. Sensaciones difusas y confortables. ¡Qué sonoridad, los zapatos, en el silencio! Dormían hasta los gatos. Se sentía feliz. Y de vez en cuando una palabra sonaba con un retintín de campanillas: Londres.

Asociaba la idea a la figura de Ernesto Villar. Ernesto estaba en Inglaterra, y a estas horas debía de estar durmiendo, sin sospechar que su amigo Joaquín Rius se dirigía a la fábrica, a su propia fábrica, a trabajar con su padre. Sin sospechar que dentro de una semana iba a recorrer el mismo camino que Villar recorriera unos meses antes, y que lo haría en viaje de negocios con su padre. ¡Negocios! ¡Palabra que sugiere la prisa y el entusiasmo, que iguala a todos los seres, sea cual fuere el apellido! ¿Y es que su padre, su padre que caminaba apresuradamente a su lado, era inferior a los demás? ¡Qué otro hombre era su padre cuando hablaba de negocios, cuando dejaba de ser el hombre de zapatillas y colilla en la boca! Él se proponía dar impulso a este hombre; su padre había conquistado el dinero, pero le faltaba algo,

algo que no podía precisar. Le ayudaría.

Llegaron a la fábrica. Había ya algunos trabajadores aguardando en el portal; hablaban y desayunaban, pan con chorizo o una tortilla en un panecillo. Todos saludaron al ver aparecer al dueño, pero extrañados de la compañía. El señor Rius, padre, les notificó con orgullo:

—Este es mi hijo, mi hijo Joaquín, el mayor.

Los trabajadores volvieron a saludar.

—Es un poco temprano, ¿no? —preguntó, por decir algo al recién llegado, uno de los más viejos.

Joaquín Rius, hijo, se limitó a responder.

—No.

Unos minutos después Rius, que había penetrado con su hijo por una puertecilla lateral, abrió la gran puerta de la fábrica.

Esta había prosperado, hasta el punto de que el antiguo almacén era una pieza secundaria. Los trabajadores se colocaron en sus puntos de trabajo. Lo que más interesaba a Joaquín era la fabricación propiamente dicha. Los seis telares marchaban a las mil maravillas. Hacían un ruidito cristalino, hecho de mil campanillazos, pero Joaquín Rius no atendía más que al movimiento inquebrantable de las piezas, y observaba asimismo las manipulaciones de los trabajadores. El joven Rius lo observaba todo con fisonomía de dueño precoz. Su padre le puso al corriente del intríngulis administrativo, mostrole los libros en que se anotaban los salarios de los obreros, las entradas y salidas, las facturaciones, el fichero de los clientes. Joaquín Rius, hijo, retenía en su memoria el título de las firmas comerciales y las comparaba con la propia «Tejidos Joaquín Rius»; y luego pensaba: «Joaquín Rius e Hijo».

Se interesó por las minucias. Desde el ventanal de observación del despacho de su padre, que dominaba enteramente el taller, como desde un puente de mando, preguntó:

—¿Cuánto cobra aquel?

—¿Quién?

—Aquel joven de la sección de Aprestos que no hace más que mirar cómo los otros trabajan.

—Es su labor. Ha sido el que ha enseñado a todos, incluso a mí. Gana cuatro pesetas.

Después, Joaquín observó al señor que, al entrar, le había dicho: «Buenos días, ¿se ha decidido a trabajar con nosotros?». Lo que a Joaquín, hijo, le había parecido una impertinencia. ¿Acaso no era el otro quien decidía trabajar con él, con el hijo del «amo»; es decir, con el «amo» mismo?

—¿Cómo se llama ese escribiente?

—No es ningún escribiente. Es el contable de todos mis negocios. Se llama Llobet.

—Es un poco viejo, ¿no?

—¿Viejo? No tiene todavía cuarenta años.

—¿Y hace mucho tiempo que está aquí?

—Desde el principio de mi negocio en coloniales. Ahora lo lleva todo él.

—¿Y se ocupa también de la fábrica?

—También.

—¿Y tu trabajo cuál es, papá?

—¿Mi trabajo? Todo. Todo y nada, ser el amo.

Ser el amo. Pero, ¿en qué se le conocía?

Tuteaba a la mayor parte. No regañaba a nadie. La cosa marchaba sola. Causaba la impresión de que aquello no era trabajar, sino pasar el rato junto a unas máquinas, las cuales lo hacían todo. ¿Y esto era el dinero, el poder, la fama?

—¿Los amos no trabajan nunca en las máquinas?

—No; es necesario que las conozcan, como un domador de tigres los conoce a todos. Pero un domador de tigres no se pone a hacer de tigre.

La comparación gustó a Joaquín Rius, hijo.

A las doce en punto salieron.

Los operarios se habían puesto su cuello y su corbata y parecían otros. Al muchacho le causaba desazón descubrirlos así, perdida la categoría de objetos propios que, instalados ante las máquinas, tenían todos por igual. Ahora eran como señores de la calle, como desconocidos.

Y, ante sus miradas, volvía ahora a sentirse como ante cualquiera, volvía a respetarlos; sentía que ya no era «el amo», que aquello, aquellas voluntades, aquellos seres, no le pertenecían.

Marcharon a Londres. Los preparativos fueron tan emocionantes como la propia vida. Acompañado de su padre y de su madre, Joaquín fue a comprar un terno nuevo, a la última moda. Le equiparon asimismo de guantes, sombrero y un reloj.

Iba vestido de adulto, como un señor. Era alto y su aspecto ganó severidad con el cambio de atuendo. Aunque no representaba más de los años que tenía, las facciones de su rostro, el aspecto de madurez precoz le hacían parecer mayor desde lejos, lo que se comprobó al vestir de hombre.

No se pudo evitar que el trayecto de su casa a la estación, a pesar de la anticipación que se habían tomado, siguiendo la costumbre del señor Rius, se hiciera con intranquilidad y precipitadamente. Por fin se instalaron en el compartimiento, y a los primeros augurios de partida, cuando la llegada de los rezagados se hace más aparatosa y suenan los primeros campanillazos, y un silbido, y adioses en el andén, y la máquina se exaspera con un bufido sensacional, doña Paula, que quedaba allí con el hijo menor, no pudo contener unas lágrimas.

—Abrigaos, abrigaos —eso que se dice siempre en el último segundo.

Para Joaquín fue la revelación del mundo de los viajes; de los caballeros que se

enfrascan horas enteras en la lectura de los grandes diarios; que le rozan a uno en el pasillo sin fijarse en él, pero haciendo una ligera salutación ceremoniosa. El mundo de los coches restaurantes, con sus mesas, y los desconocidos que hablan francés y beben agua mineral. El mundo de las aduanas, aparatosas y corteses; gente que va y viene, conocidos de un minuto, y que no se olvidarán jamás. Pasar horas, muchas horas en el tren, muchas más de lo que uno pudiera sospechar que caben en un día.

A los dos días, la llegada a París. El recuerdo del primer hotel donde se aposentó en su vida, de los camareros y botones donde con solo levantar una ceja ya habían comprendido, y se ponían a las órdenes con una inclinación. El recuerdo de la primera cama del hotel donde se acostó, rendido, con el escalofrío del cansancio y la sensación dulce del hilo de las sábanas. Y, al despertarse al día siguiente, el empeño, la ilusión de salir a la calle para conocerlo todo, tragar en un minuto una ciudad de la que, al cabo, le quedaron en la memoria no más de tres o cuatro siluetas imprecisas: el arco de la Estrella, Notre Dame, los puentes sobre el Sena, los jardines de las Tullerías, el Louvre. Recuerdos de anchas calles, de damas elegantes, con cuerpo esbelto y perfumado, que paseaban con el perrito. Y por la tarde, el tren de nuevo, y después el barco. Sentirse en el estómago vagamente una desazón, y el temor de marearse y el que no vaya a parecer que uno empieza a sentirse mal, entre tanta gente que viaja como si tal cosa. Y luego una impresión de bonanza, y Londres; Londres allí, arrimado a ambas orillas, anunciándose por grandes columnas de humo y de bruma: el progreso, la capital del mundo moderno, el trabajo, la felicidad...

Las emociones eran demasiado seguidas; temía que todo se evaporara en un instante, como un sueño. Pero al despertar, cada día, renacía en su ánimo la idea de que no era así, de que se enraizaba a su ánimo la costumbre de una normalidad, de afincamiento en el ámbito. La ciudad, al tercer día, le parecía que ya no era extraña; conocía los caminos inmediatos del hotel, uno de los números y el trayecto de cierto ferrocarril de ciudad, el tranvía, que va de un lado a otro sin más fuerza que la de la electricidad, conducido por un hombre que se limita a echar a un lado y a otro una manivela. Y salía con su padre por la tarde a mirar escaparates, a tomar un té, por iniciativa suya, té que el padre encontraba detestable, y él, delicioso. Después, volvían a caminar y llegaban al hotel cansados, y con un montón de compras hechas a la deriva, muchas veces sin expresa voluntad, a causa de la dificultad del idioma y de que los ingleses no saben el francés. Él, Joaquín Rius, hijo, servía de intérprete a su padre, que tenía unas nociones de francés muy vagas. El padre empezaba a admirar la decisión de su hijo, y sobre todo, su naturalidad y su desenvoltura. Tenía una entrada irregular en las conversaciones, pero en seguida se expresaba con rotundidad y con una firmeza casi autoritaria, que admiraba a su padre. Este lo estaba descubriendo.

El joven Rius se demostró superior en las relaciones comerciales del padre. En la visita a los grandes talleres de la entidad de la cual eran clientes, el hijo Rius supo ganar la delantera al padre en muchas cosas, a pesar de su ignorancia en la técnica.

Pasaron los días y vino el retorno. El hijo abandonó Londres de mala gana, con

tristeza. Por menos de nada se hubiera quedado allí. El padre, en cambio, no podía disimular que el desorden, la prisa, la comida de hotel, la presencia de señoras elegantes empezaban a asfixiarle. Sentía la nostalgia de la zapatilla y del fogón casero. Recordaba a su mujer, la fábrica. Recordaba incluso la botica de hierbas que antaño abandonó, cediéndola a un pobre infeliz, que permanecía todavía en ella envuelto en vahos de tilo. Lo recordaba todo y miraba el paisaje con impaciencia.

El hijo, en cambio, no recordaba nada, sino lo que dejaba atrás. El espectáculo de Europa se le había clavado en el pecho, con furia de torbellino. Observaba a su padre; una idea que le venía sacudiendo todo el viaje, la idea de que su padre no servía para viajar, hacía nacer un leve menosprecio por ciertas de sus actitudes. En efecto, en los talleres de la Sociedad, ante la gente tan pulcra, no siempre había sabido comportarse y su hijo había tenido la impresión de que le miraban y trataban con sorna. Y luego, en el hotel, la forma campechana, improcedente, de dirigirse a los camareros, como si fueran seres iguales, y fuera la primera vez que viajara... Las damas le miraban sonriéndole y él les dirigía de reojo una mirada de reciprocidad, pero se ponía colorado. Joaquín Rius, hijo, pensaba que su padre no sabía estar a la altura de las circunstancias; Rius, padre, no hacía más que decirse: «¡Qué gran idea fue llevarle a los jesuitas! Ni se nota que sea hijo de trabajadores». Adivinar que su padre pensaba esto, sacaba de quicio a Joaquín.

Al llegar a casa, la superioridad de Joaquín, hijo, sobre toda la familia fue cosa declarada. El día en que, al llegar del colegio, dejó con golpe triunfal el bloque de libros sobre la mesa, afirmaba su decisión. Y al regreso de Londres, la impresión que su padre tenía de hallarse ante un ser más educado, más joven, que hablaba francés con desparpajo, y cuyas ideas habían sido escuchadas con interés hasta por sus proveedores de Londres, fueron la afirmación de la supremacía del hijo.

Este empezó a hablar, a hablar copiosamente en la mesa, en alta voz; a discutir las opiniones de su padre. Don Joaquín estaba siempre retrocediendo, dándole la razón. En el fondo, don Joaquín hallaba en la vitalidad del hijo un resabio de su vitalidad de los veinte años, cuando decía a Paula: «Si tuviera dinero, ya lo tendría todo. Si tuviera dinero, no haría más que tener dinero».

La ambición se le había mitigado temprano. Al regreso de América, deseoso de hallar, por fin, un remanso de paz tras la larga temporada procelosa, se habían marchitado sus anhelos primerizos. Y se contentó con lo segurito, con el vivir en paz, con gozar del trabajo y de la familia. Ahora notaba, sin embargo, que en su hijo retoñaba, amplificada y poderosa, la antigua ambición, que este debía llevar en la sangre.

Joaquín Rius, hijo, fue a la fábrica todos los días con su padre y tomó la dirección de algunos aspectos del trabajo, sobre todo en lo concerniente a la organización de horarios. Tomando modelo de algo que había oído en Londres, puso en práctica, siempre como cosa de su padre, a quien había estado convenciendo durante cuatro noches seguidas, el sistema de los distintos turnos, que hacen rendir, ampliando sin

ningún coste, a una máquina hasta el triple de la producción. El imberbe se imponía incluso a los más viejos, que le miraban con prevención. El contable Llobet, apegado a la rutina del trabajo, había intentado oponer a las razones de Joaquín otras, entre ellas que con el tiempo la maquinaria se iba a resentir de la presión a que se la obligaba. Pero el hijo de Rius opinó que, con el rendimiento triplicado, en el término de un año podían renovar hasta dos veces las piezas averiadas, y aun el número de telares. No ocurrió como el contable Llobet había presumido; por el contrario, los hechos dieron la razón al hijo de Rius. Al año de su ingreso, la fábrica contaba con veinte telares y, pagada la nueva maquinaria, los beneficios eran superiores a los del año anterior. El número de trabajadores de la fábrica, sumados los tres turnos, llegaba al centenar.

Todo había cambiado de aspecto. Los Rius ya no vivían en su piso de la calle de la Paja. Al regreso de Londres, Joaquín empezó a quejarse constantemente a su madre, sin recatarse, de cosas que ella consideraba naturales, y que no podía comprender que causaran extrañeza.

—Mamá —le decía—, no sé cómo no te das cuenta que da asco verte con este delantal.

—Es el mismo de siempre.

—Es que siempre ha dado asco.

—No sé a qué vienen esas finuras. Desde que has estado en Londres, hijo... Habrá que decir a tu padre que no se le vuelva a ocurrir.

Pero el padre amonestaba:

—Paula, Paula...

El padre no se presentaba ya a comer sin corbata. Tampoco, desde que en el comedor del hotel, en París, el hijo le señaló la improcedencia, usaba los mondadientes.

La idea del cambio de piso fue propuesta una noche, meses más tarde. El hermano menor hablaba con un vecino, desde la galería.

—Cállate —le dijo Joaquín.

—Cállate tú —respondió el otro. Y después, más fuerte, al vecino—: ¡O... y... e! Joaquín, hijo, dio un manotazo sobre la mesa:

—Es imposible trabajar aquí.

—Vete al cuarto.

—Está lleno de moscas y se huele el aceite de todo el vecindario. ¿Cuándo os decidiréis a vivir como las personas?

—¿Es que vivimos como los cerdos? —dijo la madre. —Cuanto más dinero ganamos, más pobres parecemos —objetó él.

—Lo que yo no sé es adónde iremos a parar con estos aires de señorito.

—Aires de señorito, pero me levanto a las seis todos los días; y papá y yo hemos ganado este año lo suficiente para no oler el aceite de la señora del tercero. Acabará aburriendo mi casa.

La madre estaba desconsolada:

—Si me sacáis de aquí me dais un disgusto, un disgusto muy grande.

Pero don Joaquín se le acercó, cariñoso:

—Tienes que hacerte a la idea de que no eres aquella Paula de los veinte años, cuando con un trozo de casa nos bastaba para todo. Te acuerdas que me decías: «¿No curarás nunca?». Pues ya ves: ahora quiero que seas una señora.

—Ya es demasiado tarde.

Quedó acordado que alquilarían un piso vacante en la parte alta, un piso nuevo, acabado de hacer, y por el que solo pedían —doña Paula se horrorizó— trece duros.

—¿Dónde iremos a parar con estos gastos? —se lamentaba. —De los muebles me encargo yo — dijo Joaquín, guiñando el ojo a su hijo mayor, que le sonrió, agradeciendo la complicidad—.

He visto una habitación de matrimonio, Paula...

—¿Es que no está bien esta? Se puede decir que en esta cama hemos nacido todos.

—Pero ya verás tú qué habitación. Luis XIV.

—¿Qué es eso?

—Es el nombre de un rey.

—Prefiero una cama Joaquín Rius como la que tenemos. Déjate de camas Luis XIV y León XIII. Me parecería que me he vuelto mala.

Su marido se echaba a reír.

—Tienes que acostumbrarte al servicio.

—No quiero servicio, de ninguna manera.

Al final, casi lloraba:

—¿Es que no hemos estado bien como hasta ahora? ¿Es que no lo he hecho bien?

—No hagas escenas, mamá —replicó el hijo mayor—. Es necesario hacer esto; y además, parece mentira que seas así. Su voz había sido dura, como la de una autoridad.

—No piensas en nosotros.

Y quedó resuelto.

Con la casa, el tren de vida cambió. Lo curioso es que doña Paula, superado el espanto de los primeros meses, superada la angustia de no poder bajar un momento a charlar con la de la panadería, a hablar con sus antiguas compañeras de la planchadora —su madre había muerto en paz cuatro años antes—, superado el no poder trastear impunemente por el pisito, en aquellas grandes alcobas donde cada sillón, cada canterano, cada jarrón de flores parecían espiarla, logró, sin embargo, acomodarse a la idea de que era mujer rica; y si no era una señora, por lo menos la esposa de un señor. Con relación a la cama tuvo, al principio, sus dificultades. Ella estaba acostumbrada a dormir en posición convexa; es decir, a que la cabeza y los pies estuvieran casi más bajos que el centro, de acuerdo con el imperativo de una cama a la antigua, de muelles prepotentes y en vértice. «La cama de Luis XIV»,

como la llamaba, a pesar de que constantemente la corregían, tenía una forma, clara es, cóncava; y esto, las primeras noches, era difícil hacérselo comprender al cuerpo habituado; tenía miedo de hundirse demasiado y la hacía soñar cosas raras. Pero pronto se acostumbró.

La carrera financiera de los Rius fue, a partir de aquel momento, de éxito en éxito. Joaquín Rius, padre e hijo, en los tres años siguientes, lograron convertirse, sin discusión, en los primeros fabricantes de tejidos de la ciudad. Ocurrió en dos etapas sucesivas; a raíz de dos viajes que el hijo de Rius hizo, solo, a Londres, de los que trajo un nuevo tipo de máquinas de tejer, desconocidas por los demás. El género fabricado se distribuía por toda España; don Joaquín, el padre, cuidaba especialmente de los contactos con las casas compradoras de la Península. Nunca dejaba, sin embargo, de pedir opinión a su hijo, que era quien de hecho llevaba la marcha general del negocio. El de coloniales había pasado a segundo plano.

Lo llevaba el hijo menor, Fabián, un jovencito sin iniciativa y sin alientos; o dejaba, mejor dicho, que se llevara solo, con Llobet y los empleados. Lo que hicieron fue sacar aquel negocio de su sede y trasladarlo a otro lugar. Además, remozaron el antiguo almacén y le dieron un aspecto decidido de fábrica, de gran fábrica a la moderna.

A remolque de la distinción de indumentarias entre el amo, o los amos, y los empleados y obreros —el padre Rius no usaba ahora la gorra más que eventualmente—, desapareció también el antiguo carácter familiar del negocio. Ahora un obrero no hablaba jamás con el señor Rius o su hijo; se limitaba a saludarle desde lejos. El hijo Rius ignoraba, o acaso fingiera ignorar, los nombres de los empleados y de los obreros, y no les miraba nunca a la cara, sino a las manos, o a los pies, cuando trabajaban. Siempre estaba serio, jamás se le veía sonreír. Esto era de gran impresión en aquellas gentes, que se lo figuraban en todo instante de una noticia o un telegrama trascendente con relación al negocio; cosa que quedaba justificada por el auge milagroso que, de día en día, este iba tomando.

La fábrica seguía llamándose «Tejidos Joaquín Rius»; pero, caso de un añadido, hubiera tenido que ser «Joaquín Rius y Padre», pues el verdadero amo era el hijo. Con lo cual, no se tocó.

Joaquín Rius, hijo, a los veinticinco años había vivido el mundo de los negocios como una persona de cuarenta. Ello comporta la madurez en todos los demás aspectos de la vida. E infiere a todos los demás aspectos del hombre un aire frío y previsor, que llega hasta las raíces del corazón. Hombre sin problemas, se planteó el llegar a una definitiva cristalización total de su éxito: se propuso casarse. Este era el único modo de echar al suelo el valladar que le separaba de la vida de los «demás»; había olvidado esa ambición con tanto trabajar, pero se mantenía en su interior vigilante con los recuerdos y los propósitos adolescentes, constituía un trasfondo

inmutable de su espíritu.

La tarde de la Merced, cuando el paso lento de la procesión obliga a los fieles a mirar con lentitud a todos lados; a buscar el balcón de donde cayó el clavel, la retama; a dejar discurrir la mirada vagamente por el telón de las calles, cuajado de balcones; Joaquín Rius, hijo, que participaba en ella con el gremio de fabricantes, adherido públicamente al cívico cortejo por primera vez, alcanzó a captar la figura de Mariana Rebull en el centro de un amplio balcón lleno de gente, de muchachas de su edad, sin duda el más rutilante de la calle de la Puertaferriosa. Joaquín Rius contempló a la muchacha, en absoluto ajena a él, y la vio reír y mirar a todos lados, volviendo la graciosa cabecita. Dedujo que se trataba de la hija de los dueños de la casa, por la desenvoltura con que se movía, por la seguridad con que se mostraba, contrastando con la timidez de las demás. Le parecía una muchacha muy joven, con algo peculiar, distinguido y personal.

Al día siguiente, al volver de la fábrica, pasó, casi sin proponérselo, por la calle de la Puertaferriosa. Contempló el balcón, ahora cerrado, del que trascendía una tibia luz.

Se dirigió a una pequeña lechería situada ante la misma casa; allí, sin duda, podrían informarle.

Tomó un café con leche y preguntó quiénes eran los dueños de la casa, los que vivían en el principal.

—Los señores Rebull —le dijo la sirvienta—. El joyero Rebull.

Largos días estuvo pensando en la graciosa muchacha de la tarde de la Merced. Había visto, pasando por la calle de la Platería, la joyería Rebull, y recordaba que era, sin duda, la más lustrosa de toda la ciudad. Por otro lado, el aspecto de las gentes del balcón no engañaba.

Sin duda se trataba de gente rica. El nombre de don Desiderio Rebull había aparecido alguna vez en los periódicos, en la reseña de actos, de reuniones de entidades culturales.

¿Cómo acercarse a la muchacha? Debía de ser muy joven. Esto era importante. Las chicas acostumbraban a no salir del centro de su vida social, de su reducto; es uno quien tiene que llegar hasta ellas. ¿Y cómo luchar contra los demás, los del mismo ambiente que ella, cuando, ya mayor, estuviera en situación de verse rodeada por ellos todo el día?

Joaquín Rius descubría con tristeza que para realizar su propósito era preciso anticiparse, no aguardar a que una diferencia de edad impidiera, más adelante, conquistar la estima de las únicas muchachas que podían aceptarle: las que no han llegado a los veinte arios, es decir, las únicas capaces de casar por amor.

No volvió a pensar más en ello, hasta un día en que vio a Mariona, con otras amigas, regresar de uniforme a su casa. La chiquilla iba al colegio del Sagrado Corazón.

Al día siguiente, a las cinco de la tarde, Joaquín Rius, ni corto ni perezoso, se

presentó a la salida del colegio. Había allí muchos jovencuelos de lo más presumido, rondando la calle. Él, en cambio, quedó alejado, sin mezclarse y con cara de ascos.

Decididamente —pensó— no habría manera de vencer la angustia, de alcanzar el objetivo. Era demasiado para él, a sus años y con su aspecto. Pero aconteció que, al pasar, Mariona Rebull le había dirigido una sonrisa inconfundible, e hizo penetrar en su corazón algo cuya existencia no había tenido ocasión de sospechar jamás, y que confundió con el amor: una súbita sensación, de gozo y de ternura.

Toda la noche estuvo dándole vueltas a la sonrisa de Mariona. ¿Será cierto que existe la predestinación? Pero no; en ningún modo es posible despertar sentimientos en un instante; y él no debía aceptar ser víctima de la coquetería momentánea de una colegiala.

Y sin embargo, tenía que intentarlo, era la gran oportunidad. Era preciso vencer la repugnancia.

Todavía no se decidió.

A los pocos días de su primer sondeo, hizo llamar solemnemente al landó que tenía por costumbre alquilar, y se presentó, de punta en blanco, a la salida del colegio.

La muchacha, confundida entre las otras, había rehuido el encuentro pasmada, y se alejó, con azoramiento.

Pero ya no podía negar que estaba enamorado; y al día siguiente volvía a estar allí; cuando le habló, notó que las palabras fluían de su boca con melodía especial, como si fuera otro el que hablara —su corazón, sin duda— y él se limitara a hacer de intermediario, a dejar brotar los sentimientos. Después, al alejarse, otra vez le pesaba el esfuerzo del que hasta entonces no se había dado cuenta. Esfuerzo de llegar hasta ella, de saludar, de realizar la comedia. Sin embargo, las cosas iban bien. ¡Si lograba hablarle largamente, si consiguiera convencerla de que le concediera una hora para charlar, todo estaría ganado! ¿No valía la pena de pasar el mal rato? ¿Acaso no se le brindaba con ello felicidad a su corazón y, sobre todo, la posibilidad de ser, en el acto, uno de los «demás»?

¡Y al fin lo consiguió! Fue después del cuarto día cuando Mariona, con el ceño fruncido, se dirigió muy seria, sin mirarle, calle abajo, al lado de la señorita de compañía. Él la seguía desde lejos, y Mariona de vez en cuando se volvía a mirar disimuladamente, un instante, sin sonreír. Y antes de doblar por la primera bocacalle, notó, con alegría, que dejaba escurrir un papel, y se apresuró, emocionado, a recogerlo. Lo leyó a la luz de un farol, mientras por primera vez notaba un temblor en sus manos. Se veía en el caso de tener que comunicarle algo importante. Era cosa excepcional y sería la única y última vez. Al día siguiente se encontrarían, a las seis de la tarde, en el patio de la iglesia de Santa Ana.

Al día siguiente Joaquín Rius, con diez minutos de anticipación, paseaba impaciente por los claustros. Los cinco minutos de retraso con que Mariona llegó los

llevaba clavados en el ánimo. Por fin la vio aparecer, acompañada de doña Clotilde.

Esta, como obedeciendo a una consigna, penetró en la iglesia. Mariona quedó frente a Joaquín, absolutamente seria.

—He pedido que me dejaran hablar con usted por última vez, y la señorita me ha dado permiso con esta condición: que le dijera que no tiene que verme más.

Joaquín Rius no pronunciaba palabra. La casi absoluta oscuridad del claustro hacía tremendamente negros los ojos de la muchacha. El la miraba fijamente. Por fin:

—¿Es la señorita quien dice que no debo verla más?

—Sí; y yo también.

—La amo a usted, Mariona, desde el primer instante en que la vi.

En lo hondo de aquellos ojos negros, algo se produjo que los nubló un instante: Mariona retrocedió unos pasos y se apoyó en la balaustrada de los claustros. Después dijo:

—Ya lo sabe usted; no tiene que verme más.

—¿Es que obro mal queriéndola? ¿Es que no hará lo mismo cualquiera que la conozca, Mariona?

Ella seguía apoyada, pero había bajado la cabeza. Notó que estaba trastornada.

—No me puede obligar a esto. Desde ahora le digo, Mariona, que no lo cumpliré.

Un murmullo de viento fresco suscitó el escalofrío de los mirtos del recinto del claustro. Hasta ellos dos llegó una profunda bocanada de fronda.

—¿Puedo conocer al menos cuáles son sus sentimientos con respecto a mí?

—Mis sentimientos son no disgustar a mi padre y ser buena.

—¿Es que no lo es, por dejar que la quieran?

—Anteayer —prosiguió Mariona— mi padre supo que usted me pretende y me ordenó que no le viera más. Dé usted gracias de que le comunique esto yo misma.

—Mariona —dijo Joaquín haciendo más enérgica y segura su voz—, Mariona. No soy un muchacho, la adoro con un corazón de hombre, de hombre que sabe lo que quiere y que no desea más que seguirla amando. Jamás cesaré de seguirla y de repetirle que es usted el sueño de mi corazón, que caería arrodillado a sus pies, adorándola —y estaba a punto de hacerlo, pero no se decidió—, que, pase lo que pase...

Con gran asombro notó que la chiquilla le miraba y que sus ojos estaban anegados en lágrimas:

—Joaquín, Joaquín... Él le cogió la mano y se la besó.

—No debemos vernos: estamos pecando.

—¿Pecando? Ah, no puede decir esto, Mariona...

—Pero es preciso que no nos vean juntos, que...

—Llora usted, Mariona... —prorrumpió Joaquín, exaltado.

—No hago más que pensar que es usted desgraciado por mi culpa, y cuando pienso en usted tengo deseos de llorar —dijo ella, mirándole, con un mohín.

—Pobre chiquilla mía, no puedo verla con esas lágrimas en los ojos. Quiero verla

sonriente a mi lado.

Pero en aquel momento salía doña Clotilde, buscando afanosamente en la penumbra dónde estaría Mariona. Esta se despidió a toda prisa de Joaquín, secándose rápidamente las lágrimas:

—Adiós.

—¿Cuándo nos veremos?

Ella ya marchaba.

—Mañana aquí, a esta hora —oyó que le decía, imperceptiblemente. Y oyó que decía de nuevo—: Adiós.

Y la vio desaparecer; poco a poco la conmoción extravagante de su pecho se iba mitigando, desvaneciendo; y lanzó un gran suspiro, para acabar de encontrarse a sí mismo.

Al día siguiente volvía a estar allí.

V

A FIN DEL CURSO, en mayo de 1888, Mariona Rebull terminó el colegio. En junio, los Rebull se fueron a veranear. Poseían una gran finca en el Vallés, a unos treinta kilómetros de la ciudad, una heredad de su madre. Abandonada en manos de colonos desde la muerte de esta, don Desiderio consideró que ya era hora de ocuparse de su revalorización. Durante todo el invierno hizo viajes a Santa María del Valles y logró arrancar de la rutina de los colonos los trozos de tierra y acondicionar la gran casa para vivir en ella los meses de verano. La casa solariega centraba un grupo de casas de payés, menores, abiertas en semicírculo. El corazón del barrio era un patio al que desembocaban las puertas de todas, y que por la noche quedaba herméticamente cerrado al exterior por dos grandes puertas de porche, de un color rojizo, por las que se encaramaban los musgos.

La familia Rebull, con parte del servicio, pasó allí los dos meses siguientes. Barcelona iba a adquirir un gran relieve: estaba en vísperas del acontecimiento de su Exposición Universal. Para que Mariona pudiera acudir a los festejos era indispensable ponerla de largo en seguida. Quedó resuelto que regresarían, pues, a últimos de agosto, y así lo hicieron. La entrada de Mariona en sociedad se verificaría en septiembre.

Con los preparativos, en la gran casa llegó al paroxismo la nerviosidad. A medida que se aproximaba la fiesta, Mariona se iba sintiendo más y más importante.

La fecha llegó. Muy de mañana los grandes salones tuvieron que sufrir las idas y venidas de las sirvientas que realizaban la última limpieza; doña Clotilde, con el continente severo, su cinta de terciopelo en el cuello, daba órdenes por todos lados; parecía que tuviera el don de la ubicuidad y a través de los impertinentes descubría invisibles motas de polvo sobre los muebles. A media mañana empezaron a llegar los regalos. Grandes centros de flores y figuras de porcelana: damas de rotundo polisón, la faja en revoltijo, el aire de danza. Pequeños dijes y pinjantes, regalo de joyeros amigos; cajas con bombones de chocolate, envueltas con papeles de seda que parecían la seda misma, atadas con lazos verde Nilo; un reloj, con sus iniciales y la fecha. Las tarjetas eran suavísimas y caligrafiadas a la inglesa, indicio de la calidad de las gentes que allí se iban a congregarse aquella tarde: don Sebastián Aleu y señora, don Jacinto Miralles, las chicas de Amer, los señores Grases, Ernesto Villar, Carolina y Gertrudis Millet, Pepe Dolz, Armando Riba, los Niebla, los Puig Ribalta, los Tell, doña África Costa y sus hijos, Javier de Castro, Evelina Torra... En un ángulo, un jarro monumental de cristal grabado con incrustaciones de plata lleno de docenas de rosas de Alejandría. Y una tarjeta: Joaquín Rius.

—¿Quién es?

Don Desiderio, que se había calado las gafas, cogió la tarjeta y leyó el nombre.

Después la volvió a dejar en su sitio. Mariona había sentido un leve momento de zozobra.

—Y aquí mira, Pepe Dolz, qué cajita más linda para poner las joyas... Esos bombones están riquísimos. Me los voy a terminar antes de que vengan.

A media tarde empezó a llegar la gente. El primero en llegar fue don Jacinto Miralles, con su barbita blanca y el paraguas.

—No, no llueve, pero está a punto. ¿Qué tal va esta fiesta? ¿Muy emocionada?

Inmediatamente fueron llegando los demás. Al anochecer, la fiesta alcanzaba su apogeo.

El festejo era colofón de un rosario de ilusiones, de preparativos realizados durante largas semanas, la cristalización de una serie de pronósticos y proyectos hechos en la temporada de veraneo, a los cuales nadie en la casa había estado ajeno. Mercedes había contribuido más que nadie al esplendor de la fiesta. Y allí estaba, en un rincón, contemplando con una sonrisa emocionada el éxito de su hermana, la ilusión y el brillo de sus ojos, el aire de fatiga que la excesiva felicidad nos causa. Por fortuna, todo había llegado en su día; la ilusión de una hora se había superpuesto a la ilusión de las horas anteriores, y aquella dicha, la explosión de las enhorabuenas, los regalos, todo era maduración de prolongadas horas de espera.

En aquellos momentos la morada de los Rebull acusaba sus ángulos más señoriales. La disposición de los muebles; las profusas vitrinas, llenas de objetos sugerentes: amplios abanicos en los que, como en un ala de los tiempos, se aposentaba la cortesía y el esplendor de dos centurias; deliciosas figuritas; miniaturas, antiguos rosarios; crucifijos de marfil, impávidos al calor de la mano que los sostuvo y se asió a ellos en la agonía; pendientes de payesa, de antigua payesa, que ahora dormiría el sueño augusto entre raíces de ciprés, en un camposanto pueblerino, ignorando la estirpe ciudadana que, a través de los siglos, mantenía en vilo el poder de su misma sangre; retales de brocado, y opulentas esmeraldas, sustraídas al comercio humano, porque en su verde profundo habían dejado huella los alientos de los antepasados, marcando su destino hasta el fin de los siglos; todo cuanto los muertos no pudieron llevarse consigo, ni la vida logró pulverizar; estaba allí encerrado, tornasolando el aire con su presencia, a la vez fastuosa y misteriosa.

Los amplios salones, de tapicería suntuosa, en la que la luz, la fogata amaestrada de las lámparas resbalaba cariñosamente; los cristales de los ventanales, mosaico de las claridades más sutiles; cuadros, en cuyo fondo destacaba la mancha delicada de un rostro de varón, de mirada severa y serena, la mano aposentada sobre el ángulo de una mesa; o damas con cofia de terciopelo, augustas, cuya expresión era indicio de la conciencia de su rango, de la pausa con que habían ejercido su ministerio de madres y de esposas, buenas administradoras hasta de su cariño, y el rumor de rosarios y llaves que debían de hacer al levantarse del sillón en que el pintor las había colocado. Todo adquiriría un lustre mágico y perdurable a la hora en que los invitados pasaron al comedor y a sus adyacentes, donde, en tazas de porcelana holandesa, con cubiertos de

la plata más límpida, en copas de cristal perfecto, les iban a ser servidos el chocolate, los dulces, el champán, las natillas de la puesta de largo.

Joaquín Rius acababa de entrar. En la escalera, después del ceremonioso saludo que le había dirigido el portero, Bernardo, del que le había hablado en una ocasión Mariona, se había arreglado, de una vez ya para todas, el cuello y la corbata, alisado el último cabello rebelde, perfilado el bigote, que las guías habían estado dominando cautelosamente varias horas seguidas. Después, penetró por la pesada puerta que la doncella había abierto inesperadamente, lo que le hizo temer haber sido descubierto en la perpetración de aquellas maniobras. Entregó su gabán y su sombrero, los guantes y el paraguas. No podía negar que en su pecho algo palpitaba distinto de otras veces.

Y no bien acababa de palparse las solapas, de dar un estirón al chaleco, descubrió, al fondo, entre el burbujeo luminoso y el eco de las voces que trascendían del comedor, la cabecita de Mariona que aparecía ocultándose entre cortinas y que surgía de pronto de entre ellas con muestras de una evidente, madurada alegría. Y se dirigía corriendo hacia el recibidor.

—¿Por qué has venido tan tarde?

—Ya te dije que tenía que hacer.

—¿También hoy?

Él la miró y sonrió un instante.

—¿Qué te ha dicho tu padre?

—No ha dicho nada. ¡Estoy más contenta!

—¿Hay mucha gente?

—Están todos. Aprisa, aprisa, entra.

En aquel momento apareció Mercedes en el recibidor.

Con una sonrisa se adelantó a Joaquín, tendiéndole una mano suave.

—Llegas justo a la hora de la merienda. Entra.

Joaquín Rius quedó un poco deslumbrado, y se sentía al principio cohibido por la efervescencia de corros, de personas que llenaban las salas; por la luz que las inundaba. No veía a nadie, naufragaba en el conjunto de todos ellos, que charlaban animadamente; los cuales, al verles pasar, dirigían unas frases amables a Mariona y le miraban a él, interrogativos. Él pasaba, impertérrito, entre los grupos. De pronto, Mariona:

—Papá —dijo, tocando con los dedos la espalda de don Desiderio.

Estaba de espaldas, conversando con unas señoras. Se volvió lentamente.

—Te presento a Joaquín Rius.

Don Desiderio inició una ligera sonrisa. Luego, ofreció la mano.

—Vamos a ir por ahí; voy a situar a Joaquín en alguna de las mesas —expresó Mariona.

Joaquín Rius saludó de nuevo, inclinando la cabeza, salutación que fue correspondida de igual forma por don Desiderio. Después, Mariona lo condujo al

centro de otra sala.

—¿Qué te parece? —preguntó Mariona en voz baja.

—Mejor sería preguntarle qué le parezco yo.

—Le tienes que parecer bien, a la fuerza.

—Eso lo veré dentro de poco.

—Sabes —dijo Mariona levemente seria—, no le hables hoy aún; no es buen día, con todo este jaleo, y los invitados. Después que haya pasado todo esto, quizá...

—Lo que tendría que decirle dentro de unos días se lo puedo decir hoy; y él, lo mismo.

La muchacha le miraba con cierto temor. En aquel momento llegaba un desconocido para Joaquín con dos copas de champán en las manos. Joaquín pensaba: «¿De dónde conozco yo a este hombre?».

Era un hombre joven, alto y elegantísimo. Su cabello era castaño claro. Su porte, señorial, se hacía más agradable aún en el movimiento de sus manos, en sus ademanes. Mientras ofrecía una de las copas a Mariona y sostenía la otra con una mano levantada, como si se dispusiera a sorberla una vez hecha la pregunta, dijo a Joaquín Rius:

—¿No me recuerdas?

—¿Os conocíais? —terció Mariona.

Joaquín observó al recién llegado. De pronto:

—Claro que sí. ¿Cómo estás? ¿Qué ha sido de ti?

Pero antes de que el otro contestara, Joaquín, infundido por un súbito y desconocido entusiasmo, que llamó la atención a Mariona, continuó:

—Claro que sí. Y no hay necesidad que me digas qué es lo que ha sido de ti. Cada día leo tu nombre en los periódicos. Eres igual que en el colegio... Igual..., pero —y le miraba de arriba abajo— todo un hombre, un hombre célebre.

—Y tú también. Ya conozco tu suerte.

—Mucho trabajar; mucho.

Mariona inquirió, en un inciso:

—¿Puedo dejaron un segundo? Doña África no sé lo que quiere.

Y se dirigió al lugar donde estaba sentada la dama.

—Claro es que no me cansa. Desde que salí del colegio no ha habido día que me levantara más tarde de las seis de la mañana, salvo los domingos.

—En cambio, yo no ha habido día que me acostara antes de la una de la madrugada. La política es terrible.

—Bueno, ¿y qué tal el Parlamento? ¿Qué será del gobierno Sagasta?

—Durará hasta que le dejemos. Ahora todo está pendiente de la Exposición de aquí y no conviene dar un mal espectáculo ante el extranjero.

—Vosotros, los políticos, siempre con vuestra mano izquierda.

—Yo procuro tener toda la mano derecha posible... —afirmó, sonriendo—. Pero ¿por qué no hablamos de otra cosa?

—¿De qué quieres que hablemos?

—De algo que no sea política. De muchachas. ¿Te casas?

—No sé...

—Si no sabes, es que sabes que sí... ¿Con quién?

—¿Y tú?

—No hay manera. Me desprecian.

—No lo puedo creer.

—Con las que yo quisiera casarme, no me dejan.

—¿Quiénes, tus padres? —y Joaquín Rius se echó a reír.

—No, no me dejan ellas. Y las que quieren casarse conmigo, no me gustan. Todas esperan tener muchos bebés y que me calce pronto las zapatillas. Comprenderás que soy joven para eso.

Ernesto Villar apuró la copa de champán. En aquel momento pasaba una doncella con una bandeja llena de copas. Ernesto y Joaquín cogieron una cada uno.

—Con lo cual —siguió diciendo Ernesto Villar— me he dado a gustar de la vida, según se me ofrezca.

—¿Vas mucho a Madrid?

—Mejor pregunta si vengo mucho a Barcelona. Es una casualidad que me encuentres aquí. ¡De no haber sido por la Exposición!...

—¿Te gusta la política?

—No; en absoluto. Pero me gusta más que otras cosas. Es apasionante pelearse sin mancharse la ropa. Hacer daño sin que los enemigos dejen de saludarte.

Apuraron las copas.

—Pero cuéntame de ti. Estás cambiado.

—Poca cosa. Todo lo he ganado a pulso.

—Tienes mucho dinero. No se hace más que hablar de ti.

—Me pasa un poco como a ti con las mujeres. Los que hablan de mí, no me interesan; y los que yo quisiera que hablaran, se callan o me desprecian.

—No creo que te desprecie nadie.

—Créelo. Y lo curioso es que cuando pienso en lo que ellos quisieran que yo fuera, me desprecio yo también.

—Pero tienes grandes satisfacciones. Contemplar adónde has llegado, casi sin dejar de ser un muchacho.

—El dinero, en esta ciudad, da muchas cosas, pero quita muchas otras. Seguramente si yo no hubiera ganado dinero me podría permitir ahora cosas que, habiéndolo ganado, me están prohibidas.

—Quizá sea cierto que el dinero no hace la felicidad, pero lo que es seguro es que no hace la desgracia —dijo Ernesto Villar, con soltura. Y después, sonriendo—: Eres desconcertante, como cuando ibas al colegio; y la primera persona a la que veo siempre insatisfecha. ¿Es que te molesta ser rico?

—No. Me molesta ser el primero de mi casa que es rico. Me gustaría..., qué sé

yo..., haber sido hijo mío, por ejemplo.

—No serías más que un niño pesado si fueras tu hijo; preferiría ser hombre rico que niño rico. Por fortuna, no soy ni una cosa ni otra.

—No seas modesto. Tú eres hombre de fortuna.

—A medias. Pero tengo el dinero suficiente para no pensar en el dinero.

—Como todo lo tuyo. También tienes las mujeres suficientes para no pensar en las mujeres, la distinción suficiente para no preocuparte por ella. En cambio, yo —añadió con melancolía—tengo que pensar en todo.

En aquel momento se les acercaba de nuevo Mariona, con lo cual la atención de los invitados se dirigió un poco hacia el grupo.

—¿De qué habláis tanto rato seguido?

—De cosas. Imagínate, compañeros de colegio y diez años sin vernos.

—Tengo que presentarte a la gente. Muchos están intrigados preguntando quién eres.

Joaquín dejó que Mariona le condujera a través de los corros.

—Don Jacinto —dijo Mariona, dirigiéndose al señor Miralles—, le presento a Joaquín Rius, un amigo nuestro.

Junto al señor Miralles estaba un grupo de muchachas que miraban a Joaquín. Mariona le fue presentando sucesivamente: Camila Grases, Concha y Asunción Amer, Lolita Niebla, Amparo Puig Ribalta, Carolina y Gertrudis Millet...

Después fueron recorriendo los grupos: Javier de Castro, el joven procurador; los hijos de doña África Costa, joyeros, como fue su padre, con gafas los tres. Pepe Dolz, hombre ya maduro, pero soltero y con ánimo joven, que hacía reír a Evelina Torra, un exquisito tipo de mujer en sazón. A los Tell, hombres de mundo, absolutamente tontos, que repetían dos o tres frases del editorial del día del señor Mañé y Flaquer tergiversando la intención del articulista con toda la buena fe del mundo. Finalmente, volvieron al punto de partida y Joaquín se encontró enfrentado con don Jacinto Miralles, que acababa de soltar al grupo de muchachas...

—¿Y usted a qué se dedica, joven? —le preguntó con cierto retintín el caballero de barbita blanca y modales atildados. —A tejidos.

—¿A vender tejidos?

—No, a fabricarlos.

—Ah, a fabricarlos... —y después de una breve pausa—: ¿Es acaso pariente de Rius y Taulet, el alcalde?

—No, no tenemos nada que ver.

—Familia distinguida... ¿No los conoce usted?

—No.

Mariona había dejado, con cierta expectación, que los dos hombres hablaran. Ahora se la veía charlando, muy seria, con Ernesto Villar.

—Sí —decía Ernesto—. Ha cambiado mucho.

—¿Erais muy amigos?

—No, muy amigos, no. Era de otro grupo. —Después, mirándola intencionadamente—: Y tú, ¿eres muy amiga de él?

—No; no mucho. Nos conocemos.

Ernesto Villar sabía perfectamente de qué se trataba, pero no lo dejaba traslucir.

—¿Y qué clase de chico era en el colegio?

—Veo que te interesa mucho.

—No es que me interese mucho. Pero no me lo sé imaginar.

—Y aunque lo hubieras conocido entonces, ahora no te lo sabrías imaginar. No sé; era un tipo especial... Y me parece que aún lo es.

—¿Tú crees?

—Hablaban muy poco. Siempre está descontento. En el colegio también. Además, en el colegio hacía cosas desconcertantes. Recuerdo una vez que asumió la culpa de otro por el placer de hacer el gesto. Todos nos quedamos pasmados, porque, en general, era muy huraño. Conmigo siempre estuvo muy bien.

—¿Estudiaba mucho?

—En todo caso lo disimulaba bastante. No quería que le tomáramos por un «aplicado».

Hubo una ligera pausa. Ernesto Villar bebía su sexta copa, pero no se alteraba.

—Ha cambiado mucho —repitió Ernesto—. Ha ganado mucho dinero, muchísimo. ¿En cuántos millones le tasas?

—Yo no tengo idea de lo que es el dinero. Cuando pasa de diez pesetas, ya todo me da igual.

—Eres feliz. A mí me ocurre con las diez mil.

Ernesto preguntó de pronto:

—¿Te vas a casar con él?

Mariona se puso colorada. Ernesto. Villar le había ofrecido una copa y Mariona estaba bebiendo mientras miraba con ojos pícaros a su interlocutor. Al terminar de beber hizo una deliciosa mueca con la nariz y respondió:

—Sí.

Ernesto Villar se quedó estupefacto. Había hecho la pregunta con la deliberada intención de escuchar la palabra «no». Se echó a reír.

—¡Qué niña eres! No lo dirás en serio.

—Lo digo completamente en serio. ¿Por qué te extraña tanto? Ernesto Villar hablaba como para sí:

—Joaquín Rius, Joaquín Rius... Siempre lo veré como el primer día de su llegada al colegio; aquel día nos miraba como si nos lo fuéramos a comer... Pero... —y se dirigía a Mariona— tú no tienes ninguna necesidad de casarte con Rius, Mariona. Además —y la miraba a toda ella—, no sé...

¿No te causa respeto casarte con ese señor?

—Tiene tu edad.

—Pero es un señor mayor. Me ha dicho que no se ha levantado nunca después de

las seis de la mañana. Tú no sabes de esas cosas, pero debe de dar mucho frío tener un marido de esta clase. Mariona le miraba sonriendo:

—Celos que tienes, celos.

Ernesto Villar parecía abstraído. La gente había ido pisando a la sala otra vez y allí escuchaba el rumor de la música con que Carolina Millet obsequiaba a los invitados.

Mariona dijo a Ernesto Villar.

—Nos hemos quedado solos.

—No —repuso Ernesto—. Allí está tu padre con Joaquín Rius. El corazón de Mariona dio un tumbo y salieron por la otra puerta, la de su cuarto. Atravesándola, se dirigieron a las salas donde los demás estaban reunidos.

Don Desiderio atendía a la voz de Joaquín Rius que le llegaba a través de la semipenumbra, que una lámpara de pie hacía acogedora y dulce. El rumor de la música, unos preludios de Chopin, se deslizaba, les distanciaba de los demás, se infería en el pensamiento de don Desiderio.

—Mis pretensiones con relación a Mariona duran desde hace ocho meses —decía Joaquín Rius—. He creído que esta sería buena ocasión para expresarlas ante usted. Mariona ha creído lo mismo.

Hubo una pausa.

—Se equivoca usted, amigo mío, no es buena ocasión —decía con lentitud don Desiderio—. Tengo la sensación de que el día en que mi hija entra en sociedad, viene usted con el propósito de quitármela. Por otro lado, ella no me ha hablado de nada.

—Acordamos que yo le hablaría conociendo el respeto que, como es lógico, usted le inspira. Yo soy ya un hombre mayor; mayor que los años que tengo. Puedo hablarle a usted con absoluta lealtad de mis propios sentimientos.

—Los tengo en cuenta —dijo don Desiderio, después de un silencio—, pero...

Joaquín Rius pasó por un momento de zozobra en espera de la aclaración.

—No le extrañe a usted —prosiguió con calma el padre de Mariona—. Acaba de serme presentado y no quisiera obrar más que como un amigo. El consentimiento a sus relaciones con mi hija no puedo dárselo; en último término, aceptaría que mi hija Mariona me hablase de esto por sí misma, cuando yo hubiera advertido que es capaz de discernir lo que le conviene. No quiero ofenderle a usted, pero no considero que haya llegado ese momento.

Joaquín Rius permaneció callado; se daba cuenta, no obstante, de que al dirigirse a don Desiderio no había deseado más de lo que ocurría. Su propósito era únicamente despertar en aquel hombre una confianza inmediata y directa cuya sensación perdurara largamente en su ánimo. No obstante, adoptaba un aspecto de compunción:

—Crea usted que siento por Mariona el afecto que pueda sentir el ser que más la quiera. En ningún caso quisiera ser un estorbo para su porvenir. Deseo, eso sí,

férvidamente, hacerla mi esposa.

—El tiempo hace olvidar lo pasajero y acentúa lo que ha de durar. Ustedes lo sabrán por sí mismos; tanto si sus sentimientos perseveran como si no, ninguno de los dos se arrepentirá de haber aguardado.

Joaquín Rius calló. La razón era incontrastable. Don Desiderio, al levantarse, puso una mano sobre el hombro de Joaquín, que se había incorporado también.

—El tiempo da la razón a lo que merece tenerla. Confíe usted siempre en el tiempo, amigo mío.

Y luego, con tono pausado y retirando su mano, añadió:

—La juventud es impetuosa; cree que todo se va a agotar antes de haberlo gustado. Nosotros, en cambio, creemos que hay tiempo para gustarlo todo; y quizá tendría que ser al revés. En realidad, somos nosotros los que ya no tenemos mucho tiempo que perder. No tenga usted prisa, amigo mío... —concluyó.

Los dos marcharon corredor adelante, sin decir nada, a reunirse con los demás. Mariona estaba asustadísima aguardándolos, sin atender a lo que dos de los hermanos Costa y las dos chicas Amer hablaban en aquel momento en torno a ella.

Fue en seguida al encuentro de Joaquín. Se lo llevó consigo, disimuladamente, a un rincón:

—Le has hablado; yo no quería que lo hicieras hoy.

—Era necesario, Mariona. Ahora estoy tranquilo.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada; lo que esperaba.

—¿Qué?

—La verdad. Que eres una niña todavía. ¿Qué podía decir?

—Pues si ya sabías, ¿por qué lo has hecho? Me regañará.

—No. Justamente no te regañará. Lo habría hecho si no le hubiera hablado.

Ella le miraba asombrada de la expresión dura de Joaquín.

—Pero le has dicho...

—Le he pedido tu mano.

—¡Oh, qué vergüenza!... —y se llevó las manos a las mejillas. Ernesto Villar, que los había estado observando, se acercaba en aquel momento.

—¿Discordias? —preguntó.

Joaquín Rius le miró un instante con mirada áspera, que se atenuó ante la impávida sonrisa del otro.

Carolina Millet iniciaba un «Impromptu» de Schubert en el piano. Se callaron y se dirigieron, de puntillas, a la silla más cercana. Ellos dos estaban serios, ausentes de la música. Ernesto Villar los contemplaba con mirada aguda y una sonrisa imperceptible en los labios.

Don Desiderio, cautelosamente, se dirigía de puntillas a su despacho. Estaba fatigado; necesitaba estar solo e iba en busca del único rincón solitario de la casa. La música se perdía en sus oídos como una exhalación.

Entró en su despacho y se sentó en el butacón de las visitas. Desde allí escuchaba el bullicio de los invitados una vez que Carolina dejó de tocar. Los aplausos, las exclamaciones, el rumor de los comentarios. Después, las risas y las voces, que volvían a aumentar, transcurrido el rato de silencio. Pensaba en su hija Mariona, en Joaquín Rius, en la fiesta. Desfilaba ante su memoria la cabalgata de los años. Y en un momento determinado oyó a alguien abrir la puerta quedamente, y a través de la semipenumbra le costó trabajo descubrir la fisonomía de su hija Mercedes.

—¿Estás cansado, papá?

—No, es la falta de costumbre.

Mercedes se había aproximado y se sentó después de acercarse a una silla.

—Yo también estoy un poco cansada —dijo—. Han sido días de mucho jaleo.

Y, después, respirando hondo:

—¿Qué te ha parecido la fiesta? —dijo.

—Bien, muy bien. ¿Estás contenta?

—Sí, sobre todo por Mariona. Parece muy satisfecha. El señor Rebull no alteró el tono de su voz; dijo, mirando fijamente a su hija:

—¿Sabías ya lo de ese chico?

—¿De quién?

—De ese chico; de Rius.

Mercedes hizo un signo afirmativo. Después le preguntó:

—¿Te ha hablado?

—Sí —afirmó el padre con media sonrisa—; parece un chico decidido y enérgico. No creo que tenga malas intenciones.

—Oh, eso no.

—¿Pues? ¿Qué te parece a ti?

Mercedes tardó en responder.

—Me parece un buen muchacho. Un chico de muy buena posición.

—No, no es eso —dijo el padre—; no me refiero a él. Debe ser buen muchacho, no tiene mal aspecto. Pero te pregunto por Mariona. ¿Qué te parece? ¿Está enamorada?

Mercedes afirmó:

—Claro, lo está.

—Es tan joven, que siempre tendré la duda de si las cosas le convienen o no. De si debo dejar que decida ella o actuar por mí mismo. En fin, un padre es bien poca cosa en estos casos. ¿Qué haría cualquier otro en mi lugar?

—No. Debes hacer lo que tú creas.

—Esto he hecho ya. Era ridículo que ese joven se me presentara a pedirme la mano ¡de Mariona! ¡De una niña!

Mercedes lo miraba fijamente. Al fin, dijo:

—Por mi parte, papá —y hubo un instante de indecisión—, te prometo casarme con quien tú digas.

Don Desiderio levantó vivamente la cabeza extrañado de la afirmación.

—¿Por qué dices esto, Mercedes?

Rió sin ganas.

—Sé lo que piensas y lo que sientes. Has sacrificado una vida por nosotras. Yo no quiero enamorarme; pero si lo hiciera, lo haría de la persona que tú quisieras.

—Por Dios, Mercedes, no digas estas cosas. Voy a creer que soy un padre raro.

Y después de un breve silencio:

—No tengo otro deseo que morir viéndoos felices a las dos en compañía de quien vosotras hayáis elegido. Vuestra voluntad es la mía. Siempre ha sido así.

—Siempre... menos en una ocasión.

—¿Cuál? —inquirió el padre con la intranquilidad de quien se siente adivinados los pensamientos.

—Ahora, con la inclinación de Mariona por ese joven. Sé lo que sientes, porque es lo mismo que siento yo.

—¿Qué?

—Que no es un muchacho para Mariona. Ni para nosotros. Y ante el ademán de su padre, prosiguió con viveza:

—No, no es por ninguna razón de las que los demás puedan creer. Ni es orgullo: al fin y al cabo, nosotros sabemos bien quiénes somos y de dónde venimos; no nos va a doler el hecho de que la familia Rius sea más o menos de nuestra conveniencia. Conocemos bien los defectos de muchos de los que consideramos «un buen partido». No es por eso. Es... qué sé yo; él, él mismo.

—¿Qué le has notado?

—Y tú lo has notado también —dijo con viveza a su padre. La mirada de don Desiderio se aclaró momentáneamente al decir:

—En realidad, no es que nosotros seamos muy distintos a ellos. Es que Mariona es muy distinta a él.

Y después de un momento de reflexión, añadió:

—No serían felices.

—Eso es exactamente lo que yo he notado —asintió Mercedes—. Lo que no puedo comprender es por qué nos dan esta sensación de ser tan distintos a pesar de avenirse tan bien.

—Por una razón: porque ninguno de los dos está enamorado.

Y ante la extrañeza de Mercedes, prosiguió:

—Ella es el primer hombre al que ve, que se le dirige. Sin darse cuenta es para ella la seguridad de que no es ya una niña. No le durará. Y él..., él es distinto.

Don Desiderio concentraba sus ideas. Puntualizaba:

—Ha creído que esta boda sería su complemento, lo que le falta. Pero no está enamorado.

—Así —preguntó Mercedes—, ¿tú no crees que sus intenciones...?

—Creo que no hay que darle la menor importancia. —Yo creo lo contrario.

—Tal vez... Sea lo que Dios quiera.

—Conozco mucho a Mariona, como si no fuera hermana mía, como si fuera una amiga. Y temo que, si tú no lo impides, acabará casándose con él.

—¿Por qué?

—Yo sé cuánto pesan en ella las primeras decisiones. No quiere cambiar nunca de camino, aun a costa de su felicidad.

Por esto te digo, y de verdad, que yo me casaré con quien tú me digas.

—No seas chiquilla.

—Sí, sé el disgusto que te daría esta boda de Mariona, disgusto que nadie conocería. Miras el porvenir y ves que en ti se ha acabado la gente de tu casa, nuestros abuelos y nuestros bisabuelos, que vivieron del mismo trabajo que tú, sin pensar en el dinero que ganaban. Que todos tuvieron amigos con el mismo apellido, de siglo en siglo, y que todo esto se trunca por un capricho nuestro... Y —añadió con mayor gravedad todavía— ¿dónde iría a parar nuestro patrimonio, el patrimonio de ser como somos, la joyería, nuestro nombre? A pesar de que tú preveías esto, no te volviste a casar, a causa de nosotras, y porque tenías confianza en que al cabo de los años nosotras sabríamos comprenderlo.

—Sacrificas todo lo que tienes... Además, te equivocas. Es completamente innecesario.

—Aunque lo fuera, es nuestro deber. Y no te lo digo porque sí, porque para mí no representa ningún sacrificio —prosiguió—. Si supieras cómo he pensado en la abuela Amalia, que se casó sin conocer al marido, que estaba en América. Y fue la más feliz de todas las mujeres que ha habido en esta casa. Porque no sabía si el marido era alto o bajo o cómo era. Pero sabía cómo se llamaba. Y esto basta. En esta ciudad nos conocemos todos.

En aquel momento entró Mariona corriendo.

Don Desiderio se levantó de la butaca y salió al exterior. Mercedes y Mariona salieron también.

Don Jacinto estaba en el recibidor.

—Me marchó, Desiderio. No hace muy buena tarde y Rosa me está esperando en casa, intranquila por mi reuma. Os felicito.

Don Desiderio le dio la mano y le ayudó a ponerse el gabán.

—Y a estas pollitas, mucho cuidado con cuidar bien a su padre, que, aunque joven, necesita compañía.

—Menos joven de lo que quisiera —observó don Desiderio.

—¡Si tuviera tus años! —expresó don Jacinto mientras cruzaba la puerta, y desde el rellano de la escalera—: Repito, mil felicidades. Cerrad, cerrad; que da el aire.

Mariona no había aguardado a que se marchara del todo don Jacinto, sino que se dirigió apresurada a la sala. Cuando Mercedes y su padre entraron en ella, la encontraron animadísima charlando con Ernesto; de vez en cuando se llevaba las manos a las mejillas.

Joaquín Rius estaba junto a ellos, pero aparentaba no atender a la conversación. Alguna vez dirigía la palabra a los dos esbozando una sonrisa.

Mercedes se fue al grupo en que estaban dos de los hijos de doña África Costa, los de las gafas. Doña África era una dama de porte enérgico. Los cabellos, absolutamente blancos, enmarcaban una tez morena y tersa en la frente, mientras que en las comisuras de los labios se marcaban unas profundas arrugas. Su cuello era alto y delgado, abrigado por una cintita. Observaba, sobre todo, si acertaba a pasar por allí, a Mercedes Rebull, a la que, con ojo perspicaz, había definido tiempo atrás como la muchacha más bella y distinguida de Barcelona.

Hablase casado con don Pablo Costa veinticinco años atrás. Don Pablo había muerto hacía ahora cinco. Ella era norteña, nacida en Santander. Del matrimonio habían nacido tres hijos; el mayor en la actualidad tenía veinticuatro años; muy llevados de aquí para allá por su madre, por la cual sentía veneración. El mediano había heredado el oficio de su padre, la joyería; el mayor estaba a punto de terminar la carrera de ingeniero, y el pequeño acababa de salir del colegio.

Como la mayoría de los chicos sobre los cuales se siente la influencia de una madre superior, el aspecto de los tres muchachos era de gran timidez, apariencia acentuada por las gafas que, como compradas en serie, llevaban los tres iguales. La conversación de los tres tenía rasgos parecidos, como su rostro, y tanto uno como otro recordaban los de su madre. Sin embargo, el mayor, por ejemplo, se decía que llegaría a ser un ingeniero ilustre a juzgar por sus éxitos de estudiante. Aquella era una de las contadísimas reuniones en que se le veía, siempre enfrascado en grandes libros y enormes planos, ininteligibles por sus hermanos y por su madre. Ernesto Villar había dicho a Mariona aquella tarde:

—Ese chico Costa mayor, en vez de felicitarte, te dirá « $32 \times 2ab \times b^2$ ».

—¿Qué quiere decir ésta?

—¿No te has fijado? Detrás de esas gafas están todas las tablas de logaritmos.

El Costa mediano, el joyero, estaba aquella tarde arrimado a una cortina sumido en sí mismo y contemplando las evoluciones de Mercedes Rebull. Era un muchacho de veintidós años, cuatro más que ella. Mercedes notaba la circunspección del joven y de vez en cuando se dirigía a él con la bandeja de los dulces o simplemente con una sonrisa. Pero no había caído hasta entonces en la cuenta de que aquel corazón, heredero del amor por las piedras, por el destello de un diamante, por el dorado cárdeno de un topacio, heredero del nombre y de la propiedad del antiguo taller de joyería, había heredado también de su padre la capacidad del amor desinteresado y fecundo por una mujer, una sola, y que palpitaba ya en concreto por ella. El muchacho se llamaba Federico Costa y sus bisabuelos conocían ya a los de Mercedes.

Joaquín Rius se fue retirando, sin que nadie lo notara, hasta un rinconcito lateral situado en la otra sala. La gente ya empezaba a marcharse, y él, por fin, se levantó; se notaba intranquilo, incómodo. ¿Era aquello lo suyo?

Mariona entraba.

—¿Dónde te habías metido?

Detrás de ella entraba Villar.

—Es tarde, ya tengo que marcharme —dijo Joaquín.

—No te vayas aún, tonto.

Pero él dio la mano a Ernesto Villar, y Mariona le iba siguiendo mientras se dirigía al recibidor.

—¿Por qué te vas tan temprano?

Él se despidió de don Desiderio. Después preguntó, a solas, a Mariona:

—¿Te importará que te vea mañana?

Mariona dijo:

—A las seis.

Don Desiderio había entrado en la sala. En aquel momento Mercedes se disponía a acompañar a Federico Costa; la madre y los hermanos Costa le aguardaban ya en el recibidor.

Un instante, las miradas del padre y de la hija se cruzaron. El muchacho estaba radiante.

Federico se despidió del señor Rebull.

—Adiós, Federico, hasta mañana.

Le dijo «hasta mañana» porque todos los días, de paso hacia su joyería, el chico Costa entraba un segundo en la de Rebull simplemente para darle los buenos días.

VI

LOS DÍAS TRANSCURRIERON VELOZMENTE. La ciudad estaba de fiesta. Para inaugurar la Exposición Universal habían llegado de Madrid la reina madre y su augusto hijo Alfonso XIII, el rey, de cortos años, junto con las infantas y el séquito; llegó también el jefe del Gobierno, Sagasta. Las calles de la ciudad se abigarraban con los uniformes multicolores, con la gente forastera, los extranjeros. ¡Había que ver el recinto de la Exposición! Habían sido abiertas amplias alamedas, todas maravillosamente enarenadas; lindos palacetes donde sorber una limonada dulcísima, donde tomar un granizado de color celeste. Habían sido edificadas grandes hoteles, uno de ellos, el Internacional, en el corto espacio de cuarenta y dos días, poblados de una multitud abigarrada y curiosa que venía de París, de Londres, de Viena... ¡De Europa!... Por las calles, multitud de marineros de nacionalidades diversas daban a la ciudad una pincelada de color ebrio, de ajeno, de pintura al óleo. Los barcos de las escuadras francesa, inglesa, holandesa y americana estaban fondeados en las afueras del puerto y, mezcladas todas las clases sociales, las gentes invadían las «Golondrinas» y navegaban una hora para alcanzar a ver, entre los horrores del mareo, las panzas colosales de los buques que emergían de la mar cargados de gallardetes. Por la noche se organizaban serenatas, bailes, sesiones de magia y de lucha de gallos en el recinto de la Exposición; conferencias, conciertos, actos de confraternidad entre las naciones. Era el desfogue de los brindis fastuosos y cordiales, de las promesas de eterno afecto, de los juramentos de fidelidad a la Monarquía, a la dinastía, a la libertad... La reina paseaba con sus hijos en landó por el parque, tan cerca de los curiosos que estos podían oler el perfume fino que emanaba de aquellos tules palaciegos y decir luego en casa: «Me ha sonreído a mí».

Cuando al día siguiente de la puesta de largo de Mariona Rebull, Joaquín Rius recibió la carta en que esta le decía haberse dado cuenta de que su padre tenía razón, que era demasiado joven, que la vida es muy larga y que en adelante la considerara como una amiga todo el tiempo en que el corazón no dictara otra cosa, Joaquín Rius, sin acertar a saber por qué razón, sintió hondo estupor y miedo. Se daba entonces cuenta del esfuerzo malgastado, de las energías dilapidadas en el noviazgo. Cada paso dado: trabar conocimiento con Mariona, las escenas callejeras, que ahora recordaba con horror; el momento de la declaración, meticulosamente meditado, y en el que por tanto había dejado jirones de vida, momento aprendido y llevado a cabo a fuerza de dominar su voluntad, que se resistía; la escena misma de la tarde anterior, con el padre de la chica, escena que había estado moldeando y que, fosilizada y en frío, había desarrollado al pie de la letra, sin fervor, espoleándose a cada segundo. Y, al fin, para que todo no fuera más que fuego de virutas, una burbuja que la chiquilla hacía estallar cuando le daba la gana, puesto que para ella el noviazgo había sido un

episodio circunstancial, la forma de entablar un primer contacto con la vida. Y ahora era ya mujer, podía ir a los teatros, lucir su escote, dejarse decir al oído que era bella, amar de verdad, no en los claustros de una iglesia y vestida de colegiala. Amar a la luz de las lámparas y de las arañas de los grandes salones, de los grandes teatros, en el palco incesantemente asediado por los pretendientes... Ahora, ya no le necesitaba.

El golpe, aunque fuerte, dio contra un pecho duro. Un pecho endurecido por la realidad y esclavo de las realidades. Por otro lado, no podía negar que un presentimiento le había mantenido prevenido y en guardia. La idea de luchar contra un mundo distinto, contra un ambiente que, hágase lo que se haga, no es el de uno. En el recuerdo, las figuras de ese mundo aparecían como vagamente soñadas, inventadas por él. Y un rencor contra ellas y contra sí mismo le invadía. ¿Qué es lo que precisaba obtener para no ser forastero en la vida, en esta vida de los «demás»? No acertaba a comprender que lo único que precisaba era, seguramente, no sentirse uno mismo forastero. Al imputar la ruptura a la reacción de toda una sociedad contra él —no considerándola como un accidente que cualquiera, en el seno de aquella, podía sufrir—, su corazón volvía a colmarse de amargura; pero el golpe no le hacía renunciar al empeño de penetrar en la vida, abriendo su costra con las uñas, si era preciso.

Otra de las cosas que le ocurrían al pensar en lo acontecido, al agrupar las imágenes distintas de los meses transcurridos, era fundir en una sola la sensación de todos los seres conocidos y tratados en el ambiente de Mariona. Así, no reprochaba a Mariona su defección; ni a su padre, don Desiderio, achacaba tal otra desdicha. Para él eran y representaban lo mismo don Desiderio, Mercedes, Ernesto Villar, el señor Miralles, Mariona, doña África Costa... Todos eran carne de su odio y de su admiración fundidos. En los últimos minutos pasados en casa de Mariona, cuando se dio cuenta, al pasar a la salita lateral, de que aquel ambiente no era el suyo, de que quedaba inexorablemente al margen, todos ellos quedaron identificados. No eran seres distintos: era una sola la manera de sonreír, de pensar, de vestir, de amar de todos. Las cosas que a él le hacían gracia o le causaban disgusto, y que al propio tiempo causarían gracia o disgusto a los «demás», eran las cosas comunes. Pero existían otras peculiares, existía una especie de campana de cristal en el seno de la cual determinadas cosas solo causaban gracia o disgusto a aquellos seres, y a él y al resto de los mortales, ya no. ¿No era, pues, lógico que Mariona, en el justo instante en que le notó mezclado a su ambiente, susceptible de mostrarse cual era entre los seres que constituían «el aire» de Mariona desde la niñez, comprendiera que algo contrastaba, que algo se evidenciaba distinto a lo propio? Y esa comprobación no podía haber sido hecha antes, sino justamente en el mismo instante de la mezcla, como la reacción insospechada de los líquidos en el tubo de ensayos. Era evidente que Mariona prefería casarse con Ernesto Villar, por ejemplo, aunque no le amara, que casarse con él, amándole. Porque en relación a Ernesto, o a cualquier otro de los muchachos de la reunión, existía ya una serie de lazos previos, un amor de subsuelo; mientras que con relación a él todo tenía que ser edificado, desde abrir la zanja y

echar los cimientos hasta la última cornisa. De la misma manera que no había pretendido justamente a Mariona, sino a su mundo, así creía que no era Mariona, sino el mundo de Mariona el que le repudiaba.

Se lanzó con el ardor de siempre al trabajo. Y cuando, por la noche, fatigados sus ojos y sus brazos de trabajar, se dirigía a casa, iba pensando por el camino en que esta sensación de cansancio era ya su venganza. Y entonces, en aquellos días fastuosos de la Exposición, cambiaba la ropa entrañable que había usado todo el día por otra y, en compañía de los suyos, se dirigía al Liceo las noches, que eran muchas, de función.

Los Rius, impelidos por Joaquín, habían adquirido un palco de propiedad en el anfiteatro. En las primeras funciones, Joaquín sentía cierta intranquilidad de que su padre y su madre —con aspecto que, a pesar de los atuendos, denunciaba el origen de ambos— se mostraran ostensiblemente a los ojos voraces de la muchedumbre encopetada. En aquellas primeras funciones acostumbraba a entrar en el palco después, recién empezada la función; y en cuanto terminaba el acto salía apresuradamente a fumar a la sala de los pasos perdidos, donde, confundido entre la multitud de muchachos, creía que evitaba ser señalado, como en el palco. Ahora, en cambio, después de lo ocurrido, permanecía allí, y su presencia, entre su padre y su madre, era una suerte de silencioso desafío a los demás, zafados en la mediocridad de una vida sin lucha y sin mérito.

Y no obstante, no podía evitar que el polen granate en que refluía el conjunto de la luminaria al dar con la tapicería maravillosa del teatro; que los brazos de oro sosteniendo pétalos de gas, e inundando la sala toda de un aire misterioso y difuso, en que los cuerpos parecían balancearse lentamente, náufragos del susurro de la conversación; que los lejanos caballeros del segundo, del tercer piso, que se asomaban, en los entreactos, a contemplar, con los gemelos, los palcos, uno por uno; que las damas de piel de dalia y azafrán mezclado, blandiendo lentamente los abanicos de larga pluma; que la opulencia minúscula de las joyas en los dedos, en los escotes; que el perfume vivo, total, de aquella sociedad le penetrara pecho adentro, colmándole de tristeza y de fervor. No podía evitar sentirse esclavo de aquel mundo. Allí, al fondo, en un palco proscenio, estaban las dos chicas Rebull, con don Desiderio. Mariona volvía la cabeza hacia atrás, con discreción, al hablar con un joven que entrara a saludarla, y sostenía en la mano derecha, en la baranda de terciopelo del palco, un pañuelo de seda esmero, calculadamente suspendido al exterior, como una flor a punto de ser soltada.

Joaquín Rius, desde su palco, la miraba sonreír, allá en la lejanía; no le producía el menor sobresalto, ni amor ni rencor; formaba parte del teatro todo; era la sala completa, la sociedad, la que causaba a Rius apasionados rencor y amor a la vez.

Era la muchacha más bella del teatro. Vista así, en lo hondo del polvillo de claridad granate, la mancha, blanca y prodigiosamente viva, de su carne en los hombros, en el pecho, adquiriría una fosforescencia mágica. Al salir, cuando Joaquín, como los demás, aguardaba tras las columnas de la escalinata el desfile, el frufnú de

las ropas de Mariona era delicado y suave y dejaba un surco de perfume, de perfume de muchacha y de mujer. Su padre iba en el centro y ellas dos a los lados, el peinado alto y trascendental y la larga cola de los vestidos emergiendo, opulenta, de un polisón que acentuaba la fragilidad de un talle diminuto y ágil. Joaquín Rius miraba a otro lado. A medida que pasaban los días, y que había llegado a familiarizarse con su situación, crecía en su empeño. Luego, de regreso, pensaba: «Pero no podrá ser; no lo lograré».

Ernesto Villar frecuentaba el palco de los Rebull. Joaquín había comprobado que fue a saludarles en tres funciones seguidas, en el segundo entreacto. ¿Tiene esto algo de particular? ¿No es, por ventura, lo más natural del mundo? —se decía a sí mismo, tranquilizándose—. Pero recordaba que Villar, el hombre que gozaba gratis de la popularidad y de la estima, se había desenvuelto de una manera extraña al lado de Mariona, la tarde de la puesta de largo.

«Yo, en cambio, tengo que pensar en todo».

Esta sería su fuerza. Pensar en todo. Obligarse a pensar en todo. La naturalidad de Ernesto, que él tanto admiraba, y sus condiciones todas, su manera de ser y su apellido eran tanto su éxito como su fracaso.

Al espiarle mientras el otro permanecía largo rato al lado de Mariona, y ella le miraba con los ojos pícaros, Joaquín adivinaba que la muchacha le decía: «No lo creo. Siempre me cuentas cosas raras»; entonces Joaquín Rius pensaba: «Mañana, a las seis, pensaré en Mariona, y tú no».

Pero existía el teatro, el ambiente, el polvillo de oro granate. Existía el escenario fastuoso y, al levantarse el telón, un silencio repentino, el derrumbamiento del mundo en la tiniebla de la sala, y a su extremo, con el augurio musical que se encrespaba, el auge de un mundo nuevo, incomprensible, de pasiones y muertes, que arañan un instante la piel con un escalofrío.

Mientras fluía el tropel de la música, Joaquín Rius recordaba, vagamente, la fábrica y, como sumido en la embriaguez de las sensaciones, pensaba en los telares y en la producción. Pensaba en el día siguiente.

La Reina Madre visitó el pabellón de la Industria de Tejidos de la Exposición y, en él, se detuvo especialmente en el departamento de «Tejidos Joaquín Rius». El departamento que los Rius ocupaban era grande y fastuoso. Un verdadero índice del auge de la industria textil en España y de la importancia de la firma. Además de los cuadros de muestras de toda la producción real desde la fundación de la casa, quince años atrás, había sido instalada en el departamento una pequeña fábrica en síntesis, donde obreros, con los trajes de fiesta, trabajaban a los ojos de los visitantes, asombrando a la muchedumbre. Había también una pequeña maqueta de la fábrica, y cuadros con estadísticas de la creciente producción y de los focos de consumo, que alcanzaba a toda España e incluso al extranjero.

Todo ello fue mostrado a Su Majestad, que lo observó con atención prodigando comentarios oportunos. A la derecha de la Reina iba el señor Sagasta y, a la izquierda, don Joaquín, padre.

Don Joaquín había estrenado un formidable chaqué. Su cabello era cano, casi blanco. Había engordado y el bigote, lacio y suntuoso, abrigaba completamente su boca.

A la derecha del señor Sagasta iba Joaquín Rius, que estaba al quite de la situación y aclaraba en muchas ocasiones cualquier cuestión que su padre encontrara dificultad en exponer.

Doña Paula estaba sentada en una silla, junto a los telares instalados como muestra. La piel, el largo «renard» que cubría sus hombros, cayendo hasta su cintura, y el ostentoso sombrero de monumentales alas no bastaban a amparar su emoción.

La egregia visitante se detuvo en todas las secciones. Se interesó por la historia de la casa y por la personal del señor Rius. Cuando este le dijo:

—Y aquí donde nos ve, Majestad, empezamos lo que se dice sin un céntimo...

Su hijo, del otro lado, puntualizó:

—Nuestros recursos eran escasos, Majestad, como los de casi todos nuestros colegas. Pero las dificultades se han ido venciendo gracias al orden de que gozamos, orden sin el cual no hay proceso posible.

La Reina, al despedirse, dijo a don Joaquín:

—Merecen el reconocimiento de la Patria.

—Gracias, gracias, Majestad; Dios se lo pague.

El señor Sagasta manifestó:

—Cuenten ustedes con el apoyo decidido del Gobierno, acrecentado con el estímulo que nos da el ver realizaciones tan perfectas. No olvidaré esta visita.

Don Joaquín Rius estaba a punto de llorar. Su esposa lo hacía ya, atendida por la operaria puesta de muestra en la sintética sección de Tintes. No hacía más que decir:

—¡Y que Rius hable con la Reina, con la Reina!...

Joaquín Rius, hijo, en un inciso, mientras Su Majestad observaba las estadísticas, había advertido en voz baja a su padre:

—Llevas un botón del chaleco desabrochado.

Al día siguiente, el *Brusi* reseñaba la visita con todo detalle. La reseña ocupaba dos columnas del diario. El señor Rius hizo que enmarcaran dos ejemplares de la reseña: uno para la fábrica y otro para su casa. El cuadro más importante fue el que hizo con la fotografía de la Reina, que recibió al día siguiente, dedicada: «A don Joaquín Rius, modelo de laboriosidad». La colocó, con gran marco, en la pared presidencial de su despacho, en el centro mismo del tabique frontal, tras su escritorio de gerente.

La reseña del *Brusi* bautizaba a los señores Rius, padre e hijo, de emisarios de la industria textil cerca de la Dinastía. Transcribía todas y cada una de las frases pronunciadas por Su Majestad y por el presidente del Consejo durante la visita. Hacía

una descripción muy minuciosa de lo que era el departamento de los Rius en el Pabellón. Y dedicaba finalmente frases de elogio «al buen gusto que ha presidido la realización de dicho muestrario y a su eficacia instructiva, que ilustra tanto a los expertos cuanto a los profanos en los arcanos de la industria, el nuevo arte de los tiempos modernos, semilla de civilización y de progreso».

En el mismo número, el señor Mañé y Flaquer comentaba la visita de la Reina al Pabellón de la Industria y se refería a las palabras pronunciadas por el jefe del Gobierno al despedirse «de los reputados industriales barceloneses señores Rius».

«Con detenimiento que nos honra y nos complace —decía el editorial del *Brusi*—, el señor Sagasta, acompañando a Su Majestad, ha podido cerciorarse de la laboriosidad, del tesón y del espíritu auténticamente nacional que anima a los industriales catalanes en la elaboración meticulosa y esforzada de los tejidos. Esta rama de nuestra industria, que tanto esplendor viene tomando desde hace largos años, contribuirá a elevar a nuestro país al rango de los grandes centros industriales de Europa y a enviar al extranjero un mensaje, aunque mudo, elocuente de la energía española. No en vano el señor Sagasta ha dicho que no olvidará esta visita efectuada al departamento de los "Tejidos Joaquín Rius", en el Pabellón de la Industria; el señor Presidente del Consejo ha podido darse cuenta de que dicha industria ha salido ya de una esfera puramente privada para alcanzar los estadios de la riqueza nacional. No dudamos que la observación del señor Presidente se traducirá en beneficiosos acuerdos de protección que estimulen a los beneméritos catalanes».

—¡Qué bien está el editorial del *Brusi*! —manifestaba uno de los chicos Tell, los officiosos comentaristas espontáneos del señor Mañé y Flaquer que Joaquín había conocido la tarde de la puesta de largo de Mariona. Y se lo decía al mismo Joaquín en el «stand» del Pabellón de Industria al día siguiente de la visita de la Reina—. ¡Qué bien está! —repetía—. Sobre todo cuando dice lo del mensaje al extranjero, que seguramente causará sensación. Si el Gobierno toma en serio la protección de la industria, las cosas irán de otra manera. ¡Les envidio, les envidio a ustedes los fabricantes! —repetía.

—Eso me temo —exponía Joaquín Rius—. Hasta ahora hemos trabajado de acuerdo con nuestra propia iniciativa y con nuestro propio estímulo. Ojalá no se haga de esto un foco de intereses políticos.

—¿Después de la visita de la Reina?

—No, no por eso; al contrario. El Trono se esforzará en comprender siempre a gentes como mi padre, aunque no se sepan expresar. Me refiero a los políticos, a los que cada coma mal colocada por los demás significa una ventaja. E imagínese usted las comas que nosotros llegamos a equivocar al cabo del día.

—Ah!, pero el artículo del *Brusi* es magnífico...

Con motivo de la visita de la Reina y de la popularidad circunstancial de los Rius, pasaron por su «stand» gentes a millares. Uno de los que lo visitó fue Ernesto Villar. Confundido entre la muchedumbre de curiosos, tuvo que hacer un esfuerzo para

llegar al lugar donde había divisado a Joaquín Rius, hijo, detrás de un mostrador. Joaquín no pudo disimular un movimiento de sorpresa. A pesar de todo cuanto había estado pensando en Ernesto aquellos meses; a pesar de asociar inevitablemente la idea de Ernesto a la de Mariona, sin saber por qué era casi la única persona que hacía nacer una especial alegría en su ánimo al primer golpe de vista. El resabio de los años del colegio, en que literalmente hubiera dado la vida por Villar, se mantenía vigente en su interior. En el fondo, Ernesto seguía siendo, como antaño, el hombre que él, Joaquín, hubiera deseado ser con toda el alma. Y al verle, Joaquín sintió una rara desazón; como si, a pesar de sus propósitos anteriores, a pesar de su decisión de fidelidad al trabajo, le disgustase que le descubriera entre telares.

—¡Vaya gentío! —observó Ernesto, después de saludar a Rius—. Debéis de estar hasta la coronilla de festejos.

—No lo creas; nos conviene salir un poco de nuestro rincón. —Tras una breve pausa—: ¿Qué te parece?

—Magnífico. Os felicito. Y os felicito también por vuestro éxito. He leído la reseña de la visita de la Reina. Estáis de moda.

Pasaron a un lugar más apartado. Joaquín sacó unas copas y una botella de coñac.

—No nos habíamos visto desde la tarde de Mariona. ¿Qué tal desde entonces? —preguntó Villar.

—Trabajamos mucho. ¿Y tú?

—De vacaciones, como siempre. No pienso regresar a Madrid hasta dentro de dos meses. No hacen más que llegar amigos y correligionarios, y los tengo que acompañar de un lado a otro. Es insoportable.

—Hace unos días te vi en el Liceo —dijo Joaquín—. ¿Dónde estás abonado?

—En un palco de solteros, tercer piso. La gente de casa tiene un palco en platea, pero se empeñan en llevar allí a todas mis tías viejas, cuya compañía no me divierte. ¿Qué tal te parece la temporada?

—Bien, muy bien; muy animada.

—¿No has estado con los Rebull últimamente?

Joaquín Rius miró a su interlocutor.

—No. ¿Por qué?

—Por nada. Ella me preguntó por ti el otro día.

El corazón de Joaquín zozobró ligeramente.

—¿Quién?

—Ella; Mariona. ¿No la has vuelto a ver desde la tarde de la fiesta?

—Sí, la he visto en el Liceo.

Ernesto sorbió con brevedad un poco de coñac. Tras el escalofrío producido por el sorbo, añadió:

—Justamente me preguntaba qué sabía de ti. Creía que habías muerto.

—Oh, no... —susurró Joaquín con una pizca de confusión. Ernesto le contemplaba con agudeza.

—Le dije que yo tampoco sabía qué era de ti.

Hubo una pausa. Ernesto continuó dirigiéndose, con calma, a Joaquín:

—Quiero preguntarte una cosa, que me vas a responder con toda franqueza y que, si no quieres, no tienes por qué responderme.

—¿De qué se trata?

—¿Todavía... te dura?...

Joaquín tardó unos instantes en contestar; se pasó la mano por el mentón, como si reflexionara.

—No me dura.

La mirada de su interlocutor inquiría, casi en espera de una ampliación. Joaquín le miró a los ojos y prosiguió:

—No tengo tiempo.

Lo había dicho con sequedad, casi con dureza.

—Comprenderás que no puedo permitirme el lujo de afectarme demasiado por ciertas cosas. Lo que siento es el tiempo que haya, perdido antes. Por fortuna, no fue mucho.

—Vamos —dijo Ernesto—. No puedo creer que esta sea tu verdadera manera de pensar.

—Piensa lo que quieras.

—No; no lo creo —volvió a objetar Ernesto, haciendo caso omiso de la obstinación de Joaquín—. La manera como hablas me indica que algo te duele aún.

Joaquín se concentró y respondió con viveza:

—Me duele solo el ridículo a que me he expuesto. Demasiado mayor para estas cosas. Por lo menos no todo lo he perdido. He ganado el saber que nunca más me pillarán en semejante estupidez. Estoy perfectamente a salvo de ahora en adelante.

—Bien; acepto tu versión —dijo Ernesto, al parecer claudicando—. Pero no puedes negar que tu apartamiento absoluto tiene que haber extrañado a Mariona; ni un simple acuse de recibo a sus líneas...

—Veo que estás enterado de todo. ¿Te parece, pues, que mi actitud ha sido poco elegante?

—No se trata de elegancia, querido Rius; se trata de... Joaquín le interrumpió con viveza:

—Lo siento, Ernesto, lo siento en el alma; pero soy de una manera que consideré la ruptura de Mariona como una ruptura total; no como una simple ruptura de las relaciones. Ruptura de relaciones y de todo lo demás. No solo con Mariona: con su familia, con sus amigos, con su ambiente. No se puede decir, de la noche a la mañana: «hoy ya no juego». Y si se dice, es que se dice del todo, no a medias.

Y después de una pausa, recobrando aliento, añadió:

—No puedo comprender cómo vosotros podéis reaccionar de otra manera.

Ernesto sonreía:

—Por Dios, Joaquín. ¿Por qué dices vosotros y nosotros, como si se tratara de dos

campos de batalla? ¿Es que te consideras distinto?

—Sí; absolutamente distinto; lo de Mariona no ha hecho más que confirmármelo, pero, por lo visto, no me lo considero todavía bastante. Y si no —añadió, inquiriendo—, ¿qué es lo que hubiera tenido que hacer? ¿Qué es lo que vosotros, tú, por ejemplo, hubieras hecho en mi lugar?

—¡Hombre de Dios!... Romper unas relaciones no es romper «todas» las relaciones. Dejar de ser el novio de una muchacha no es dejar de existir, como tú has dejado de existir. Vives demasiado dentro de una cáscara. Te lo tomaste demasiado en serio; estabas demasiado enamorado.

Joaquín Rius esbozó una sonrisa amarga.

—Ernesto, te equivocas; os equivocáis en absoluto. Tal vez sea difícil comprenderlo; pero te digo, con toda la sinceridad de que soy capaz, que «no» estaba demasiado enamorado.

Tardó unos instantes en añadir:

—Es más; te digo que no estaba enamorado en absoluto. —Vamos... —clamó Ernesto, incrédulo.

—Te ruego que me creas —prosiguió Joaquín—. Es justamente porque no estaba enamorado por lo que he roto «absolutamente».

Joaquín notaba que estaba diciendo la verdad, toda la verdad; que estaba hablando como ante sí mismo. Que sea por la exaltación, o porque Ernesto era el único ante el cual se manifestaba sin velos, lo que decía era absolutamente cierto.

—Y no obstante, me hubiera casado con Mariona, y seguramente la hubiera hecho feliz —concluyó.

—¿Sin estar enamorado de ella?

—Sin estarlo. Soy un hombre de realidades, tú me conoces. Considero que hubiera hecho feliz a Mariona de tal forma que ella no habría notado jamás que no estuviera enamorado de ella; enamorado a la manera como las mujeres se figuran que es el amor de los hombres.

—Pero no se puede fingir hasta ese extremo. ¿Qué sucedería si el engaño fuera recíproco, aun suponiendo que alguien pudiera acertar a fingir tan bien como dices?

—No sé lo que sucedería. Pero yo no desearía otra cosa. Por lo menos nos ahorraríamos los enojos que produce lo que se llama un amor sincero; los desastres a que se exponen y nos exponen las mujeres casadas por amor —y tú lo conoces bien cuando el amor ya ha pasado—. Mariona y yo hubiéramos convivido de una manera más sólida. Puedes creer lo que te plazca, y te hablo así porque considero que la ruptura es total, que no tiene remedio.

—Eres desconcertante. ¿Hubieras podido fingir toda una vida?

—¿Qué dificultad hay en ello? ¿Tú no crees mucho más fácil simular toda una vida que se ama que amar de verdad toda una vida? Odio las pasiones. Me asusta no saber adónde me pueden conducir. Jamás me casaría enamorado.

—Pues yo jamás me casaría sin amor, y siento que a cada paso me cuesta más

enamorarme, que voy dejando en cada mujer trozos de vida mía; pero que ya no son amor; y estoy seguro de que ya es tarde; que ya no podré enamorarme jamás.

—Me das la razón sin darte cuenta, Ernesto. Yo tengo en mis manos la felicidad, soy dueño de mí mismo; y tú no. Para mí, amar es vivir en paz con una mujer y no ir con otras —dijo con firmeza.

—No podría llevar el cálculo hasta este extremo.

—No, no podrías hacerlo. Somos distintos. Yo sé, en cambio, que nada se regala. Que nada sale del aire; que uno mismo tiene que abrirse cada día el camino del día siguiente. ¿Cómo te figuras que aman los obreros de mi fábrica? —dijo, mirándole a los ojos.

—¿Hubieras amado a Mariona como un obrero de tu fábrica? —exclamó Ernesto, atónito.

—Exactamente igual.

Joaquín había descubierto el filo de su manera de pensar. Luego dijo a Ernesto:

—Ahora te voy a preguntar yo una cosa. Y como yo he hecho, tú me vas a contestar con toda franqueza.

—¿Dime?

—¿Es exclusivamente para hablarme de Mariona por lo que has venido?...

También Ernesto tardó en contestar unos instantes.

—Sí.

—¿Por qué?

Joaquín Rius notó que Ernesto volvía a recobrar la inconfundible sonrisa del colegio.

—A ti quizá te extrañe, pero por primera vez me preocupo de estas cosas. Me tranquiliza el saber que podemos hablar fríamente.

Joaquín atendía a lo que Ernesto iba a decirle. Le preguntó con absoluta tranquilidad:

—¿Estás enamorado de ella?

—No —repuso el otro—. Por desgracia, no. Y esto es lo que siento.

—¿Pues?

Joaquín Rius contempló un instante el gentío que, al otro lado del mostrador en que se parapetaban, circulaba con lentitud y de cuya masa emergía el rumor profundo y uniforme de las voces, apelotonadas, como un mugido lejano. Después volvió a mirar a Villar, que no había contestado todavía.

—¿Por qué dices que lo sientes? —insistió Rius.

—Tú no quieres enamorarte, y yo sí. Por esto lamento no estar enamorado de Mariona de la misma manera que tú estabas satisfecho de ti al no estarlo.

—¿Es que está enamorada de ti?

—Sentiría hacer daño a esta muchacha. Quizá se lo haya hecho ya. Lo que te puedo asegurar es que, en todo caso, no me lo había propuesto.

—Pues déjate de preocupaciones y cástate con ella.

—No. Yo necesito el amor, sentir que amo. No podría.

Joaquín escuchaba ahora con viva emoción. Se sentía reposado. La conversación le había devuelto algo de sí mismo, algo extraviado largamente. Presentía con gozo un remozamiento y le hacía encontrarse de otra manera que no acertaba a expresar. Por otro lado, sin saber por qué, le confortaba como antaño la confianza de su antiguo compañero.

—Me hace un efecto raro conocer este aspecto tuyo —dijo Joaquín—. Me acuerdo de una vez — y Joaquín Rius miraba a la lejanía, con la cabeza alta, como con deseo de captar con fidelidad cosas medio olvidadas—, en el colegio, ¿te acuerdas?, que a mí se me ocurrió salir en defensa de no sé quién. Tuya, sí; nos castigaron a los dos de rodillas. Al concluir el castigo —lo recuerdo como si fuera hoy—, me dijiste, con una expresión que no olvidaré jamás: «No seas idiota, había sido Mir».

Ernesto le miraba sin comprender.

—¿Es que ya no eres como eras? —añadió Joaquín, sonriendo—. Yo soy distinto, no puedo hacerlo; pero tú, ¿por qué te preocupas por estas cosas? Mariona es joven, y el daño que tú puedas haberle hecho, si es que es cierto, no tardará en cicatrizar.

Ernesto Villar sonreía. Joaquín le observaba. Ahora, justamente ahora, Joaquín Rius acertó a descubrir el secreto de la sonrisa de Ernesto, secreto que desde la infancia se había sentido impelido a desentrañar. Hizo el descubrimiento con inexplicable alegría. El secreto era que, mientras sonreía, Ernesto se mantenía serio. Es decir: su rostro sonreía, todo; todo, menos los ojos. Los ojos de Ernesto no alcanzaban el brillo correspondiente a la sonrisa, aquellos grandes ojos negros. Iban por su cuenta; no se sincronizaban con la expresión del rostro.

—Bien, pues... hablemos de otra cosa —dijo Ernesto.

—Espero no haberte enojado.

—De ningún modo —y todo su aspecto cambiaba, volvía a ser el de siempre—. En definitiva, quizá tengas razón. Ella misma curará. Te puedo decir con toda la sinceridad de que soy capaz que la culpa no es mía.

—No puedo negarte —manifestó Joaquín mintiendo otra vez, y con la conciencia de estar mintiendo— que no es que la cosa me alegre. Pero me divierte un poco. Mariona no se portó bien conmigo.

—Lo sé —observó Ernesto—. Pero ella es una chiquilla; se la puede perdonar.

—Era una chiquilla —puntualizó Joaquín—. Ahora ya no lo es. Tiene suficiente conocimiento de las cosas para comprender que, por ejemplo, contigo no podía jugar.

—Bien —dijo Ernesto sacando su reloj—. Voy a marcharme. Nos hemos entretenido charlando y tengo una cita en el Internacional. Nos veremos en cualquier lado.

—¿Vas al Liceo mañana?

—Creo que sí.

—Pues allá nos veremos.

Se despidieron. Joaquín lo acompañó hasta la puerta del Pabellón, haciéndole pasar por camino distinto que el de la muchedumbre.

—Os vuelvo a felicitar —expresó Ernesto—. Estáis haciendo el mejor papel de todo Barcelona.

—Gracias, Ernesto.

—Hasta la vista.

—Hasta la vista.

Joaquín Rius regresó a su puesto en el Pabellón, pero cogió el sombrero y el gabán y se marchó a la calle. Necesitaba estar solo, meditar, encauzar con toda celeridad un plan. Era evidente: Mariona se había enamorado de Ernesto Villar; Ernesto no la correspondía; se había cansado ya de la aventura. Y había pretendido que él, Joaquín, al que creía enamorado de Mariona aún, volviera a aparecer en la escena. Pero la función real de Joaquín, expresada tan fríamente, le había desconcertado y, traicionándose, obligado a descubrir sus proyectos. Ahora era Joaquín quien iba a desarrollar los suyos. ¿Qué debía hacer?

Quería casarse con Mariona. No era falso lo que había dicho a Ernesto: no la amaba, pero la haría feliz.

Con lentitud, dando un gran rodeo por las calles, se dirigió a su casa. El momento era oportuno. Con vistas a la reacción de la familia de Mariona, los recientes éxitos públicos de la familia Rius bastaban por sí solos para eliminar toda dificultad. Por parte de ella, la cicatrización de la herida de Ernesto Villar se iría produciendo a medida de la resurrección de la figura de Joaquín.

Al llegar a su casa, entró en su despacho y estuvo meditando todavía largo rato, los codos sobre la mesa. Al fin, sacó un papel con su membrete. Escribió:

Mariona adorada:

No contesté tus líneas; no supe contestarlas. Mi dolor fue muy grande. Jamás creí que lo podría superar. Y así es.

Pero en mi corazón, mi dolor es también mi esperanza y mientras lo sienta, siento que te sigo amando, que no has desaparecido de mi vida.

Cada día que pasa, tu imagen se hace más viva en mí. No desaparecerá de mi pecho ni con la muerte. Eres bella y buena y, al lado del bien que me has hecho y que me haces, el mal que me hayas podido causar sin proponértelo desaparece. Si algún día amas tú a tu vez, y eres desgraciada (cosa esta última que deseo a costa de mi propia vida que no ocurra jamás) sabrás cuál es la profundidad de mi angustia y de mi felicidad mezcladas.

Y siempre, siempre, en todos los instantes de tu vida puedes contar con que correspondo desde todas las raíces de mi corazón y de mi alma a la amistad que me ofrecías. Te amo y quiero hacerte feliz en la medida que tú me quieras otorgar.

No quiero dejar de ser en todo instante el hombre que hayas olvidado que puedo llegar a ser. Todos mis actos y mis pensamientos los mueves tú, adorada Mariona mía.

En adelante, estaré cerca de ti por verte pasar, por poder recoger tu saludo y tu sonrisa, lo que tú consideres que puedas darme en cada instante. Te pido perdón por haber huido de ti, lo que ha sido mi castigo. Pues cuanto más lejos estabas, más te sentía dentro mí.

Tuyo hasta la tumba,

JOAQUÍN.

Escribió la dirección en el sobre, lo cerró después de releer la carta tres veces. Salió a franquearla y a echarla al buzón. Cuando lo hizo, no podía negar que la mano le temblaba un poco.

VII

LAS FIESTAS de la Exposición siguieron celebrándose a un ritmo alocado. Sucedió a ellas un período de calma; y, después, nuevamente el bullicio: el Carnaval de 1889, que fue memorable; transcurrido este, la Cuaresma, lenta y fatigada. La primavera abrió su surco en el tallo de los árboles urbanos, extendió bulliciosos parasoles a lado y lado de las avenidas.

Mariona Rebull estaba delicada. Los Rebull anticipaban el veraneo. Durante los últimos días de estancia en la ciudad cayó enferma. Joaquín Rius se interesó todos los días por su estado de salud y le enviaba sin falta un ramo de flores.

Durante la etapa de veraneo, Mariona, convaleciente, empezó a contestar las cartas de Joaquín. En la casa solariega de Santa María del Vallés la vida transcurría plácidamente. Mercedes hacía compañía a su hermana y salían a pasear a la sombra de los álamos de la mina o a la de los altísimos plátanos del jardín, que introducían en la morada una claridad verde, como de cristal, y un rumor de follaje perfumado.

Los largos caminos, donde las rodadas habían ahuecado profundamente la tierra, olían a heno, y se sentía en ellos el zumbido de los abejorros, y un rumor de insectos pugnando en las comisuras de los terrones. A lo lejos, las leves colinas recogían el paisaje de la demarcación, colinas en que, como depositadas por una mano prudente, se hallaban colgadas las pequeñas casas de los colonos. En el llano, la humareda de los hogares era disparada hacia un cielo cristalino, de azul vivísimo, con el cual contrastaba el oscuro rojizo de la tierra y el amarillo de oro de los pajares, tostado por el sol.

En la parte posterior del grupo de las casas, el bosque introducía su lengua vegetal hasta la misma entrada secundaria y, con ella, el perfume profundo de las encinas, de los robles, del pino y del laurel. Y al otro lado del llano, adecuándose a la leve escalada del bosque, la colina se elevaba paulatinamente, sin esfuerzo. Cuando, con el pecho henchido, se conquistaba su cumbre, los ojos descubrían en la otra vertiente, descendiendo en tropel, el viñedo, y salvada la carretera, definitivamente profundo, el torrente, a lo largo del cual, cómplice de sus mismas sinuosidades, una larga hilera de opulentos álamos desmelenaba su follaje copioso y rumoroso a ras de la mirada, como para ser alcanzado con la mano, a la que inundaría de un escalofrío gigantesco. Encima de todo ello, lentas y diseñadas en el azul, dormitaban mágicas nubecillas. De vez en vez, una urraca, unos vencejos parecían, al paso de las muchachas, brotar de la tierra, surgir de unos matojos o del mismo seno de la alfalfa, ondulada hasta la lejanía, disparados hacia la intensa claridad de lo alto.

Mariona se fue reponiendo al conjuro de ese espectáculo, de la paz de aquel rincón del mundo, tan eterna y suave. Las cartas de Joaquín, en las que le explicaba todo cuanto a ella pudiera interesarle, sin hacer apenas alusión a su amor, por no

contrariarla, contribuyeron también a su esperanza. Al cabo de unas semanas ya no podía prescindir del pulcro papel que le llegaba de la ciudad y en el que había tantos motivos de consuelo. A finales de agosto, y a requerimientos de Joaquín, Mariona escribió autorizándole para hacerle una visita.

Joaquín fue a Santa María el domingo siguiente por la mañana. Al bajar del tren, vio que se le acercaba el portero, Bernardo, el cual, a causa de su mucha edad, había sido enviado a veranear también con las muchachas.

—Tengo el encargo de acompañarle. Por aquí, señorito —y le condujo a la tartana de los Rebull, que aguardaba en la plaza contigua a la estación.

Jaime, el tartanero, hijo de los colonos, se quitó la gorra y abrió la portezuela. Dio la vuelta a la tartana y se sentó en el sillín con las piernas colgando. Joaquín había subido y se sentó. Bernardo lo hizo frente a él, pero del todo arrimado a la portezuela, guardando las distancias.

—Al señorito le va a gustar mucho todo esto. Es muy sano y bonito.

—¿Cómo se encuentra la señorita?

—Ya está del todo bien, a Dios gracias; mejor que antes de caer enferma. El señorito mismo podrá comprobarlo en cuanto lleguemos.

—¿Cuánto hay de aquí a la finca?

—Una hora —interrumpió Jaime desde el trasportín sin volverse, mientras, el caballo empezaba a andar.

—¿Una hora? —inquirió Joaquín con extrañeza.

—El muchacho quiere decir una hora a pie —aclaró Bernardo—. En tartana no más de un cuarto de hora. ¿Sabe el señorito? —prosiguió—. Tienen la costumbre de contar por horas de a pie y uno se confunde fácilmente.

Joaquín estaba pendiente del trote largo del caballo, de sus ancas poderosas, evidentes desde el interior de la tartana. Miró el reloj: eran las ocho y cuarto. Notó la coceadura del caballo al pasar del empedrado a la tierra fofa. Enfilaban, saliendo de la pequeña ciudad, el campo abierto.

Se abría con una magnificencia esplendorosa. Bernardo, deslumbrado por los colores, lo admiraba en toda su plenitud con ojos avaros de viejo, perdidos toda su vida en luz de claraboya y patio interior. Joaquín estaba impaciente, pero todo — Bernardo, el caballo, la tartana, la campiña— era tal como lo había imaginado. Por ahora no había sorpresas. ¿Y después?

—¿Cómo se llama el caballo?

—No es caballo, es yegua —puntualizó, sin volverse, Jaime. Después se puso a silbar una tonadilla a ritmo del trote ligero de la yegua.

—Se llama *Revérter* —volvió a terciar Bernardo.

—No es nombre de yegua.

—No, pero a todos los caballos de la tartana, aunque antes se llamaran de otra manera, y sean macho o hembra, se les llama *Revérter*. Es una tradición. Esta no hace más que un mes que la compraron, cuando murió el otro *Revérter*, que hacía este

camino durmiendo, con los ojos cerrados. Parecía que oliera las piedras.

La yegua era joven y sanguínea, y Jaime la dominaba con una sola mano en la rienda, terca e indiferente. Bordeaban los campos de legumbres, el regadío. Al fondo se distanciaba la ciudad a donde Joaquín acababa de llegar. El viejo y fiel Bernardo no miraba a Joaquín; fijaba su vista en el sector de toldo que absolutamente le correspondía en línea recta; consideraba, con pundonor de criado viejo, que en presencia de un señorito no se podía permitir el lujo de gozar de otros espacios más que los episódicamente puestos a su alcance; Joaquín, en cambio, contemplaba distraídamente cuanto, con lentitud fluvial, discurría por ambas márgenes del vehículo.

El aspecto de la tierra era bueno y, no podía negarlo, bello. Pero sin duda la finca de los Rebull correspondería a otro tipo de panorama. El que contemplaba parecía un panorama suburbial; la hortaliza junto al ladrillo, la higuera en el tramo de una vertiente escalonada, de secano, con remolacha que asomaba la cresta y parecía volverla a esconder. Sin duda, al alcanzar la cumbre, el paisaje será más claro y largo, menos amontonado. Ahora lo verían.

—¿Ve el señorito? —se permitió observar Bernardo tras haber llegado mentalmente a la conclusión de que lo que iba a decir no sería ninguna sandez, antes bien un informe útil y quizá agradecido por el huésped—. Estamos en la cumbre de lo que se llama el «Coll de la Manya». Justamente al descender entramos en terreno de «Las Torres», la propiedad de los señores. Cuando estemos abajo —y señalaba con el dedo— tendremos que tomar el camino de la derecha y entrar por el de los avellanos. De allí a la finca no hay más de dos minutos.

Joaquín asentía, siguiendo atentamente las indicaciones de Bernardo.

¿Dónde le esperaría Mariona? ¿En el patio? ¿Junto a los avellanos, quizá? No; era imposible esperar de parte de Mariona tal muestra de impaciencia. Pero tampoco era lógico que quedara aguardándole en el patio, como si el que llegara no fuera precisamente él. ¿Qué media entre los avellanos y el patio?, preguntábase. Porque en las cartas de Mariona, en la noción que por ellas tenía de su vida en los parajes de Santa María, había podido colegir los detalles de la topografía que ahora se ofrecían a su vista, con lo que no llegaba desprevenido, ya lo estaba comprobando. ¿Qué hay entre el patio y los campos de avellanos?

Jaime tuvo que echarle mano a la manivela del freno para el descenso. Reprimía al animal brutalmente, obligándole a mostrar las encías, con el cuello torcido. Llegaron a la embocadura de los avellanos. La colina fue ganada con lentitud a causa de las rodadas y de la estrechez del camino. Desde la cúspide se oteaba el grupo de casas.

En el centro de un pequeño conjunto de casas pardas, grises, la blancura de «Las Torres»; su aspecto preeminente no era con exactitud el que Joaquín presumiera. Había imaginado que las casas serían más de «payés». Era una construcción grande y señorial en el centro del campo; pero no un castillo ni tampoco una masía de esas

ideadas en un piso de la ciudad. Casa cuadrada, grande, de tres pisos, simple, maciza, elemental, edificada como lujo, pero como un lujo de gente que sabe prescindir de adornos. Joaquín había temido que, dado el carácter soñador de los Rebull, la casa sería una mansión «soñada». Nada de eso.

La tartana fue dando tumbos por la leve y recta pendiente. No podía negar que sentía una ligera conmoción. Estaba solo frente a su destino. ¿Qué sucedería?

Por un momento, en una curva, desapareció todavía la mole del apiñado grupo de casas tras el follaje de unos últimos avellanos. Al apurar el recodo comprobó inesperadamente qué era lo que mediaba entre los avellanos y el patio y cuya existencia había olvidado: las eras. ¡Claro, allí lo aguardaría Mariona!

La tartana, avanzando, embocaba ya el pasadizo que, entre la doble hilera de casas de colonos, introducía al corazón del barrio, el patio de grandes puertas de un rojizo cárdeno, en las que se encaramaban los musgos.

Pero Bernardo sorprendió de pronto a Jaime, perentoriamente.

—Para, para, Jaime. La señorita.

Corriendo detrás de la tartana llegaba Mariona, y más lejos, Mercedes, con pausa.

Joaquín se apeó en el acto; no podía negar que con un atolondramiento no habitual en él.

Mariona llegaba cansada, respirando hondo:

—Os estamos llamando desde la curva. ¿No nos habéis oído?

—No —dijo Joaquín, contemplándola.

—¿Cómo me encuentras? —inquirió.

—Te encuentro magnífica —y añadió—: Como siempre.

Joaquín saludó a Mercedes.

—¿Te gusta esto? —le preguntó Mercedes.

—Todavía no lo he visto del todo, pero me parece maravilloso.

Se notaba a Mariona un poco azorada. Pasado el primer instante, ni ella ni Joaquín sabían qué decir, cómo romper el silencio. Mercedes les ayudó:

—Tenemos que ir donde papá. Ha dicho que le avisáramos en cuanto llegaras.

Se dirigieron al patio, que asomaba por el porche abierto. Bernardo les precedía siguiendo a la tartana, que Jaime hizo avanzar de nuevo. Mariona, Mercedes y Joaquín seguían unos pasos más atrás. Mariona y Joaquín no abrían boca; ambos pugnaban por romper el silencio, pero no lo conseguían. Tampoco se miraban; era complicadísimo hablarse, mirarse, incluso andar uno al lado de otro. Mercedes, en cambio, al hablarles, les miraba sin reparos, con naturalidad absoluta. ¡Cómo la envidiaban! ¡Si Mercedes pudiera prestarles un poco de la naturalidad, de la soltura que podía permitirse!

Penetraron en el patio. Era un ancho patio encuadrado en el ángulo recto de las dos fachadas coincidentes: la de la casa solariega, de gusto moderno, y la antigua, grave masía, gris, apesadumbrada por la doble techumbre de tejas como un acento circunflejo. El gran reloj de sol y la portalada de la masía habían sido arañados por

los años. El sol batía ya de lleno en el patio, con fulgor mañanero. Por el patio deambulaba un can, y una clueca con sus polluelos amarillos e inquietos esquivaba, rodeada de píos, los sesgos violentos de la yegua al empujar reculando la tartana hacia la cochera, obligada por la brutalidad de Jaime.

Hicieron su entrada en la casa de los Rebull.

Mercedes se fue apresurada a avisar a su padre. Quedaron, por primera vez, Mariona y Joaquín frente a frente. Tardaron unos instantes en hablar. Al fin lo hicieron los dos a la vez; pronunciaron una vaguedad cualquiera, que ninguno de los dos entendió. Pero no hubieran conseguido reír. Joaquín se vio, pues, en el trance de repetir su lugar común, lo que ahorró a Mariona la repetición del suyo.

—Es muy grande, está muy bien.

Mariona había sonreído.

Don Desiderio bajaba por las escaleras; se percibía también el eco de las pisadas de Mercedes. No era necesario hablar hasta que el padre de Mariona hubiera llegado.

No tardó en aparecer.

Se dirigió a ellos.

—¿Cómo está usted, Joaquín? —le ofreció su mano. Joaquín correspondió, no sin premiosidad.

—Me he permitido venir a visitarles, pasar un día con sus hijas... Hubo un breve silencio.

—El tiempo es magnífico.

—Le agradezco el que se haya acordado de nosotros y su compañía. A Mariona le ha probado esto divinamente. ¿No la encuentra usted mejorada?

Don Desiderio, por lo visto, ignoraba que Joaquín no había visto a Mariona desde la tarde de la puesta de largo.

—Sí; muy bien, la encuentro muy bien. También Mercedes tiene muy buen aspecto.

—Mercedes no me preocupa —prosiguió el señor Rebull acariciando la mejilla de su hija mayor—. Es Mariona la que nos ha dado un buen susto. Ya lo sabe usted.

Otra breve pausa.

—Por fortuna —prosiguió don Desiderio—, hemos descubierto que lo que le faltaba era un poco de aire, correr, tenderse debajo de un árbol. A su edad, esa jovencita estaba demasiado encerrada.

Miró cariñosamente a Mariona.

—Lo hacía por llevarnos la contraria. ¿Verdad?

Joaquín la observó ruborizarse.

—Bien, Joaquín —insistió don Desiderio—; no tengo que decirle que está usted en su casa y que comprendo que está usted suficientemente atendido por mis dos hijas. A las diez iremos a misa al pueblo, si usted quiere acompañarnos.

—¡No faltaba más!

—Las muchachas le enseñarán parte de lo que hay que ver, y es mejor que lo

hagan a esta hora que por la tarde, en que el sol es demasiado fuerte. Después de la misa tendremos tiempo de jugar una partida de «croquet», antes de comer, si es usted aficionado; y si no, le aficionaremos en seguida —añadió sonriendo—. Y entonces, tendremos ocasión de charlar de nuevo.

Los dejó a sus anchas.

—Empezaremos por el jardín —declaró Mercedes.

Cruzaron el interior y por la pequeña puerta trasera salieron a una rotonda con baranda de piedra, sombreada por una enorme encina henchida de rumor de pájaros. Descendieron a la explanada; tres hileras de plátanos separaban otros tantos bulevares.

—En el primero jugamos al «croquet», ¿no ves los agujeros para las argollas? —señaló Mercedes.

Enfilaron de nuevo por el camino y, desde la rotonda, se dirigieron a la parte posterior del jardín, en la que el bosque penetraba. Cuatro vericuetos partían de un umbroso palacete natural en el que habían sido colocados dos bancos de piedra; un pozo, asimismo de piedra, se abrigaba a la sombra de la fronda; olíase el perfume de unos laureles, junto a los bancos.

—Aquí merendamos todas las tardes —dijo Mercedes, al sentarse un instante—. Esta es la «Bajada rápida» —añadió, levantándose de pronto y mostrando el más próximo de los vericuetos.

—¿Qué significa?

—Que es una bajada rápida —contestó Mercedes—. ¿No lo ves? Ante el segundo camino, Mercedes ilustró:

—El camino de las «Arañas».

—¿Siempre le llamáis así? —preguntó.

—Siempre. Mira.

En efecto, indicada por el dedo de Mercedes, una enorme telaraña se balanceaba en la brisa; en el centro, reina de la urdimbre plateada, una araña amarilla y negra teceleaba con enormes patas, peludas y articuladas.

Siguieron adelante, hasta el tercer sendero.

—El camino de la «Serpiente».

—¿Por qué le llamáis así? —inquirió.

—Una vez Mariona, cuando era muy pequeña, vino corriendo a casa llorando; dice que aquí vio a una serpiente.

—Era verdad —afirmó Mariona con obstinación. Joaquín la miró y notó que recobraba el ceño antiguo, con el que afirmaba algo con todas las fuerzas de su ánimo. Mariona desvió su mirada con celeridad.

—Y este, este, no tiene nombre —indicó Mercedes al llegar al último—. Tendremos que ponérselo. ¿Cómo le podríamos llamar?

Mariona y Joaquín no respondían.

—Bah... Ya pasarán cosas... —concluyó, en vista de su escaso éxito.

Salieron al campo libre por la portezuela de madera de la parte posterior del jardín. El camino bordeaba por igual bosque y regadíos. La mañana era luminosa, los horizontes se patentizaban con una transparencia mágica. A la sombra de la espesura, contemplaron a su placer la extensión del valle; las lomas del horizonte, breves pero muy empinadas, servían de rellano a los pueblos lejanos, inmóviles en la mañana azul, como insectos dormidos en una rama de hinojo.

—¿No ves «Las Casetas»? —señaló Mercedes—. Detrás de la loma está la iglesia.

—¿Siempre vais a misa allí?

—Algún día vamos a la parroquia. ¿No has visto la iglesia al llegar? Está cerca de la estación.

—No me he fijado.

—Pero es muy pesado. Solo cuando papá tiene que ver al vicario o para ir a confesar, porque el cura de aquí dice papá que solo entiende los pecados de los colonos.

Regresaron a su casa. Era ya hora de esperar a su padre e ir a misa. Mediaba buen trecho.

—¿Te gusta? —preguntó Mercedes.

Pero Joaquín no respondía. Miraba a Mariona. Mercedes no insistió.

Para llevarles a la iglesia Jaime aderezó la tartana. El tartanero no se manifestó más sociable que la primera vez. Subieron al carricoche don Desiderio y sus dos hijas, Joaquín y Bernardo.

A medida que avanzaban, don Desiderio indicaba al invitado lo más relevante del trayecto con deferencia y pasión de terrateniente. El carruaje atravesó la rambla y se empinó por la cuesta, desde el margen derecho de la rambla a «Las Casetas». En «Las Casetas» se apearon y siguieron a pie.

Desde la cumbre, don Desiderio mostró a Joaquín la extensión del valle, presidido por la casa solariega; y volviendo la vista del otro lado, la iglesia, hundida en un torrente; como un viejo molino, abrigada del sol.

Revérter emprendió un trote ligero. Los payeses, vestidos con trajes de fiesta, aguardaban en la entrada de la iglesia. Las muchachas y Joaquín penetraron sin demora en el interior. Don Desiderio aguardó unos minutos en la entrada charlando con los payeses; estos le saludaban con respeto quitándose la gorra.

Sonó la campana seguida del bullicio de cuantos esperaban en el exterior; don Desiderio se arrodilló junto a sus hijas. El banco ocupaba la primera fila y estaba algo distanciado de los demás; llevaba inscrito el nombre: Rebull.

La iglesia era fresca y umbrosa como una cava.

Apareció el sacerdote, un sacerdote anciano, que caminaba con extrema dificultad. Dos monaguillos precedían al sacerdote.

Bernardo se había situado en una silla a unos pasos del banco de los señores.

Las payesas musitaban oraciones; la mayoría estaba de rodillas; los pañuelos, en sus cabezas, ocultaban los peinados negros y tirantes. Los payeses, de pie, junto a la pila de agua bendita, permanecían con las gorras en las manos.

Los monaguillos —cabeza al rape y costras en las rodillas— se movían bastante más de lo necesario. El sacerdote, nervioso, les increpaba en voz baja.

Joaquín reflexionaba. Era el primero y quizá el único momento que tendría libre para hacerlo; para medir, trazar planes, apurar pronósticos. ¿Sorpresas? No; hasta el momento no las había habido.

Le distrajo la plática iniciada por el sacerdote antes del ofertorio. Según le dijo Mercedes, el párroco se llamaba don Pascual y tenía a su cargo la parroquia desde hacía cuarenta años. Había bautizado a todos.

Se volvió, adelantándose hasta el presbiterio; de cara a los feligreses, hizo la señal de la cruz, que fue automáticamente diseñada por todos los circunstantes.

Empezó con una palabra en latín; pero antes de terminar el versículo, nombró con voz aguda a uno de los asistentes:

—Tú, Tet.

Uno de los del montón, junto a la pila, se señalaba a sí mismo, inquiriendo:

—Sí, tú... Echa a tu perro de aquí.

El hombre no entendía.

Un segundo payés, algo alejado, se dirigió al lugar donde el can dormía, y con el revés de la gorra, cogida por la visera, le propinó un formidable golpe. El perro salió zumbando dando alaridos.

—Os he dicho que no quiero perros aquí.

—Es que voy a cazar con Pallú.

—No quiero perros. La iglesia no es un porxo^[1].

El payés acariciaba su gorra para disimular, mirando al suelo. Empezó el sermón, sin más.

Sí; Joaquín estaba satisfecho. Nada le había sorprendido. Esperaría a hablar con Mariona a fondo, aunque tendría que esperar a hacerlo a solas, por la tarde, después de comer. Por fortuna, tanto Mercedes como don Desiderio debían suponer que el momento de quedar a solas con Mariona era el principal motivo de su visita a «Las Torres».

A la salida de misa, después de saludar a los payeses, que miraban circunspectos a Joaquín, los Rebull descendieron de nuevo. A las doce y media estaban de regreso.

Tras unos minutos para arreglarse, bajaron al jardín, a los bulevares de los plátanos. Por encargo de don Desiderio, Bernardo había llevado al jardín la caja del «croquet»; don Desiderio y el viejo sirviente se enfrascaron en disponer las argollas de grueso alambre, por las que tenían que pasar los bolos, y las dos estacas de cada extremo del campo, a las que había que llegar para ganar. Iniciado por Bernardo y por Mercedes, Joaquín colaboró en los preparativos.

Eligieron todos su maza; los de la casa la detentaban con un sentido de posesión creado por el hábito. Bernardo, el viejo servidor, que jugaba siempre que no había invitados, debido a la presencia de Joaquín se retiraba, hoy, sin pronunciar palabra.

—Bernardo, ¿no juega? —preguntó don Desiderio.

—No, señorito. Son ustedes muchos.

—Cuantos más, mejor. Anda, toma tu maza.

Sin pronunciar palabra, el viejo se dirigió al estuche y eligió una, la más vieja; pues la que él usaba habitualmente era lógico que correspondiera al invitado.

Joaquín no conocía el juego. Consistía en hacer pasar las bolas, dándoles un golpe con el martillo de madera, por el centro de los innumerables aros de alambre, colocados simétricamente; y hacer, aro tras aro, el recorrido de todo el camino, hasta llegar a dar con la bola en la meta, un estacón de madera colocado en el extremo del bulevar. El que primero llegaba a esa meta tenía el privilegio de «matar» las bolas de sus contrincantes. Con un martillazo propinado sobre la bola propia, sujeta por el pie, y que repercutía, por reflejo, en la del vencido, esta era alejada de su itinerario, sin contemplaciones. Normalmente, el único autor de esta feroz represalia era don Desiderio, quien no obstante, en el momento de alcanzar la prerrogativa, si la bola vencida era de alguna de sus hijas, hacía fallar su golpe sin disimulo, con lo que no quedaba alterada la situación de la partida. Con Bernardo, en cambio, era inexorable; el pobre Bernardo tenía que volver a empezar a cada paso, en el extremo del campo, alejado de todos. También le tocó esa suerte a Joaquín, que fue enviado a los dominios de Bernardo en una ocasión, de la que don Desiderio no quiso sacar ventaja, permitiéndole ganar con rapidez los puestos perdidos.

La lucha fue apasionante; suscitó los comentarios de rigor; las incidencias fueron numerosas. En el curso del partido, Mariona se había mostrado más locuaz y vivaracha. Diríase que por unos instantes se había olvidado de la presencia de Joaquín.

Poco antes de las dos subieron a la rotonda; en una mesita baja habían sido preparados unos entremeses ligeros, copitas y unas botellas de vino rancio. Tomaron el aperitivo sentados en las mecedoras de boga de la rotonda bajo la grave copa de la encina, que se encrespaba, invadida por la brisa.

A las dos y cuarto entraron en el comedor, la ancha pieza central de la casa.

Durante la comida se puede decir que solo hicieron uso de la palabra don Desiderio y Joaquín. Hablaban de la situación, de la Exposición pasada, de la visita de la reina, cuyas impresiones Mercedes solicitó a Joaquín. Don Desiderio habló de la sociedad de sus tiempos de juventud, de las bromas que, probablemente, a través de los años de matrimonio y de viudez, debían parecerle cosa remotísima, de otro mundo. La sobremesa, con el café, prolongó la conversación, que había sido grata, interesante. Mercedes y Mariona habían escuchado con mucha atención.

Al levantarse, don Desiderio pidió permiso para retirarse a su despacho, pues tenía que escribir unas cartas. Decididamente, no había sorpresas para Joaquín.

Mercedes, Mariona y Joaquín salieron a pasear por el sector de bosque doméstico. A medida que los minutos transcurrían, las ausencias de Mercedes, corriendo detrás de una mariposa o adelantándose a ver el estado de un rosal, se tornaron más evidentes, hasta que fue del todo natural prescindir de ella. Joaquín sentía caminar a su lado a Mariona, sentía su respiración, el perfume de sus cabellos. Sin mirarla, la recordaba, lejana y difusa, en su palco del Liceo, ocho meses atrás.

Insensiblemente se dirigieron al palacete natural del pozo, con los bancos de piedra, encrucijada de los dos primeros vericuetos.

—¿Estás cansada?

—No.

—¿Te encuentras bien, repuesta del todo?

Sin contestar, Mariona se dirigió al banco de piedra arrimado al tronco de un laurel. Se sentaron.

—Me han hecho mucha compañía tus cartas —dijo ella. Había desbrozado el camino.

—Las escribía para eso, para que te hicieran compañía. Pasé los días más intranquilos de mi vida.

Hubo un largo silencio surcado por el vuelo de una golondrina que se dirigía a su nido, colgado en la repisa del balcón de la casa, allí lejano.

—Quiero rogarte, Mariona, que me aceptes como el mejor amigo que puedas tener.

—Lo eres ya —afirmó Mariona.

Joaquín sorbió ávidamente la claridad de los ojos de la muchacha. Por fin se veían cara a cara.

—¿Sabes? —continuó Mariona con lentitud—. Me tienes que perdonar el mal que te hice.

Y añadió:

—Era una niña y no sabía lo que hacía.

—Y ahora eres una niña también al decir esto —profirió Joaquín con ternura, efusivamente—. Bien sabes que no puedes hacerme daño.

—Sí, puedo hacértelo.

Luego volvió a mirar los ojos de Joaquín:

—Y te quiero decir que no te haré más daño. Estoy contenta de que hayas venido.

—Deseo tu felicidad. Toda tu felicidad.

La mirada de Joaquín se perdía en la lejanía, en la copa de los plátanos que a través de los parterres se le ofrecía en la lontananza; y notaba en su rostro posarse la mirada de Mariana, la mirada femenina que se elevaba hacia él. Sin embargo, seguía absorto. Pensó un momento en Ernesto Villar; pero aplacó en seguida la imagen forastera, enterrándola en la pura sensación del instante. La respiración de Mariona era algo en que se diluía todo lo demás, los rumores de la fronda, el vaho de luz que flotaba sobre la campiña. Estaba seguro de que el aliento femenino era trasunto de la

conmoción de un alma; y él, no obstante, no acertaba a sentir la conmoción complementaria; sin embargo, aquel era el instante más dulce de su vida.

Se volvió lentamente. En efecto, Mariona elevaba sus ojos hacia él, unos ojos de muchacha asombrada que se entregan. Joaquín adelantó su mano sobre la piedra del banco y alcanzó la de Mariona, su mano de fina piel. Esta se entregó entera en la suya, ancha mano de largos dedos huesudos, hábiles en la mecánica de los telares. La piel de Mariona tenía una tibieza recóndita tras la inmediata sensación de frialdad; la tibieza del discurrir de la sangre, la de las venas en reposo; y las pequeñas uñas rosadas; la yema de los dedos, habituada a la porcelana más suave, generaciones ha...

—Mariona —le dijo—, te pido... ¿Quieres ser mi esposa?

Descubrió por completo la claridad de aquellos ojos y mientras se perdía en ella sentía, sin embargo, dentro de sí la sensación de zozobra, una sensación angustiada, de espera mortal. Había llegado al punto decisivo.

Mariona, retirando su mano y recogiendo la del hombre, recogéndola dolorosamente, dijo:

—Quiero ser tu esposa, y te amo.

Joaquín sintió dilatarse su pecho y que le faltaba más aire aún, una bocanada más del aire de la tarde, perfumado de laurel. Sentía un escalofrío y no hubiera podido pronunciar palabra. Al fin:

—Te acostumbrarás a mí. Te prometo hacerte feliz.

—Oh, no —exclamaba Mariona, cerca, muy junto a él—. Tú, tú tienes que acostumbrarte a mí, por el mal que te he hecho, porque has sido bueno. Te quiero, te quiero, Joaquín. Perdóname lo que te hice.

Acertó a desasir su brazo y a rodear el talle de la muchacha.

—Eres bella y buena —afirmó—, y te quiero como eres. No tengo que acostumbrarme a ti. Yo, en cambio —añadía, con lentitud—, no sé si lograré darte la sensación de que te merezco; no podrás quererme sino por lo que yo te quiera a medida que veas cómo te adoro.

—No sé cómo te querré ni por qué. Solo sé que te quiero y quiero ser tu mujer. No he conocido a otro hombre como tú. Me das la sensación de necesitarte, de que me amparas y de que me respetas. De que te amo.

La tarde se diluía a lo lejos. Joaquín sintió llegar a su memoria la voz que surgió de los labios de Ernesto en una ocasión: «... Siento que a cada paso me cuesta más enamorarme; que voy dejando en cada mujer trozos de vida mía; pero que ya no son amor...».

La cintura de Mariona era palpitante y frágil. Sus hombros rozaban los de Joaquín, apoyándose, depositándose en ellos. Joaquín atenazó el cuerpo femenino y besó a Mariona en los labios, en las mejillas. Y la muchacha se tornaba frágil en sus brazos, era una perdición. Al fin, volvió a sentirse dueño de sí. Y le invadió una enorme maravilla, le sepultó una ola de alegría infinita. Allí, en aquel instante, su vida se había calmado. Y hablaban, hablaban los dos. Luego, ya solo reían y se

besaban. Todo había cambiado. Las hojas de los árboles alcanzaban fulgores nuevos, teñidas de un verde de oro, de una mágica sencillez. Las voces de los campesinos sonaban límpidas, infantiles, al otro lado del muro. Sus propias voces no eran voces adultas aún, se habían simplificado, habían perdido lastre. Y los dos caminaban con ligereza camino adelante, hacia la casa, cogidos de la mano. Las golondrinas revoloteaban dibujando sesgos inútiles junto al balcón. La ancha encina era todo reposo, después de la fatiga del día, dormida con una suerte de empeño vegetal. Y de lejos, del otro pueblo, atravesando la tarde diáfana, llegaba un zumbido de campanas, de día de fiesta.

Entraron en la casa como si no pudieran perder un instante, apresurados; la alegría les subía a la garganta, impidiéndoles respirar. Mariona se introdujo en la cocina con Joaquín cogido de la mano, y las sirvientas, sorprendidas, se pusieron todas de pie. Pero todo aquello parecía lo más natural del mundo. No hacía más que preguntar:

—¿Dónde está papá? ¿Dónde está papá?

Pero no daba tiempo a contestar a las buenas mujeres, y ya se habían vuelto a marchar. Y luego penetraban en el despacho de su padre, pero estaba vacío.

—¿Dónde está papá?

Por fin lo descubrieron fuera del barrio, salvados los porches de entrada, paseando con su bastón, al lado de Juan, el colono. Fueron corriendo hasta allí.

—Papá, papá —gritaba.

Papá se extraña de sus voces. Y de verlos cogidos de la mano. ¿Por qué? ¿No era, acaso, lo más natural del mundo? Pero no se daba ninguna prisa y estuvo todavía charla que te charla con el colono.

—Papá —volvía a gritar Mariona—, tengo que decirte una cosa. Ven, por favor.

Y su padre se fue acercando lentamente.

Antes de llegar su voz, se adelantaba:

—Vamos, vamos a ver qué es lo que tienes que decirme.

—Papá, papá, Joaquín y yo nos vamos a casar.

Don Desiderio no sabía qué hacer. Aquello había sido lo menos protocolario que podía imaginar.

Estaban junto al porche de entrada, el de abajo, que daba al campo.

—Bien. ¿Cuándo? —preguntó don Desiderio, absolutamente perplejo.

—Eso es —dijo Mariona, dirigiéndose inopinadamente a Joaquín—. ¿Cuándo?

—Cuando tú quieras —y como quien suelta al azar una fecha, añadió—: En enero.

—En enero —repitió Mariona dirigiéndose a su padre. —Muy precipitado me parece —dijo don Desiderio—. En fin —añadió—, vosotros veréis.

—Pero ¿qué te parece? —preguntó Mariona.

—Lo que pudiera parecerme —dijo don Desiderio— ya tendría que haberme parecido antes. Mirándote a los ojos, no puedo menos que estar contento.

Don Desiderio estrechó con efusión la mano que le tendía Joaquín.

Después, los dos muchachos se dirigieron a la casa.

—Tenemos que decírselo en seguida a Mercedes —afirmó Mariona.

Pero así que penetraron en la casa, Mercedes salía.

—No tenéis por qué decirme nada. Os felicito —dijo.

Salieron al campo los tres. La tarde empezaba a cargarse de una bruma dorada y caliente. La finca se extendía hasta la carretera, con los anchos bancales de maíz; hasta «Las Casetas», con la alfalfa y el trigo; hasta la carretera de Biluya, por el nordeste, con las viñas y el torrente de los álamos. Hasta más allá del bosque, por el sur. Joaquín y Mariona pisaban los campos náufragos de los presentimientos, de la vida que se abría. Y Joaquín seguía pensando: «¿Será también más tarde tal como ahora lo imagino?».

VIII

LA NOTICIA DEL COMPROMISO de Mariona Rebull y Joaquín Rius cundió por la ciudad. Y el día en que los Joaquines Rius, padre e hijo, fueron huéspedes de los Rebull en el palco del Liceo, los impertinentes más encopetados, los gemelos más austeros se dirigían hacia el proscenio en el que la eminente pechera de don Joaquín parecía brillar con fulgores aterciopelados. Doña Paula se había sentido indispuesta, según se comunicó. Falto de aquel escote, el palco perdía parte de su interés, lo que decepcionó a la mitad de la concurrencia.

—Fíjate en la pechera del señor Rius —decía Pepe Dolz, en el palco de los Torra, a donde había ido a saludar a Evelina—. ¡Qué lustre magnífico!

—Se la debe de haber planchado ella, la Paula. Eran su especialidad, las pecheras. Por lo menos, las de mi padre las planchaba muy bien.

—¡Evelina! —reprochó la viuda Torra, con gravedad.

Evelina, la mujer en sazón, ciertamente versada a su vez en la calidad de las pecheras de los hombres, ahogó su risa.

Joaquín estaba radiante. Por las mañanas, los obreros de la fábrica notaron que pasaba entre ellos con una suerte de mayor suavidad, sin el ceño. Pero estaba todavía más radiante el padre.

Doña Paula, en cambio, parecía añorar los días de la calle de la Paja, no conseguía habituarse al gran piso, al boato de la nueva vida, que le parecía circunstancial.

—Fumas demasiado, Joaquín. Este tabaco es muy fuerte. Y antes no fumabas puros. El día menos pensado te va a dar un «patatús».

Don Joaquín había engruesado, y sus mejillas habían ganado un color rojizo vivo. Sus digestiones eran pesadas y se había aficionado no solo a su buen habano, también a su buena copita de «chartreuse». Después de la libación, el hombre se sentía absolutamente satisfecho.

—Toses, toses, Joaquín. Ya no tienes veinte años.

—Siempre serás la Paula de la calle de la Paja —le decía el marido—. Si supieras lo bueno que es —añadía, mostrándole el puro.

El hermano menor, Fabián, llevaba una vida completamente independiente. Su mayor amistad era la de un escribiente de la oficina del negocio de coloniales con el que iba a bailar a Gracia los domingos.

Los preparativos de la boda colmaban los ratos libres de padre e hijo Rius.

En casa de los Rebull atarearon a todo el ejército de mujeres. Un mes antes de la boda, don Desiderio fue a visitar al señor obispo y a rogarle que le hiciera el honor de casar él en persona a los contrayentes, a lo que accedió con deferencia. Después se hicieron los preparativos de invitados, de participaciones. Se empezaron a recibir los

primeros regalos.

Mariona había recibido de Joaquín, la tarde de su compromiso, que se efectuó un mes después de la visita de Joaquín a «Las Torres», el monumental brillante de prometida. Era grueso como un garbanzo; costaba lo que un telar, según manifestó Rius, el padre, confidencialmente, al contable Llobet.

—¡Pero ella se lo merece! —añadió—. ¡Si la viera usted! —los ojillos del viejo Rius brillaban con malicia mientras sonreía—. Es una flor, un capullo. Lo mejor de Barcelona. Mi hijo vale un dineral...

La tarde del compromiso, don Joaquín había tomado muy en serio las formalidades del caso y se ilustró convenientemente sobre todos los aspectos. Pero doña Paula lo malogró de la manera más tonta.

—Lo que venimos a hacer, señor Rebull, ya lo sabe usted. No es necesario que le busque tres pies al gato. Mi marido siempre hace lo mismo.

Don Desiderio sonreía.

—Lo que yo quiero —afirmaba doña Paula— es que Mariona cuide bien a mi hijo y que se correspondan. Nosotros somos gente muy sencilla, pero tenemos buen corazón. Su hija puede estar tranquila.

—Paula —decía don Joaquín—, ¿no ves que todo eso el señor Rebull ya lo sabe? Es claro que serán felices...

Después se trató, a solas, de los aspectos materiales de la cuestión. Mariona recibiría su dote, cincuenta mil duros, y entraba en posesión de algo que, en realidad, no le correspondía poseer hasta después de la muerte de su padre, pero que este quería entregarle en seguida: la finca de «Las Torres».

—Haré lo mismo con Mercedes el día que se case —afirmó don Desiderio—; le traspasaré esta casa de la calle de la Puertaferri, que fue de su madre.

—¿Y usted, y usted, don Desiderio? —preguntaba doña Paula—. Tiene que pensar en usted también.

—Los viejos tenemos que pensar en los demás. No se preocupe, no me dejarán en la calle.

Por su parte, don Joaquín pudo solazarse en la explicación minuciosa de lo que su hijo poseería en el momento de casarse, y ello sin que Paula pudiera intervenir.

—El capital de mi hijo en el momento de casarse será de dos millones de pesetas; cuatrocientos mil duros —aclaraba— y dos solares en edificación en la calle de Caspe. Casi todo lo ha ganado él personalmente. Y... creo que ya bastará por el momento, ¿no? —y sonreía mirándoles a todos.

Los dos muchachos, Joaquín y Mariona, estaban en la habitación lateral a la sala cogidos de las manos. Cuando los viejos salieron de la sala, Mariona preguntó:

—¿Os habéis peleado tanto rato?

Doña Paula la cogió de la mano y, emocionada, la besó. Mariona correspondió, no sin cierto reparo, a la vitalidad, poco contenida, de la madre de Joaquín:

—Hija mía, casi te puedo llamar hija mía. Quiero ser para ti como una segunda

madre. ¿Me dejas?

Mariona dijo que sí, sonriendo, pero sin mucha convicción. Lo que ella quería era ser, simplemente, la esposa de Joaquín. No podía querer también, así de sopetón, a una desconocida.

La boda se celebró en la intimidad. El señor Rebull lo excusó ante sus amistades diciendo que temía que una boda en grande pudiera emocionar demasiado a Mariona; y que él mismo, con el recuerdo de su mujer, temía no poder garantizar su presencia de ánimo. Por otro lado, ya se sabe que bendiciendo el señor obispo...

Se celebró en el camarín de la Merced a primeros de febrero. Era un día gris y lluvioso. Mariona estaba bellísima. Joaquín, alto, con una gravedad de marido. Doña Paula lloró, y a don Desiderio le temblaba la mano al firmar. Don Joaquín miraba a todos lados, con toda la opulencia del chaqué estrenado el día de la visita de Su Majestad.

—Lo estrené para una Reina —le dijo a Mariona al pasar a la sala de casa de los Rebull, donde iba a ser servida la comida al regreso de la iglesia— y lo vuelvo a llevar para otra reina. Después de esto, ya ha cumplido...

—¿No piensa ponérselo más? —preguntó Mariona.

—No. Sería desmerecerlo.

Durante la comida —que fue sencilla e íntima, y para la cual el señor obispo se había excusado— don Joaquín se fue volviendo sentimental y apuraba las copas bajo la mirada severa de doña Paula, que, sin embargo, estaba demasiado emocionada a la derecha de don Desiderio para ejercer el control que su marido precisaba.

Al llegar al champán, don Joaquín, locuacísimo, levantó su copa.

—Hoy —dijo— se cumple el día más feliz de nuestra existencia. —Y luego, dirigiéndose a Paula, buscó su complicidad—: ¿Verdad, Paula? Sí, el día más feliz al ver a nuestros dos jóvenes hijos ligados por el lazo indisoluble del matrimonio. Levanto mi copa por su felicidad, por don Desiderio y... porque muy pronto los Rius y los Rebull vean acrecentada su familia...

—Papá, papá —regañó en voz baja Joaquín. Pero los demás levantaron sus copas y empezaron a aplaudir. Don Desiderio parecía mirar a lo lejos, a través de los cristales, con mirada absorta. Pero todo había transcurrido bien y había conversado largamente con doña Paula, en cuya sencillez se refugiaba.

Los novios empezaron a alcanzar de nuevo la realidad. La realidad de las maletas, del horario de los trenes, del kilométrico. La realidad de quedarse solos; el rubor, el misterio que se avecinaba.

Don Desiderio, mientras miraba a lo lejos, a la tarde brumosa del exterior, ante el bullicio de los demás, pensaba: ¿Se ha casado enamorada Mariona? Y la observaba.

Sí. Estaba enamorada. Levantaba sus ojos hacia su marido con una expresión inconfundible, esa manera con que la mirada pretende asir la realidad de un alma complementaria. Joaquín, en cambio, mantenía su continente grave, la inflexibilidad de su gozo. Era lógico. Pero sobre él no le cabía la menor duda.

Ninguno de los invitados acertó a darse cuenta del momento en que los novios desaparecían salvo don Desiderio y doña Paula. Esta dijo a Joaquín lo de siempre: «Abrígate, abrígate, hijo mío».

El señor Rebull se despidió de su hija. Mariona penetró un instante en el despacho de papá, el que cuando pequeña le daba miedo, en el cual don Desiderio se había refugiado. Se acercó y le besó, pero su padre no levantó su frente; con la mirada fija en sus propias manos, que tenía juntas, apoyados los codos en la mesa, le dijo:

—Adiós, hija mía.

Y luego, cuando estaba a punto de marcharse, la cogió de una mano; y, sin levantarse, puso las dos suyas en la cintura de la chica, como si intentara sostenerla en vilo. La miró. Mariona notó que los ojos de su padre tenían un velo, licuoso, que en las comisuras de sus labios se manifestaba una ligera contracción. Entonces le dijo:

—Soy feliz, papá; y quiero que tú lo seas.

Él pensaba en la niña que posaba la mejilla sobre sus rodillas a la vera de la lumbre. Pero pudo contenerse aún unos instantes y ella marchó, soplando un beso en la punta de la mano, antes de cerrar la puerta.

Al alcanzar el tren y encerrarse en el «sleeping», uno junto a otro, Mariona pudo comprobar de lleno que aquel hombre, que apenas hablaba, era su marido. La manera serena de actuar, de dominar al mundo, de dirigirse a un mozo de estación, de subir el cristal de la ventanilla, de colgar y descolgar una maleta; aquello era un hombre, el suyo, visto de cerca, al margen de las palabras de amor, al margen de la dulzura del amor. Era la convivencia del hombre en todos los instantes de la existencia del mismo. Se sentía feliz de tener cerca esa «sensación» del hombre. Y la frialdad, en un momento determinado, reflujo en exaltación y, en el instante mágico, señalado por fuerzas invisibles desde lo alto, aquella sensación se transformaba en una sensación de miedo, de pavor delicioso; y fue así.

Y luego ya, el viaje, la aventura...

Por la rendija del visillo opaco del vagón se filtraba a la mañana siguiente un cuchillazo de sol; el tronar de las ruedas, machacón y rítmico, hacía remover un poco la mancha de sol, como si navegaran por el fondo de un lago. Le pareció que atravesaban el mundo, que se dirigían a otro astro, que volaban a través de los años, que todo no era más que el recuerdo de sí mismos. Tenía la sensación de fuga, de la huida, y sabía a qué lugar, pero no le importaba. Una voz, en su interior, le preguntaba: ¿A qué emociones? Y entonces suspiraba y se arrebujaba en las sábanas contenta de haber llegado ya, de ser todo lo mujer que podía aspirar a ser; de amar y ser amada.

Los hoteles. Oírse llamar: «Señora». Y ella misma se echaba a reír. Su marido — sí, su marido— no reía, parecía considerarlo lo más natural del mundo. Bajar al comedor y que los comensales os contemplan a vosotros, porque ella está muy atractiva vestida de mujer casada. Ella quiere que se note que es mujer casada, recién

casada. Él no, no quiere.

—Mariona, Mariona, por Dios...

—¿Qué hay, Joaquín?

—Estate seria, mujer; no mires de esa manera; nos están tomando por recién casados.

—Es que lo somos.

—Sí, pero no vamos a estar comunicádoselo a todos.

—Yo no se lo he dicho a nadie.

—Pero se nos ve.

—Mejor.

Mariona gozaba contemplando la ciudad, Madrid, desde el balcón del hotel. Le gustaba avizorar el mar de techumbres marrones de la vieja ciudad y ver a los transeúntes, diminutos, entrar en las tiendas, pararse a saludarse unos a otros. Le gustaba salir por la calle, sobre todo sola; porque Joaquín aprovechaba el viaje para visitar algunos clientes. Y ella, sola, se paraba a mirar escaparates y paladeaba la libertad, el ser dueña, absoluta de sí. ¡Qué grande es el mundo! —pensaba mientras veía su rostro, rostro gracioso de mujer casada, reflejado en el cristal del escaparate de una perfumería. Pero un joven se había detenido a contemplarla. Lo veía por el reflejo. Tuvo miedo. ¿Qué hace una mujer casada en estos casos?

Por la noche, al teatro. Salir de noche sola, con un desconocido, por muy marido que sea de una, ¡qué misterio! Estuvieron donde María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza representaban *El gran galeoto*. Mariona ruborizábase al escuchar las verdades del drama, pero nadie la miraba ni tenía por qué asustarse. Escuchar tales cosas ahora no le estaba ya prohibido, pues era mujer casada. ¡Es maravilloso ser mujer casada!

¡Cuán sencillo todo!

Al transcurrir de los días, el ánimo se habitúa al vértigo del viaje. Cuando abandonaron Madrid, lo hicieron con simplicidad, como si la cosa más natural fuera dejar una ciudad para alcanzar otra. Y después de Madrid, Córdoba. El silencio de Córdoba, la idea de que ellos eran los dos únicos seres que la poblaban al caminar por las sinuosas calles solitarias; los jardines interiores, las plantas en los tiestos de los patios, peceras con paredes de mayólica, de las cuales huía el sol, muerto de frío. La Mezquita, inmensa y monótona, fatigó a Mariona.

—¿Te imaginas lo que debía de ser esto lleno de moros?

No, Mariona no se lo imaginaba.

Días aburridos. Salir del hotel y pasar diez veces por una misma calle, llegar al río, pararse mucho rato a contemplar el paso de las aguas y notar que uno está lejos de casa, muy lejos. Al volver, asustarse con el eco de las propias pisadas sobre el empedrado de la calle tortuosa y en declive y, de pronto, ver a un hombre aparecer inesperadamente por la misma esquina que nosotros vamos a ganar, un hombre embozado en una capa negra que pasa y se aleja, sin inmutarse, sin decir palabra, sin

mirar siquiera. ¡Qué escalofrío!

Dejó Córdoba con alegría de marchar. En Granada era distinto. Lo único que Mariona no podía sufrir es que la miraran tanto por la calle, que se volvieran a mirarla y luego, sin saber por qué, a lo mejor se echaran a reír.

—No te vuelvas, mujer, no te vuelvas... Que hagan lo que quieran.

—Pero ¿por qué ríen esas tontas? ¡Pueblerinas!

—Es que les hace gracia tu sombrero.

—¡Como si no hubieran visto ninguno!

Pero le entusiasmaba ir al Albaicín, ver y oír hablar a los gitanos que viven en los torrentes, en sus cuevas en las que cuelgan retratos de gitanas, de bailaores y de toreros; y una botella de vino, sucia de polvo y de telarañas.

—Ande la señorita, que le voy a decir la buenaventura... Pero Joaquín caminaba a su lado sin arredrarse.

—Y tú, tú que tienes facha de «embajaor».

No pudo menos que sonreír.

Mariona alargó su mano. La gitana pasó la yema áspera de sus dedos sobre la piel blanca, y después los miraba consecutivamente a los dos, mientras pronunciaba palabras cabalísticas.

—Veo, veo...

Y Mariona no podía aguantar la risa.

—*Blanco y oscuro —para matar el aire impuro, — yema y miel y ombligo de churumbel, — colmillo de serpiente y agua que rompe la fuente; — uno, dos, tres, cuatro — y la luna en el barranco...*

Después quedó absorta mirando las manos.

Con voz brumosa:

—Tienes la dicha y la desgracia en la mano. Un gavián te ronda y te arañará. Veo un churumbel, un churumbel rubio que llevarás en las entrañas...

Joaquín sonreía. Mariona se había puesto súbitamente seria; escuchaba con el corazón escalofriado.

—... Rubio para tus años mozos. Veo correr la sangre como un torrente largo, y el tronco que quema y el ruido que hace sobre la ceniza, para tus años mozos...

Mariona retiró la mano, que la vieja soltó como si volviera en sí.

—Vámonos, vámonos —dijo a Joaquín, asustada.

Joaquín dio una moneda a la gitana. Descendieron apresuradamente.

—¿Qué ha querido decir? Me ha asustado.

—Nada, tonta; patrañas para ganarse dos reales. No sé cómo te lo tomas en serio. ¿No te la habían dicho nunca?

—No —y su pecho palpitaba. Joaquín sonreía.

—No seas tonta, mujer.

Para que a Mariona se le pasara el susto se dirigieron a la Alhambra, donde pensaban comprar unas chucherías. Ya habían estado allí, pero Joaquín quería llevar a

casa unos tapices moros y escoger de paso una blonda blanca con que obsequiar a Mariona. Una vez allí, se hicieron retratar vestidos de moro en el estudio de un fotógrafo que tenía como telón de fondo uno de los patios del palacio árabe, tan bien imitado que en la fotografía daba la impresión de estar arrancado de la realidad.

El fotógrafo —todo un artista, con una ancha boina de bohemia italiana— se impacientaba porque Mariona no hacía más que reír al ver la facha de Joaquín vestido de moro y expresaba sin rebozo el regocijo que le producía.

—Te está corto, te está corto ese gabán.

El fotógrafo estaba furioso.

—Coja usted la cimitarra con la mano izquierda, caballero, cójala por la empuñadura.

—¿Qué es la cimitarra? ¿Este cuchillo? —y miraba muy serio a la máquina.

—Y usted, señora, hágame el favor; no mire a la máquina, mire a su esposo; así, así; más dulce, más dulce...

Pero en el momento en que el hombre ya agarraba con ademán decisivo la pera del disparador, la risa de Mariona lo echaba todo a perder.

Joaquín le decía, impaciente también por el otro:

—Mariona, por Dios, no hay para tanto.

Con lo cual la fotografía salió como Dios quiso. Ella miraba a la máquina, y además con el ceño fruncido. Él, distraído un instante de la pose concienzudamente adoptada —con aquel aire de indiferencia estudiado a propósito para que se note que uno no está indiferente, sino que se enfrenta con la posteridad hasta la punta de los cabellos—, ofrecía el aspecto de un hombre disfrazado al que hubieran sorprendido pensando en sus negocios, un momento, en un rincón del baile de máscaras.

—Esto no parece la Alhambra ni nada. Parece un trozo de la «Aida» —comentó Mariona ante el fotógrafo, que estaba fuera de sí.

Al bajar de la Alhambra, la luna se elevaba sobre la llanura. Mariona pretendía arrancar de su memoria la imagen de la gitana y sus palabras. Mientras bajaban, la voz de la sibila repetía en sus oídos:

—... *colmillo de serpiente* —y *agua que rompe la fuente*, — uno, dos, tres, cuatro — y *la luna en el barranco*...

Sin embargo, recordaba Granada con alegría; la luz cambiante y a ráfagas, la grandeza de los aledaños, la risa de las gentes, la manera despierta y susurrante de hablar...

En el tren que les conducía a Sevilla recordaba el rato que, en una taberna de barrio del Albaicín, habían pasado con unos muchachos de catorce o quince años que se prestaron a cantar a cambio de una botella de manzanilla. Después de la primera botella, vino la segunda, y Mariona contemplaba con pasmo cómo aquellas criaturas bebían y parecían tener el corazón adulto. ¿O es que los demás tenían el corazón de niño? No existe el tiempo en Andalucía, no existe —pensaba Mariona—. Cuando con voz que tenía la calidad sarmentosa y vieja de una vid nueva, recién nacida —puesto

que la ancianidad no provenía de ella misma, sino de la fuerza de la savia de la que había retoñado, resumiendo en ella la solera y la exquisitez de las generaciones precedentes—, uno de aquellos chiquillos hablase lanzado a balbucir una desgarrada tonada, de alma y arma, de traición y dolor, con reflejos de tragedia y furia para arrasarlo todo en tropeles, Mariona había abierto desmesuradamente los ojos:

*¡Mi sangre llega hasta ti,
ay, mi madre, cómo mana!...*

Y era un chiquillo de quince años, de ojitos breves y profundos, la camisa hecha jirones. Al traer otra nueva botella de manzanilla, en lugar de descorcharla, esgrimiéndola, había partido su cuello en dos con un golpe seguro contra el borde de la mesilla de mármol. Y se había cortado en un dedo, que sangraba. Él bebía su propia sangre para restañar la herida, mientras Mariona lo miraba, miraba a aquellos ojos, y el pequeño afirmaba: «La sangre mata la sangre». ¿Qué quería decir?

—¿En qué piensas? —Ella volvió en sí.

—Nada; estaba mirando el paisaje.

—Parecías preocupada... ¿No estás contenta?

—Sí.

Y miró el paisaje. Se ondulaba en largas sinuosidades. Los toros pacían aquí y allá y miraban pasmados el tren, al que, a pesar de serles familiar, por lo visto no habían podido acostumbrarse. Otros se perseguían y unos terceros huían pradera adelante, atolondrados. Más allá, un jinete, con su gran sombrero de alas anchas, rejón en ristre, picaba el lomo de una manada que se iba perdiendo en los verdes de la lontananza levantando polvareda de oro. El sol de la tarde ahogaba este espectáculo en una suavidad ardiente y dulce. De vez en vez, el tren paraba en una estación desconocida, y Joaquín y Mariona salían un momento al pasillo; Joaquín bajaba uno de los cristales de la ventanilla para comprar unos bocadillos. Entonces Mariona escuchaba el ruido del silencio, prolongadamente extraviado —el eco de las ruedas del tren todavía prendido en sus oídos—, y la voz de un aguador, el trino de unos pájaros, a los que pronto dejarían de nuevo en paz en su tálamo de acacia transitorio; la que, sin embargo, dejaría en la memoria de Mariona al cabo de los años una imagen imprecisa, huidiza.

Oscureció lentamente. El atardecer acentuaba el brillo de las acequias de tierra andaluza, pródiga en manantiales. Eran como el torso pardo de un pez que esquivo el acoso de la verdura, una serpiente sinuosa. Más tarde, los rostros de los compañeros de compartimento se fueron endureciendo por la oscuridad y por el cansancio. Y las mujeres que subieron en Arjona, con sus cestas de huevos, fantasmas negros de la negrura del aire. Y un cúmulo de estaciones con las lucecitas encendidas, y el apoyarse en los hombros de Joaquín, fatigada de tanto rato en el tren. Sevilla, que parecía que nunca tendría que llegar, amaneció allí evidente. El despertarse rápido y

atolondrado cuando ya el tren entra en agujas, con un bullicio que repercute en las articulaciones todas; bajar, colocar las maletas en el coche de alquiler, conducido por un hombre parsimonioso y de cara larga, como dormido; transitar de noche por una ciudad desconocida, donde cada edificio, cada tramo de árboles, cada monumento parece navegar a nuestro lado y estar a punto de tragarnos con lentitud fantasmal, sonambúlica. ¡Sevilla!

Cenaron muy poco. Mariona se acostó en seguida, mientras Joaquín sacaba algunas cosas de las maletas y, parsimoniosamente, se ponía a leer el periódico. Mariona no se dormía del todo, se dejaba mecer por la sensación de la cama, del reposo, consciente de estarla gozando y sin querer apurarla de un sorbo. A media vigilia escuchaba la voz de Joaquín. ¿Qué cosas? Ella apenas podía responder, pero encontraba agradable la proximidad alejada. «Mañana iremos a ver la Virgen de las Angustias y el Cristo del Gran Poder...». Sevilla... Y luego el ruido del diario al ser abierto, un papel. Y Joaquín decía: «Subiremos a la Giralda...». Después hablaba, quizá hablaba solo, no sé... Y luego: «Ernesto Villar ha pronunciado un discurso en las Cortes...». ¿Un discurso? —se preguntaba Mariona—. Y tenía la sensación del viaje, del paisaje escurridizo, de las acequias que se acercaban y se alejaban del tren sin parar... Ernesto Villar... Un discurso...

Al día siguiente fueron al barrio de Santa Cruz, tan blanco y pulido, donde los claveles cuajan; barrio esquinado y blanco, con ventanas enfrentadas unas a otras, en coloquio; a la Giralda, a cuya cumbre llegaron fatigados. Al otro día alquilaron un coche de punto para trasladarse a las ruinas de Itálica; llegaron cansados a causa del viento, que arreció sin parar, y Mariona con un poco de dolor de cabeza.

—No es nada, ¿sabes?

—Date un baño caliente. Quizá te has enfriado.

—No, no es nada; me encuentro bien.

En efecto, al día siguiente se encontraba bien y por la mañana visitaron el Alcázar, que entusiasmó a Mariona tanto como las ruinas de Itálica la habían decepcionado. Porque en el Alcázar existe algo vivo, vigente; se le podía imaginar sirviendo de centro de la vida cotidiana de la realeza; y las ruinas de Itálica no eran más que piedras muertas. Por la tarde recorrieron las iglesias de Sevilla. Al día siguiente tomaban el tren para Madrid.

—¿Te ha gustado Sevilla?

—Mucho.

Y lo decía con entusiasmo. Recordaba el revoloteo de las faldas de una bailaora en una taberna. Las bailaoras, mujeres altas, la mayoría rubias, cosa que ella no había sospechado, dirigían todas la saeta negra de sus ojos a Joaquín como una suerte de reproche gallardo; ella, Mariona, las había observado con pasmo. Joaquín le sonreía a ella, levemente, de vez en cuando, halagado.

Y otra vez el cansancio del tren y las ganas de llegar.

Madrid le pareció ya una ciudad familiar, casi como estar en casa. Allí ya no existía el misterio, la luz de pavor en los ojos que la había perseguido en Andalucía, el aire de tierra de magia y pesadilla. Y hasta parecía que respiraban los dos con más pausa, una respiración menos ahogada por el ambiente. Cuando se acostó en la cama del hotel, Mariona se sentía llena de una dulzura bien ganada.

Al día siguiente se levantaron contentos. Era una mañana luminosa, fría y magnífica.

—Los días que estemos aquí en Madrid no te dejaré un solo instante —dijo Joaquín cuando estuvieron vestidos y se disponían a salir a la calle—. He terminado con los clientes y nadie sabe que estamos aquí.

Bajaron a desayunar. Lo hicieron satisfechos de sentirse en el término del viaje y de la esperanza de llegar pronto, interferida a la promesa de los días que iban a gozar aún plenamente en Madrid. Bajaron al «hall» para salir a la calle. El conserje entregó a Joaquín un telegrama.

—¿Un telegrama? —preguntó Mariona, intranquila.

—Sí; de Barcelona —dijo Joaquín, leyendo en la envoltura.

Después lo abrió.

Parecía no acertar a leerlo bien. Súbitamente grave, lo leyó de nuevo velozmente, mientras se dirigía a uno de los butacones del «hall». Se hundió en él pasándose la mano por el rostro.

—Di, di; una mala noticia —intuyó Mariona, precipitándose al papel.

«*Papá grave, venid en seguida. Paula*».

No pronunciaron una sola palabra, pero se acompañaban infinitamente. A medida que los minutos pasaban, Joaquín iba incorporando el rostro, los hombros, todo él. Pero Mariona acertaba a descubrir en sus mandíbulas una suerte de crispación mortal.

—Tu padre es joven, lo podrá vencer —dijo.

—No; no lo vencerá. Yo sé lo que ha sido.

Su mujer le escrutaba; los ojos de Joaquín se perdían a lo lejos en mucha tribulación.

—¿Qué, qué, Joaquín?

Y Joaquín no decía nada. Miraba a Mariona; señaló con el índice el pecho, como si indicara la dolencia.

—¿Qué, qué?

No respondía.

Se incorporaron. Subieron a las habitaciones e hicieron precipitadamente las maletas.

Joaquín había preguntado al conserje la hora de salida del expreso para Barcelona.

—A las trece diez, señor —dijo el conserje, consultando una tabla—. Llega mañana a las once a Barcelona.

Joaquín hizo mentalmente el cálculo.

—¡Veintidós horas! ¡Veintidós horas! —exclamaba.

En el tren, Mariona se encontró mal. Apenas pudo dormitar apoyada en el pecho de Joaquín, que no se había desvestido. Pasaron las veintidós horas sin pronunciar apenas palabra, fatigadísimos.

—No podíamos pensar que el regreso fuera tan triste, ¿verdad? —dijo Mariona, casi al cabo del viaje.

Joaquín la acarició en la mejilla, sin mirarla.

—¿Cómo te sientes tú?

—Bien, no te preocupes.

—¿Estás mareada?

—No, Joaquín; me encuentro bien. —Y se apoyaba enteramente en su hombro.

La llegada fue todavía más triste. En el andén aguardaba Mercedes. Joaquín se precipitó fuera del vagón.

—¿Qué hay, qué hay?

Mercedes tardaba en contestar. Mariona, a su vez, había bajado.

—Dime —inquirió Joaquín, más cerca, con mayor angustia. Mercedes hizo un signo negativo con la cabeza. Joaquín se apoyó entonces, ligeramente, en el hombro de su mujer.

—¿Cuándo ha sido? —preguntó, balbuciendo.

—Esta mañana. Esta mañana a las seis.

—A las seis... —repitió Joaquín como un autómatas. La hora de las calles solitarias, de las persianas cerradas. Pensó un momento en el rumor de pisadas sobre el empedrado, en la luz primeriza del sol.

Inmediatamente se incorporó.

—Vamos —dijo—. Vamos aprisa.

Cogieron un coche y se dirigieron a su casa.

Atravesó corriendo la media portalada abierta; los vecinos, la gente de las tiendas parecían señalarle.

Y todo para llegar al cabo y tener que detenerse, tener que detenerse de puntillas, contemplando el rostro en paz. A luz de los seis cirios, aquel era su padre, sí, su padre, que dormía.

No acertaba a llorar; se sentía arrancado por dentro, despojado de su propio espíritu.

Se fue a su habitación; se tendió sobre su cama, de bruces; notaba el frescor de la almohada y hubiera querido ahogarse en él. Entró su hermano.

Joaquín intentó incorporarse. Fabián se sentó en un borde de la cama. Sus ojos eran rojos, irritados de llorar.

—Ha sido esta mañana, a las seis.

Y el dolor nublaba su garganta. No podía hablar.

—Una angina de pecho.

—¿Y... mamá?

—Está desesperada. En la cocina, llorando, desde esta mañana. No quiere salir de allí.

El menor de los Rius se echó a llorar. Joaquín se había incorporado. Las piernas no le llevaban. Se abrazaron, y Joaquín notaba las lágrimas de su hermano en sus mejillas. Sentía una conmoción total, como si perdiera por instantes el mundo.

—Preguntó por ti —prosiguió dificultosamente el hermano—y por Mariona. Y después deliraba... Decía: «Joaquín, Joaquín...».

—¿Qué? —acertó a preguntar. La voz de su hermano era entrecortada.

—«... vale un dineral...».

Notó desquiciarse algo en su pecho y, loco de dolor, se echó sobre la cama, retorciéndose. Pero no lloraba. Era un gemido largo, un solo gemido, alto, que no correspondía a su voz. Su hermano volvió a sentarse al borde de la cama y sollozaba:

—Luego volvió a recobrar el conocimiento, se confesó y comulgó, y se despidió de mamá y de mí. Pidió a mamá que le enterraran con el chaqué de la Reina.

Fabián apenas podía reprimir el sollozo desesperado. Pero, como ensimismado, hallaba cierto sosiego en resucitar en voz alta las escenas. Joaquín estaba tendido de bruces sobre la cama, sin moverse. Respiraba hondo.

—Dijo —volvía a hablar el hermano menor—: «decid...» —y no podía continuar—. Luego, haciendo un esfuerzo: «Decid a Mariona que ahora sí que es la última vez...».

Joaquín no supo cuánto rato quedó tendido allí y olvidó el momento en que su hermano se había marchado. Entró Mariona con su padre, don Desiderio, y se lo llevaron a la parte de atrás, junto al cuarto en que su padre estaba expuesto. Volvió a entrar y le contempló de lleno con una seguridad recobrada. Solo a veces sentía repicar en su corazón las palabras: a las seis, a las seis...

Aún no había visto a su madre. Pero notó el rumor que hacían las mujeres llevándosela desde la cocina, de donde no había querido moverse, a la parte de delante contra su voluntad, que ya no existía.

—Es mejor que no vea cómo lo sacan —había advertido doña Clotilde a Mercedes, y los impertinentes de doña Clotilde se ladeaban ligeramente como un antifaz. Joaquín se fue a cambiar las ropas; a arreglarse un poco para el entierro.

El gentío fue enorme, pero Joaquín apenas pudo darse cuenta de los rostros; gente conocida, gente desconocida, curiosos. Y voces bajas, palabras de alivio ritual, el sol que se perdía, abrumador, en el ocaso de los primeros días de marzo en la ciudad, batallando con la furia del viento. La ciudad, vuelta a ver, sin verla aún, huérfana de todo sentido. Y, en el recuerdo, el vértigo de las horas, de las semanas, de los meses apelotonados, persiguiéndose unos a otros con tesón, impedíanle discriminar la proporción de las cosas, como en una suerte de vals trágico.

«Necesito reposo, necesito reposo» —se decía a sí mismo sin acertar a saber por qué.

Y luego logró pensar: ¿Y mamá?

Pero ¿existía mamá? Su casa era su padre, su familia era su padre, el desconocido que llegó un día inesperadamente y que se iba ahora inesperadamente también. «Es el champán más caro del mundo».

Este tesón yacería en el camposanto artificial, de piedra, unos despojos mezclados a otros despojos; es el espectro de los muertos de la misma sangre sacados de su fosa para ceder una plaza al que llega, joven aún en el recinto. Y otros, de los que ya no se distingue nada.

Puñado de cenizas.

Al regreso, una sensación de alivio, de alivio triste, el alivio de sentirse fatigado, el cansancio prometedor. Percutían en su ánimo las voces de los sacerdotes, solemnes y graves, dilatadas hacia el cielo urbano; la realidad de piedra cobraba a su conjuro un resabio de eternidad, con eco antiguo y luminoso. Las gentes salían de los despachos, se apresuraban, conversaban en las aceras.

Al llegar a casa encontró a su madre con don Desiderio y Mariona. Su madre había envejecido en horas. No hablaban. Joaquín la besó y no dijeron palabra.

—¿Tiene usted frío? —le preguntó, al cabo de un rato, don Desiderio.

Ella hizo un signo afirmativo.

Después, volvió a la cocina, y se quedó allí sola, con Mariona. Don Desiderio quedó con Joaquín, en el comedor. Su hermano estaba en la sala, con las visitas de pésame: la multitud de gentes llegadas de la calle de la Paja y sus aledaños para consolar y de paso fisgar el actual piso de los Rius, tan hermoso. El hermano no respondía a nada.

—Me acuerdo —evocaba la mujer del panadero— de la tarde en que llegó de América... Era un señor, todo un señor. —Y se movía la cabeza con una compunción que resultaba a la vez sincera y de circunstancias.

El contable Llobet tenía los ojos rojizos. No lo dijo a nadie porque estaban demasiado afligidos para fijarse en él. Pero, mirando al balcón, se iba repitiendo: «He perdido a un padre, he perdido a un padre».

Joaquín a don Desiderio:

—Hizo de mí lo que ningún padre ha hecho por nadie. Me hizo hombre y él parecía sentir vergüenza de serlo más que yo después.

Don Desiderio advirtió:

—Tu madre dice que quiere marcharse de esta casa. Dice que no podría vivir aquí.

—Ya le pasará. Son los primeros momentos.

Después, las enervantes despedidas. Al fin quedaron solos. Joaquín estaba rendido. Mariona se había ido a acostar a media tarde. Él lo hizo en su cuarto de soltero.

Durmió unas doce horas. Un sueño profundo, sin imágenes, total; al despertar al día siguiente, no sabía exactamente dónde estaba ni qué es lo que había sucedido. El sol bullía en sus párpados. La sensación repentina de haber perdido a su padre le hizo incorporar.

A su lado, sentada en la cama, vestida, bellísima, estaba Mariona. La mujer le pasó la mano por los enmarañados cabellos. Él le dio la suya.

Mariona sonreía levemente, con ternura.

—Joaquín —balbució—. Tengo que decirte...

Joaquín la miró, del todo devuelto a la realidad.

—Voy a ser madre, Joaquín...

Y Joaquín Rius, padre, se llevó la mano al corazón, como si quisiera sujetarlo.

IX

CON LA BODA y el viaje de su hijo Joaquín y, al final, con la gravedad de su imprevista dolencia, el señor Rius había dejado de ir alguna vez a la fábrica, y Llobet, naturalmente, no se bastaba. Aquella misma tarde Joaquín fue a la fábrica un instante; despachó las cosas más urgentes.

El apoyo de los Rebull en el trance sobrepasó lo que hubieran podido esperar. Joaquín notaba sobre todo que, con relación a su madre, la presencia y la compañía de don Desiderio había sido muy eficaz. Se sentía confortado al comprobar cómo se acompañaban, en los trances supremos, las gentes ligadas por un vínculo familiar. Don Desiderio le advirtió de nuevo que el único deseo de su madre era volver al piso de la calle de la Paja.

—No hará nada bueno si no la devolvemos allí. Se os escapará .de las manos. Se acabará.

Y añadió:

—Hay que hacerlo.

—Pero el piso ya no es nuestro. Y además, ¿a santo de qué? ¿Es que mamá no está bien aquí?

—Hay que comprender a los viejos —reiteraba don Desiderio—. Tú empiezas tu vida y ella cree que la está acabando. Para ella este piso, incluso tu boda, han sido un accidente. Moralmente, ella sigue viviendo allí.

—Pero no vamos a echar a los nuevos inquilinos. —Seguramente se prestarán a hacer un cambio si se les paga. E insisto en que vale la pena. Tu madre se muere por exceso de espacio.

Hablaron de ello a los nuevos inquilinos y al propietario de la casa, un joven moderno, que no se acordaba ni de que fuera suya.

—Además —argumentaba don Desiderio—, vuestro piso nuevo todavía no está terminado del todo. Las cosas se alargan. Bien vale la pena de ahorraros un gasto. Este piso está muy bien.

—¿Y mi hermano? —objetaba Joaquín.

—Tu hermano no tiene inconveniente en ir a vivir con tu madre en la calle de la Paja. Incluso me parece que la idea le ha satisfecho.

El propietario de la casa no tuvo inconveniente. Los inquilinos exigieron una indemnización, que fue tan costosa como la que hubiera ocasionado el mudarse todos del piso actual a otro nuevo y lujoso.

Pero doña Paula no podía pasar ni un día más allí. Era curioso ver cómo reaccionó ante la idea de regresar a la antigua sede. Ganó unos años.

Para ella, la idea de convivir con el vecindario era como la de revivir con su marido. Mariona y Joaquín quedaron solos en el piso, con los sirvientes. Mariona

observaba a su marido; se sentía dueño de sí y de su casa. A las seis, cuando el sueño es más dulce y tibio, en el rigor del invierno, sentía posarse sobre su frente los labios fríos de Joaquín. El calor concreto del ente sobrevenido, la sensación de un puño diminuto asiéndose a ella la acompañaba desde sus entrañas. Una dulzura, ganas de llorar...

Falta de fuerzas para ordenar, para decidir. Recordaba los tiempos en que imponía su voluntad. Cualquier objeto, una taza, una flor, una sirvienta podían ahora imponer su voluntad sobre ella. ¡Tenía tanto miedo de que lo que llevaba en las entrañas pudiera sufrir daño! ¡De que al hablar, al expresarse con voz más fuerte, pudiera desgarrarse, echarse a perder!...

Pensaba en Joaquín, su marido; cosa curiosa, le veía alto, distinto, forastero. Él, el hombre, nada tenía que ver con el hijo. Ella, ella, la madre, sí; lo llevaba dentro. No podía quererlo jamás como ella.

El vértigo de la existencia común, la intimidad gozada antes y durante el viaje, se le antojaba distante, soñada... Él amaba al presagio del hijo a través de ella. Ella, en cambio, si le amaba a él, lo hacía a través del hijo posible, evidente en su interior. Pero directamente, de ella a él, casi nada...

—¡Que nazca pronto, que nazca! —pensaba ella—. Es preciso que yo quiera a Joaquín del todo.

Pero ¿es que en realidad Joaquín la quería? ¿Por qué no lo demostraba, por qué no le daba ánimos? A lo sumo, al llegar de la fábrica:

—Te voy a traer una muestra de los tejidos de prueba que hemos fabricado para que escojas uno —le decía.

¿Era eso amar?

Don Desiderio parecía haber salido de su antigua misantropía, sentir la alegría de haber ganado una familia. Al salir del taller, caminaba con ligereza por las tortuosas calles de los alrededores de la catedral. A veces subía un instante a la antecámara del señor obispo. Allí charlaba con el vicario general sobre temas de actualidad, de la política, de la sociedad, de las obras de beneficencia. Pero, despidiéndose apresurado, no dejaba de subir un instante al antiguo domicilio de los Rius, en el que doña Paula había recobrado absolutamente, si no la jovialidad entera, la costumbre de vivir.

—Usted, don Desiderio, no está acostumbrado a verme así —decía doña Paula, mientras mondaba unas patatas o venteaba con el esparto en los fogones.

A lo que él no había podido acostumbrarse —pensaba don Desiderio— era a verla de otra manera.

A veces hablaban de los muchachos.

—¿Verdad —preguntaba doña Paula al señor Rebull— que cuando nos conoció le hicimos un efecto un poco raro?

—No; ¿por qué?

—Ustedes eran gente de mucho aire. Y nosotros, pobres de nosotros...

Don Desiderio sonreía.

Luego afirmaba, mirando a los fogones:

—No sé lo que quiere decir gente de mucho aire. Yo, con mi mujer, no quería otra cosa que esta. La pobre Mercedes murió sin haber querido bailar conmigo ni con nadie. Le hubiera parecido una tontería.

—Pues, en cambio, a mi Rius no había manera de hacerle entender que bailar conmigo —y con otras, porque ya lo sabía yo me daba mareo, y luego no podía dormir. Si le hubiera visto cuando teníamos relaciones.

—¿A qué edad se casaron?

—Él, veintitrés, y yo, veinte.

—Yo tenía dos años más que su marido, cuando me casé. Cuando don Desiderio se despedía, ella no le daba la mano, excusándose, porque la tenía sucia de trastear.

Muy a menudo don Desiderio y Mercedes iban a casa de los recién casados para hacer compañía a Mariona.

Mercedes había preguntado a su padre.

—¿No encuentras muy triste a Mariona?

—A todas les pasa igual —contestaba don Desiderio—. Y a ti también te pasará.

—Oh, no... —eludía Mercedes, un tanto sofocada.

Mariona estaba a veces más animada, charlaba alegremente; escuchándola contestar a las preguntas de Joaquín, no contradecirle.

Una vez dijo a Mercedes:

—¿No estás disgustada?

—¿Por qué? —preguntó Mercedes. Y miró a su padre y a Joaquín.

—Ahora —prosiguió sonriendo Mariona— tú eres la pequeña y yo la mayor. ¿No te parece imposible que esté a punto de ser mamá?

—Imposible, no —contestó Mercedes con una sonrisa—. Me parece posible. ¿Es que a ti te parece imposible?

—Sí —contestó Mariona—. Todavía no me sé acostumbrar a la idea. Verás cuando a ti te suceda.

—A mí no me sucederá —dijo—. Yo he nacido para tía.

—¿Para tía?

—Sí. Y si me caso, me casaré con un hombre que tenga más temperamento de tío que de marido.

Ya lo verás.

Mariona pensó en lo que sus antiguas compañeras de colegio decían de Joaquín. ¿Es que Mercedes hubiera sido feliz con él? —Te equivocas —añadió Mariona—. Las que tienen temperamento de tía no deben casarse.

Pero pensaba: quizá las que no deben casarse son las que no tienen temperamento de tía. En efecto, ¿no hay muchos aspectos que en el matrimonio son amor al orden, temperamento doméstico, espíritu de sacrificio, propósito de vivir así hasta el fin de los días? ¿No es eso casi todo el matrimonio?

—¿Con quién te casarás? —preguntaba Mariona.

Los dos hombres asistían a la conversación con reserva sonriente.

—Yo no me casaré —respondía con convicción Mercedes.

—Lo que Mercedes quiere decir —expresó don Desiderio—es que no se casará hasta que se muera este viejo —y se señaló a sí mismo.

—No es verdad —protestaba Mercedes, siguiendo la broma—. Si me caso, me casaré tanto si tú estás como si no estás, para que te enteres.

Mariona miraba a Joaquín y pensaba:

«No interviene en la conversación, no sabe qué decir, se siente forastero».

Pero se equivocaba. Joaquín habló:

—Te casarás cuando te enamores.

Mariona pensaba: «Es falso. Te casarás cuando te convenga. Los hombres creen que las mujeres se enamoran, que llega un momento que no son dueñas de sí».

—Tal vez —continuaba Mercedes—. En todo caso, lo consultaré con la almohada. Y si no —añadía—, me bastará con ser tía del pequeño vuestro, que no se parecerá a ninguno de los dos, para que os enteréis. Se parecerá a papá, y cuando sea viejo tendrá una frente despejada y el pelo muy blanco; y hay que hacer que se llame Desiderio, ¿verdad? —y miraba a su padre con el ánimo de encontrar en él a un cómplice de su propuesta.

—No —decía este—, hay que hacer que se llame como sus padres quieran.

—Que se llame Desiderio. Desiderio Rius. ¿Se puede imaginar nombre más bonito?

Y Joaquín Rius, escuchándola, se sentía satisfecho por la parte que le correspondía.

Realmente, el nombre sonaba bien y significaba además una alianza perfecta entre las dos ramas.

—¿Qué querrás que sea cuando sea mayor?

Y Joaquín Rius respondía absolutamente en serio:

—Lo que él quiera. Quiero que sea eso: Desiderio Rius.

—Pero ¿qué, qué? —persistía Mercedes.

Joaquín no sabía qué contestar, así de sopetón.

—¿Abogado, ingeniero, médico?

Él pensaba en la contestación que dio a su padre: «No; quiero seguir contigo». No se imaginaba que su hijo pudiera pensar de otra manera. Y un rumor seco de pisadas sobre la acera tersa, a las seis de la mañana, llegaba a su memoria y a su esperanza.

Mariona quedó absorta, súbitamente seria; nunca se había planteado la existencia real de su chico. En efecto, ¿qué sería su hijo? ¿Fabricante? Hizo un movimiento con el labio, en tensión, medio segundo... Desiderio Rius Rebull, se repetía... Desiderio Rebull... ¿Rius? ¡Qué lejos, qué inverosímil suena!...

Su talle perdía agilidad, flexibilidad. Se notaba débil, aplanada, falta de vigor. ¿Lo podré resistir? —decíase—. Y, sin embargo, así hemos nacido todos. No es que lo ignorara; pero, sin embargo, no se había planteado qué clase de fenómeno sería ni

hubiera podido jamás imaginar que fuera así, sensación de cataclismo, de hecatombe, un proceso puramente animal... ¡Qué joven soy, qué niña soy para ser madre! ¡Qué niña, qué niña soy!...

Por las noches sentía temor, un temor mortal; buscaba el cobijo del hombre, allí, del hombre que la amparara. Y el brazo de Joaquín se extendía sobre la almohada para que sirviera de reposo a su mujer.

—Tienes que tomar la infusión de cicaria que te recomendó el médico.

Mariona respondía:

—Sí.

Pero necesitaba que le pasaran la mano por la mejilla, que acariciaran someramente la existencia presentida en su entraña; un calor, un calor especial, la idea de la complicidad. ¿Por qué Joaquín parecía considerar aquello como lo más natural del mundo?

—Joaquín.

Él la miró.

—¿Me quieres? Dímelo de verdad.

Joaquín estaba extrañado.

—Mariona, por Dios... —dijo, cariñosamente.

—Dímelo; dímelo de verdad.

—Pues claro, mi chiquilla. ¿Lo pones en duda?

—Quisiera notarlo, notarlo a cada paso. Necesito no solo que me quieras, sino que yo lo note.

—¿Me reprochas algo?

Ella parecía que sí, que reprochaba; pero afirmó:

—No.

Joaquín cerró un instante los ojos y suspiró, reprimiéndose. Y pensaba: «Ha pasado algo, algo que hay que remediar, que hay que remediar urgentemente». Y sin embargo, por mucho que le daba vueltas a la cosa, no acertaba a descubrir de qué se trataba.

—Le pasará —pensaba—. Es su estado.

Transcurrieron los días. La fábrica marchaba viento en popa, con una regularidad matemática, nueva, impuesta por Joaquín al coger plenamente las riendas del negocio... Su padre, claro, con tantos compromisos... Él era libre y había podido zanjar ciertas cuestiones sin atender a razones sentimentales.

Se levantaba de madrugada. En esto no podía fallar de ninguna de las maneras. Así lo manifestó a Mariona, con cierta energía, en una de las ocasiones en que esta pareció insinuar a su marido que exageraba el celo.

—Pues comprenderás —dijo Mariona— que para una mujer, y más como yo estoy, no es todo lo que pudiera desear. Me siento sola...

—Mariona, pequeña; ya sabías esto al casarnos. Te lo advertí.

—Tú me lo has advertido todo.

Irremediablemente, era todo inútil hasta que pasara aquello. ¿Cuándo llegaría?

A principios de junio, Joaquín, habiendo llegado a la conclusión de que, en realidad, no se podía prolongar la tristeza y la soledad de Mariona, habló con don Desiderio. Decidieron que, acompañada de Mercedes, irían a pasar a «Las Torres» la temporada que faltaba. Lo único que les hizo reflexionar fue si Mariona daría a luz allí o en Barcelona.

—Me da miedo que allí... —insinuaba Joaquín.

—No. Lo importante es que vaya en seguida; y una vez en el campo, ya veremos. El aire de Santa María le sentará muy bien. Y podrá reposar; estará bien atendida y distraída. La compañía de Mercedes será buena. Tú, .e incluso yo alguna vez, puedes subir los sábados hasta el lunes. Y si en el curso de la semana hay algo especial...

Las dos muchachas marcharon a Santa María, con Bernardo, doña Clotilde y dos sirvientes, el 20 de junio. Llegar allá y recobrar Mariona su alegría, su jovialidad, el entusiasmo por las cosas fue todo uno. Había olvidado completamente el piso de Barcelona, que consideraba sombrío y desconocido. El jugar al «croquet» con Bernardo, Mercedes y doña Clotilde le devolvía una alegría antigua. Se burlaba de la institutriz.

—Mira, mira cómo coge la maza —le decía Mariona a su hermana—. Parece que barra.

—Que no te oiga, que se ofendería, con lo puntillosa que es.

Bernardo tomaba revancha de sus fracasos con don Desiderio enviando las bolas de doña Clotilde tan lejos como sus fuerzas, bastante menguadas, le permitían. Doña Clotilde se ofendía de la reiteración de los entusiasmos combativos de Bernardo, al fin y al cabo un criado, lo que excitaba la hilaridad de Mercedes y Mariona.

—En casa —afirmaba doña Clotilde mientras corría, en una ocasión en que vino a tono, pero a todas luces refiriéndose a la desconsideración del portero en el «croquet»—, cuando el servicio era invitado a hacer vida común con nosotros —cosa que por cierto ocurría bien pocas veces—, nunca perdía la idea de que era una condescendencia de los señores. Mi padre, en paz descanse —añadía—, era muy severo en estas cuestiones.

A veces, Mariona tomaba a broma incluso cosas relacionadas con su estado. Si no podía apresurarse hacia la bola para realizar su jugada con la prisa de antes, por ejemplo, decía:

—Es que ahora jugamos dos.

Los sábados comparecían Joaquín y don Desiderio. Llegaban en la tartana. Joaquín quería conducirla él mismo. Mientras, Jaime seguía en la banqueta con una inmovilidad de adormilado. Le gustaba sentir la voluntad de *Revérter* dominada por su puño.

—Esta yegua es demasiado joven —había dicho a don Desiderio—. Hay que saber dominarla bien. No hay que dejarla a su antojo ni un segundo.

La noche de San Juan, primera fiesta en que estuvieron reunidos todos en Santa

María, fueron a recorrer las fogatas que los chicos del pueblo encendían con cañas y cañamo en diversos lugares de la llanura, y al abrigo de las principales casas, y repartieron algunas monedas entre la chiquillería. A la luz propia y cambiante de las fogatas, Joaquín contempló de lleno el rostro de Mariona, sus ojos, los ojos negros, a los que el reflejo de la llama dotaba de una fosforescencia misteriosa. Parecía más niña que nunca con el peinado grande y la expresión de asombro. En la oscuridad, millares de grillos, los primeros grillos, desgarraban el silencio de la noche. Joaquín se dio cuenta de la angustia que le había dominado en los meses anteriores desde la muerte de su padre. Por fin, la veía de nuevo sonreír, adivinaba con gozo que había sido restablecido el contacto entre las dos almas.

«¿Estoy enamorado?», pensó Joaquín. Y él mismo se respondía: «No, no estoy enamorado, tal como la gente cree. Pero soy el marido de Mariona, soy padre de su hijo y, por consiguiente, la quiero. La quiero, aunque no olvide sus defectos, aunque no deje de estar ni un minuto en la realidad de nuestra vida común. Lo que me molestaba no es el hecho de, que no me quisiera, sino la idea de que rehuía su deber, de que se desquiciaba el orden de mi casa. Me obligo a quererla, y no me cuesta esfuerzo quererla así, por obligación; es la satisfacción de obrar como debo y no como quiero. Es mucho mejor que amar». Pero después volvía a meditar, y afirmaba: «Sí, la quiero».

En la lejanía, el rumor de los grillos injertaba a la noche un balbuceo movedizo, una palpitación dilatada, misteriosa, profunda. Y, ya de vuelta, escuchaban el tropel de las acequias discurrir a ciegas por sus cauces y el alternativo susurro de la brisa resbalando sobre la alfalfa.

Joaquín dejaba «Las Torres» los lunes, a las cuatro de la madrugada. En la tartana, de camino hacia la estación, reflexionaba sobre la situación de sus negocios y de sus sentimientos; y se sentía satisfecho.

En la tiniebla absoluta, en que ni *Revérter* estaba a la altura del nervio de su juventud, y Jaime, en su sopor, maldecía la ocurrencia que le hacía andar despierto a aquellas horas. Joaquín sentía la llamada y la obsesión del trabajo que le aguardaba unos kilómetros más allá; el estímulo de la fábrica, de la jornada que se iba a desarrollar, tan prometedora de pequeñas luchas emocionantes, en pequeñas victorias. Recordaba el espacio de la nave iluminada por la luz que penetraba a raudales por las ventanas mientras los obreros, trabajando con silencio absoluto, solo rasgado por el estrépito de los telares, no eran más que abejas del gigantesco enjambre, cada una atenta a su obligación.

En aquellos instantes Mariona percibía la dicha de reconquistar la soledad de aquellos parajes, de volver a ser una niña, como en los años de soltera. Volvía del otro lado buscando un frescor inédito en la almohada.

Al despertarse el sol, penetraría, cargado de rumores de follaje de plátanos, en su habitación y se detendría estupefacto al borde de la cama. Mercedes le preguntaría:

—¿Cómo has pasado la noche?

Y después doña Clotilde, con el desayuno:

—Tómelo aprisa, no se le vaya a enfriar —pasaría revista a la habitación tras los impertinentes—. Esta casa es demasiado grande... —Y añadiría—: Mi padre, en paz descanse, prefería las casas pequeñas.

¡Y a correr por los campos, a escuchar el susurro de la brisa en los trigos, a dejar penetrar en el pecho el olor de los establos y el vaho fresco de los pozos!

Se acostaba rendida, al anochecer. Entonces se acordaba del hijo...

—*Veo un churumbel — un churumbel rubio que llevarás en las entrañas.*

La voz de la gitana de Granada proyectaba en su ánimo la sombra de mil dudas.

Durante la semana dormían las dos hermanas en la misma habitación. Don Desiderio abandonaba también Santa María los lunes, pero más tarde, a las diez. Y ellas quedaban solas.

Era una sensación placentera la de irse a acostar. Mariona y Mercedes, cada una con el correspondiente candelabro y la vela encendida, subían a la habitación, que era cuadrada y ancha, con las dos grandes camas antiguas de roble. A la luz de la vela, las sombras de los objetos parecían cambiar de lugar, fugaz, líquidamente. Las velas permanecían encendidas largo rato hasta que a las dos chicas les entraba el sueño. Y, mientras, charlaban, acostadas, una frente a otra.

Pasaron las semanas. La vida era regular. Los rostros de los campesinos, de los colonos, de las muchachas del servicio, de los chiquillos del pueblo, del cura eran familiares. Los sábados, la llegada del padre y del marido; y los lunes, la paz de los campos a su antojo...

—Mercedes —dijo Mariona una noche, en septiembre, cuando la vendimia y las canciones de los vendimiadores inundan de la primera melancolía los declives de las colinas—, me quedaría toda la vida a vivir aquí.

Acababan de acostarse, las velas chisporroteaban.

—¿Por qué? ¿Tanto te gusta? —inquirió Mercedes, extrañada. —Me siento contenta.

—Pero... ¿y tu casa?... ¿y tu marido?

—Que viviera aquí también. Mi casa es esta.

—Esta es tu casa de ahora. Pero en invierno, con el frío...

—Mucho mejor... Me pondría al lado de la lumbre, mirando la ceniza. Como hace Filomena, la vieja, la mujer de Juan.

—No lo aguantarías. ¿No te gusta Barcelona? ¿Ya no te acuerdas de toda tu vida de allí? El Liceo, los amigos. Esto es muy aburrido. Para un tiempo está bien, pero después...

—Es por lo que me gusta, porque es aburrido. Me da miedo Barcelona.

—Pero antes no te daba.

—No, antes no; pero ahora sí... No sé por qué me ocurre. Y Mercedes se

incorporó.

—Te estás volviendo de lo más raro del mundo —dijo—. Eres una lunática. No entiendo por qué tanto cariño a Santa María, tú que siempre querías las cosas que no tenías y ahora es la primera vez que quieres lo que tienes.

Mariona hablaba ahora con cierta gravedad, como si intentara aclararse a sí misma un misterio.

—Creo que aquí sería capaz de querer a Joaquín mejor, de la manera que él se merece y que yo debo.

—Pues sí que andamos bien. ¿Es que en Barcelona le querrías menos?

—No; le querría de otra manera.

—¿Cómo?

Dudaba.

—Me figuro que aquí estaría segura de que Joaquín es el único, el mejor hombre de la tierra. En Barcelona estoy demasiado sola. Y él solo piensa en la fábrica todo el día. Por las noches tiene que hacer un esfuerzo para darse cuenta de que no está en la fábrica.

—Pero... así debe ser. Así es como debes desearlo.

—Sí, ya lo sé... Sin embargo, en Barcelona, acostumbrada a las cosas de soltera, qué sé yo... Hay demasiadas cosas que ver, que hablar, que mirar. Aquí, con Joaquín, yo no tendría necesidad de que me hablara de casi nada. Me bastaría con mirarlo.

—¿Es que no estás contenta?

—Mucho. Estoy segura de haber acertado, de haber elegido al único hombre con quien debiera haberme casado. Es el marido que yo hubiera tenido que tener, con el que de todas maneras me hubiera casado... dentro de ocho, de diez años...

—¿Y ahora no?

—Bueno... Ahora ya lo he hecho...

Mercedes la miraba.

—¿Quieres creerme? Durmamos. Te conviene descansar. Y sopló las velas, apagándolas.

Mariona iba a decir algo, pero Mercedes se había dormido.

Los vendimiadores bajaban en grandes grupos por los caminos todos, por los caminos que la luna iluminaba, nutridos por un destello níveo, dulce. Cantaban canciones que naufragaban en el silencio de los campos inundado por el rumor de los grillos. Al día siguiente, Mariona y Mercedes iban a ver los grandes lagares que contenían los racimos amontonados, negros y lustrosos, o pálidos, de un verde de copa de cristal. Mariona pensaba: cuando esto sea vino, yo ya tendré un hijo, ya seré madre.

Y ahora sí sentía la individualidad de aquel ser en las entrañas moverse, presagiarse...

Se negó a abandonar Santa María.

—Quizá estarías más atendida en Barcelona. Y nosotros más tranquilos —le decía

Joaquín.

—En ningún lugar estaré tan tranquila como aquí.

Y es que recordaba el camposanto del pueblo, donde no le daría tanto miedo dormir, con sus pequeños cipreses acariciados por el sol del ocaso, con un rumor de agua en las cercanías.

—¿Y si muriera? —pensaba.

La fecha se aproximó. Las hojas de los árboles habían caído sobre los caminos encharcados, oscilando en el aire, suspendidas largo rato, con una flotación de vaivén. Desde su ventana, Mariona contemplaba el desnudarse lentamente de los plátanos del jardín, en los que tantas cigarras habían exasperado su clamor, a primeras horas de la tarde estival. Las hojas caían impelidas por una lluvia fina, que lustraba de un vaho opaco los cristales de la ventana; y las gotas que se posaban sobre este vaho resbalaban indecisas a trechos. Las rodadas se habían reblandecido en los caminos y ahora el pie se hundía en ellas, llevando consigo al emanciparse grandes masas de barro. Por los caminos la gente regresaba contenta, orgullosa de mostrar las canastas de setas, monstruos de forma ilógica y de color de orín, atrapadas, opulentas y escondidas, en la espesura. O canastas en las que los caracoles se removían unos contra otros, infructuosamente, con lenta exasperación.

Al hacerse inminente la fecha, su padre llegó a Santa María con la comadrona, doña Rosita, mujer rechoncha, de buenos colores, cargada de maletines.

—¿Estás asustada? —preguntó a Mariona.

—No, papá.

Pero lo estaba.

Al siguiente día llegaron Joaquín y su madre, doña Paula. Y se escuchó con emoción la voz de doña Rosita.

—Sí. Será hoy, al anochecer.

Doña Paula, en aquel corto lapso de tiempo, había recobrado los entusiasmos que sintiera en vida de su esposo. Noviembre. Un día gris, pero cándido, inefable, sin mucho frío. Todo el día Mariona, sentada junto a la ventana, estuvo mirando el panorama que se ofrecía a sus ojos, de una dulzura entrañable. Hoy —pensaba—, hoy seré todo lo mujer que pueda llegar a ser una mujer. Y no la asustaba mucho morir un día así, tan parecido a lo que después debe de ser la muerte; todo difuso, lejano, dulce. Y, al fondo, en una colina, una higuera desnuda, gris como el cielo.

A medida que transcurrían las horas, el fenómeno se iba explicando, haciéndose patente, adquiriendo una lógica. De vez en cuando Joaquín y don Desiderio salían de la habitación y paseaban cada cual por su cuenta de un extremo a otro del largo comedor, pieza central de la casa. Las horas avanzaban con lentitud. Estaba oscureciendo. Bernardo se había puesto una bata de finas rayas azules y blancas, limpia. No pensaba en la señorita, para la cual ya existían las dos mujeres y la

hermana. Pensaba en don Desiderio y, en el fondo de su propósito, deseaba prestar su ayuda al futuro abuelo, y a ser posible que esta fuera aparatosa: a ser un camillero, si era preciso. Pues él conocía esos trances. Por eso se había puesto la bata limpia.

A las seis de la tarde, Mariona se acostó.

Mercedes no la dejaba ni un instante; la ayudó a desnudarse.

Doña Paula no mantenía los mismos puntos de vista que la comadrona con relación a ciertas contingencias. Pero se callaba.

—Ya lo decía yo que no sería al anochecer —expresaba, dirigiéndose a Mercedes.

Las horas transcurrieron. El único que mantenía su inexorabilidad era el péndulo del reloj. Los paseos de los hombres se hicieron más frecuentes. Su paso era progresivamente rápido, desordenado, a la buena de Dios. Bernardo se dirigía a veces a la cocina a renovar las cubetas de agua caliente. Una vez allí, cuando no le veían, se mordía la punta de la bata limpia. Las sirvientas le preguntaban:

—¿Cómo va?

Él hacía un gesto vago y rápido, como indicando que iba bien, pero que no podía comunicar ninguna noticia concreta y que, por otro lado, no estaban las cosas como para perder el tiempo. La comadrona evolucionaba con gran desenvoltura y doña Paula no evolucionaba. Se limitaba a hacer llegar de vez en cuando frases de alivio a Mariona y a cogerle la mano.

—Después bendecirás estos dolores. Ni te acordarás. Mercedes la acariciaba, llorando.

Pero Mariona no podía más. ¡Y que no existiera nada capaz de revertir el orden de las cosas, que tuviera que llegar hasta el final! ¡Cómo se mordía los puños!... ¡Qué niña soy, qué joven soy para esto! E intentaba rezar, decirle cosas a Dios, a la Virgen. ¿Dónde estarían que no la escuchaban?

Joaquín había sacado unos rosarios, y él, don Desiderio y Bernardo rezaban en voz alta.

Doña Paula salió de la habitación como una centella.

—A rezar al jardín, ¡hale! ¿Es que quieren asustar más ala pequeña? Esto no parece un nacimiento, parece un entierro. Y usted, usted —decía dirigiéndose a don Desiderio—, parece imposible que con los años que tiene se asuste tanto.

Los tres hombres se fueron al jardín a terminar el rosario. Ni Bernardo las tenía todas consigo. ¡Él, que había hecho tantos propósitos!

A las tres de la mañana hubo un movimiento inesperado, ir y venir.

Don Desiderio entró; no podía aguantar el llanto.

Joaquín y Bernardo se miraron. El grito de Mariona era desesperado. A Bernardo le temblaban hasta las puntas de las blancas patillas.

Joaquín, que había recobrado enteramente su serenidad, notó que volvía a acelerarse el ritmo de su corazón. Doña Paula salió un instante.

—Tú, ¿qué esperas aquí? Entra.

Joaquín entró. Don Desiderio no había podido aguantarlo y volvió a salir;

Bernardo, en sus funciones, le acercaba una silla. Joaquín permaneció en el cuarto dando la mano a Mariona, que se debatía. Era cosa de instantes.

Un grito agudo, vital, pareció penetrar en el pecho de todos y volver a encenderse allí, encaramarse, filtrarse por todas las rendijas del corazón, sacudir hasta las raíces del alma. .Y un vagido de pulmón virgen, de pequeña entraña lanzada a respirar, como un violín desgarrado... Era niño. Doña Paula salió triunfante con él.

—¡Un niño, un niño! —esta palabra llenó de júbilo hasta a los muros.

Llevaba el paquetito tembloroso a la habitación contigua, donde todo estaba preparado para vestirle. Mercedes la siguió, con el rostro desencajado aún, dando brincos, fuera de sí.

Don Desiderio incorporose y se dirigió al lugar donde estaban lavando y vistiendo por primera vez a su nieto.

Bernardo distribuyó la noticia por los rincones todos de la casa. Nunca se hubiera podido sospechar que el anciano fuera capaz de tales agilidades. Desplegaba una actividad gigantesca.

Su entrada triunfal la realizó en la cocina de los colonos, donde Filomena y Juan aguardaban con impaciencia.

—Ha sido un niño. Hemos tenido un niño —proclamaba, con exaltación de viejo.

Bernardo percibió cómo los rostros de las gentes se iluminaban. El único que parecía no afectarse era Jaime, tendido sobre unos sacos.

—Parece que lo haya parido usted —dijo con una sonrisa circunstancial; luego pareció que volvía a dormirse.

—Este Jaime siempre tan ordinario... —balbucía Bernardo, corriendo, ágilmente, de regreso.

Fue a comunicarlo a doña Clotilde, que se había acostado a las nueve a causa de una gran jaqueca, como de costumbre.

—Doña Clotilde, doña Clotilde; ha sido un niño.

—Bien, gracias, Bernardo —dijo esta con condescendencia de señora, y lanzó un suspiro.

Mariona había recobrado su dulzura, en un instante, en el término de un minuto.

Todos la rodeaban con una ternura que Mariona hubiera deseado que se prolongara hasta el fin de los días.

—Todo ha ido bien, todo ha ido bien —repetía don Desiderio. Ella y Joaquín se miraban, se penetraban con la más dulce mirada que jamás animó sus rostros.

—¿Cómo se llamará? —preguntaba con una voz dulce, emancipada, Mariona, mientras Joaquín sostenía su mano acariciándola tiernamente.

—Como tú quieras —dijo Joaquín con lágrimas en los ojos. —Desiderio —afirmó ella en voz muy baja .y suave. Y llevó la mano de Joaquín a su mejilla.

Doña Paula confiaba a don Desiderio, llorando:

—Pienso en la alegría que hubiera tenido «él».

Y don Desiderio no se acordaba de consolarla. No hacía más que mirar el

pedacito de carne al que contemplaban, ya vestido, en la habitación contigua, bracear, patear, llorar como un desesperado.

Luego, los días de la convalecencia. La lluvia, el sol a trechos, la higuera desnuda en la lontananza...

El día del bautizo brillaba el sol maravillosamente. Se puso en marcha la caravana.

Avanzaba en primer lugar la tartana de la casa, por completo adornada con ramos y hojas de laurel. Dentro, opulenta, mayestática, la comadrona con el chiquillo, un paquete de blondas; triunfal, doña Paula; circunspecto, severo y condescendiente, el padre; el abuelo, en cambio, había perdido su continente grave, presa de una alegría casi infantil; Mercedes hacía zalamerías al pequeño.

Detrás de la tartana avanzaban los carros de los colonos y de la gente del barrio. Bernardo, de pie en el primero de ellos, tiraba confites a la nube de chiquillos, que corrían y se peleaban detrás.

—Me va a tirar usted uno a la cara —advertía doña Clotilde, ofendida por el hecho de ir en carro—. Hubiera preferido ir a pie —afirmaba, mientras se sacudía cierto polvillo de tabaco que Juan, el colono, destinaba a un cigarrillo y que por equivocación había derramado sobre la falda de la institutriz. Juan tenía una mano áspera, que liaba el cigarrillo por sí sola, sin requerir la colaboración de la otra. Y ahora fumaba muy satisfecho.

Cuando doña Clotilde vio que el caballo —un rotundo animal avezado al arado— levantaba filosóficamente la cola hasta un término inverosímil presagió el espectáculo y volvió no menos filosóficamente la cabeza del otro lado.

Mariona había quedado sola, con las sirvientas. Vio alejarse la caravana camino adelante, bajo el esplendor de un sol enérgico de noviembre. La casa se llenó de silencio. Escuchaba el latido del reloj y el de su corazón. Y cuando la caravana ganó el ligero declive de la mina y se perdió tras la columnata de álamos, se sintió absolutamente sola, tranquila, niña, dueña de la casa solitaria y de sí misma.

Sí; tras la alameda acababa de extinguirse la comitiva que conducía a bautizar a su hijo, al puñado rosa de ojos cerrados, trozo de carne amontonada, de su propia carne. ¿Se sentía madre? Se sentía madre, sí; pero ella no había cambiado, nada le había sucedido; creía salir del sueño al día siguiente y llegar al colegio, y charlar con sus amigas y decirles: «Soy madre»; y que todas se echarían a reír.

¡Cuántos sucesos ya! Se había casado, era madre... Pero le parecía que todo había sucedido al margen de su voluntad, que se hubiera limitado a aceptar las cosas a medida que fueron llegando. Igual que una de las acequias que contemplara en Andalucía aproximarse y alejarse del tren, seguir su curso no de acuerdo con la voluntad propia, sino torcerse, ondularse, adecuarse sin cesar al terreno; ora derivando hacia el declive de la verde loma, más tarde dirigida a cobijarse entre la

doble hilera de arbustos... Como un agua que avanza siguiendo las sinuosidades de la tierra, porque lo que importaba era no detenerse, no dejar de avanzar, proseguir, persiguiéndose a sí misma. Se sentía contenta porque nunca dejaría de ocurrir así, contenta de saber que nunca se detendría, que su vida seguiría sucediéndose en tropel, incesante.

Había permanecido en Santa María cinco meses, cinco meses felices; ahora era madre y más feliz aún. Pero ¿cómo haría ella para ser, en efecto, madre del pequeño de ahora en adelante? ¿Bastaba con haberle dado la vida y con quererle? ¿O era necesario algo más?

No, no quería permanecer más tiempo en Santa María. Al dar al hijo la vida, ella la había recobrado. Ya no se sentía fatigada. Tenía ganas de correr, de volver a Barcelona, de ver a sus amigas, de ir al teatro, de que la vieran, de que todas la vieran, tan niña, y madre ya. Y tan bella. Porque coincidían todos en que estaba todavía más hermosa que antes.

Escuchaba el latido del péndulo y el de su corazón.

Tras mucho rato de vigilar con impaciencia, vio aparecer de nuevo la caravana; y cómo se iba aproximando, manifiesta entre los troncos de la alameda. Sintió una sacudida dulce en el corazón. Pensaba: «Ya tiene nombre. Ya se llama como papá».

X

ANTES DE QUE MARIONA REBULL se trasladara definitivamente a Barcelona, Joaquín acondicionó el piso de sus padres de acuerdo con sus gustos y con la exigencia de habitarlo en adelante ellos dos. Hizo traer algunos muebles que había encargado y vendió los que sobraban tanto de la casa de sus padres como de los que encargó para la suya antes de la boda.

El piso cobró una sobriedad lujosa. Era claro, más claro que el de los Rebull, y más nuevo, sin los trastos que amontona el aluvión de los años. Era, pues, más frío, menos clásico, más discutible. El servicio lo componían tres criadas, una cocinera — las cuatro jóvenes— y el ama de cría —una mujer venida de Galicia elegida con escrúpulo.

En casa de los Rebull había habido una importante modificación de los cuadros de mando: la vieja Ramona, la cocinera, fue enviada al pueblo, con un remunerador despido, tal como deseaba: quería morir en paz al lado de sus hermanas. Y así lo hizo, en cuanto llegó, sin aguardar casi ni a cambiarse de ropa. Las hermanas de Ramona escribieron a don Desiderio una carta ininteligible de la cual lo más claro era que la vieja y fiel cocinera había muerto en paz y que su entierro había ocasionado muchos gastos. Don Desiderio escribió al cura del pueblo inquiriendo detalles y, convencido de que las hermanas de Ramona, con la ayuda que esta aportó al llegar a casa, podían más que sufragar los gastos ocasionados por la difunta, se limitó a enviar al cura una suma para misas.

Antonia, la ex nodriza, pasó a cocinera. Pura, la ex peinadora, ocupó el puesto de la ex nodriza: tender la ropa blanca y vigilar a las dos camareras. Sin Mariona, el trabajo era mucho menor.

Antes de Navidad, Mariona se trasladó a Barcelona con el niño, acompañada de la nodriza, doña Clotilde, Mercedes, Bernardo y las dos sirvientas. Tenía ganas de estar en casa, de la que Joaquín le había contado maravillas. Al llegar, la encontró... «qué sé yo; demasiado nueva». Era un piso «inventado». Mariona parecía echar en falta las vitrinas con abanicos, los cuadros tamizados por el paso de los años: en suma, una tradición, un aliento; pero no acertaba a definirlo.

Pasaron Navidad, Año Nuevo. No podía negar que en el piso grande y nuevo, con servicio desconocido, completamente configurado por Joaquín, se sentía aislada de todo. Además, no tenía idea de cómo tratar a los criados; no existía confianza, la confianza de antaño con la vieja Antonia y ahora con Bernardo o con la misma doña Clotilde. Esta, además, como es natural, se había reincorporado a la casa de los Rebull, que era la suya. Mariona tuteaba a las criadas, regañándolas, o las trataba de improvisado de usted, y ya no sabía qué decirles. Con la única con quien conseguía tener cierta confianza era con Encarnación —Encarna para todos—, el ama de cría.

Confianza nacida del hecho de recordarle a Mariona, no sabía a santo de qué, la manera de ser de su suegra, doña Paula. Una cierta franqueza elemental; sin duda, el seno evidente, la manera desenfadada de dar de mamar no eran indicio de remilguerías.

Joaquín estaba todo el día fuera de casa. Pero el ansia de retorno a la vida sentida por Mariona hallaba una correspondencia inmediata en su marido. En un periquete, Mariona tuvo sus vestidos arreglados, sobre todo los vestidos de lucir, de larga cola, para el Liceo. Se los probaba y se miraba en el espejo, una y otra vez, contemplándose, maravillada. ¡Con qué ilusión aguardaba el instante de empezar la vida de relación! ¡Cómo la mirarían todos! Y su marido, aunque tan severo, con un rostro no ciertamente seductor, era, sin embargo, un hombre de empaque, enérgico e imponente; no se podía negar que tenía mucha fama; todo el mundo le conocía, por lo menos de oídas.

Se reunían muchas noches en casa de su padre, donde a última hora Joaquín pasaba a recogerla. Otras noches eran su padre y Mercedes los que iban a su casa. Hablaban bajo para no despertar al chiquitín.

A mitad de enero su padre llegó una noche con dos noticias.

—¿Muy importantes? —preguntó Mariona.

—No; muy importantes, no. Corrientes.

—¿Malas o buenas?

—La primera es mala; y la segunda, quizá sea buena.

—Pues empieza por la mala.

—Ha muerto don Pascual.

—¿Quién es don Pascual? —inquirió Joaquín, sin recordar.

—¡Pobre hombre!... —exclamó Mariona—. Es el cura, el cura viejecito de Santa María, el que bautizó al niño.

—Ha venido hoy Juan, el colono —añadió don Desiderio—, y me ha contado la muerte del pobre señor. Figuraos que, al morir, había redactado una proclama, que no puede dejar de ser digna del santo varón, con su genio tan vivo. La llevo en el bolsillo.

—¿A ver?

Don Desiderio leyó:

«Yo, Pascual Piqué, cura de Santa María del Vallés, a todos los habitantes de "Las Casetas" y del regadío. Amén.

Comunico a todos que mi salud ya no me da muchos días de vida. Por tanto, mis últimas voluntades son estas:

Primero: Esta proclama será leída por el alguacil en la Plaza de Arriba y en la de Abajo cuando yo haya muerto.

Segundo: Llevo ya cuarenta años entre vosotros. Si hay alguno que esté contento con mi muerte, que piense que a él también le tocará el turno. Si por

casualidad hay alguno a quien entristezca mi muerte, que perdone el mal humor que yo haya podido tener y que rece a Dios por mí. Yo lo haré por él si el buen Dios me concede la gracia de llevarme al cielo.

Tercero: La viña de junto a la iglesia, que contra lo que ha ido diciendo el Palluí durante muchos años, es mía particular y no de la feligresía, la traspaso solemnemente al alcalde, Ramón Estruch, para el pueblo. Dejo el dinero suficiente para pagar a un hombre que la trabaje. El vino de la viña deberá ser repartido todos los años entre todos los feligreses el día de la Fiesta Mayor, el del aniversario de mi muerte y el diecisiete de mayo, día de San Pascual Bailón, y bebido en la plaza.

Cuarto: Rezad para que vuestro nuevo párroco, mi sucesor, pueda desempeñar su labor apostólica con el mismo celo que yo. Y para que Dios le conceda la paciencia necesaria para trataras a vosotros dado vuestro estado de incultura y de retraso.

Muero tranquilo y os perdono, porque, a pesar de todo, no tenéis mal fondo. Rezad, si os acordáis aún de rezar, para que Dios perdone mis pecados como yo perdono los vuestros.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Firmado, Pascual Piqué, Presbítero».

La lectura había sido de vez en cuando coreada por las risas de todos.

—Era uno de los hombres más buenos que he conocido —dijo Mercedes.

Don Desiderio informaba a Joaquín:

—Estaba enamorado de sus payeses. Y no sabía tratarlos más que con dureza, con dureza de padre, a coscorrones. Pero adoraba aquellas gentes y aquella tierra.

—¿Y la segunda, la segunda noticia? —preguntó Mariona con impaciencia.

—Pues ved lo que son las cosas —expresó don Desiderio—; la noticia triste, no me ha causado tristeza; es como si hubiera muerto un pajarito, en paz. Y la segunda, que parece una noticia alegre, en cambio me ha hecho poner de mal humor.

—¿De qué se trata? —preguntó Joaquín.

—De una boda. ¿No podéis sospechar de quién?

Ellos le miraban. Mariona preguntó:

—¿Alguien de la familia?

—No, pero casi...

—¿Quién será?

—¿Lo digo?

—Dilo, dilo —clamaba Mariona.

—Doña Clotilde.

—¿Doña Clotilde? —exclamaron a coro, estupefactos. Y al cabo de unos segundos, como al conjuro de una misma reacción, se pusieron a reír a carcajadas sin poder aguantarse.

Al fin, cuando las carcajadas, a duras penas, se aplacaron, don Desiderio explicó la cosa:

—Me vino a ver, ayer, muy sofocada y resabida. «Don Desiderio —me dijo—, tengo necesidad de confiarme a su caballerosidad y a su experiencia de la vida».

»Yo la hice pasar a mi despacho. Doña Clotilde no sabía cómo empezar.

»—Verá usted, don Desiderio, decía —y don Desiderio parodiaba ligeramente el falso empaque de la dama—. Ya no soy una jovencita y... no sé cómo empezar —me decía, mientras se cubría la cara con las manos como una pollita—. El caso es que he decidido acceder a las solicitudes de un caballero...

»Yo estaba estupefacto...

»Al fin conseguí decir algo así como: —Bien; si ha decidido usted...

»—No, don Desiderio —me replicaba ella—, no se trata simplemente de comunicarle una decisión, se trata de conocer su criterio, de escuchar su consejo...

»¿Qué queríais que le dijera?

»—Creo que puede ser usted una excelente esposa —y noté que ella se ahuecaba como una pava satisfecha.

»—Mi padre, en paz descanse —me dijo entonces ella—, tenía la opinión de no dejar casar a sus hijas, a nosotras, sino después de haberlo estado reflexionando durante un año y tener después unas relaciones de amistad durante dos, por lo menos... Mercedes interrumpió a su padre, riendo:

—Ya se ven los resultados de la opinión de su padre, en paz descanse.

Don Desiderio prosiguió:

—Yo le dije que mi consejo era que si ella consideraba que iba a ser feliz, adelante... Y que tendría mucho gusto en conocer a ese caballero, que a juzgar por su elección, no podía dudar se trataba de persona distinguida; y que cuando le conociera, le daría mi opinión.

—¿Y qué más? —preguntó Mariona, intrigada.

—Y así está la cosa. Hoy me vino con el caballero.

Don Desiderio sonreía.

—Me temo que será un desastre.

Quedaron serios un momento.

—¿Por qué? —inquirió Mercedes.

—Debe de tener quince o veinte años menos que ella. Es natural de Cuenca, lo cual, naturalmente, no es ninguna tara, todo lo contrario. Lleva un peinado a lo parisiense, con muchísimo cosmético; tengo la absoluta seguridad de que la ha «flechado». Un tipo que no me gusta.

—Le ha llegado la hora del amor —afirmó Joaquín. Mariona, pensando en doña Clotilde enamorada, se puso a reír a carcajadas sin poder aguantarse.

—Lo más gracioso ha sido el comentario de Bernardo, que no sé cómo se habrá enterado. He oído que hablaba con Pura y le comunicaba la noticia. Su único comentario ha sido:

—Pobre marido... ¡En paz descanse!

Todos volvieron a reír.

Mariona se distraía en casa con el niño, al que contemplaba, estupefacto, haciéndole zalamerías. Notaba que de día en día iba cobrando una misteriosa madurez que diseñaba el ser futuro, la fisonomía posible; y que apuntaban las primeras expresiones de ternura, en los ojos, en el movimiento de las manecitas, expresiones ya no del todo inconscientes. Por las mañanas salía a tomar el sol con el ama y el niño por el Paseo de Gracia, que empezaba a atraer a las gentes cosechando la tradición de la antigua calle de Fernando. Y le gustaba que los conocidos se quitaran ceremoniosamente el sombrero a su paso mientras ella se limitaba a corresponder con una ligera reverencia muy estudiada, y pensaba: «Le habré causado impresión, tan elegante y con un ama tan bien vestida». Y sus manos se juntaban ocultas en el manguito gris perla, peludo y caliente.

La tertulia del taller de don Desiderio había vuelto a resucitar, transcurridos y liquidados los acontecimientos familiares que alteraron un tiempo el ritmo de vida de los Rebull. En una ocasión Joaquín fue a buscar a don Desiderio para ir después a la calle de la Paja a ver a su madre, y se encontró en la tertulia a Ernesto Villar.

Durante el intervalo había cambiado un poco. Parecía haber ganado seguridad de sí; estaba ligeramente más grueso; se peinaba como si quisiera aparentar que iba un tanto despeinado, sin excederse; un mechón ondulado algo más rubio que los demás, mechón que caía un poco ladeado y cubría, al fin, parte de la sien derecha.

—¿Por qué no subes un día a vernos? —le preguntó Joaquín, y añadió, con voz categórica y condescendiente, consciente de decirlo con plena tranquilidad—: Estoy seguro de que Mariona estaría contenta de verte. Charlaríamos un rato.

—Por primera vez en mi vida, y aunque no me creas —había respondido Ernesto—, tengo mucho que hacer y dudo poder encontrar una tarde libre.

—Vente a merendar cualquier sábado, que yo llego antes. ¿No tendrás una tarde de sábado?

—¡Oh, nuestro trabajo no tiene fines de semana! —dijo Ernesto, con imperceptible soberbia—. En fin, ya veremos —y hubo una pausa. Después añadió—: Bien, ya sé que tenéis un chico, un chico tan lindo...

—Sí; un prodigio.

—¿Ves, hombre? —prosiguió con aire de entrar en confianzas—. No se puede afirmar nunca que las cosas ocurran con fatalidad absoluta, como uno se las figura. Desde la última vez que nos vimos en tu Pabellón de la Exposición hasta ahora han ocurrido cosas importantes para ti, cosas que han dado un sentido a tu vida. De lo cual estoy muy satisfecho.

—Y tú, ¿sigues en las mismas?

—Sí; y, como digo, tengo mucho trabajo. En el Parlamento... —Ya leí tu

discurso. Me pareció...

—Di.

—Me pareció que no eres hombre para adscribirte a la línea de un partido. Que no puedes pensar por encargo. Tienes una personalidad, una individualidad que no te lo permite. Eso no quiere decir que el discurso no fuera superior. Hablo así porque te conozco y me intereso más por ti que por la política que puedas hacer...

Ernesto pensaba: «¿Qué se ha figurado?».

Joaquín lo decía sonriendo. Renacía en él la admiración por Villar; mejor dicho, el cariño, el impulso protector de los que admiran.

—¡Y qué quieres!... —lamentábase Ernesto—. La vida real y las contingencias de la realidad no se pueden forzar. Es uno mismo el que tiene que amoldarse a ellas.

Pero ya la tertulia se diluía; y ellos dos, que habían ido a charlar aparte, tuvieron que mezclarse a las despedidas. Don Desiderio había recogido su sombrero y su bastón.

—Bien —insistió Joaquín—; a ver si es cierto que te decides a subir una tarde. Se lo diré a Mariona.

—Procuraré, con mucho gusto. Exprésale mis respetos.

—Muchas gracias. De tu parte.

Ernesto se dirigía al Círculo; pensaba en Mariona y decía para sí: «No puede ser feliz. Esto no me lo hará creer el mentecato. Es un idiota que la ama los sábados, al salir de la fábrica».

Pensaba en Mariona. «La conozco bien —decía—; la conozco del todo. ¡Mariona, mujer de Joaquín Rius!».

Las estaciones se sucedían sobre la ciudad. De nuevo pulía las rúas el viento de marzo que ceñía a lengüetadas el abrigo entre las piernas, al paso enérgico de Joaquín Rius, y le obligaba a sostenerse el sombrero al dirigirse a la fábrica a las seis. De nuevo los botones que penden en los plátanos, las flores de las acacias y las hojas en los jardines, hojas jóvenes que se encaraman por el muro para otear una pizca del egregio panorama exterior: damas y caballeros con sus perritos, con su bastón, con su andar ceremonioso, reposado en la plena seguridad de los días; la transparencia que delimita en el aire del puerto los gallardetes de los últimos veleros; que se deja tizar por la humareda de los vapores al surgir de las chimeneas negras; las franjas de la bandera recién pintadas, relucientes; estampas de progreso, de riqueza, de paz, de prosperidad.

El vientecillo de abril abrevia maliciosamente el paso de las mujeres elegantes y suscita una mirada larga y total de los caballeros, que se vuelven a mirarlas con prosopopeya digna de empeños más graves. La pincelada de las flores de los puestos de las Ramblas será recibida, envuelta en reluciente plata, por las enamoradas, con rubor en las mejillas. El piar de los pájaros se exaspera en el toldo de hojas del

bulevar, acequia de la vida primaveral, a la que desemboca la umbría de la calle de la Puertaferriosa, encerrada en sí misma; la voz de las campanas del Pino, por la calle de la Boquería; la de la catedral, después de un sesgo, que se emancipa por la calle de Fernando, lamiendo el cristal de los escaparates prodigiosos. Y, al lado opuesto, la efervescencia oleaginoso, que huele a pescado crudo y alquitrán, a ropa colgada en los balcones, de las calles de San Pablo, y de la Unión, del Hospital, del Carmen... El sol, un sol claro y lustroso, se injerta a la sombra mágica de las profundas viviendas, obliga a las gentes a saciarse en su luz, a ser gozado con risa desatada. Más allá se tiende la ciudad nueva, la de los señores que pasean en coche, los que van a la procesión mirando a lo alto, con una gravedad, con un aplomo digno del chaqué o de la levita que les ciñe; levita cortada según modelo de los figurines de París, los que llegan en libros ilustrados que un sastre con facha de notario habrá mostrado volviendo las páginas con atildada parsimonia.

Mariona Rebull, en aquel entonces —marzo-abril—, semeja una de las damitas que, en los figurines de la modista, conversan, sombrilla en mano, con otras no menos pulcras, risueñas, delicadas, en las carreras de caballos; composición litografiada que se titula *Parfum du Printemps*... Al fondo, un jinete —polaina alta, fusta en la mano— domina sin fijarse a un poderoso pura sangre inglés con solo una leve mano en la brida, como si el caballo danzara... ¡La primavera! ¡El perfume de la primavera!

¡Con qué nueva ilusión, con qué indecisiones de última hora encargó el nuevo vestido de larga cola, de discreto polisón! —el polisón no se usaba ya como antes—. Lo recibió en una enorme caja de cartón. Al pasar por las Ramblas, Mariona se detenía a contemplar los carteles de la inminente temporada de «ballets» en el Liceo, y leía: «Cleo Dorsay». ¿Quién sería? Allí estaba, en imagen, la danzarina; joven, pálida, envuelta en la flotación del vaho de su falda, derribada en la «Muerte del cisne». Y luego, la fecha de la inauguración; Mariona contaba con los dedos los días que faltaban.

A la caída de la tarde de tal día se hallaba ya vestida y peinada: Pura había ido a reverdecer antiguos laureles y, puesta al corriente de la evolución de la moda y de su postrera exigencia durante largas semanas, había levantado una pequeña obra maestra en la graciosa cabeza de Mariona. Esta contemplaba las joyas dudando y se las probaba: el enorme brillante de prometida; el collar de perlas que Joaquín le regaló al nacer el niño; los pinjantes de rubíes y diamantes, obra maestra de su abuelo, el padre de su madre, en el cual este había empeñado toda una vida, y que sirvieron de regalo a su hija, la madre de Mariona, cuando se casó; los brazaletes de oro sobre los que habían sido montados unos grandes topacios, obra minuciosa y atrevida que su padre, don Desiderio, empezaba a proyectar cuando no era más que aprendiz y salía, con guardapolvo, a barrer la acera. Los sobrios pendientes, dos grandes esmeraldas

suspendidas que ella había «descubierto» en un cofre una vez que don Desiderio lo abrió, al ponerla de largo, y que era «su» joya, como si ella la hubiera ideado.

Joaquín tardó demasiado en cambiarse de ropa; no podía pasar el corbatín por la ranura del cuello a causa de haber perdido una pieza del gemelo posterior, extravió que le obligaba a usar un gemelo improvisado; ¡y todo esto a última hora! Mariona le miraba desesperada. ¡Ni aun este percance le hacía perder la calma! Reiteraba una y otra vez la maniobra como si siempre se tratara de la primera tentativa. Pero al proponerle ella, por undécima vez:

—Joaquín, yo te lo haré...

Él había respondido:

—¡Diablo, Mariona, déjame en paz! ¿Quieres?

¿Qué se había figurado? Por menos de nada le hubiera dicho lo que ella pensaba. Esto: «Estúpido, este corbatín no lo pasarás nunca por la ranura del cuello porque no estás acostumbrado a vestir el frac y porque nunca podrás acostumbrarte». Pero se sentía demasiado ilusionada.

Se equivocó. Pasó por la ranura.

Al descender del coche y entrar en el salón, al subir por las escalinatas, le invadió el recuerdo vivo de los mejores días de su vida como si no hubieran pasado los años. El corazón palpitaba con fuerza: ¿a quién encontraré?; ¿qué haré cuando vengan a saludarme? Tengo que demostrar que, en efecto, soy otra mujer; mejor dicho: que soy una mujer.

La atmósfera del interior, el bullicio de las plateas y de los palcos rebotaban por las puertecillas de acceso. Por primera vez iba a ocupar el sitio en el palco de su marido, casi frente al escenario, e iba a ver allí a lo lejos, con uno de sus balcones en el mismo escenario, el proscenio de la familia, de papá, desde el cual tantas veces desde la puesta de largo había contemplado el espectáculo. El cambio de situación, de punto de visibilidad, dábale la completa noción de estar casada mucho más que cualquiera otra de las circunstancias de su vida. Iba a ver desde distinto prisma el escenario y el teatro todo, y asimismo veía a través de distinto prisma la realidad de su vida.

No tuvieron tiempo más que de sentarse, diciéndose las últimas palabras, las postreras observaciones; inmediatamente percibieron el siseo de los fanáticos del quinto piso, el declinar fausto y progresivo de las luces en los globos de gas, el marchitarse de los pétalos luminosos en la penumbra creciente. Sintieron el tijeretazo de la música, que maravillaba, mágica, de un solo golpe; a partir de aquel instante centenares de seres rutilarían con el mismo destello de la pedrería prendida en cada escote, en cada oreja, en cada antebrazo, más intenso que la penumbra; los rostros de elegantes varones, de bien cortada barba, de admirables mujeres, con el codo en el terciopelo, parecían diseñarse esculpidos hacia delante, tensos en la muda

expectación.

Era una música suave como un río, leve como una exhalación, contenida en los flautines, en las arpas... El «Vals Capricho», de Saint Saéns. Mariona contemplaba el enjambre de jóvenes a las que, en el escenario, el brazo hercúleo del galán elevaba una por una en vilo; suspensas un instante en el aire, eran depositadas en la tierra, a la que rozaban con la punta de los pies. Joaquín volvía de vez en cuando su rostro en contemplación de las gentes con plena seguridad, consciente de que la música los transportaba a todos, de que podía impunemente apoderarse de la realidad de todos, desprevenidos. «¡Cómo cambia un hombre con el frac!», pensaba su mujer al observarle.

Apareció la bailarina, la Cleo Dorsay de los carteles, joven, alada, un soplo. Los espectadores, que semejaban hasta entonces adormilados en la vaga sinuosidad de la música, sintieron la vertiginosa tensión a que eran sometidos, como si la presencia de la artista hubiera conseguido arrancar en un segundo a aquellas almas su último antifaz. Mariona se dejaba prender de la sugestión del cuerpo entero que se elevaba, descendía, insinuaba un transporte de leve entrega, se retiraba luego esquivo de los brazos que, suplicantes, la solicitaban, la perseguían, la lograban y de cuya exasperación infinita la propia música parecía ser un resabio supremo. Joaquín miraba, asimismo, a la Dorsay y al teatro todo. Los caballeros de recortada barba habían cobrado en las articulaciones una suerte de energía contenida, y el índice de las largas, finas manos, se afincaba en la mejilla con inútil caricia, o en la sien, ya gris, para caer luego sobre el fino guante de la esposa recostado en el repecho de terciopelo. Las damas, más severas, damas de largo cuello desnudo rozado por el escalofrío de las perlas, sonreían contemplando a la danzarina con sonrisas enigmáticas que pudieran significar las cosas más dispares y que, seguramente, no significaba nada. Joaquín Rius sabía que había llegado a la meta. «Ya está». El vals removía la cola, saciado en los dorados de los palcos y de los butacones, en la cornisa historiada de los pisos, en el almohadón granate de los cortinajes, a los que contagiaba de un leve temblor.

Cayó el telón, desflecado por ambos lados; tras él desaparecía triunfalmente la maravilla; volver en sí era ofrecerse al teatro a medida que las luces recuperaban su fulgor. Emoción anfibia la del espectáculo ajeno y del que una misma iba a ofrecer. El susurro creciente de las conversaciones, deslumbradas e indecisas todavía, amanecía en los antepalcos.

¡Conmoción delirante la de Mariona, segura de su belleza, segura de su rutilante peinado, de las joyas de su escote! —Estás más guapa que nunca, Mariona.

Era una voz de mujer, y Mariona se volvió.

La viuda Torra, su vecina de palco, se lo decía con un ademán cariñoso y confidencial, inclinando el abanico semiabierto para que sirviera de concha a su voz, ya madura y sutil.

Evelina Torra atendía con sonrisa solícita.

Pepe Dolz entraba en el palco de los Torra; Evelina se volvió a saludarle.

Desde el extremo opuesto de la sala, el señor Niebla escuchaba a su esposa:

—Pepe Dolz entra otra vez en el palco de los Torra.

El señor Niebla dirigía con pulso seguro su binóculo al escote de Evelina, sensacional.

Mariona correspondió con una sonrisa al requiebro de la viuda Torra.

Joaquín se levantó a saludar a su vecina.

—Puede usted estar orgulloso de tener la mujer más linda de todo el Liceo.

Joaquín Rius sonrió, sin acertar tampoco a corresponder con unas palabras.

Desde el palco, Mariona vio al extremo de la sala levantarse a su padre, en su proscenio. Allí acababa de entrar Federico Costa, que saludaba a Mercedes.

—Me parece que no han acabado aquí las buenas noticias de casa Rebull —susurró intencionadamente la viuda Torra señalando con el abanico al proscenio, y dirigiéndose a Mariona—. ¿No crees, Mariona, que tu papá se va a quedar solo muy pronto?

—No creo, no creo —decía Mariona, y luego, dirigiéndose a Joaquín, añadió—: Voy al palco de casa, a dar un beso a papá.

Ya había hecho ademán de levantarse, pero irrefrenablemente volvió a permanecer allí sentada, sujeta a la butaca.

—¿Qué te pasa?

De momento no acertó a contestar.

—Pienso que ya iré después, al segundo entreacto.

Su mirada, eludiendo una línea fija, no dejaba, sin embargo, de asir de vez en cuando en un palco del tercer piso la figura de un hombre, inmóvil, directa; figura que sostenía con la mano izquierda, con ahínco a la vez displicente y seguro, los binóculos; el círculo de visualidad de los cuales se proyectaba como una flecha sobre el rostro de Mariona, sobre su busto; ella los sentía así, esos ojos, en efecto. La habían inmovilizado.

La mano enguantada había insinuado un ademán sobre el terciopelo de la baranda. Pero había permanecido muda, yerta.

Entró Raimundo Tell; la mano de Mariona pudo evadirse un instante, ofrecerse al beso que se le posó sin apercibimiento. No podía mirar allí. ¡Cuánta luz en el Liceo!

Escuchaba, sin moverse, el diálogo de Joaquín y Raimundo, diálogo lejano, que le llegaba por las espaldas, sin un destello.

—No —decía Joaquín—. La producción global es la misma. Lo que sucede es que las reacciones de los mercados...

Aventuró de nuevo la mirada.

Allí estaba todavía.

«Tienes que escuchar lo que dicen —pensaba—. Escucharlo todo. Así te olvidarás de lo demás».

—El artículo es muy bueno —decía Raimundo—. Es partidario de un

levantamiento de los impuestos, salvo el caso... No; no podía escuchar, no podía escuchar.

E insistía en atender. Pero solo le llegaban palabras perdidas: sistemas ingleses de perfeccionamiento de los aprestos... Y luego: Mañé y Flaquer, Mañé y Flaquer...

Al fin consiguió cambiar la postura:

—¿No quieres salir un rato? Tengo mucho calor—dijo a Joaquín.

—Sí.

Joaquín se levantó con lentitud, sin dejar, sin embargo, de prestar atención a lo que Tell iba diciendo, también levantándose. Ella salió del palco como impelida y se apoyó ligeramente en el marco de la puerta, en el antepalco.

No pudo explicarse lo que le había ocurrido. Por fortuna, encontró en seguida a las dos chicas Amer con Manuel Vila. Vila saludó a Joaquín.

—¿No me recuerdas? Sí, de los jesuitas. Yo iba un par de cursos más adelantado que tú.

Las chicas Amer le presentaron a Mariona. Esta casi no le miró.

—Estábamos diciendo —dijo Asunción a Mariona— que eres la casada joven más elegante y bonita de todo el teatro.

Mariona los dejó, mientras Joaquín y Tell seguían conversando, dando vueltas por la sala circular.

—Tengo que estar sola —se proponía Mariona—. A la fuerza se me debe notar.

Se dirigió al lavabo. Pero no entró. Había demasiada gente, había visto ya a dos conocidas.

—Es preciso que vaya al palco de papá...

Y seguía pensando:

—¿Por qué me habré alterado de ese modo? Tengo un hijo, tengo un hijo ya, en casa. ¿Por qué me sucede esto aún, Dios mío?

«*Un gavián te ronda y te arañará...*», y la voz de la gitana de Granada repercutía, intacta, en sus oídos.

Antes de llegar al palco de su padre se detuvo. No, no podía ser. No podía huir; tenía que afrontarlo, no era una niña; debía volver con Joaquín, con su marido.

—Sin embargo —seguía diciendo Raimundo Tell cuando los encontró a los dos, de nuevo, en la sala de fumar—, no me parece tan equivocado el criterio de imponer un aumento progresivo a los salarios, relacionado de una manera fija y proporcional con el resultado de los balances. En el término de unos años...

Mariona interrumpió:

—Perdona, Raimundo; te raptó a mi esposo. Tenemos que ir a saludar todavía a los amigos...

Raimundo parecía no darse cuenta, y se disponía a seguir con su perorata.

Al fin logró devolver su caletre a la realidad.

—Bien, Mariona... —y añadió—: Nunca acabaríamos de charlar de estas cosas, ¿verdad? Haces bien en interrumpirnos. Se despidieron:

—Ya nos veremos.

—Sí; hasta pronto, Raimundo.

—¿A quién tenemos que ir a saludar? —preguntó Joaquín.

—No. Lo he hecho porque me ha parecido que ya empezabas a estar cansado de ese latoso.

—Sí, realmente. Lástima que sea tan buen muchacho.

—El buen muchacho eres tú —dijo Mariona, asiéndose con todas las fuerzas de su ánimo a una esperanza de amor, buscando con denuedo el cabo perdido que le ataba a aquel ser.

—Me ha explicado una cosa interesante. Dice que en algunos centros industriales americanos...

Pero allí, ante ellos, detenido esperando a que llegaran, estaba Ernesto Villar.

Mariona apretó, involuntariamente, el brazo de Joaquín.

—He ido a vuestro palco, pero os habíais escapado.

—Mariona ha querido salir un instante a tomar el aire. ¿Dónde estás tú? —inquirió Joaquín.

—En nuestro palco del tercero. El palco de solteros que te conté.

Y dirigiéndose a Mariona, a la que no dejaba de mirar con fijeza:

—Tantísimo tiempo sin verte. Desde que eres toda una señora Rius...

—¿Qué te parece? —preguntó Joaquín con cierta gravedad—. ¿Tiene aspecto de señora Rius? — y observando el rostro de Ernesto.

Ernesto respondió, sin dejar de mirar; y como si el otro no existiera: —No.

Y añadió:

—Te doy la enhorabuena, Mariona.

Mariona no sabía qué hacer. Pero recobró su presencia de ánimo para responder bien claramente:

—Estoy segura de tener aspecto de señora Rius —y sonreía, aunque indecisa. Ernesto Villar miró, por fin, a Joaquín al decirle:

—Me alegro...

Y terminó la frase:

—... estoy encantado de volveros a ver aquí, haciendo por fin vida corriente.

—Con la muerte de nuestro padre —dijo Mariona, enérgica, pero con voz temblorosa—, naturalmente, no hemos ido a ningún lado. Y luego, el pequeño...

—¿A quién se parece? —preguntó Ernesto.

—Se parece a los dos —puntualizó Mariona.

Joaquín dijo:

—Sintiéndolo mucho, Mariona, tenemos que dejarte. Ya dan el aviso.

Volvieron a la sala. Habían sonado ya los timbres. Se sentaron en sus butacones.

Antes de que las luces se apagaran, la viuda Torra tuvo ocasión de decir a Mariona, cubriendo sus palabras con el largo abanico de pluma:

—¿Te han dicho muchos requiebros?

Mariona respondió con una sonrisa; con una sonrisa triste. Allí, desde el palco proscenio, su padre hacía un signo de reproche con la mano, como diciendo: «Mariona, estoy enfadado. ¿Por qué no has venido a verme?».

Ella le miraba. Sintió que, viéndole allí lejano, la vista se le nublaba, que estaba a punto de llorar. Su padre, allí, al fondo, ¡y era el único en quien se hubiera confiado! ¡Qué sola se sentía! Pero su padre le enseñaba levemente el escenario.

No sabía qué música era aquella que la sumergía violentamente en un oleaje de presagios, de temores. Buscaba una mano, una mano sobre el terciopelo, mano que no llegaba. Joaquín estaba completamente absorto. Mariona le observó. «Ahora debe de estar pensando —se decía— en lo que le ha dicho Raimundo Ten». Le miraba: ¡qué ser indiferente, frío, calculador! Era cierto lo que acababa de decirle sin intención: «El buen muchacho eres tú». Un buen muchacho seguro de sí, forastero en aquel ambiente, incapaz de sospechar que mientras Tell le contaba una sarta de estupideces, un hombre, sí, un hombre alto, cuya mirada era capaz de dejar en suspenso cinco minutos seguidos a un alma de mujer, estaba atenazándola con los ojos, acariciándola con los ojos, seduciéndola. Y él, su marido, la dejaba a merced de aquella mirada, la estaba dejando a cada instante a merced de cualquier cosa para pensar a sus anchas en los tejidos, en los millones, en una palabra que le hubieran dicho el día anterior uno cualquiera de los horribles hombres que escriben horas enteras, meses, años seguidos tiras de números en unos grandes libros.

Decidiose a levantar la vista, a dirigirla arriba, al palco del tercer piso, sin titubeos. Ya Ernesto Villar, cuyo busto emergía del antepecho del palco, contemplaba el espectáculo y señalaba alguna de sus incidencias a uno de sus vecinos. Palco de solteros, de hombres que acechan la aventura en todos los lados del teatro, que buscan la sonrisa que corresponda, el leve ademán de una mano; son hombres con voluntad de arrebatar la felicidad a las mujeres, a las esposas. ¿De arrebatarla? ¿Qué es la felicidad?

«Pero tengo un hijo, tengo un hijo en casa», pensaba Mariona de nuevo. Volvía a sumergirse en la violencia de la música; derramaba su mirada en la casi tiniebla del escenario, en la que danzaban, como llamas, figuras de hombres con brincos de terror. ¡Oh, Dios mío! Y se llevó la palma de las manos a los ojos, cubriéndolos.

Joaquín la miró con severidad. Después, arrepentido, alargó su mano sobre el terciopelo. Ella sintió que aquella mano se posaba sobre la suya. Y volvió a mirar, imperceptiblemente, al tercer piso. Ernesto dirigía de nuevo, abiertamente, sus binóculos hacia ellos. Mariona retiró la mano, como herida. Y ya estaba hecho. No había tenido remedio; retiró aquella mano. ¡Cómo se arrepintió! ¿Qué hacer, Dios santo, qué hacer? Ernesto Villar, desde su observatorio, sonreía levemente. Y luego el hombre volvió a mirar al escenario.

—Vámonos, Joaquín; no me encuentro bien.

La viuda Torra se extrañó de que se ausentaran.

—¿No se siente bien? —preguntó a Joaquín.

—Está un poco indispuesta —aclaró este con rapidez. Abandonaron el palco. En el guardarropía encontraron a don Desiderio y a Mercedes. Federico Costa, un poco más allá.

—¿No te encuentras bien, Mariona?

—No, papá; me ha dado como un vahído.

—Supongo que no será... —inquirió Mercedes en voz baja.

—Oh, no —contestó Mariona, sonriendo agradecida—. Es qué sé yo..., la misma ilusión que me hacía venir que se me ha quedado atragantada.

—Te acompañaremos.

—Si no es nada. Me basta con Joaquín.

Joaquín estaba serio, silencioso, profundamente pensativo.

—Por la tarde pasaré a ver cómo te encuentras —dijo don Desiderio—. Por la mañana no podré. Tengo que ir a la boda de doña Clotilde.

En el coche, Mariona se justificaba ante Joaquín.

—No sé qué ha sido. No me había pasado nunca.

Joaquín dijo:

—Creo que te has tomado demasiado en serio esta función. Ella, escuchándole, pensaba:

«¡Si supieras!».

Se reclinó sobre su pecho, sobre la pechera que el hombre mantenía como una coraza, por la que no penetraban los sentimientos.

Mariona, al menos, la sentía así: dura, impenetrable. Y sin embargo...

—Joaquín —murmuró suplicante—. Me temo que Barcelona vuelve a sentarme mal. Quisiera...

—¿Di?

—Quisiera que nos dieras permiso para ir a Santa María ya. En el rostro de él se dibujaba una sonrisa escéptica.

—¿Tan pronto? —y después de una pausa—: Mariona, estamos en mayo, a primeros de mayo, ¿te das cuenta?

—No importa.

—¿No piensas que yo quedo solo? ¿Que apenas hemos estado unos meses juntos? ¿No eres capaz de pensar en eso?

—Déjame ir, Joaquín; déjame ir... —suplicaba ardientemente. Al cabo de un silencio, ladeaba la cabeza, pero sin mirarla, repuso:

—No.

Y añadió, como una orden:

—Iremos a Santa María en julio, a veranear —y mirándola, concluyó—: No exageremos las cosas, Mariona, hazme el favor. Ella se hundió en el asiento con una mano lacia, sin energía alguna, sobre la rodilla de él. La tiniebla de la ciudad discurría, ciega, a ambos lados del coche...

Joaquín Rius cogió la mano de Mariona y, sacándola de su rodilla, donde se

apoyaba, la depositó sobre el asiento del coche sin vacilar.

XI

ENROLLÁNDOSE CON FATIGA la bufanda de seda al cuello, Ernesto Villar salía, destemplado, de un piso de solteros de sus compañeros de palco situado en la parte más alta de la ciudad; caminaba despacio; aguantaba en la mano derecha el «clac», inútil en la madrugada gris; en el mismo instante, Joaquín Rius se dirigía a la fábrica, templado por las cinco horas de sueño, vestido correctamente. El desayuno sobrio y caliente, el agua fresca y corriente del lavabo habían hecho de él un hombre cabal en plena conciencia y dominio de sí.

Mientras los centenares de obreros se situaban ante su máquina, operación que Joaquín observaba a través de las vidrieras de su puente de mando, acababa de poner en claro su propósito y el procedimiento a seguir. Hablaría con Mariona. Le pediría que perdonara su extraña actitud de la noche anterior; inquiriría el porqué de su deseo de trasladarse nuevamente a Santa María. Sin duda, el motivo real de su desasosiego era el hallazgo de Ernesto Villar. Si así era, lograría que se lo confirmara, que se confiara plenamente a él, su marido. Juntos podían ponerle remedio a todo. Era preciso brindar a Mariona la oportunidad de expresar el motivo de todas sus cuitas, de sus pensamientos más íntimos, de sus deseos, de sus inquietudes. Si por una sola vez dejaba que Mariona le ocultara algo, y más tratándose de índole tan delicada entre ellos dos, se habría roto el vínculo que une a marido y mujer. El amor puede evaporarse o no haber existido —pensaba—; en lo que no puede haber fallo es en la confianza, en ese ofrendarse con transparencia recíprocamente, en la mutua revelación de las inquietudes respectivas.

Llobet, el contable, entró en el despacho acompañado de un jovencito de unos diecisiete años.

—Señor Rius —dijo solemne y respetuosamente—. Le presento a mi hijo mayor, del que le había hablado. Ha terminado sus estudios, y si usted no tiene inconveniente en que empiece hoy a trabajar, tal como tuvo la amabilidad de ofrecer...

Joaquín dio la mano al joven.

—¿Qué es lo que sabe usted?

—He terminado la teneduría y, luego, de idiomas, francés, inglés; correspondencia comercial...

—¿Dónde dijimos que trabajaría? —preguntó Rius a Llobet, padre.

—Como ayudante de contabilidad, en Caja —dijo respetuosamente el contable—. Espero que se ganará la estima del señor Pamias y que, con los años...

—Bien. ¿Cómo se llama?

—Arturo, Arturo Llobet, para servirle.

Joaquín Rius le observó.

—Le deseo —dijo— que sea usted en esta casa, como es su padre: un ejemplo

para todos.

—Dios se lo pague, señor Rius.

Después, Joaquín y Llobet, padre, fueron, como todos los días, a hacer la inspección, que les ocupaba diariamente la primera hora de la mañana.

Llobet tendría a la sazón unos cincuenta años; de mediana estatura, grueso, reposado, con la maciza cadena del reloj —en la que pendía un dije con el esmalte de su esposa— yendo de uno a otro lado de los bolsillos de su chaleco; modesto chaleco sin una arruga, cuidadosamente cepillado. Su pelo era acentuadamente gris.

Desde la Dirección —dos butacones de cuero, una estufilla, apagada en aquel tiempo, cuadros de pintores célebres del país—, Joaquín, acompañado por Llobet, contempló un instante su feudo. Los telares se perdían de vista. Los operarios eran innumerables.

Joaquín no conocía personalmente más que a una docena; era imposible retener en la memoria el nombre y la fisonomía de los demás.

La inspección matinal causaba gran impresión entre los obreros; la proximidad del dueño, tan atildado, siempre grave, les imponía. Joaquín palpaba las piezas que salían del telar, comprobaba las imperfecciones de uno u otro operario, imperfecciones que él no denunciaba en voz alta si la cosa no era grave, sino confidencialmente y al jefe de sección; cada jefe de sección le acompañaba hasta el término de la misma, donde le aguardaba el de la próxima.

—El hilo no está tenso —dijo aquella mañana, aproximándose a una máquina. A diferencia de otras veces, lo dijo con voz estentórea; en esta ocasión, el fallo del operario era elemental.

El operario le miró con fijeza, sin levantarse. Era un hombre joven, bajo y grueso.

—No es culpa mía que esta máquina sea anticuada. Joaquín frunció el ceño.

—¿Cómo se llama usted?

—Paco Regás.

—¿Cuánto tiempo lleva en mi fábrica?

—Cuatro meses.

—¿Cree usted que esta máquina está anticuada?

—Llevo diez años en el oficio, señor.

—Queda usted despedido. Puede pasar por Caja ahora mismo. A Llobet le temblaban las piernas.

Continuaron la inspección. Llobet, mientras caminaban, decía:

—Vaya usted con cuidado, señor Rius. Este tipo tiene malas pulgas. Siempre está de prédica a la salida.

—No sabe trabajar —se limitó a responder Rius con dureza. Regresaron al despacho.

Al poco entraba Llobet con susto: el tal Regás solicitaba ser recibido.

—Que pase.

Llobet aguardó junto al quicio de la puerta, que estaba abierta.

—Señor Rius —dijo Regás al entrar—, el hilo estaba todo lo tenso que daba la máquina.

—¿Usted cree? —inquirió Joaquín; seguía con la vista fija en un papel en el que anotaba números.

Levantó la vista. Se incorporó.

—Venga —le dijo.

Bajaron a la sala de máquinas. Los obreros interrumpieron un segundo el trabajo con viva emoción. La mirada de Rius les hizo volver a la tarea.

—Teja usted, haga el favor —ordenó al operario.

Regás se sentó y empezó a tejer; aguantaba la respiración, ponía en el trabajo todo el empeño de que era capaz.

—Ya me basta —cortó Joaquín a los dos minutos.

Se sentó en la banqueta. Su mano se trenzaba fuerte en el tablero; la pieza salía tensa. Cogió con las dos manos el borde de la pieza.

—Usted lleva diez años en el oficio. Pero yo llevo veinte. Y cuando digo que no sabe usted trabajar, sé lo que me digo.

Regás le miraba con sorna. Joaquín se disponía a volverse e irse. Pero oyó la voz lenta y cargada de Regás:

—Gana usted demasiado dinero para que se le pueda contestar como merece.

Y el tal Regás escupió en el suelo.

Joaquín perdió los estribos. Agarró al obrero por las solapas y le hizo retroceder con brazos poderosos a empellones.

—Largo de aquí, haragán... —gritó.

Regás había conseguido, por fin, desasirse.

Respiraba con dificultad.

—Ya nos veremos —afirmó con voz baja y bronca.

—Donde usted quiera. Pero no en mi fábrica ni delante de una máquina. Para esto tiene usted que aprender.

Joaquín regresó con paso seguro a su despacho. Antes de subir las escalerillas, se volvió:

—Interrumpan el trabajo, hagan el favor.

Transmitida la orden, se hizo un silencio súbito.

—Solo exijo una cosa —ordenó en alta voz Joaquín desde el mismo lugar—: que se trabaje bien.

Si hay alguno que tenga alguna queja que formularme alguna vez, que sepa que no solo soy el amo, sino un amigo. Pero aquí dentro no quiero ni holgazanes ni revolución.

Dio media vuelta. Los telares funcionaron de nuevo.

Al sentarse ante su mesa notó un desasosiego; por primera vez en su vida había perdido la serenidad. Pero la idea de haber encontrado el camino con que recobrar a Mariona, la necesidad de llegar a casa para verla, le hizo olvidar el incidente y fue

mitigando su desasosiego.

Volvió de nuevo la vista y la atención a los papeles. En un instante en que salió, asomando por la puerta, para dar una orden al cajero, que estaba en el despacho contiguo, vio a Arturo Llobet, el muchacho, atender con aplicación a las instrucciones que el primer ayudante de Caja le iba dando ante unos grandes libros.

—No —decía este—. La partida de saldos se anota aquí. La casa Roig Fernández, por ejemplo, debe...

Le miró un instante y volvió a cerrar la puerta.

¡Pobre Mariona! Era preciso evitar que la figura de Ernesto Villar pudiera llegar a ser un fantasma; había que hacer todo lo posible para «desimantar» en Mariona la figura de Ernesto de todo lo que pudiera quedar en ella como un rescoldo de la antigua llama; borrar el pasado, crear un nuevo Ernesto Villar, de carne y hueso; no aquel del cual conservaba Mariona una memoria legendaria, de rencor o de afecto — memoria que el tiempo transcurrido, seguramente, había desfigurado, retocado—, sino otro, el de verdad.

No sería difícil.

Salió de la fábrica unos minutos antes que de costumbre, dirigiéndose directamente a su casa.

Josefina, una doncella joven, muy dispuesta, qué era quien llevaba prácticamente la casa —lo que Joaquín había acabado de preferir dados los desastres del período en que Mariona había querido actuar a su manera—, le informó de que Mariona estaba en su cuarto. No se encontraba todavía bien.

Joaquín Rius golpeó con los nudillos y entró.

—¿Cómo te sientes, Mariona? —preguntó, y se aproximó a ella de puntillas.

Indudablemente, era uno de sus días de capricho; parecía absolutamente dispuesta a hacer pagar cara a Joaquín su negativa de anoche.

Mariona no respondía. Hundía la cabeza en la almohada; Joaquín advirtió, con satisfacción, que no lloraba.

—Te he traído un pequeño obsequio —y mostró una cajita de bombones.

—Déjalo ahí.

Indudablemente, su berrinche de hoy es «filosófico» —pensó Joaquín. Él, qué duda cabe, hubiera preferido lo otro.

—¿Mejora esta enferma y... lo demás?

—No te preocupes por mí —contestó Mariona—: me siento perfectamente. —Hubo una pausa. Después, suspirando—: Y en cuanto a lo otro —añadió—, estás en tu perfecto derecho de impedirme ir a mi casa si consideras que esto puede ser más cómodo para ti.

Joaquín Rius la escuchaba con una sonrisa.

Hubo un silencio.

—Siento que te lo tomes así, Mariona. No lo hago por mí, te consta...

—Lo haces por mí y te lo agradezco —ironizó duramente.

—Sí, lo hago por ti, aunque no lo creas. Creo que si una noche de Liceo te causa trastornos, el remedio no es precisamente dejar de ir al Liceo e ir a enterrarse a Santa María, sino todo lo contrario.

—Lo tienes todo previsto —replicó ella, desanimada, fríamente—. No puedo quejarme de nada. —Y añadió—: No cabe duda que eres un marido perfecto. Has calculado a la perfección lo que me conviene.

Joaquín dejaba que se desahogara.

—Solo que... —prosiguió ella— te has equivocado. Yo no soy un telar.

—Te encuentro muy agresiva, Mariona; más que nunca. ¿Es que has pensado toda la mañana de qué manera hacerme más daño?

—Te equivocas. Yo no calculo como tú. Me limito a decir lo que pienso. No tengo suficiente talento para hacer el plan de lo que te voy a decir. Además —y elevaba inesperadamente el tono de la voz—: me importa muy poco; lo único que deseo es que me dejes tranquila. Y te vuelvo a pedir hoy, para que veas que no te lo pedí porque sí, que me dejes ir a Santa María.

—Hoy, Mariona, te pediré yo una cosa; y si me contestas la verdad, te dejaré ir a Santa María.

Ella alzó la mirada.

—Que me digas la razón que te impulsa—prosiguió Joaquín—; por qué quieres ir a enterrarte a Santa María antes de tiempo, en primavera.

—Ya lo sabes: no me siento bien.

—Esa no es la verdad. Te sientes bien, como ayer, como anteayer, como todos los días.

—¿Has previsto también el estado de mi salud?

—No. Tú lo has previsto.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo siguiente: que sabes que tu salud es normal. Que el incidente de ayer no tiene nada que ver con tu salud.

Hubo una ligera pausa.

Joaquín la miró fijamente, pero sin dejar de sonreír.

—Mariona, me vas a contestar a una pregunta: ¿por qué retiraste tu mano ayer, al empezar el segundo acto, cuando acababas de dármela?

Ella se turbó ligeramente. Pero estaba segura de haberlo disimulado.

—Mariona —prosiguió él con voz más dulce aún—, no te pido siquiera que me quieras; te pido solo que seas franca conmigo, completamente franca. Como si yo no fuera ahora tu marido, como si fuera tu hermano, una amiga tuya.

El rostro de Mariona había perdido parte de la fuerza de expresión que lo hacía hosco desde el principio del diálogo.

—Retiraste mi mano —prosiguió Joaquín— y te marchaste cuando yo estaba charlando con Tell y volviste a aparecer muy nerviosa. En el segundo baile, te pasaste la mano por el rostro con gesto de cansancio, de no poder más, pero no de sentirte

mal. Si tú me dices de verdad la razón que te hace desear ir a Santa María ahora, en mayo, yo seguramente no podré negarte el permiso. Pero si te empeñas en afirmar que es por la salud, no podré creerte. Y aunque fuera así, te diría que no, porque aquello no es un balneario; iríamos a casa del médico y santas pascuas. ¿No te parece?

Hablaba como si lo hiciera a una niña, reconviniéndola.

—Para que puedas pensarlo mejor —añadió—, te dejo unos instantes mientras me cambio, porque esta tarde tengo una junta y he de salir en seguida de almorzar. No pienses que soy tu marido y quizá te será más fácil. ¿Te doy miedo yo? —le decía, acariciándola levemente en la barbilla. Ella insinuó un ademán de rechazo, pero ya leve. Estaba reflexionando.

Él, de puntillas, se marchó.

Mientras terminaba de cambiarse la ropa en su ropero no tardó en percibir los pasos de Mariona por el pasillo. Aguardó a que llamara.

Luego la vio aparecer.

—Es mejor que hablemos claro.

—No deseo otra cosa —dijo Joaquín—. Cuando tú quieras.

—¿No será mejor que vayamos a tu despacho?

—¿Tan serio es?

—Es una cosa para hablarla sentados y con tranquilidad. —Así me gusta —y salieron.

Al llegar al despacho de Joaquín, se sentaron en el sofá. Joaquín aguardaba a que Mariona empezara, pero Mariona se echó a llorar.

Él ya lo esperaba.

—Dime, dime, Mariona; no tienes que apurarte —aconsejaba con lentitud.

Y, pasándole la mano por los cabellos, añadía:

—Ahora te salen las cosas que tuviste vergüenza de decirme, Mariona... Pero no tienes que apurarte. Después nos sentiremos bien.

—Es que fui mala, fui mala —decía Mariona entre sollozos.

—No, pequeña. Precisamente no fuiste mala.

Ella se iba aplacando.

—Tú no sabías —añadía Joaquín— que cuando nos casamos yo estaba al corriente de lo de Ernesto Villar. Tú no quisiste hablarme y yo tampoco lo hice. Lo importante es que ahora ya no hay ningún secreto.

—Te juro que solo te he querido a ti, Joaquín —repetía ella, en un transporte de efusión, sin conseguir ahogar el último sollozo—. Cuando me casé...

Joaquín le dio su pañuelo y ella se sonó. Joaquín, mirándola, sonreía.

—Di, Mariona; no sientas vergüenza.

—Cuando me casé hice el propósito de no verle, de no verle. Me da miedo, Joaquín, tuve miedo...

—Claro, pequeña. No te tiene que apurar —la consolaba Joaquín dulcemente.

—Por esto ayer...

Mariona pudo tragar definitivamente todos sus sollozos reconfortada por el tono conciliador y dulce de su marido.

—... cuando le vi, tuve aquella sensación tan rara. Pero te juro que no era nada.

Joaquín la sostenía con su abrazo, en el que ella se recostaba.

—¿Y por eso quieres huir de él? —preguntó Joaquín con cierta melancolía.

—No quiero verle —suplicaba Mariona.

—Te equivocas, Mariona; al contrario. Lo que tienes que hacer es verle, acostumbrarte a verle. Romper este estado tan triste, tan peligroso... —afirmaba Joaquín mientras la acariciaba.

—¿Acostumbrarme a verle? —volvía, casi sollozando, a inquirir Mariona—. ¿Cómo puedes aconsejarme esto, Joaquín?

—Porque no habría nada peor que perpetuar este estado de inquietud ante él. Porque quiero evitar a todo trance que él sea «importante» para ti, ¿lo comprendes?

—contestaba Joaquín dulcemente; sin embargo, en el fondo de su ánimo palpitaba también en aquel momento un presagio.

—Pero... tú sabes que él estuvo enamorado de mí... —interrogaba Mariona.

—Lo que importa es que tú no estés enamorada de él. Eso me basta.

En aquel momento, Mariona volvió a ser dueña de su pensamiento: «¿Cómo será este hombre — pensaba—, cómo será para aconsejarme esto?».

Sin embargo, se sentía aligerada. Por lo menos podría tener la seguridad de que cualesquiera que fueran sus reacciones, no iban a extrañar a Joaquín. De que, fuera cual fuere el porvenir que aguardara a su corazón, tenía la confianza del marido.

Fluyendo, recóndito, bajo este sentimiento, sentía la certeza de no tener un marido como las demás. Un marido es el ser puesto a la vera de la mujer no solo para amarla, sino también para exigir amor. Joaquín, en cambio, no exigía ser amado; exigía solo la apariencia de serlo. Mariona pensaba: me pone al alcance de Ernesto para que no le ame creyendo que no le amo a él justamente porque estoy a su alcance. Se imagina que el amor es simplemente una cosa creada por la ausencia, un fantasma que aparece con la distancia.

Se sentía invadida por un gran temor, presa de una serie de dudas, de inquietudes.

En un instante había cambiado el contenido de aquel momento poco antes tan sencillo y dulce.

Se percibía claramente el silencio en el que flotaba la respiración de los dos.

—¿Te das cuenta de lo que me pides? —inquirió ella, al fin, con infinito desánimo, pero con aguda frialdad.

—Te pido lo que nos puede hacer felices.

Aquel «lo que nos puede hacer felices» no sonó a extraño a ninguno de los dos. No había habido necesidad de manifestar que no eran felices.

—Dudo que esto nos pueda hacer felices —murmuró Mariona. Y luego, en voz un poco más alta—: No lo hemos sido cuando hemos podido serlo, Joaquín, ¿cómo

vamos a serlo gracias a esto?

Joaquín, sin embargo, no dejaba de abrirla con su abrazo. Parecía como si la comunidad de una misma infelicidad fuera ya un presagio de la felicidad huida.

—¿Por qué dices que no lo hemos sido? Yo, Mariona, he sido feliz; lo soy todavía.

—No es verdad —dijo Mariona lentamente—. No eres feliz porque no necesitas serlo; y yo no lo soy contigo por eso mismo.

Él no contestaba. Ella prosiguió:

—Me has dicho: «no te pido que me quieras». Y después, que lo que importaba es que yo no esté enamorada de Ernesto. Lo que nos separa es muy grande, Joaquín; a ti no te hace falta que yo te quiera; te basta con que no quiera a los demás. Y, en cambio, yo necesito querer; y además que me lo exijan y que puedan agradecérmelo.

Hubo una ligera pausa.

—Claro que quizá no todo se puede tener en este mundo... —añadió.

—Mariona —prorrumpió Joaquín con autoritaria gravedad—. Una cosa es amar y otra cosa es la felicidad. No puedes ignorar este hecho.

—Pensamos completamente diferente, Joaquín. Para mí, amar y ser feliz es lo mismo.

—Ya me dirás, pues, si fuiste más feliz con Ernesto amándole que conmigo sin amarme —repuso él rápido.

—Claro que sí —atajó ella sin vacilar.

Joaquín estaba profundamente pensativo.

—Estás alterada —dijo por fin.

—No, no estoy alterada. Contigo fui feliz y tengo la esperanza de serlo por lo que te amaba, no por todo lo demás ni porque fueras un hombre honrado. Te lo juro, Joaquín, esto a las mujeres nos da igual.

—¿Por qué no te casabas con Ernesto? —inquirió Joaquín—. Él te hubiera amado de la manera que tú esperas. Yo, en cambio, te digo con sinceridad que me repugna la idea de que me domine una pasión; prefiero quererte como yo entiendo. Nunca echarás en falta mi cariño, pero nunca podré obrar sin reflexionar, dejarme llevar sin saber adónde.

—¿Es que tu corazón no eres también tú? ¿Es que tu cerebro es tuyo y tu corazón de otro? —preguntaba ella, alterándose.

—También es mío el sexo o el estómago, y sin embargo, no sirven para amar —replicó él duramente.

Ella hizo un gesto de estupor. Después, volviendo en sí:

—Pero ¿no te parece que lo mejor sería que me amaras con lo que fuera, pero que me amaras? —inquirió exasperada.

—¿Cuándo me has oído decir que no te amo?

—Nunca; pero tampoco te he oído decir que me ames; y mucho menos notarlo, notar que me amas. Y nosotras exigimos que nos lo digan y que nos lo demuestren.

—¿Te ha faltado mi cariño alguna vez?

—Oh, por Dios, Joaquín, no puedo más.

Joaquín la miraba indiferente.

—Mariona —dijo al fin—, no puedo escucharte decir «nosotras...» con ese aire de un ser incomprendido. —Y añadía, dominándose a duras penas—: «Nosotras...». ¿Te he dicho yo «nosotros» alguna vez? Tú no eres «las» mujeres; eres «mi» mujer. Y te exijo que seas distinta.

Ella se incorporó sin levantarse:

—¿Qué entiendes tú por «ser distinta»?

—Que aceptes el cariño que yo te doy. Que lo aceptes tal como es, sin caprichos de niña. Y que me quieras no porque yo sea de una manera o de otra, sino porque soy tu marido y es tu obligación.

Mariona estaba abatida.

—No te das cuenta de lo que dices, no te das cuenta —repetía con infinita desolación—. ¡Si supieras lo que es para mí querer por obligación cuando cada vez me parece más difícil querer por gusto!...

—Eres demasiado complicada, Mariona.

Hubo un silencio, y él añadió, como si hablara para sí mismo:

—Si pudiéramos conseguir vivir sin necesidad de estas cuestiones a cada paso.

—Claro —dijo ella en voz baja—; comprendo que esto sería mejor para la fábrica, para ti; que todo podría rendir más.

—Sin duda alguna —repuso él, sin alterarse—. Para la fábrica, para nuestro hijo, para nuestra tranquilidad en la vida y, finalmente, para ganar el cielo. ¿No te parece importante?

—Me parece importante ganar el cielo por amor mejor que por odio... —expresó Mariona.

—Aquí volvemos a no estar de acuerdo —prosiguió con frialdad Joaquín—. Es mejor ganarlo sin amor y sin odio, pero con seguridad de ganarlo, de cumplir con el deber de cada cual.

Mariona se impacientó:

—Estamos perdiendo el tiempo en palabras. Creo que es mejor acabar.

—Como tú quieras.

—Acabar; pero ya no será posible olvidar esto_

—Espero que no lo olvides. Que pienses en tu hijo y en tu obligación.

—Mi hijo... Te escudas en él, Joaquín. Ya sabes lo que te haces —y Mariona se cubrió los ojos con ambas manos y sintió un escalofrío, una desazón.

Sin embargo, proseguía:

—No has querido a ninguna mujer, no las entiendes, no sabes por qué existen: no has querido a tu madre y no me quieres a mí. En el fondo de tu corazón, las desprecias a todas; solo sabes admirar a los hombres: decías que sentías admiración por Ernesto en el colegio, y aún la sientes; adoraste a tu padre porque te daba envidia,

le admirabas.

Casi sollozaba:

—Joaquín —añadió después—, no te puedo querer. No comprendo cómo he podido quererte nunca. Cualquier hombre me parece mejor que tú a tu lado. Lo digo sin ningún rencor, te lo juro. No existes.

Ambos estaban de pie.

—Bien —dijo él al cabo de un largo silencio—. Espero, pues, que me digas lo que piensas hacer.

Ella le miró con fijeza.

—¿Lo que pienso hacer?

Y se echó a reír.

—Tienes que desengañarte, Joaquín, de saber lo que pienso hacer de ahora en adelante.

—Por lo menos espero que lo ocultes también a los demás.

—Solo te digo una cosa —advirtió ella concentrándose, pero llena de ira—: No será el respeto a ti ni mucho menos el amor a ti lo que me haga obrar. Será el respeto y el amor a mi hijo y a mi padre. Si estos no existieran, podrías despedirte.

Joaquín suspiró profundamente. Pensaba: «No la he tenido nunca, no la he tenido nunca del todo».

Adivinaba que todo había sido demasiado fuerte, demasiado intenso. Ya no había soldadura posible. Ella iba a marcharse. Pero Joaquín se había adelantado a la puerta y la detuvo.

—Espera, Mariona; no te vayas aún.

Ella aguardó. Le miraba fijamente:

—¿Quieres decir que todavía no me lo has dicho todo? —preguntó Mariona con despecho.

—Hablemos del futuro —respondió él.

—Si lo deseas, hablemos. Quiero tener la seguridad de no hablar contigo nunca más.

—Bien —dijo Joaquín muy serio—. Puesto que eres tú la que rompes, espero que hables tú.

Ella se limitó a decir:

—Si esto puede tranquilizarte, me basta con decirte que no pienso abandonar esta casa ni pienso abandonarte a ti. Tu reputación no sufrirá con esto.

—¿Tengo que agradecértelo?

—No. Agradéceselo a tu hijo.

Y salió.

Joaquín quedó de pie, sin acertar a moverse, sin acertar a pensar, sin acertar a nada. Después se sentó en el butacón de la mesa y estuvo largo rato con las manos asiéndose la frente sin lograr desenmarañar la madeja turbulenta de los pensamientos. ¿Qué hacer? Habían reñido. Por primera vez se había equivocado. Recordaba sus

propias palabras, tres años antes, a Ernesto Villar: «¿No te parece más fácil simular toda una vida que se ama que amar de verdad toda una vida?».

¡Qué sarcasmo!

Se había equivocado, no había sabido disimularlo, no ya toda una vida, apenas una hora, aquella hora solamente, en que se dejó llevar de la pasión, de las palabras... Sin aquella hora maldita, todo hubiera podido seguir igual, prolongarse quizá una vida entera... Y todo se desvanecía por la estupidez de un momento.

¿Por un momento? No; sabía perfectamente que Mariona y él no se habían amado; que ella lo había elegido ilusoriamente, sin voluntad. Mariona creyó que su marido estaba enamorado de ella y que, a medida que transcurrieran los días, se enamoraría aún más. No podía creer que no la amara; no iba a ser él el primero que no la amase, que no la adorara, a ella, una criatura deliciosa, ante la cual no había nadie capaz de resistirse. ¡Cómo se había equivocado Mariona también! Mucho más que él. Él, Joaquín, casi no se había equivocado.

¿Qué sería de sus vidas de ahora en adelante? Mariona no aceptaría jamás la posibilidad de que su padre se enterara de esta disputa. Pero ¿era posible mantener la ficción aunque solo fuera ante su padre?

Joaquín permanecía ante el escritorio apoyado con los codos en él y hundiendo su rostro en las manos. ¿Ficción? ¿Por ventura le sería más difícil fingir ahora ante don Desiderio que antes ante todos? De todas formas, ¡qué incomodidad, qué sensación tan grande de dolor, continua! Claro es que apenas veía a Mariona más que a la hora de comer; esto sí, era absolutamente preciso comer juntos. El resto del día, nada. Y el hecho de tener que madrugar podía servirle de pretexto para separar las habitaciones. Y ella, si lo deseaba, podía marcharse en seguida a Santa María. Ahora ya no tenía que pedirle permiso.

«¡El niño, el niño! —pensó de pronto—. Es preciso que el niño me siga a mí y no a ella». La exasperación le hizo incorporar. ¿Qué sucedería? Seguramente Mariona sería más frágil que él, más frágil... Él podría mantener durante años seguidos el propósito de conquistar a su hijo, de conquistarlo como lo había conquistado todo. ¡También tenía que pensar en eso, Dios santo! ¡Tener que volver a hacerle nacer, congraciarse con él, apoderarse de él, de su hijo!

Miró el reloj. Era hora de marcharse.

Tomaría un bocadillo en cualquier lado.

En la calle, mientras caminaba, iba pensando en la reacción de Mariona: «¿Ama a Ernesto Villar? —se preguntaba—. No le ama, pero le amaré. Está desesperada».

Seguramente volverá en sí, pensará en lo que ha hecho, me tendrá lástima. ¿Lástima después de haberse manifestado él de aquel modo? ¿Era posible tenerle lástima?

«Si me amara, lo superaría todo. No amándome, no me perdonará nada».

¿Por qué ella no fue como él? ¿Por qué ella no tuvo la serenidad de él? ¿Tan mal se había portado? Cuando nació el niño, lloró, mirándola; lo recordaba perfectamente.

¿No bastaba esto para haberla enamorado? ¿Por qué la educaron de un modo absurdo? ¿Por qué se lo consintieron todo?

Entró a tomar unos bocadillos en un restaurante.

La gente comía con gana.

Pensó en el obrero que aquella mañana se le había insolentado. Si lo tuviera ahora entre las manos lo estrujaría.

Y, sin embargo, se reportó; el simple recuerdo del obrero de la fábrica le había devuelto la seguridad de sí mismo. No todo estaba perdido.

Se dirigió a la fábrica. En su despacho le aguardaban los miembros de la Junta.

Les saludó uno por uno.

Al cabo de una hora de conversación, ya no podía más. Sentía un dolor de cabeza tremendo; las articulaciones le dolían; tenía fiebre. Se excusó ante todos; salió al patio.

«No me podrá quitar —pensaba— el que yo sea otro. Pase lo que pase, mi hijo será nuestro hijo. Y si no ha habido amor, ha habido la experiencia de amar. ¿Qué sería yo sin esos años?».

Al poco, el chico Llobet bajaba a buscarle, a avisarle que en la entrada le esperaba una señorita.

¿Será ella?, pensó un instante. Y su corazón golpeó con fuerza. Pero en seguida se reprimió mientras subía. Era imposible. Aquello había terminado.

Era Josefina, la doncella. Le traía una carta de la señorita.

La abrió con temblor. Se trataba de unas líneas escritas aprisa:

«Me marcho a Santa María con el niño. Haz el favor de comunicarlo a papá y *de ocultarle todo lo que ha sucedido*. No debe enterarse jamás. Por tanto, lo último que te ruego es que, cuando sea necesario, obres como si nada hubiera sucedido entre nosotros. Espero que comprenderás este deseo mío».

Y firmaba, simplemente, Mariona.

Joaquín se encontró con el papel en las manos ante la doncella.

—La señorita se ha marchado a Santa María o se va a marchar —dijo Josefina. Y luego sonrió con una sonrisa que a él mismo se le antojó estúpida, improcedente.

—No tiene usted que extrañarse —prosiguió— de lo que haya ocurrido en casa; y le ruego especialmente que no hable de ello ni en casa, con sus compañeras, ni fuera de ella.

La doncella asintió.

Cuando Josefina se hubo marchado, Joaquín se dirigió nuevamente al despacho con lentitud, apoyándose mucho en la barandilla. Apenas podía caminar.

Al llegar a su despacho, los de la Junta se estaban despidiendo.

—Estábamos aguardándole a usted —dijo uno de ellos—. ¿Quiere usted que le demos cuenta de los acuerdos?

—No es necesario. Llobet lo hará más tarde.

Se despidieron.

Él se sentó en su sillón. No acertaba a coordinar sus ideas. Eran puras palabras lo que llegaba a su pensamiento; palabras sueltas, escapadas del diálogo sostenido con Mariona, que refluían a bandadas, como aves nocturnas.

«Es que fui mala, fui mala»...

Estas palabras, evocadas ahora, en el recuerdo intempestivo, evocadas en el despacho nublado por la humareda de los cigarros, se le clavaron dentro. Sentía un dolor en el corazón.

Se golpeaba las sienes con los puños.

Por la ventana de la calle llegaba el gemido de un organillo y el reflejo demasiado rotundo de la luz primaveral. Se levantó y cerró la ventana; corrió las cortinas. Se dirigió a la otra, la que daba a los departamentos de las máquinas, y la abrió de par en par. El rumor de los telares sobrevino evidente, ruidoso. En el pecho, hinchándolo, le penetró el olor de telar y de hilo y con ello una vaga, insistente, liberadora sensación de serenidad.

XII

AL CABO DE CUATRO MESES, en septiembre, ya no podía pasar más. Mariona estaba en Santa María. No se habían escrito ni comunicado de ninguna manera. Hasta entonces ella seguramente había podido pretextar ante la servidumbre y los colonos exceso de trabajo de su marido. Ahora, coincidiendo con la Fiesta Mayor de Santa María y con el consiguiente traslado de Mercedes y don Desiderio, no le quedaba más remedio que aceptar el papel impuesto e ir allí.

No se resignaba a la nueva situación. «Mariona obró mal —pensaba—. Sean cuales sean mis defectos, su deber era perdonármelos. Su deber es quererme o, por lo menos, respetarme».

Al principio intentó buscar un consuelo en su madre, doña Paula. Había ido dos o tres noches a la calle de la Paja, a la salida del despacho, pero no se decidió a explicarle nada. Aquella mujer, pendiente de los fogones y de la colada, no hubiera dudado en achacarle a él la culpa. Doña Paula hacía mejores migas con don Desiderio que con él mismo. «Mi suegro —pensaba Joaquín— se puede permitir el lujo de escucharla, de comprenderla. Yo, no».

En vista de que no comparecía ni por la tertulia, de que no se dejaba ver, don Desiderio decidió llegarse a la fábrica una tarde. Encontró a Joaquín trabajando en su despacho y tuvo que aguardar un rato hasta que estuvo en disposición de recibirle.

—Perdóneme —le había dicho Joaquín—. Estaba haciendo los pagos y es mucho quehacer. Siento que se haya tenido que aguardar. ¿Por qué no me enviaba recado antes de venir?

—Es igual. No tenía trabajo en el taller y he venido paseando.

Le hizo sentar en el butacón.

—Supongo —le dijo don Desiderio— que Mariona te habrá contado el plan que tiene. Quiere que Mercedes y yo pasemos también allí los días de la Fiesta Mayor. Dice que ya ha elegido hasta los pavos. O sea —añadió sonriendo—, que no tenemos más remedio que ir.

—¿Es que no tienen ganas? —preguntó Joaquín.

—Las ganas no me faltan. Pero me temo que será demasiado trabajo para vosotros.

—Ya sabe que esto no es verdad.

—Por cierto —añadió don Desiderio—, Ernesto Villar, con el que salimos a hablar de vosotros y de Santa María, dijo que tú le habías invitado varias veces. ¿Es que tú le has dicho algo de la Fiesta Mayor? Anteayer, en la tertulia, me dijo que a lo mejor se decidía a subir esos días.

—No; yo no le he dicho la menor cosa —afirmó Joaquín intranquilo.

—Quizá ha sido cosa de Mariona —dijo el señor Rebull.

—No creo. Mariona y él no se han visto desde hace días —Joaquín reflexionó unos instantes—. Ya conoce usted a Ernesto —añadió—, no le cuesta mucho decidirse a molestar a la gente cuando sabe que molesta; en cambio, cuando a la gente le vendría de buena gana su compañía, pasa de largo. Le gusta que se note que va en contra.

—Quedamos de acuerdo en que pasaría por aquí o que se pondría en relación contigo si persistía en su proyecto. Entonces tú le puedes dar una excusa.

—No; si quiere venir, que venga. Mariona estará contenta. Y a mí mismo no me molesta excesivamente. Es un muchacho agradable y más en días como estos. Solo que..., en fin, quizá lo hubiéramos celebrado mejor solos.

En el fondo, se sentía desconsolado de que la idea de tener a Ernesto entre ellos no le resultara enojosa. Presentía que ante Mariona pasaría por menos dificultades con el tono especial que adquiere una casa con la presencia de un forastero, tono que se contagia a todo, hasta a la vida común de los familiares. Y además porque no había claudicado de su punto de vista; solo el «hábito» de ver a Ernesto podía curar a Mariona. Quedaron, pues, de acuerdo en que aguardaría la visita o las noticias de Ernesto.

Faltaban todavía quince días para la Fiesta Mayor. Los pasó con cierta inquietud motivada por la inminencia del primer encuentro con Mariona después de la discusión y la ruptura.

Una cosa le preocupó aquellos días en el despacho. Efectuados los pagos del mes, notó que Llobet, padre, al llegar a las seis y media al despacho, ya estaba ante los libros afanándose en cierta comprobación. Esto se repitió varios días. Por las noches, cuando Rius salía, Llobet continuaba en su pesquisa.

—¿Qué busca usted, Llobet? —le preguntó a los cuatro o cinco días de la observación.

Notó que Llobet se sobresaltaba un tanto.

—Hay una partida que no le sale al cajero. Quiero averiguar el error.

—¿Es muy importante?

—No; importante, realmente, no. Pero no se puede hacer nada sin haber encontrado el descuido.

—¿Qué partida es?

—Creo que es la de Baffle y Feliu, pero en todo caso no encuentro el error.

—¿Ha hablado con el cajero?

—Todavía no. No, no lo he hecho porque estoy seguro de que saldrá. Únicamente es que no quiero dejarlo en manos de cualquiera.

Joaquín Rius extrañó un poco todo aquello tan insólito. Pero sí, debía tratarse de un error. Llobet no era hombre que se equivocara en estas cosas.

Unos días más tarde se presentó en la fábrica Ernesto Villar. Le hicieron pasar al despacho de Joaquín.

—Tienes esto maravillosamente instalado, Joaquín. Nunca me hubiera figurado

que pudiera hallarse tanto «confort» en una fábrica.

—Una fábrica no es una cárcel, querido Ernesto —le respondió Joaquín.

—Para mí casi lo sería —respondió aquel, señalando con la punta de su bastón, de empuñadura de marfil y plata, el campamento de los telares.

—No lo dudo —respondió a su vez Joaquín—. No te sabrías habituar. Este trabajo es demasiado duro.

—Amo las cosas duras, la lucha. Pero ¿tú crees que hay lucha aquí?

—¿De qué clase la quieres? —y Joaquín sonreía con ironía—. Aquí, amigo Ernesto, hay lucha de todas clases. Desde la pelea con los números y los balances hasta la batalla campal de coordinar la producción y los pedidos, combinar las cosas para que cada una de estas máquinas dé la tela que tú vistes. Y me olvido lo principal: han cambiado mucho los tiempos y esta lucha empieza a agriarse —continuó con gravedad—. Si pudieras escuchar lo que hablan todos esos —y señalaba a los obreros, colocados cada cual ante su máquina— cuando yo no estoy; si pudieras escuchar las atrocidades que dicen en el patio cuando aguardan a que yo abra la puerta...

—Realmente las cosas se ponen peor cada vez. ¿Te has enterado de lo de la bomba al expreso de Andalucía? —preguntó Ernesto.

—Sí. Y los cartelones ante el Ministerio de la Gobernación. Pasaremos años difíciles. Bastante haremos con salvar la piel.

—Por lo que a mí hace —decía Ernesto—, no me importaría morir, pero con cierta grandeza. Me asusta la idea de morirme de una pulmonía.

—Yo deseo morir en la cama y con luz artificial. Pero no sé si ese es el destino de los fabricantes.

—Creo que sí que lo es —afirmaba Ernesto—. Tienes que estar tranquilo.

—No tanto. En el gremio ya se han recibido algunos anónimos amenazando a tres o cuatro patronos, entre los cuales, por fortuna, todavía no me cuento. Pero estoy seguro de que pronto me tocará el turno.

—¿Te asusta?

—Lo más mínimo. Creo que no son capaces de matar ni a una mosca.

Ernesto pasó después, conducido por Joaquín, a visitar todas las dependencias de la fábrica. Quedó encantado, aunque mirándolo todo con cierto aire displicente, como si temiera contagiarse.

Después pasaron de nuevo al despacho de Joaquín, y este hizo servir unas copitas de jerez y unas galletas.

—Mi suegro me habló de que quizá te decidieras a subir a Santa María para la Fiesta Mayor. Yo le contesté que no lo creía. Ya son demasiadas las veces que lo dices.

—Pues... lo que son las cosas. ¿No te extrañará si te digo que el principal motivo de mi visita era preguntarte si tenéis algún inconveniente en que sea vuestro huésped por aquellas fiestas? En fin, para empezar es preciso conocer la opinión de Mariona,

de la que no estoy tan seguro como de la tuya. Creo que no te será difícil comprenderlo.

—Sí, me es difícil comprenderlo —contestó, frío, Joaquín—. ¿Por qué razón se ha de oponer Mariona?

Los dos hombres se miraban cara a cara. Siempre que estaban solos, la conversación fluía con mayor naturalidad, sin reservas. En cuanto mediaba alguna mujer, Joaquín notaba que Ernesto se volvía más locuaz y, simultáneamente, menos dueño de sí, menos elegante y menos generoso. Por eso le molestaba a Joaquín la intromisión de su mujer en su relación con Ernesto. Como le molestaba en cualquier caso la intromisión de cualquier mujer. Nunca había gozado del placer de la conversación si no era con hombres.

—Te digo esto, Joaquín, porque ni a ti ni a mí se nos oculta la parte que Mariona pueda haber tenido en nuestra amistad. Sin la existencia de tu mujer, apenas nos hubiéramos reconocido.

El semblante de Joaquín acusó extrañeza.

—Me extraña que digas esto. Di, mejor, que sin nuestra amistad, yo no hubiera conocido a Mariona. Quizá ni siquiera, caso de haberla conocido, la hubiera pretendido. Te lo digo sinceramente.

—¿Por qué? No te entiendo —manifestó Ernesto.

Joaquín, que al decir lo anterior dirigía la mirada a otro lado, a la sala de las máquinas, como evadiéndose, desbordándose, volvió la vista al rostro de Ernesto y se disponía a decírsele todo. Absolutamente todo, pues le tenía sin cuidado el uso que su amigo pudiera hacer de aquella confesión; él, Joaquín, necesitaba contar con alguien, y este alguien era Ernesto, su íntimo amigo, con una intimidad unilateral, solo por él guardada y conocida. Olvidaba que fue justamente Ernesto el primer pretexto de la ruptura. Pero cuando se disponía a hacerlo, contempló la sonrisa de su antiguo compañero, la sonrisa en que no le reían los ojos bajo el mechón intencionadamente despeinado. Se contuvo.

—¿Por qué? —volvió a insistir Ernesto.

—No me entenderías tal vez —se limitó a responder.

Ernesto se levantó. Quedaron de acuerdo en el día y la hora de su marcha a Santa María. Joaquín quedó de nuevo solo.

Fue justamente el día, y poco antes de la marcha, en que iba a partir para Santa María cuando Llobet entró con el rostro desencajado, y aproximándose a su mesa, se derribó sobre ella llorando, cubriéndose el rostro con el antebrazo.

—Dígame qué le sucede, Llobet —preguntó Joaquín—. Dígamelo con claridad. Intentaremos ponerle remedio.

Al fin, el contable pudo hallar la serenidad suficiente para hablar.

—No era un error, señor Rius.

Joaquín se volvió repentinamente serio. Preguntó:

—¿Un fraude?

—Sí —respondió a duras penas el contable.

—¿Muy grave?

—Grave, señor Rius.

—Diga, diga; diga cuánto —inquirió Rius impaciente.

—Seis mil pesetas.

Joaquín Rius paseó por la habitación. No era tanto como creía visto el desconsuelo de Llobet.

—Bien. ¿Quién ha sido?

Y notó que Llobet tardaba en contestar; quería balbucir algo. Al fin logró, de nuevo, hablar: —Fui... Fui...

—Diga, Llobet, no se apure.

—Fui yo mismo.

—¿Cómo fue? —inquirió estupefacto.

—Tuve necesidad de retirar esa cantidad, me era urgente, imprescindible. No me atrevía a pedirla, señor Rius, no me atreví.

Joaquín Rius le observaba con semblante de duda.

—Levántese, Llobet, levántese. No se desconsuele de esta manera, hágame el favor. Hace años que nos conocemos y no merezco tanta desconfianza.

Hubo una pequeña pausa.

—¿Por qué no me la pidió?

—Creía poderla..., poderla restituir... Estaba seguro de poder hacerlo...

—Bien —dijo Joaquín—. No tengo tiempo ahora para ocuparme de esto —recelaba, vacilaba. Prosiguió—: Cuando vuelva de Santa María hablaremos. De momento, tome. Reponga en la caja la cantidad mañana mismo —y le alargó un cheque que acababa de firmar.

—Bien, señor Rius.

—El jueves próximo —concluyó, grave— espero que estén usted y su hijo, ¿me entiende?, juntos en mi despacho a las seis. Hablaremos de esto con más calma.

Rius empezaba a recoger su sombrero y su bastón.

—Retírese, Llobet. Retírese y cálmese. Está usted desencajado. Haga usted el favor de descansar y... de meditar. Joaquín Rius salió de su despacho, dejando al empleado sumido en un mar de dudas.

En el tren, Joaquín encontró a don Desiderio y a Mercedes.

—¿Y Ernesto Villar? —preguntó.

—Ha enviado recado a primera hora que no podría venir hoy por tener a unos invitados. Que, seguramente, vendrá mañana. Y si no, pasado. Mañana llegará también doña África Costa con su hijo mediano —aclaró don Desiderio—. Mariona les ha invitado. Acabo de recibir una postal de ella. ¿No te ha dicho nada? —No. Hace unos días que no me ha escrito —expresó Joaquín confusamente.

En el tren charlaron de vaguedades. Joaquín apenas pronunció palabra. Se sentía molesto por la idea de enfrentarse con Mariona después de los cuatro meses sin

contacto; pero la situación de ruptura, tan rara, iba a hallar una decisión. Ahora sí hubiera preferido ser libre, absolutamente libre, la víctima de su situación, de la que no se sentía responsable; el carácter de Mariona y la educación que don Desiderio, que estaba sentado ante él en el compartimiento, le había dado, sin enderezarla, sin violentarla, eran las causas únicas de su desdicha. Claro que si para él la ruptura era pesada y complicada, mucho más debía de serlo para Mariona. Ella pagaría sus propias culpas.

—Te encuentro desanimado, Joaquín —decíale don Desiderio, ya en la tartana, conducida por Jaime con su proverbial hosquedad—. ¿Te ha sucedido algo desagradable?

—Sí, una escena; poco antes de salir para la estación. Mi hombre de confianza, el contable Llobet, ha descubierto una irregularidad en las cuentas y se empeña en atribuirse a sí mismo la culpa.

—¿Mucho dinero? —preguntó Mercedes intrigada.

—No mucho. Unas seis mil pesetas.

—¡Caramba! —profirió don Desiderio—. ¿Y de quién sospechas en realidad?

—Del hijo de Llobet, un muchacho joven—y añadió—: Me da pena ese hombre; no me lo puedo quitar de la cabeza.

—Es imposible que haya sido él mismo —dijo don Desiderio—. Es la honradez en persona.

—Me dejaría cortar una mano seguro de no equivocarme —continuó Joaquín.

—¿Qué piensas hacer si ha sido el hijo?

—No sé; no lo he pensado todavía. Hay que evitar todo lo que sea un castigo para el padre. Pero hay que dar una lección al jovencito.

Concluyó:

—Ya veremos.

Su intranquilidad iba en aumento. Acababan de desembocar en el camino de los avellanos.

Había que reconquistar a Mariona. El programa llevaba consigo y despertaba de nuevo la emoción de la primera vez que lo contempló cuando Mariona y él se prometieron.

«Es mi mujer —pensaba—. Tenemos un hijo. Nada nos puede separar. ¿O será más difícil unirnos ahora que la primera vez cuando no teníamos nada en común?».

Cierta voz, en su ánimo, le decía: «Sí; es más difícil. Ahora es, justamente, cuando nada tenéis en común. Ahora es imposible...».

Se apearon en el patio. Mariona se precipitó en los brazos de su padre. Joaquín miraba a Jaime, el tartanero, que le sostenía la mirada.

—¿Qué haces aquí parado? —le dijo—. Ocupate de tu trabajo.

El tartanero condujo a *Revérter* a la cuadra.

Mariona, entonces, se dirigió a Joaquín. La besó en la mejilla, sonriendo.

Joaquín le devolvió el beso.

—¿No me dices nada, Joaquín?... —exclamaba ella sonriendo—. Parece que no estés contento de verme.

Después se colgó de su brazo para entrar en la casa. Mercedes y don Desiderio marchaban adelantados.

—Te pido perdón por lo que te dije —susurró Joaquín—. Te pido perdón, Mariona.

Entraban.

—Deja, deja. No hables de aquello —contestó con rapidez.

Joaquín se figuró percibir una esperanza, una luz, en esas palabras de Mariona. Ella volvía a sonreír. Aquella entrada tenía algo de triunfal.

—¿Y los invitados cuándo vendrán? —preguntó Mariona.

—Mañana —repuso don Desiderio.

Joaquín contemplaba a Mariona. Los cuatro meses habían acabado por transformarla como a él mismo. Él, sin embargo, se notaba más recio, más severo, más duro. Mariona, en cambio, más dulce, más amplia, colmada de sugestión. Su mirada era pícara y atrevida. Joaquín sentía miedo de mirarla y, al propio tiempo, necesidad de mirarla.

Entraron a ver al hijo dormir. Él le besó con sigilo en la frente. ¡Qué dulce calorcito! Pero hasta aquel instante no se había acordado del pequeño.

—Deja, deja —le había dicho—. No hables de aquello. Él tenía que hablarle. No lo podía remediar. Sería, al cabo, como una nube pasajera.

Cenaron. Durante la cena, don Desiderio contó a Mariona las incidencias de la boda de doña Clotilde, haciéndola reír. Al final, con todo, cuando su padre confirmó la sospecha de la primera vez y dijo:

—Todo me dio la sensación de una farsa. Creo que los parientes del novio no eran tales parientes. Que el tal novio no es la primera vez que hace una perrería así. Es un pollo engolado, presuntuoso. Y doña Clotilde le miraba con ojos de tórtola...

Entonces Mariona, súbitamente conmovida, exclamó:

—¡Pobre doña Clotilde!

Joaquín no dejaba de mirarla, pero Mariona no lo hizo ni una sola vez.

Después llamaron a Bernardo y le hicieron contar, para que Joaquín lo oyera, lo que había visto en casa de doña Clotilde al ir a entregar el regalo que, retrasado, por no haber quedado esto para la fecha, le había enviado don Desiderio.

El viejo servidor desgranó su bien meditada descripción respetuosamente:

—Doña Clotilde me recibió en la sala —empezó—. «No le puedo presentar a mi marido, Bernardo —me dijo—, porque está bañándose». Y vi a un marinero con camiseta y una gorra de cintas que aguardaba en la puerta. Al cabo de unos segundos, el señor de doña Clotilde (todos se echaron a reír) dio una voz desde el cuarto y el marinero entró y salió con una bañera muy grande.

»El médico —me dijo doña Clotilde— le tiene ordenado que se bañe todos los días con agua de mar.

»—¿Es bueno eso, doña Clotilde? —pregunté yo.

»Ella me dijo que en París la gente no se bañaba con otra cosa. Luego, al bajar, vi que cargaban la bañera en un carrito con un caballo en el que iban tres marineros más.

—¿Y el piso? —preguntó Mercedes—, ¿cómo es?

—Muy grande, lleno de sillones y perchas para colgar sables y pistolas viejas. Doña Clotilde parece una marquesa allí dentro.

—¡Pobre señora! —observó don Desiderio—. La desplumará en dos días.

—¿Tiene mucho dinero doña Clotilde? —preguntó Joaquín.

—Figúrate. Los ahorros que pueda haber hecho en veinte años de estar en casa. Y a este tren no durarán ni dos meses.

—Pero ella dijo que él es rico —objetó Mercedes—. Que tenía «posesiones» en la provincia de Cuenca.

—Ni pensarlo.

—Pues, ¿qué harán? será porque yo no la pusiera en guardia. La pobre —prosiguió don Desiderio— no se merece esto. Hubiera podido continuar y morir en casa, en paz. Pero su sueño dorado era volver a las grandezas de sus antepasados, en paz descansan.

—Todavía volverá a casa si sucede algo —dijo Mariona.

—No. No volverá. Tiene demasiado amor propio. Todo lo hará menos confesar que se ha equivocado.

Después de cenar salieron un momento al jardín. Mariona iba suelta, distanciada de los demás, mirando a lo alto, como para sentirse llena del fulgor de la luna, que alumbraba cálidamente. Joaquín no se atrevía a situarse a su lado. Ella, sin embargo, parecía esperarlo. Entraron por la senda de los avellanos, transpuesto el palacete de los bancos de piedra. Entonces Joaquín se aproximó a Mariona. A ella no le extrañó ni lo repudió. Pero anduvieron unos minutos uno al lado del otro sin cambiar palabra. La sombra a manchas del follaje se removía de vez en cuando a sus pies. Escuchaban hablar a lo lejos a don Desiderio y a Mercedes, que los seguían. Joaquín consideraba su propia situación y le parecía raro sentir temor ante su mujer, que caminaba a su lado. Se sentía como un adolescente que se dirige por primera vez a su enamorada. Y no sabía si decidirse ya a hablar. Pensaba que no era ya un adolescente y que aquella era, en definitiva, su esposa.

—Tu cuarto será el que yo tenía antes y yo dormiré abajo, con el niño. Papá ya sabe que tú no te has acostumbrado a dormir con el pequeño.

—Como tú quieras —pronunció Joaquín.

Al cabo de un rato, Joaquín sintió no poder más; y preguntó:

—¿Has pensado en mí? ¿Me has perdonado?

—Sí, Joaquín; he pensado en ti, en nosotros y en el niño. Seguían andando, sin mirarse. Añadió, en voz más baja:

—Pero... es imposible.

Estaban ya de vuelta. Ahora don Desiderio y Mercedes caminaban adelantados, sin volverse. La luna era tan clara que se vislumbraban, a lo lejos, los campos pálidos y el pueblo, colgado al fondo, presentido en la penumbra de la vertiente. Se notaba la pena con que, desde el fondo de su alma, Mariona balbucía:

—No te preocupes, Joaquín. Mañana hablaremos.

—Mariona —prorrumpía él, sin mirarla—, me ha dolido tanto lo que sucedió, lo que te dije. Si pudiera dar los años que me faltan de vida para...

—Deja, deja, Joaquín. No hablemos, te lo ruego.

—¿Por qué, Mariona? ¿Todavía no me has perdonado? Contestó:

—Sí, te he perdonado.

Se detuvieron. Mariona le miró a la cara.

—Te he perdonado —repitió—. Te perdoné en seguida —hubo una pausa—. Pero no has vuelto a nacer de nuevo en mí —añadió con dolor—. Es horroroso, pero es así, Joaquín. Aquello se lo llevó todo.

Quedó paralizado; no alcanzaba a tragar la decepción en un instante, en el espacio de un silencio. El rostro de Joaquín se desencajaba; se distendía algo en su armazón habitual.

—No sabría decírtelo si no es con esta brusquedad, Joaquín. Es la única manera en que te puedo decir la verdad; si tardara un poco más, no me atrevería.

Él se alejó y fue a sentarse a uno de los bancos de piedra; Mariona vio con qué desesperación apoyó su frente contra el puño, y quedó anonadado. El reflejo de la luna lo envolvía. En Mariona nació la lástima, ese último don femenino. Se fue acercando lentamente.

Se sentó a su lado. Le notaba respirar con dificultad. Al fin la voz sollozante de Joaquín volvió a rasgar el silencio:

—Dios te perdone; Dios te perdone.

Mariona, dudando, se levantó quedamente. Se alejaba. Al cabo de mucho rato, Joaquín levantó la cabeza y vio que Mariona no estaba a su lado. Recordó haber sentido cómo ella se separaba; y luego su caminar hacia la casa.

Se levantó y, con lentitud, penetró en la espesura. Deambuló por los senderos: salió al campo, quedó solo ante la noche, transida por el rumor de los insectos. Estuvo caminando una hora, dos. Adentrándose en el atajo, pasó bajo la copa de dos encinas lejanas; llegase casi a la vista del pueblo vecino; alcanzó la carretera de «Las Casetas»; regresó, al fin, fatigado, por el camino de carro, atravesando la mina. Los perros ladraban en la noche, a su paso. La cancela de las puertas del barrio estaba echada. Detrás de ellas se percibía el olfateo de Colom, el perro, oliendo el presagio del ser amigo, del que reconoció los zapatos. Lentamente, Joaquín dio la vuelta y entró de nuevo por la puerta trasera, la del jardín. En el cuarto de Mariona había luz aún. ¿Qué estará pensando? ¿Estará pensando la manera de hacerme más daño, de derrotarme del todo? ¡Ah, si fuera así! Pero no pensará en eso siquiera...

No pudo dormir. Se tumbó en la cama. Recordaba su relación con Mariona; los

momentos en que se veían de solteros a hurtadillas, que le hacían sentirse niño, un niño ya tan mayor; la tarde de la puesta de largo, y Ernesto Villar. La tarde de la definitiva reconciliación allí mismo, cuando con un fervor que no habían vuelto a sentir, le dijo que la amaba, y la abrazó, la besó en el centro de una luz esplendorosa. La boda; su padre. El viaje: Andalucía, su fatiga; Madrid. Y el hijo, el hijo, alumbrado como un presagio de dicha, de término de las cosas. ¡Y todo, sin embargo, no había sido para ella más que un accidente, un tránsito! Para ella todo había prescrito ya, no existía.

¿Cómo es posible, cómo es posible, Señor? —se debatía contra la almohada—. ¿Tan frágiles son las cosas que tú dispones? ¿Con tanta facilidad puede romperse, quebrarse una vida? ¿A qué razón debo atribuir lo que me sucede, lo que nos sucede?

«Ella retiró la mano en el Liceo, eso es todo», balbució una voz aquí en su interior, de pronto.

Se incorporó. Se incorporó indeciso, espeluznado, atónito. Mariona estaba enamorada. Mariona estaba enamorada de Ernesto Villar. Mariona se había casado con él enamorada ya de Ernesto. Por eso su vida en común, el hijo, todo, no era más que un accidente. «No has vuelto a nacer», le había dicho ella esta noche. «Porque mi existencia en ti —clamaba Joaquín— solo se justificaba por mi presencia a tu lado; pero en el fondo de tu corazón, yo no había nacido nunca».

Desde la habitación de Mariona llegó el llanto del niño, que se había despertado. Joaquín lo escuchó con el corazón suspenso. Tenía que arrebatarse este hijo, este hijo suyo, que llevaba su nombre y su sangre. No podía seguir mezclado a ella, ni al lado de ella, mientras ella pensaba en Ernesto Villar. Se lo tenía que arrancar de las manos.

Y, sin embargo, ¿cómo? Esta era la casa de Mariona, estaba con su padre, con su hermana, su servidumbre, sus amigos. Ante todo el mundo este hijo era de ella y apenas suyo, de Joaquín. «Soy un advenedizo —se decía—, un ser que pasa incidentalmente por su sangre, que se mezcla un instante, equivocadamente, y ya está».

Había perdido toda su serenidad. Se levantó; abrió la ventana. Todavía existía, tenso, el hálito lunar, soberano sobre la campiña. Al fondo, al horizonte, se diseñaba esfumado, el presagio primero del alba. Tenía que evitarlo a toda costa. No era un advenedizo; había dado su nombre y su fortuna, su honradez, su vida entera por este hecho. ¿Qué me importan los caprichos de su corazón? No le haría traición; lo impediría. Y, en todo caso, su reacción, su conducta inflexible harían aprender a Mariona quién era él.

Se desnudó y sin darse cuenta quedó dormido en el acto. Le despertaron, al cabo de unas horas, las voces de doña África, de su hijo, y de Ernesto, que acababan de llegar. Lavose y vistiose aprisa con sensación, aún nebulosa, de que lo del día anterior había sido una pesadilla. Su estado de ánimo era el mismo que el de antes de llegar a Santa María. Pero se sentía fatigado y horrorizado del exceso de la noche anterior. La decepción de las palabras de Mariona anoche, aunque dolorosa, la soportaba. Estaba

vislumbrando ahora que lo relativo a Mariona y Ernesto había sido una sospecha de él, su primer ataque de celos.

Salió a desayunar. Los invitados habían empezado su visita por el jardín, donde aún estaban, pausa que él agradeció. Necesitaba aclarar su situación a solas, reflexionar, aunque solo pudiera disponer de cinco minutos. Era preciso a toda costa evitar que pudiera repetirse su arranque de la noche anterior, el ataque de misantropía infantil. Era necesario.

Después de desayunar se dirigió al jardín; pero antes de pasar la puerta observó a los invitados a través de la cortinilla de cuentas multicolores,, hecha por Filomena, la masadera, durante el invierno, para que no entraran moscas. Por un instante, a la vista de Mariona y Ernesto, que charlaban apoyados en la baranda de la rotonda, volvió a encrespase la duda de la noche anterior. Pero se calmó en seguida. Transpuso la puerta con decisión y fue a saludarles sin pensarlo más.

Encontró a doña África muy avejentada. Y a Federico, su hijo mediano, pretendiente de Mercedes, más alto, como habiendo alcanzado plenamente un grado de hombría. Luego saludó a Ernesto, que se adelantó a tenderle su mano. Comentaron un instante las excelencias del paisaje, las bellezas de la casa y del jardín.

Don Desiderio, al fin, indicó:

—Tendremos tiempo de llegar al oficio. No conozco aún al nuevo vicario y me gustaría tratarle un poco. Nos podemos adelantar algo, y así aprovecharé para enseñarles la iglesia, que es muy vieja y muy típica.

Luego Mariona contó, riendo, la historia de la proclama del párroco anterior.

—También era muy viejo y muy típico —aclaró Mercedes, riendo. Federico Costa la miraba con ojos dulces tras las gafas.

—¿Vamos, pues?

Marcharon. Juan, el colono, había dispuesto la tartana vieja, anfibio de carro y tartana, para que todos pudieran ir cómodamente. En la primera fueron don Desiderio, doña África, Mercedes y Federico Costa. Jaime iba de tartanero. En la segunda iban Ernesto, Mariona y Joaquín, con Juan de timonel.

—¿No te cansa el campo, Mariona? —preguntó Ernesto, rompiendo el silencio.

—No —dijo ella—. Me encuentro muy bien aquí.

—¿Te gusta el campo a ti? —preguntó Joaquín a Ernesto, pues sentía que le era casi imposible hablar con su mujer o referirse a algo de lo que Mariona hubiera hablado.

—Me gusta como telón de fondo. En todo caso, quizá lo prefiera aún un poco más civilizado que este —Joaquín manifestó extrañeza—. Quiero decir que no me gusta el campo en sí, sino una mezcla entre campiña y ciudad. Por esto encuentro que vuestra casa es estupenda. Si pusieras unos campos de tenis y electricidad, en nada se notaría que no estáis en una villa —concluyó.

—Podemos poner pistas de tenis, ¿no, Joaquín? —clamó ella, con entusiasmo ante la idea.

—¿Y con quién íbamos a jugarlo? —inquirió Joaquín, sin entusiasmo.

—Para jugarlo entre nosotros —respondió Mariona.

—¿Entre nosotros? —la miró extrañado. Luego añadió, para dar verosimilitud al diálogo, a los ojos de Ernesto—: Yo no tengo idea de cómo se juega.

—Lo aprenderías en dos días —terció Ernesto—. Es cosa de práctica. Y no es un deporte cansado, pero es muy completo.

—Si quieres que te sea franco —pronunció Joaquín—, no me tiantan los deportes modernos. El mundo no hace más que crearse nuevas necesidades, como el marido de doña Clotilde —dijo dirigiéndose levemente a Mariona—, que necesita bañarse en agua de mar.

—Yo también lo hago casi todos los días —atajó Ernesto. Joaquín miró a Mariona y pensó: «¿Por qué no se ríe ahora como ayer, cuando hablamos del otro tipo? ¿Es que por el hecho de que sea Ernesto quien lo haga deja de ser ridículo?».

Luego hablaron de caballos, a propósito de *Revérter*.

—Es uno de los caballos más hermosos que he visto —dijo Ernesto—. Me gustaría montarlo.

—Nadie lo ha hecho —contestó Joaquín—. No sirve para eso. No ha hecho otra cosa que tirar de la tartana.

—Por eso está tan nervioso —arguyó Ernesto—. Aunque tirara de la tartana toda la vida no se llegaría a acostumbrar nunca. Está deseando soltarse, que le lancen a correr.

—¿Por qué no lo montas? —propuso Mariona, ilusionada. Joaquín adivinó en la mirada de su mujer un destello mezclado de emoción y de admiración.

—Si me dejáis, esta tarde probaré.

—No —pronunció Joaquín con sequedad—. Sería desbaratarlo.

—¿Desbaratarlo? —inquirió Mariona con desdén.

—Más probable es que me desbarate él a mí —advirtió Ernesto con gracia—. A él no le sentará mal.

—Después no habrá quien lo tenga en la cuadra —manifestó con dureza Joaquín—. Pero, en fin, si te empeñas...

Cuando la tartana estuvo al otro lado de la rambla, se apearon y se unieron a los demás, que ya empezaban a subir a pie la cuesta de «Las Casetas». Hicieron el camino con lentitud, pues doña África estaba bastante atropellada para aquellos caminos. —La cuesta es muy pesada, pero vale la pena —expresó con entusiasmo don Desiderio—. Verá usted qué fresca es la iglesia. Allí podrá descansar. Y el pozo de la iglesia es uno de los de agua más clara y sabrosa de toda la comarca. Hay quien viene de los pueblos vecinos solo por beberla,

Desde la cúspide, don Desiderio hizo observar a todos la extensión de la finca, y del otro lado de la loma, el campanario de la iglesia emergiendo entre unos topos de follaje. Joaquín recordó el instante en que, años atrás, se lo había mostrado él.

Mercedes y Federico Costa iban un poco adelantados. Doña África y don

Desiderio, sin decírselo, se sentían ligados por una misma complicidad.

No habían llegado todavía los payeses y la parroquia presentaba un aspecto de casa de campo, con las gallinas hasta en el confesonario. Al fin, compareció el sacerdote, un muchacho joven, de atildadas maneras, con gafas doradas y unas manos muy pulcras. Don Desiderio se dio a conocer.

El cura le saludó.

—Había tenido ocasión de ver a su hija de usted, una tarde, en que me llegué a «Las Torres» para saludarles. Usted debe ser el señor Rius dijo, dirigiéndose a Joaquín.

Joaquín intentó besarle la mano, pero el cura mantuvo la suya firme, con deferencia. Joaquín, a cada gesto, observaba de pasada a Ernesto, como cuando eran compañeros de colegio, aunque ahora con un sentido especial, incoherente, además del antiguo.

—¿Quieren ustedes pasar a la Rectoría? Poca cosa hay que mostrarles y, además, no he empezado todavía el arreglo que proyecto. Sin que fuera en absoluto la culpa de mi antecesor —añadió—, era preciso descubrir algunos pequeños tesoros artísticos que tienen su interés. Por ejemplo, este san Roque —y mostró una imagen oscura, dramática, del santo, a medio andar, en uno de los altares—, que he restaurado y que es una verdadera joya de arte campesino. Debe de ser cosa de finales del siglo XIV.

Los visitantes observaron la imagen.

—¿Ha hecho usted mismo la restauración? —preguntó Ernesto con detenimiento.

Sí... Es decir, restauración... —añadió con sencillez—. Un modesto trabajo de limpieza, de sacarle los colores, de añadir alguna mordedura, siempre que no se notara excesivamente.

—Está prodigiosamente conseguida —añadió Ernesto. —No tiene mérito; es mi única afición, el arte. Considero que ha sido uno de los caminos de mi vocación.

—¿No se notará usted extraño aquí, en este caso? —inquirió don Desiderio mientras subían por la escalerilla al coro—. No tendrá usted apenas contacto con el mundo.

—Esta es una de las razones que me hacen estar más satisfecho de este retiro. Además, la labor entre estas gentes sencillas es para mí más grata y más adecuada que en lugares de mayor compromiso. Dado mi carácter y mis posibilidades, no me hubiera podido desenvolver en una gran parroquia. El señor obispo, en este sentido, ha demostrado una vez más su talento y el conocimiento que tiene de su grey.

—¿Conoce usted personalmente al señor obispo? —preguntó don Desiderio.

—Sí, señor; tuve el honor de ser recibido en audiencia en varias ocasiones. Era amigo de mi padre, que Dios tenga en gloria.

—Perdone —inquirió, intrigado, el señor, Rebull—. ¿Cómo se llama usted, padre?

—Francisco Porta; padre Francisco Porta.

—¿No será usted hijo de don Francisco Porta, el abogado, una gran persona, que fue en vida íntimo nuestro?

—Sí, señor. Mi padre era abogado.

—¡Hombre, por Dios! —exclamó don Desiderio—. ¡Qué gran alegría! No sabía que...

—Al morir mi padre. Claro que mi vocación era ya muy antigua.

—¿Cuántos hermanos son ustedes?

—Siete. Tres mujeres y cuatro varones.

—Debe de ser usted de los mayores.

—El mayor —respondió con presteza el sacerdote—; la pequeña apenas tiene catorce años.

Entraron a ver la Rectoría, que les fue mostrada por el padre Porta con una simplicidad encantadora, exquisita. La visita fue rápida, pues el cura tenía que ir a prepararse para el oficio y atender a los vicarios de los dos pueblos vecinos que habían acudido.

—Recuerdo perfectamente a este muchacho —dijo don Desiderio a doña África—; le recuerdo de cuando iba de calzón corto. Es un gran talento. He leído trabajos suyos en alguna revista de arte. Nadie lo diría, enterrado en este hoyo parroquial, entre campesinos. Y lo más probable —añadió— es que permanezca aquí hasta el fin de sus días, como el anterior. Lo que sentiría es que aquí se malogran su estímulo y su talento.

—Tiene el aspecto de un hombre voluntarioso —dijo doña África—. Me ha producido muy buena impresión.

Después, se sentaron todos en el banco de la familia, en el que don Desiderio, antes de transferir la finca a Mariona, había hecho inscribir a la derecha el apellido: Rius.

XIII

DESPUÉS DEL OFICIO asistieron a la primera distribución del vino, póstumo de don Pascual. Y todos los concurrentes al oficio cataron el poderoso tinto de la Rectoral, legado del buen sacerdote. Los hombres se pasaban las botas unos a otros y a la décima vuelta la nariz se les había hinchado a la mayoría; y los colores les subían a la cara. Mariona se acercó a Joaquín y le preguntó:

—¿Tú no bebes, Joaquín?

—Lo he probado ya.

—¡No sabes beber en bota! —y se echó a reír, mirando a todos.

A Joaquín le exasperaba la tranquilidad de que Mariona hacía gala ante él. Era inexplicable que lograra mentir con tal sangre fría. Deambulaba entre los invitados como cuando soltera y hacía bromas que sofocaban al pretendiente de Mercedes.

Jaime, el tartanero, al beber, y lo hacía más que nadie, se dejaba caer el hilillo de vino por la nariz, por las comisuras de la boca. Joaquín le contemplaba con cierto asco. Mariona, en cambio, no hacía más que reír mirándolo. Ernesto le miraba con semblante displicente.

—¿Te gusta el tinto, muchacho? —le preguntó.

El hombre no atendió a esta cortesía de Ernesto, sino que, esgrimiendo la bota en el aire, dio media pirueta mientras gritaba:

—¡Viva don Pascual!

Y casi a punto de caerse:

—¡Vivan los curas!

Después de la escena del vino en la Plaza, venía lo que se llama «la mañana»; es decir, un concierto en el entoldado. El velamen de lona multicolor se ofrecía tendido al sol, en la era de Palluí, la más capaz del pueblo. Se dirigieron a ella. El entoldado ya estaba lleno de gente. Los payeses paseaban en él con conciencia de estar pisando la plantilla de sus zapatos; los que venían de otros pueblos los habían traído consigo empaquetados hasta la entrada de la iglesia, donde se habían quitado las alpargatas, que habían sido envueltas en el papel.

La orquesta componían la casi en su totalidad instrumentos de viento; la única expresión era un violín —el director— y el contrabajo, apodado el «Berra».

Estruch, el alcalde, que paseaba con la alcaldesa —una rolliza campesina de voluminoso busto, vestida con lustrinas detonantes—, sin duda con intención de amortizar todo lo posible la alfombra floreada, hizo los honores a los recién llegados; frases tartamudeadas, interrumpidas una tras otra antes de que fuera posible adivinar lo que pretendían expresar. Palluí, en cambio, fue a su encuentro desde el palco:

—¡Cuánto señorío, cuánto señorío! —y llegaba desde la entrada del entoldado con la mano extendida, y con un propósito vagamente europeo, él, que había vivido

en Perpiñán en su juventud.

—¿Qué tal, Palluí, cómo estás?

—Muy bien, como siempre. Esperando que la Fiesta Mayor nos pruebe a todos.

—¿Y tu mujer y los chicos?

—Bien. Ellos, *rai*... Mírela.

Y señaló a su cara mitad, sentada en el palco; un abanico monumental le ocultaba parte del rostro.

Era una mujer gruesa, mucho más joven que él, a la que todo le reía, hasta las carnes del codo y el evidente escote fresco.

—Siempre tan guapa tu mujer; los años no pasan para ella —observó el señor Rebull para halagarle.

—Y dígamelo a mí; trabajo tengo para espantarle las moscas. Don Desiderio no pudo por menos que sonreír ante la brutalidad expresiva del payés.

Palluí dio la mano a todos. Joaquín sintió la mano áspera, manchada de vino, apretar fuerte en la suya. Le dejó un contacto húmedo. Disimuladamente, se metió la mano en el bolsillo del pantalón y se secó con el pañuelo.

Ante doña África Costa, Palluí quedó un poco turbado. No sabía si la cintita que llevaba en el cuello le obligaba a preguntarle por su salud, y si quería que le preparara algo, o no; se olvidó de darle la mano.

Ernesto le sonreía y le tendió la suya.

—¿Es el novio de la señorita? —preguntó el Palluí al grupo y refiriéndose a Mercedes.

Respondieron que no, todos, menos Federico Costa, que solo con oír aquello dicho de aquel modo, y la incertidumbre de verse aludido después de igual forma, mostraba un sofocón regular; parecía que iban a encendérsele hasta las gafas.

—El señor —dijo don Desiderio, aclarando la pregunta de Palluí— es un amigo nuestro que ha venido a pasar con nosotros la Fiesta Mayor. Es un huésped de honor; ya le podéis tratar bien. Es diputado.

—¿Ah, es diputado? —expresaba Palluí, observándole con ojos de malicia—. ¡Las martingalas que debe de saber!... —añadía, guiñando el ojo.

Ernesto miró a Mariona, a la que tenía delante, y sonrieron.

Fueron a ocupar su palco, palco presidencial; el concierto iba a empezar. Ebullición de jóvenes en masa, a los que el cuello de la camisa, como el aro de una horca, obligaba a sacar un poco la lengua; efervescencia de muchachas a las que los payeses daban, de vez en cuando, un manotazo en la espalda o en el muslo, obsequio recibido por ellas con coquetería expresada con dientes irregulares, o dando un chillido, e intentaban perseguirles con el abanico en el aire; todo para acabar contentándose con un ¡animal! cargado de dulzura.

Al sentarse, las damas se levantaban la falda y exhibían unos floreados refajos tan importantes, pues, como la cobertura exterior.

Palco presidencial, el de los Rebull, era el contiguo a la orquesta, lo que impedía

a todos y cada uno de sus ocupantes percibir otro ruido que el del instrumento adyacente, que cobraba para el interesado un aire modesto de música de propiedad. A Ernesto le había correspondido un clarinete; imponiéndose sobre el conjunto, el clarinete entraba con furor intermitente y agudo a incorporarse en el momento menos esperado a la presentida armonía conjunta; el «sostenido» se componía de puros espasmos bucales, de vez en cuando degenerados en floreo sutil que cosquilleaba el oído derecho de Ernesto, pues el izquierdo no entendía más que el mugido lejano y vago del entoldado entero, ajeno a la música. A Joaquín le tocó la vecindad de algo todavía peor: una trompa. El oído derecho de Joaquín no percibía siquiera el ruido de la trompa, todavía más inesperado e intermitente que el del clarinete; sus relaciones auditivas con la trompa eran nulas, y en cambio su cabeza tenía la sensación feroz de ser a rachas víctima de un ciclón espantoso. Ladeaba la cabeza cuanto podía con objeto de eludir tamañas masas compactas de aire sonoro. Don Desiderio fue más afortunado, pues le correspondió la vecindad de una flautita, de una flauta diminuta y bullanguera que casi siempre actuaba y que le convertía en auditor privado de un concierto de flauta con exclusividad. Las mujeres, en la otra parte del palco, no podían aguantar la risa. Federico Costa estaba también en el lado del palco opuesto a la orquesta; manteníase muy serio, por considerar que, invitado, y más en casa de Mercedes, no tenía razón alguna para imaginar que no se tratara de un concierto de verdad.

De vez en cuando, Joaquín Rius volvía la vista hacia su mujer, completamente ajena a él, ajena a todo, al parecer perdida en sus pensamientos. Y, mirándola a ella, observaba, o mejor, se imaginaba ver de reajo a Ernesto Villar, con su sonrisa peculiar, el mechón caído, la mano apoyada ligeramente sobre la barbilla.

Cuando amenguaba el rigor de los vendavales acústicos, don Desiderio intentaba hacer precipitadamente alguna observación con objeto de que sus palabras salieran indemnes al pisotón de la música. Señalaba a sus invitados algunos de los payeses que charlaban, reían y bebían en el entoldado completamente ajenos a la música; los chiquillos se perseguían, se peleaban sobre la alfombra, se daban unos a otros golpes con pelotas que pendían de un hilillo elástico y que rebotaban con fuerza, imprevistamente, en la cabeza de alguna pacífica payesa, la cual increpaba en el acto no al chiquillo, sino a la madre del presunto autor de la fechoría. Don Desiderio gozaba a la vista del curioso espectáculo, evocador de años muertos, de otras tantas jornadas transcurridas, semejantes a aquella.

Se dirigía a Ernesto:

—No se podía dar idea usted...

—¿Qué dice?

—Que no se podía usted dar idea...

—No le entiendo.

Y cuando, más fuerte, lo repetía por tercera vez, la ventolera se apaciguaba en un santiamén y pillaba a don Desiderio desgañitándose en medio del tumultuoso

silencio. Todos prorrumpían en risas.

Joaquín Rius sacó su reloj del bolsillo.

—¿Tienes prisa? —inquirió Mariona, rápida.

Joaquín la miró. La miró fija, fríamente. Ella sostuvo su mirada. Ernesto volvió levemente la cabeza y los miró a los dos; Joaquín se sintió un momento precipitado al odio, odio contra los dos seres que le espiaban, que le acorralaban. De los cuales se sentía distinto; o mejor, que notaba que ellos se sentían en común distintos a él. Se levantó y abandonó el palco, el entoldado.

Fuera del entoldado brillaba un sol cegador, que escamoteaba a la planicie todo su sentido, borraba las incidencias del paisaje, uniformándole en el ardor del mediodía. Jaime, el tartanero, medio borracho, asía por una muñeca a la mujer de Palluí, que, al ver a Joaquín, consiguió distanciarse, entrando de nuevo apresurada en el entoldado.

Joaquín no resistía la explosión de la luz y quedó en la entrada, mezclado a un grupo de payeses; no podía soportar el calor; los payeses permanecían en el pasillo para captar plena la corriente de aire. Desde allí avizó a Mariona y a Ernesto; le produjeron la impresión de seres extraños; y no solo ellos dos, sino el palco entero, don Desiderio, doña África... Joaquín creía adivinar que a medida que su mujer y su amigo recobraban la noción de su ausencia, sus rostros ganaban seguridad; sus ademanes, los más mínimos, desenvoltura. Mariona, una vez, y luego otra, volvió el rostro abiertamente hacia Ernesto. Este, la segunda vez, permaneció bruscamente, sin recato, enfrentado a ella. Las dos miradas chocaron, se poseyeron, permanecieron una en la otra un instante; se entrelazaron, ardientes, ebrias, sin tino. Cuando consiguió evadir los suyos de los ojos que la subyugaban, los ademanes de Mañana eran incoherentes, raros. Su extraña risa se diluía en el fragor de la música. En su escondrijo, sentía Joaquín alterado su pulso por un temblor de ira y de despecho que le hacía apretar las quijadas; irritación y miedo mezclado, porque Ernesto era un vil y Mariona una cualquiera.

Al intentar abrirse camino por el pasadizo, Jaime, el tartanero, le empujó con una lentitud ciega, de borracho. Joaquín le asió un momento por las solapas de su traje inverosímil; el tartanero le miró sonriendo estúpidamente. Le dijo: «¡Suelte!» Joaquín soltó como un autómeta.

Se adelantó; deseaba estar solo; marchó a pie a casa, sin aguardar al término del concierto. Bernardo extrañó que llegara solo, pero nada dijo. De la cocina, de la gran cocina, se escapaba el tufo grasiento de los pavos y un chisporrotear de leña. Paseando por el patio, de uno a otro extremo, pensaba que era preciso acabar con aquello hoy mismo y allí: con la traición de su mujer, con la traición de su amigo. Les odiaba hasta la muerte.

Al cabo de largo rato llegaron todos. Apeáronse de la tartana, primero don Desiderio, que ayudó a bajar a doña África, y luego los restantes. Joaquín salió a su encuentro. Don Desiderio se dirigió a él, extrañadísimo:

—¿Qué te ha sucedido?

Joaquín insinuó un vago ademán; pero comprendiendo que debía decir algo, arguyó sin ánimo que se había sentido mareado. Ernesto y Mariona estaban allí, frente a él. Los desafiaba ahora con una mirada franca, hostil.

—Estás desencajado; debió de ser el sol —supuso Ernesto. Mariona añadió:

—La música era como para marear a cualquiera. La cuestión era tomársela a broma.

Sorbieron un aperitivo en la rotonda, al que Joaquín no asistió. Fue a tenderse en la cama hasta la hora de comer.

La comida fue opulenta, grasienta, rociada con vinos calientes de las viñas propias. Tanto Ernesto como Mariona notaron que Rius había recobrado la serenidad. Hablaba con todos con una naturalidad perfecta, de negociante. Se charló de música al comentar en broma el concierto de la mañana.

—Wagner me hastía —afirmaba Ernesto—. No comprendo por qué a un espectáculo tan grato como puede ser la ópera quieren convertirlo en un funeral pesado y trascendental. Para mí, no hay como la ópera italiana.

—No estamos de acuerdo —prorrumpió Joaquín con calma—. No es que la ópera italiana me disguste; pero ello no me impide considerar a Wagner formidable.

—¿Eres wagneriano? —preguntó Ernesto.

Joaquín creyó que el «eres wagneriano» de Ernesto quería significar: «Mariona, presta atención: tienes un marido wagneriano».

—Claro que soy wagneriano. Creo que Wagner es el genio más grande de la época.

—Wagner —opinó Mariona, no sin cierto retintín— va muy bien para los que son como tú, que nunca miráis al escenario, sino al público; a mí me gusta que pasen muchas cosas en la escena: desafíos, asesinatos, robos...

—Y el dúo del segundo acto... —concluyó don Desiderio, riendo—. Cuando la dama se desmaya sin dejar de cantar.

—Lo que me causa espanto en las obras de Wagner —continuó Ernesto— es el momento en que la diva se sienta. Mientras está de pie, se puede aceptar.

—La ópera italiana, cuando se ha escuchado a Wagner, parece una pantomima de circo —objetó Joaquín.

—¿Y por qué no lo ha de ser? La ópera tiene que parecerse más a un circo que a un funeral. Lo único que acepto de Wagner son «Los Maestros cantores».

—Es justamente lo menos wagneriano de Wagner. El «Parsifal», en cambio, no hay duda que llena.

—Sí; como este pavo Mariona miró a todos con seriedad para echarse a reír luego sin recato.

—No creo que haya lugar a dudas de que la música de Wagner es más consistente que la de los músicos italianos, Mariona —protestó Joaquín.

—Qué duda cabe —afirmó Ernesto—. Pero es justamente su consistencia la que me fatiga en un teatro. En una sala de conciertos sería distinto.

—Este año habrá muy buena temporada en el Liceo —informó don Desiderio—. Viene la Vallini, la célebre italiana; cantará en noviembre.

—El año pasado hasta dejaron de saludarse amigos íntimos a propósito de wagnerianos y antiwagnerianos. ¡Qué furor les ha entrado a la gente! —terció doña África.

—Son cosas de los tiempos —confirmó don Desiderio—. Recuerdo que en mi tiempo esto pasaba con los predicadores.

Al levantarse de la mesa, Mariona sugirió que aquel sería el momento en que Ernesto podría probar a *Revérter*.

—¿Estás loca? —protestó Joaquín, contrariado, pues tenía olvidada la conversación de la mañana—. ¡Después de comer!

—Todos los días monto después de comer. Es la hora en que más me apetece.

Ya en el patio, Ernesto, que había hecho sacar a *Revérter* de la cuadra, le colocó la montura; era una montura vieja, que fueron a buscar al desván, donde Mariona recordaba haberla visto, olvidada; Ernesto lo montó de un salto. El animal se revolvió, dando vueltas y bufidos; encabritándose. Pero en cuanto Ernesto recogió riendas, salió disparado por el camino. Al cabo de unos segundos no se distinguía más que una polvareda a contraluz, lejana. La mirada de Mariona seguía con expectación el galope del caballo, su vista fija en la polvareda, el seno palpitante. No atendía a los comentarios.

Jinete y caballo volvieron a aparecer por el camino y Ernesto descabalgó.

Las mujeres y don Desiderio se retiraron a las habitaciones a descansar un poco.

Joaquín se dirigió al jardín.

Al cabo de un rato, Ernesto fue a su encuentro. Todavía jadeaba.

—Si yo estuviera en tu lugar —empezó diciéndole—, me parece que no me movería nunca de aquí.

—Tú podrías hacerlo —respondió Joaquín. Y pensaba: pero a ti no te sería necesario.

Una sirvienta pasaba por la rotonda; Rius la llamó e hizo que le sirvieran café, de nuevo, en el palacete.

—¿Cómo van los negocios?

—No van mal.

—Pareces preocupado.

—¿Preocupado yo? —contestó con prontitud, con falsa sonrisa.

Se sentaron en los bancos de piedra.

—Siempre tuviste ese aire. Desde que ibas al colegio. Creo que para ti —proseguía Ernesto, medio en broma— el único problema es el de despreocuparte. Y el mío es a la inversa.

Joaquín estaba indeciso, inseguro de sí.

—Nuestros problemas han sido siempre diferentes —pronunció con cierta amargura.

—La vida da a cada cual las armas con las que ha de vencer —afirmó Villar—. A mí me dio la despreocupación, que no me gusta. A ti, la preocupación excesiva. Si pudiera haber un término medio...

—¿Crees que es posible?

—Supongo. Todo es posible en esta vida.

Hubo un silencio.

—Quiero saber una cosa, Ernesto —dijo Joaquín, súbitamente serio, activo—. Quiero saber lo que sucedió entre Mariona y tú antes de que nos casáramos.

Ernesto quedó estupefacto de la rapidez, de lo extemporáneo de la cuestión. Inició su sonrisa, que tardó unos instantes en cuajar. Después, la sonrisa, de súbito, desapareció.

—¡Diablo de Rius! —exclamó al fin—. ¿A santo de qué me preguntas esto?

Ernesto se dio cuenta de que a Joaquín le temblaba con ligerísimo temblor el puño derecho.

—Te pido ese favor. Te lo pido en serio. No me preguntes, te lo ruego; contéstame.

A Ernesto le daba vueltas la cabeza.

—Joaquín —le dijo—. ¿Te das cuenta? Mariona es tu mujer.

—Me doy cuenta. El que no se da cuenta eres tú.

—Estás divagando —díjole Ernesto, mirándole fijamente. El rostro de Joaquín era una pura crispación.

—¿Divagando? —y se notaba alterado; su sonrisa era falsa, enferma.

Ernesto pudo conservar su sangre fría.

—Rius, por Dios, date cuenta...

—No... Contéstame.

Ernesto se había puesto de pie y Joaquín le imitó.

El primero sonreía.

—Es curioso. ¿Es que Mariona no te lo ha contado?

Joaquín Rius se desconcertó unos instantes. Después, enfrentándose con Ernesto, acercando su rostro a él, crispados los puños, que Ernesto no dejaba de mirar de vez en cuando, dijo:

—Estás en mi casa, gozando de mi hospitalidad. Contéstame.

—Basta —dijo Ernesto fuera de sí—. Arreglemos esto como quieras.

—Solo hay una manera de arreglarlo —cortó, rápido, Joaquín. Y añadió:

—Vete.

—Bien —expresó Ernesto con gran sangre fría—. Pero no me iré solo.

Joaquín había retrocedido unos pasos hasta dar con el brocal del pozo, en el que se apoyaba de espaldas, con la mano derecha.

—Si pudiera matarte, lo haría —dijo.

Ernesto le miraba con gran desprecio.

—La fábrica te lo impide.

En aquel momento se acercaba la sirvienta por el camino. Permanecieron así largo rato; la tarde empezaba a exasperarse de luces. En la lejanía sonaban los petardos de la Fiesta Mayor.

Antes de que la sirvienta se marchara, Joaquín le ordenó:

—Llame a la señorita.

Los dos hombres quedaron largo rato enfrentados en la misma postura. Se entendían las dos respiraciones, con algo de bestial, al acecho.

—Tus celos te han perdido —murmuró Ernesto.

El otro no contestó.

Mariona llegó intranquila, pero sin precipitarse. Desde lejos los vio, uno frente a otro, escalofriantes. Llegó, pero ninguno de los dos se movió un paso.

Joaquín, sin mirarla, le dijo:

—Mariona. He dicho a Ernesto que se vaya.

Mariona intentó que su voz no tradujera la emoción que la conmovía.

—¿Por qué?

—¿Lo ignoras?

—Sí —respondió Mariona, pero su respiración la traicionaba. Joaquín la miró cara a cara.

Mariona se apretaba las manos y se revolvía levemente de un lado a otro en una pugna.

—Oh, no me vengas con cosas, Joaquín...

Joaquín sintió el perfume de laurel de la plazoleta removido por un arañazo de aire. Pero necesitaba aclarar aquello, arrastrarlo todo hasta el final.

—¿Cosas? —e intentaba reír.

Su boca quedaba semiabierta; en una palabra, que era apenas, al salir, poco más que un sollozo.

—Idos.

Ellos dos se miraron.

Mariona jadeaba, irremediablemente. Pero de aquello logró salir una risa.

—Joaquín, Joaquín, vamos a ver...

Luego se pasaba la mano, la mano fina y delicada, que temblaba, por la frente:

—Vamos a ver —repetía.

Ernesto habló, al fin, recuperado su aire.

—Pretende..., qué sé yo...

—¿Qué dices? —clamó, Joaquín—. ¿Qué pretendo..., qué pretendo, qué?

Mariona se aproximó más a Joaquín. Se acercó a él. Muy cerca le rogó.

—Siéntate, Joaquín. Estás alterado.

Pero este rechazó la mano que se había posado sobre su antebrazo.

Ernesto y Mariona volvieron a mirarse:

—Vamos a ver..., Joaquín —le dijo Mariona de nuevo—. Di; cuenta...

Joaquín, en efecto, se había sentado y hacía esfuerzos sobrehumanos porque

aquello no resultara detonante por ser fiel a la realidad.

—Es curioso, es curioso —decía, intentando sonreír, hablando con una calma absoluta— que me preguntéis ahora vosotros a mí. Es curioso que hayáis conseguido que sea yo el que tenga que daros la explicación —y apoyó los codos sobre sus rodillas, como si intentara olvidar a los otros dos, refugiarse en sí mismo, hacerse a sí mismo la confidencia, convencido de su razón. Añadió—: Ya me lo figuraba.

—Joaquín —dijo Mariona con gran dignidad—. Exijo que me digas ahora mismo qué es lo que has creído. Que me lo digas delante de Ernesto, a quien acabas de ofender.

Rius se levantó de nuevo:

—Delante de Ernesto no tengo que decir una palabra más. Ernesto había recobrado enteramente su serenidad. Dirigiéndose a Mariona, exclamó, con cierto aire de chanza:

—Me lo ha dicho todo. Me ha dicho que, si pudiera, me mataría.

Mariona se echó a reír con risa crispada.

—Esto te da idea de cómo eres —manifestó a Joaquín. Y luego, como para sí misma—: Nunca me hubiera imaginado que fueras capaz de decir una cosa así.

Ernesto hizo ademán de marcharse.

—No te vayas, Ernesto. No hagas caso de esas tonterías.

Joaquín levantó la mirada y contempló a Mariona. Parecía olvidar que había sido llamada, requerida para dar una explicación, para decidir de una vez las cosas.

—Me ha preguntado —dijo Ernesto— qué es lo que sucedió entre tú y yo antes de casaros.

—Ahora que lo sabes —expresó Joaquín—, ahora te ruego que me lo digas tú.

—Pero eso es estúpido, Joaquín. Es una canallada. ¿Es que no soy tu mujer?

Entre los tres pasaba algo raro, algo indescriptible. Tenían la sensación de haberse enfrascado voluntariamente en una absurda pesadilla, de la que era imposible salir, a pesar de conservar la plena conciencia de sí mismos.

—¿Necesitas saber todas las cosas, Joaquín? ¿Por qué no me lo preguntaste antes de casarnos? ¿O por qué no se lo preguntaste a Ernesto mismo, entonces?

Hizo una pausa. Mariona respiró hondo. Luego añadió: —Ahora ya es tarde.

—No lo pregunté entonces porque entonces no tenía derecho a preguntarlo. Ahora lo tengo.

—Te lo diré —dijo Mariona enfurecida, firmemente—: pasó que amé a Ernesto con todas las fuerzas de mi alma.

Ernesto sintió que su frente se erguía, formidablemente aclarada, ennoblecida.

—Mariona —le dijo, le brotó del pecho—. Le he dicho a tu marido que me iría, pero que no me iría solo. Vente conmigo.

—Idos —repitió Joaquín.

Mariona se sentía poseída de una brava energía; parecía que de pronto las cosas hubieran revertido a su cauce.

Pero se sentía fatigada de tenerlo que decir.

—¿Todavía no me has comprendido, Joaquín? ¿Todavía no has comprendido que me casé contigo justamente para que me arrancaras a Ernesto, para que me dieras una felicidad segura, distinta, y no para que me lanzaras a él?

—No, no lo he comprendido —proclamaba Joaquín con tesón hasta en los ojos—. ¿Cómo puede comprender eso un hombre? ¿Cómo, cómo?...

—No te debías haber casado con él, Mariona —afirmó Ernesto—. Era imposible.

—Pero nos hubiéramos entendido —clamó Mariona, con una gran tristeza—. Contigo, sin embargo, solo nos hubiéramos amado dos, tres meses, un año. Pero nada más.

—¿Y crees que no valía la pena mi felicidad de tres meses, de un año? ¿Que no valía más que los dos años de felicidad triste que te ha dado él? ¿Es que os habéis entendido?

—Nos hemos entendido en una cosa —profirió Joaquín, desafiándole—. En la necesidad de vivir juntos y en que, si no nos entendíamos, lo supiéramos callar a todos. Eso es lo único de que me arrepiento hoy. Perdóname, Mariona.

Ernesto se dirigió a Joaquín con supremo odio:

—Me has hablado como si quisiera robarte a tu mujer. No sabes, bendito, que soy yo quien debiera hablarte así, porque eres tú el forastero.

Mariona cortó rápida:

—Pero es mi marido.

—Te he hablado como te mereces —afirmó Joaquín—. Una tarde me pediste que viniera en tu ayuda porque habías hecho daño a Mariona. ¿No te basta con aquella vez?

—Tú me dijiste que la amarías como un obrero de tu fábrica. No hay duda de que, por lo menos esta tarde, la has amado así —expresó Ernesto.

Mariona estaba horrorizada, asustada. Miró a Joaquín, el mentón caído, la mano ásperamente asida al banco. Y a Ernesto, el ceño alto, pero en la comisura de los labios el esbozo de una mueca de ira fría y meditada. Mariona dijo:

—Ernesto...

—No necesitas decírmelo, Mariona. No soy de los que preguntan las cosas —repuso.

Cogió la mano de Mariona y la besó.

—Te adoro —le dijo.

Luego se marchó por el camino.

Largo rato estuvieron todavía allí los dos, tal como Ernesto los dejó. Al cabo, Mariona, que no conseguía salir de su pavor, imploró:

—Joaquín, déjame sola.

Notó que Joaquín tardaba en reaccionar, también perdido en sus pensamientos, en

la fatiga promovida por la violencia de su ánimo. Al fin, se marchó.

Quedó sola, en la plazoleta. Las sombras de los árboles eran un lengüetazo oblicuo, moribundo, sobre la tapia. La polea del pozo recibía el postrer destello de sol, que la hacía reverberar inútilmente. Mariona se llevó ambas manos a la frente y se hundió en ellas despavorida.

Sí; el pecho le palpitaba; sentía el corazón picar como un puño en una campana, con furor lento y solemne, profundo; todo su ser percutía a ese clamor lento y brutal del corazón; como una campana, sí; como una campana de bronce, el presagio de la tempestad y de la gloria.

Dos hombres enfrentados, desnudos de toda hipocresía, batallando feroz, dramáticamente por ella. Y todo había sucedido sin querer, porque todo estaba latente en el aire. ¡Qué distintos eran los tres, se sentían los tres, de aquella mañana, de dos horas antes!

«No tenías que haberte casado con él. Era imposible».

Contempló la campiña lejana. A lo lejos, diminuto, como un bajel inútil, con todos sus gallardetes al aire, el entoldado. No recordaba a Joaquín. No lo recordaba en absoluto. No podía siquiera reconstruir la imagen de su rostro. Se esforzaba por resucitar el recuerdo de su fisonomía, por captarle y asir, tal vez, un rasgo delicado, cualquier cosa que le permitiera todavía decir: «Es mi marido», como media hora antes. Había desaparecido todo. No existía.

«¿Y crees que no valía la pena mi felicidad de tres meses, de un año? ¿Que no valía más que los dos años de felicidad triste que te ha dado él? ¿Es que os habéis entendido?».

Minuto tras otro, a idénticos impulsos que su corazón, el eco de estas palabras se multiplicaba; renacían atropelladas unas contra otras, convertidas en clamor. Ya la tarde era una burbuja declinante en su contorno; el sol se hundía en el ocaso. La sobresaltaba el vuelo de un pájaro o el moverse de la fronda, allí cercana. Y hundió de nuevo su rostro en las manos para escaparse de sí, de la voz insistente, de aquel clamor. ¡Qué dolor, Dios mío, qué dolor le producía amar a Ernesto!

Arriba estaba su hijo. Y ella amaba a otro; no había dejado de amarle jamás. ¡Oh, Dios Santo!, sollozaba.

Abrió lentamente los ojos; vio ante sí a un hombre; las alpargatas, las calzas lustrosas. Se sobresaltó; ahogó un pequeño grito. —Él dice que está en la mina —pronunció.

Era Jaime, el hijo de los colonos.

Mariona no entendía, no acertaba.

—Aquel señor me ha dicho que está en la mina y que vaya —repitió sin moverse.

Mariona volvió a la realidad.

El de Jaime era un rostro áspero, de payés; los ojos hundidos, los pómulos salientes, la voz dura, obligada a salir a través de unos labios que no se abrían...

Acertó a buscar una moneda de plata. Pero no; si la daba, se perdía, estaba

perdida para siempre.

Jaime se marchó.

Permaneció sentada largo rato. No pensaba nada, no escuchaba. Recordaba esbozos de escenas de su niñez, pero sin poner en ello la voluntad de recordar. De pronto, el corazón volvió a resonar fuerte en su pecho; la devolvió a la realidad con mayor dureza y la obligó a incorporarse.

No iría más que hasta las encinas para verle de lejos.

Pero tienes un hijo, un hijo —y se adentraba en el camino, lentamente.

Puedo hacer esto y, no obstante, no pecar, porque él está en peligro, en peligro de muerte. Joaquín le matará —añadía en su soliloquio.

«*Esta es la bajada rápida*», pensaba.

En peligro de muerte. Tengo que conseguir que huya, que se vaya. Tengo que cumplir con mi deber.

La fronda se removía sobre su cabeza, ya completamente emancipada de la luz del sol; el camino se tornaba como más estrecho y umbroso.

«*Este es el camino de las arañas*», y el recuerdo de Joaquín la atormentaba. Pero no su figura. No la recordaba, había desaparecido. No debo ir más que hasta las encinas; y si está, llamarle desde lejos y venir hacia aquí —y apresuraba un poco su paso. «*Este es el camino de la serpiente*».

Cualquier rumor la sobresaltaba, pero se sentía henchida por el aire que desvelaba el rumor.

Y si no, ir hacia el entoldado, para que se despida de papá. Es necesario que Joaquín lo vuelva a ver en seguida. Que se reconcilien. Recordaba su mechón caído, su frente ennoblecida por la sensación de ser mejor.

«*Y este, este no tiene nombre...*».

«*No tiene nombre...*», repetía una voz en su interior, al cruzarlo. «*¿Por qué?*».

«*Bah... Ya pasarán cosas...*».

El corazón ya no podía más.

«*No tiene nombre...*».

Se echó a correr. Abrió la portezuela y salió al campo.

XIV

LA NOCHE CAÍA PLÁCIDAMENTE sobre el campo. Se recostaba en la panza del entoldado, que quedaba envuelto en el reflejo indeciso del atardecer, presagio de la tiniebla. El aire era templado; los primeros murciélagos dibujaban sus arabescos sobre las eras desiertas. El entoldado bullía en su apogeo. Las polcas, propicias al floreo de los clarinetes, de los «sostenidos» de flauta, acentuaban el frenesí de los grandes pies de los payeses, incómodos en los zapatos. Las suaves «americanas», los danzones de ultramar, de un ultramar por todos desconocido, eran caricias en los oídos de las payesas, habituadas al grito y al denuesto, a la blasfemia y al eructo de los maridos. Los rostros de los hombres eran de una virulencia sanguínea y atolondrada, efecto de la digestión y de la danza. Don Desiderio estaba muy intranquilo; su inquietud había crecido hasta el punto de haber dejado solos con Mercedes, en el palco, a doña África Costa y a su hijo Federico. Salió un momento al exterior.

No era posible que les hubiera sucedido nada malo. Extrañole el nerviosismo de Joaquín cuando al preguntarle él por Mariona y el invitado, contestó:

—Ernesto ha recibido un recado urgente, algo de política.

—¿De política? —preguntó, extrañado, don Desiderio. No era época de política; las Cortes estaban cerradas, y los ministros y los jefes de los partidos, veraneando.

—Se ha tenido que marchar —aclaró Joaquín.

—¿Y Mariona?

—Supongo que habrá ido a acompañarle.

Pero era casi de noche, y ni Joaquín, que, de vez en vez más impaciente, había ido a ver si los encontraba, ni Mariona, ni Ernesto Villar aparecían por ningún lado.

El camino de la rambla, el de «Las Casetas», que conducen a casa, las cercanías de la alameda, todo solitario. Oscurecía. No se distinguían ya las figuras; solo sombras que, al cabo, no eran nunca las de los tres.

Al fin, llegó Joaquín:

—Nada.

—¿Le habrá ocurrido algo?

—No.

—¿Y en casa?

—No saben nada.

Acababa de producirse un barullo en la era pequeña de Palluí, cercana a la carretera, a unos cincuenta pasos. Un altercado, sin duda. Gritar de mujeres y el amasijo de dos sombras que caían al suelo violentamente se separaban, se volvían a levantar. Joaquín corrió hacia allá. Del entoldado salían las gentes apresuradas, avisadas por alguien. Joaquín consiguió llegar antes que nadie y separarlos. Palluí había caído al suelo. A unos pasos de él, Jaime, hoscamente. Con celeridad, Joaquín

consiguió asir la mano del tartanero y, con movimiento brusco, hacerle soltar lo que escondía. Cayó sobre la losa de la era el reflejo reluciente y metálico de una navaja, como una lengua de plata yugulada antes de pinchar. Una muchedumbre se había apiñado, gritando en torno a los dos hombres, que jadeaban. Palluí, a duras penas:

—Mátame, cobarde —dijo.

Jaime le miraba; las cuencas de sus ojos eran tenebrosas. Realmente causaba pavor.

Los separaron y les hicieron marchar por distintos caminos.

La gente, curiosa, se fue agrupando en torno al cuchillo, que quedó allí, reluciendo al reflejo de la luna. Pronto volvieron a estallar las risas.

Los curiosos habían desfilado. Joaquín irguió la cabeza. Estaban allí. Bajo el reflejo anfibio de la luna y de la última claridad mortecina del crepúsculo, su mirada descubrió a Mariona; su mujer le miraba a su vez y luego volvía a bajar los ojos, absorta en el brillo caliente del arma olvidada.

—¿Dónde has estado?

La voz de Joaquín, tan cargada de íntima alegría, pero al mismo tiempo con tal resabio de angustia, abrió el camino a Mariona para responder:

—Ya te contaré. Vamos dentro.

—¿Dónde has estado, dime? —inquirió nuevamente.

—Con Ernesto —repuso ella sin pestañear

—¿Con Ernesto?

Joaquín nublaba su pregunta con una irreflexiva sonrisa de estupor.

—No podía dejar que se marchara de aquella manera, Joaquín... Entremos dentro. Tengo un poco de frío.

Don Desiderio se precipitó a ellos.

—Mariona, por Dios —y la abrazó—. ¿Por qué no has dicho adónde ibas? ¡Si supieras, qué angustia!

—He ido a acompañar a Ernesto a la estación. Dejé el recado para que os lo dijeran.

Ante su padre la mentira era más dura; la sombra de una nube transitaba por el ánimo inquieto de Mariona.

—Vamos dentro —terció Joaquín duramente.

Aclaró ante los invitados que Ernesto había tenido que marcharse precipitadamente, sin despedirse.

—¿Pero, por qué razón?

—No sé. Él dijo vaguedades.

Mariona miró fijamente a Joaquín.

—Política —aclaró este.

—¿Política? —inquiría, extrañado, don Desiderio.

Mariona se sentó junto a Joaquín; procuró que su silla estuviera muy próxima a la de su marido. A poco dejó caer su mano y rozó con ella la de Joaquín, que se retiró

temerosa. Los fiscornos, los trombones, el violín, las flautas se desgañitaban allí, al borde. Lo fundamental era la proximidad de las dos manos, proximidad cuya sensación percibía Joaquín dudando entre rehusar o aproximarse. Al fin, la voz de Mariona:

—Esto, Joaquín, lo habrá aclarado todo.

La inflexión había sido cariñosa. Joaquín miró a su mujer.

—Quiero saber —preguntó igualmente con un susurro— si lo de esta tarde quieres que sea el principio de mi vida para ti. Ella, sin volverse:

—Sí —afirmó, indecisa aún, inquieta.

Las dos manos se juntaron.

Joaquín dirigió su mirada, con lentitud, a la pista. Mariona le observó; en los ojos del hombre apuntaban las lágrimas.

—Perdóname, Mariona. Estoy conmovido —dijo él sin mirar—. ¡Te quiero tanto! ¡He temido tanto por ti y por nosotros! —y una mano apretaba la de su mujer.

Mariona temió que los demás notaran la conmoción de su marido.

—¿Quieres que bailemos este vals?

Se levantaron. Los payeses se apresuraban a dejarles paso. El vals se iniciaba brutalmente; era una constelación de estrellas que giraban veloces, impelidas por el remolino de un aire audaz, en el que se mecieran. La ancha mano de Joaquín se posó en la cintura de Mariona. Esta apoyó levemente la suya, blanca y temblorosa, en el antebrazo de Joaquín. A un impulso, a un solo impulso, todo empezó a dar vueltas a su alrededor: lámparas, palcos, músicos, payeses: ¡el mundo! Sentíanse lanzados a la vorágine con inagotable energía en virtud de alguna ley estelar maravillosa. A cada vuelta, Mariona intentaba asir con la mirada la figura de su padre; don Desiderio sonreía feliz, orgulloso. Sí, es feliz —advirtió para sí Mariona al comprobarlo—. ¿Y su marido? Le miraba, pugnando por hacer la misma comprobación, elevada con él al vértigo del vals. Su marido bailaba bien. Duramente, seguro de sí, tal vez excesivamente envarado, prominente. Quería a todo trance comprobar que su marido era también feliz. Intentaba penetrar en la expresión de su rostro; pero él lo erguía; la frente alta, los ojos ocultos en la altura..., la conducía a bogar con exaltación en el río revuelto de la danza. ¿Y mi marido es feliz? Ella necesitaba cerciorarse de que su marido se sentía feliz.

—Joaquín —llamole.

Bajó entonces la mirada, dejó caer la frente.

Mariona era consciente de su villanía; pero lo hizo a sabiendas.

—¿Me quieres? —le preguntó.

Joaquín no contestó más que con una leve sonrisa, colmada de ternura.

—¿Eres feliz?

Él respondió:

—Sí.

Todo daba vueltas, implacablemente. Mariona había aprendido a mentir. Danzaba

ahora con los ojos cerrados. Se sentía avergonzada, envilecida; sentía la tortura del gozo reciente. «Esto te salva —pensaba—. Son felices».

Acabó el vals; todo seguía dando vueltas. Se dirigieron al palco. Mariona se sentía inexplicablemente deslumbrada; como una mancha alargada de luz solar, algo parecía que pusiera una venda ante sus ojos, algo que no sabía de dónde provenía; al fin adquirió una forma, se fue convirtiendo en el cuchillo reluciente que había visto yaciendo poco ha en la era, reverberando a la primera claridad de la luna. Sintió su araño, el dolor de esa imagen. Atormentábala el dolor, la vergüenza que la hacía temblar al regreso de la mina —apresurada, los cabellos en desorden cuando corrió hacia su casa para arreglarse un poco. La voz de la bruja granadina: *Veo correr la sangre como un torrente largo, y el tronco que quema, y el ruido que hace sobre la ceniza...*

En casa había pensado: «Tienes un hijo».

Huyó, porque no se hubiera atrevido a verle.

Joaquín charlaba por los codos, con exaltación desconocida; narraba nimiedades a doña África; hablaba de la fábrica, de su mujer, de su padre cuando estuvo en América. Preguntaba a Federico detalles de la marcha de la joyería; dábale consejos, algunos incluso un tanto atrevidos, que hacían sonrojar al muchacho. Cogía por el brazo a don Desiderio solo para hacerle reparar en cualquier detalle de la sala. Su exaltación no tenía límites.

Llegó la hora de rifar la «toia», el ramo, monumental; al iniciarse el alza, escucharon atónitos cómo, inmediatamente al aviso que declaraba abierta la opción, Joaquín, puesto de pie con un brinco en su palco, clamó rotundamente:

—Mil pesetas.

Sucedieron unos instantes de estupor; transcurridos los cuales, .Estruch, el alcalde, se apresuró a dar tres golpes con la maza: —A las tres.

Joaquín se presentó en el palco llevando en andas a una apetitosa odalisca de yeso pintado; del cráneo hueco de la odalisca surgía un voluminoso ramo de flores; con ademán infantil, Joaquín hizo entrega solemne a su mujer del símbolo de la Fiesta Mayor, de la fiesta mayor de su alma.

A las cuatro, antes de abandonar Santa María, había entrado un instante en el cuarto de su mujer. A pesar de no haberse acostado, no tenía sueño; se sentía aligerado, joven. Paladeaba un amor por primera vez en su vida. ¡Qué castigo a su soberbia haber aprendido a amar tan tarde ya! ¡Sentirse joven ahora más que en su niñez!

—No consigo dormir —confesó Mariona al sentirle cerca. Él la acarició en la mejilla.

Como si intentara involucrarle el sueño:

—Duérmete —dijo.

El pequeño dormía en la camita. Su respiración era intermitente y leve, desordenada.

«¿Qué serás tú cuando seas mayor?», pensaba.

Le besó levemente en la frente.

Al llegar a Barcelona dirigióse directamente de la estación a la fábrica.

Los obreros extrañaron que abriera la puerta con ademán más resuelto que de costumbre.

—El amo habrá hecho algún buen negocio —dijo uno de los obreros en voz baja a otro—. Cada sonrisa son diez mil duros de más.

—Ya le llegará la hora de llorar también —manifestó el segundo, fríamente.

Al poco de entrar en su despacho, compareció Llobet con su hijo. Joaquín apenas recordaba aquel asunto.

El rostro desencajado de ambos le hizo volver a la realidad. Pero no se sentía preparado para escenas. Hizo que se sentaran.

—Bien, cuénteme usted, Llobet, cuénteme usted.

—Pues... —no sabía cómo empezar.

—Señor Rius —afirmó temblorosamente el hijo—. Mi padre no ha hecho nada. Quiere cargar con mis culpas. Yo robé...

Y se echó a llorar.

—No quiero que se tomen las cosas trágicamente —cortó Rius—. Dígame usted la cantidad y el porqué.

—La cantidad —dijo Llobet, padre, son...

Rius le interrumpió:

—Llobet. Aclarado que no era usted, como pretendía, sino su hijo, haga el favor de retirarse. Luego hablaremos.

Llobet salió sonrojado, precipitadamente.

—¿Cuántos años tiene usted? —preguntó Joaquín al hijo de Llobet cuando quedaron solos.

—Dieciocho —contestó tímidamente.

—Dígame la cantidad exacta.

El muchacho hacía esfuerzos de memoria. Estaba demasiado asustado.

—No recuerdo, señor Rius, se lo aseguro.

—No asegure. ¿Por qué no lo recuerda?

—Porque el dinero me venía a las manos y yo no sé lo que me hacía.

—Conque no se acuerda —expresó Rius sin convicción—. Dígamelo entonces aproximadamente. ¿Eran cien mil pesetas?

—¡Oh, no!, señor Rius.

—¿Diez, veinte, treinta mil?

—No —balbucía Llobet—, unas seis mil.

—¿En cuánto tiempo?

—En tres meses.

Joaquín alzó la voz, enfurecido:

—¿Cree usted, jovencito, que me voy a tragar esa historia? Diga cómo ha gastado

ese dinero. Aprisa.

—Pues, pues... —balbucía el muchacho.

—Dígamelo. Era mío y quiero saberlo.

—Pues un amigo...

—No mienta usted.

—Me llevaron a jugar. Y... —el muchacho volvió a sollozar.

Joaquín se levantó de su sillón y paseó por la habitación, reflexionando. En el patio jugaban los hijos de las obreras, traídos consigo a la fábrica para que no enredaran en casa. Joaquín los contempló con curiosidad. Volvió la vista al despacho; el hijo del contable miraba aguantando su respiración; su rostro, de una palidez mortal, estaba desencajado; había pasado horas sin dormir... El hogar de Llobet estaba deshecho; el dije de la esposa pendería, sin embargo, en el chaleco; Joaquín Rius recordó el antiguo almacén de coloniales, a su padre; ¡cuánta honradez en aquel dije! En los umbrales de la edad penúltima el contable había amanecido con los cabellos canos; los ojos inyectados, el ademán inseguro, desquiciado...

—Dígame, Llobet —su voz había perdido ya toda aspereza—. ¿Por qué dio este disgusto a su padre?

—Hubiera tenido que cortarme la mano, señor Rius —prorrumpió desesperado.

—¿Le dijo usted la verdad a su padre en seguida?

—Mi padre está convencido de que es un error, de que no es posible. No se lo puede creer.

Joaquín se acariciaba el mentón, reflexionaba.

—¿Y su madre?

—No sabe nada.

—Dígame con claridad, como si yo fuera un hermano de usted, Llobet: ¿qué es lo que le ha dicho usted a su padre? —Que lo había robado, que no sabía cómo, ni por qué...

—¿Y él le ha creído?

—No —repuso afligidísimo. Y pudo añadir—: Pero tampoco ha creído lo otro.

—Pudo usted haber causado la muerte de su padre —le dijo Joaquín. Y el muchacho tenía los ojos bajos. Contestaba, como en un monólogo, abriendo su alma:

—Por las noches, sin que usted lo supiera, mi padre venía aquí y pasó noches enteras sin dormir y sin acostarse para encontrar dónde pudieran haberse perdido estas pesetas, en todos los libros, en todas las facturas. Y yo quedaba en casa llorando de rabia y de no ser valiente para marcharme, para matarme, para acabarlo todo. Pero no lo podía hacer por él.

Joaquín miraba a los niños jugar en el patio tras el ventanal.

—¿Está usted arrepentido?

El muchacho asintió.

—He repuesto en la caja esas pesetas. No quiero que sea usted un ladrón, y no lo será. A su padre y a mí nos ha causado un disgusto muy grande. Pero hay que

purgarlo trabajando, haciéndose digno del apellido que lleva.

Prosiguió:

—No le echaré a usted de esta casa. Sería acabar con usted y con su padre.

El muchacho levantaba los ojos, esperanzado.

—Usted reintegrará ese dinero en diez, en veinte, en treinta años, los que usted quiera; trabajará aquí mismo, para demostrarme que está usted en efecto arrepentido y que...

—Gracias, señor Rius, gracias...

—... Y que yo no me he equivocado. A su padre conseguiremos hacerle creer que realmente se ha tratado de un error; qué sé yo, cualquier cosa; ya tendremos ocasión de buscar el sistema. Váyase a su puesto y llame a su padre.

El chico intentó arrodillarse y besarle la mano.

—Vaya —le dijo—. Que le sirva de experiencia.

Al cabo de unos instantes, entraba Llobet, padre, desencajado.

—Siéntese —le dijo Joaquín.

El hombre se sentó, inseguro. Al reposar en el brazo de la butaca, su mano, aquella mano segura y firme, que no había hecho un borrón en toda su vida, temblaba fuerte. Joaquín había abierto la ventana del patio; hasta allí llegaron los gritos de chiquillos, voces de niños, más fuertes que el rumor de aquellos dos corazones de hombre.

Al salir de la fábrica se sentía demasiado gozoso para apreciar la migaja de gozo procurada por el hecho de haber devuelto de golpe tanta felicidad a la familia Llobet. No podía perder un instante en considerar la felicidad ajena; todo tenía que aprovecharlo para considerar la propia, sobrevenida en el momento menos esperado, cuando creía justamente que su vida no tenía remedio. La escena con Ernesto, en el jardín, había alejado la desdicha en un instante.

Mariona le amaba. Enfrentados Ernesto y él, ella le escogió por segunda vez. El sentimiento del deber había sido más fuerte; pero se habían reconciliado también plena y sinceramente las dos almas.

Por la noche, al regresar del entoldado, antes de cenar, ella se había recostado en su brazo, como antaño.

—Quiero volver a Barcelona en seguida —le había dicho—. Volver a casa, olvidar el pasado, olvidarlo todo...

Y había añadido, en voz más baja: —... menos nosotros.

Estaba ilusionada. Joaquín notaba en sus ojos un fulgor desconocido.

—Vamos a ir al Liceo. A todas las funciones, ¿verdad?

—¿Qué día es la inauguración?

—El siete del mes próximo.

—Yo no sé si estaré en Madrid. Tengo que ir a arreglar unas cosas. Envié unos informes al Ministro de Industria...

—Vamos, Joaquín; no me negarás que vayamos a la inauguración, el siete. Quiero

ir.

—Claro que no te lo negaré.

—¡Por eso! —había continuado Mariona con ilusión contagiada a la mirada, a los ademanes—. Tengo que ir a Barcelona en seguida; apenas tengo tiempo de arreglarme la ropa. Me pondré el collar de perlas, tus perlas.

Él había sonreído complacido.

Su vida volvería a ser normal. La casa abierta, los paseos, los teatros, el trabajo bien resuelto, con tranquilidad.

Al llegar a su casa, llamó a Josefina, la joven sirvienta de confianza; le anunció el regreso de la señorita para al cabo de dos días.

—La casa está a punto, señorito —y añadió—: Me alegro infinitamente.

—Gracias, Josefina.

Cuando llegó Mariona, la casa estaba, efectivamente, preparada para recibir a la esposa pródiga. Las sirvientas tenían con exactitud la impresión de la verdad. Josefina no pudo menos que sentir pena por el señor al observarle.

El único afán de Mariona consistía en la preparación de las cosas por reintegrarse a la vida social. La casa se llenó de modistas, de paquetes. Enviaba a las muchachas del servicio a recados absurdos todo el día: a dar prisa para la prueba de la capa de terciopelo azul marino —con el capuchón que debía enmarcar su rostro ilusionado—; a la modista, para su vestido; al peluquero — Pura había pasado a la historia, desde la instalación en Barcelona del primer peluquero llegado de París, al que las señoras iban sin que los maridos se enteraran—, para que no descuidara los postizos; a la zapatería, para que no olvidara tener listos los zapatos el día seis —un día antes, por lo que pudiera ocurrir...

Joaquín pasó en la fábrica momentos de inquietud a causa del despido de un obrero que no sabía trabajar y que resultó ser de la Junta de la primera sindical. Por fortuna, la seguridad de la paz doméstica había mitigado la impresión con que saliera cada día de la fábrica; pero los corros de los descontentos que se quedaban a hablar en voz baja en la calle y que le miraban al pasar con recelo aumentaban de día en día.

Tan ilusionada estaba Mariona, que parecía no acordarse en absoluto de su marido. Hablaba mucho, y de toda suerte de frivolidades, sin ilación.

Faltaban pocos días para la inauguración de la temporada. Joaquín acababa de marchar a la fábrica. Justamente en la mesa él había hablado efusivamente y Mariona quedó intranquila por no saber si había logrado corresponder. Llamaron a la puerta y al cabo de poco entró Josefina con semblante de extrañeza.

—¿Quién era? ¿La sombrerera?

—No, señorita —respondió la doncella—. Era un chiquillo, pequeño y mal vestido. Algo muy raro.

—¿Y qué quería?

—Al abrirle —prosiguió Josefina— me ha preguntado si esta era la casa de los Rius —la doncella recalcó lo de los para que se notara que repetía al pie de la letra—.

Me ha entregado un sobre, diciéndome que era personalmente para el señor, y ha salido corriendo.

—¿Dónde está el sobre?

—Lo he dejado con la correspondencia del señorito, encima de su mesa.

Mariona se levantó y se dirigió al despacho de Joaquín intrigada.

Descubrió el sobre; era azul, de papel basto; la letra era de un analfabeto, sin duda. Estuvo dudando, y al fin lo abrió; escrito de manera garrafal, se leía:

«*También a ti te llegará muy pronto la hora; entérate de lo de Llopis*». Y firmaba: «*Uno que tiene una pistola*».

Mariona se apoyó contra la librería. Se había horrorizado. Pero se había horrorizado de sí misma.

«Le matarán», pensaba.

Y es que en el momento de leerlo, con una sacudida que la sonrojaba, había sentido la certidumbre de que sí, de que iban a matarlo, quizá aquella misma tarde o en este mismo instante; su marido estaba condenado a muerte. No se sentía afectada. Su corazón palpitaba fuerte y pensaba en Ernesto.

«Se casaría conmigo», concluía, absorta, atónita.

Pasó la tarde sin moverse, sumida en sí, en la evocación de Ernesto, gozando plenamente, con angustia, del recuerdo de los rasgos del hombre en la mina, la otra tarde. No había nunca podido imaginar siquiera la existencia de una exaltación dolorida que tendía a la mujer de bruces sobre el césped, como un trapo en el mar. «Si Joaquín no estuviera, podríamos amarnos hasta la muerte...». ¡La muerte! ¿No sería ese el torrente de sangre de la gitana granadina?

Ahogó a la fuerza los contradictorios sentimientos y quedó solamente la ternura, la nostalgia del amante, al que no vería hasta mañana a toda prisa, con temor de ser descubierta; lo vería como un delincuente, en un lugar aislado, quizá en el interior de un coche... ¿Sería su destino ese: querer a toda prisa, de escondidas? ¿Cuándo volvería a propiciarse la hora mágica de la mina, de la que, sin embargo, no pudo gozar plenamente, por no haber descubierto todavía la manera de mentir, cuando el pasmo, la incertidumbre no la dejaban pensar absolutamente en su tremenda felicidad?

Mariona estaba hundida en el butacón; oscureció. Pensó en salir a la calle; era preciso distraerse. Pero no podría. Necesitaba quedar a solas; si no con el hombre, quedar a solas con la evocación del hombre, con el reflejo mágico que lo transfiguraba, más amado aún. Y el otro, su marido, ¿qué? No era más que el estorbo de su amor; grosero, endurecido, inflexible; incluso su ternura era calculada, horripilaba. «*Uno que tiene una pistola*», evocaba de nuevo. Mariona estaba horrorizada, se cubría los ojos con las manos.

Para estar con Ernesto plenamente empezó a escribirle una carta, clamor desesperado, mitad añoranza, mitad celos. Los dedos apretaban fuerte la pluma y notaba que no podía vivir, que la sensación de no tenerle, de no hallarle aquella tarde

la consumía mortalmente.

«Huiré con él; no puedo vivir sin él de esta manera».

Y llegaban a su recuerdo las imágenes de su padre, de su hijo; tampoco hubiera podido vivir de la otra. ¡Qué dolor, Dios santo!

«*Uno que tiene una pistola*».

Salió a la calle. Iba ensimismada, se debatía aún. La ciudad era un lago de sombras fugaces, apresuradas, horribles. ¡Si pudiera ver a Ernesto, si pudiera verle, de lejos...!

Sus pasos la conducían al lugar donde presentía que le iba a encontrar, el Ateneo. No voy al Ateneo, sino a casa de papá... —decíase—. Pero en lugar de torcer por la calle Puertaferri, siguió por la Rambla, y escuchó de nuevo la voz espeluznante: «Este, este no tiene nombre...». Había pasado de largo, a sabiendas, y permaneció un rato parada, sin atreverse a entrar. Volvió atrás, decidida: ¿Eres o no eres su amante? ¿Le amas o no?

—¿Está el señor Villar, don Ernesto Villar? —dijo con voz temblorosa que al portero debió extrañarle.

—Acaba de salir no hace aún un cuarto de hora... —contestó aquel cortésmente.

—¿No dijo adónde?...

—No, señorita, lo lamento.

Volvió a salir.

—Tengo que ir a casa de papá para calmarme.

Don Desiderio no había llegado aún. Estaba Mercedes, sola, con la servidumbre. ¡Qué lejos se sentía de Mercedes! ¡Oh, Mariona, cómo has caído! No acertaba ni a hablarle. Toda la confianza estaba quebrada. Y sin embargo, las paredes, los sillones, los rincones todos le infundían paulatinamente una dulce serenidad, que no excluía la imagen del amante, pero la purificaba. Aquí también estuvo Ernesto, también Ernesto había pisado este suelo; estas cortinas, las figuras de estos cuadros le habían visto caminar, moverse, reír, hablarle. ¿Por qué en la tarde de la puesta de largo no acertaron a ser ella y él como hoy? «Ernesto no me hubiera querido soltera; no ama si no daña, si no hace daño». Y esta verdad la horrorizaba.

¡Cuánta maldad, Dios mío; pero cuánta dicha! ¿Huiría con ella? ¿No? ¿Qué hacer? Sufrir una vida entera la tortura infinita, mortal. Comprobar toda la vida que el amor de una no guarda proporción con el amor del otro. Durar hasta haberse cerciorado de que para el hombre ella no será más que una simple aventura, la sensación del pecado, dura, sabrosa. ¿No sería infinitamente más feliz si fuera como Mercedes o si pudiera ser como Joaquín? ¿Por qué no habían sido Mercedes y Joaquín los que se casaran? ¡Qué desgracia, el mundo; los corazones, las pasiones, qué desorden! ¡Qué lucha agotadora!

—Dile a papá que he estado aquí para verle, pero que tenía mucha prisa.

Notó que la visita había devuelto a su corazón parte del sosiego imprescindible: le había devuelto la astucia y también el entusiasmo de amar. Ahora ya se detenía ante

algunos escaparates; pero estaban cerrando ya las tiendas. Los voceadores la aturdían con sus gritos: El Noticiero Universal, decía, con grandes titulares: *Prosiguen los atentados terroristas*. Y, con letra más pequeña: *El industrial señor Llopis, asesinado por dos malhechores*.

Compró el periódico; la reseña era larga y le horrorizaba. No leyó. Pensó en Joaquín; sintió asco de sí misma; no había sentido dolor alguno al recibir el anónimo. Dejó correr su atención por la reseña, temiendo hallar la coincidencia del aviso, tal vez la firma: Uno que tiene una pistola. No, no lo decía.

—Joaquín, ¿has entrado en tu despacho? —le dijo, ya en casa, al verle entrar.

—No. ¿Por qué?

—No vayas aún; deja que te lo cuente; es horrible.

—¿Qué pasa?

—Te ha llegado una carta...

—¿Un anónimo?

—Sí —respondió Mariona—. ¿Cómo lo sabes?

Joaquín sacó la cartera y tendió a Mariona tres papeles, sonriendo.

Eran otros tantos anónimos redactados en forma parecida, pero con distinta letra y firma.

—Pero... te van a matar, Joaquín; te va a ocurrir algo —dijo ella angustiada.

—No son capaces.

—Pero ¿y este señor Llopis?

—Los había recibido a centenares. Eso es cosa corriente. ¡Si tuviéramos que inquietarnos por eso!

Y añadió:

—No pienses más en ello, no te inquietes.

La efervescencia por escuchar a la Vallini era extraordinaria. Hasta los caballeros, corrientemente tan ponderados, se lanzaban a fantásticas especulaciones sobre la voz y la figura de la tiple.

—Es la primera cantante de ópera con la que no me desagradaría iniciar un dúo —afirmaba Pepe Dolz en el «Ecuestre», mientras contemplaba una fotografía que acababa de mostrarle un contertulio—. Tiene buena... —y describía con la mano derecha una sinuosa curva— buena...

—Voz —interrumpió el otro.

—Un timbre de voz maravilloso —proseguía Pepe Dolz sin dejar de contemplar la fotografía.

Mariona lo tuvo todo listo para el día de la inauguración. Joaquín no acertaba a comprender que una simple inauguración de temporada fuera capaz de exaltarla de tal modo. Se tomó los preparativos con tanta anticipación, que a las tres de la tarde del día de la apertura la casa estaba ya llena de gente; el zapatero —que se había

retrasado como siempre—, la modista, el peluquero — había acabado por decírselo a Joaquín— la rodeaban como en una pequeña corte. Cuando Joaquín llegó de la fábrica —lo hizo apresuradamente; no pudo evitar un ligero retraso a causa de unas visitas de última hora—, la encontró casi enteramente arreglada; dejaba para después de cenar el hacer los últimos toques, acabarse de arreglar el peinado, ponerse las joyas. Impaciente, había mirado el reloj cada cinco minutos. «Justamente hoy, Joaquín se retrasará».

Cenaron sin hablar. Joaquín sorbía los bocados más que tragarlos avergonzado por el retraso. Con el último en la boca y sin probar los postres, se encerró en su habitación. La colocación del pantalón y de la camisa no le preocupaba, era cosa de un minuto. Pero ¡el botón! ¡Aquel botón díscolo del cuello!

No supo cómo, pero fue cosa de un minuto; orgulloso, se presentó en el tocador de Mariona con la recóndita esperanza de escuchar de sus labios el: «¡Que aprisa has ido!».

Pero Mariona estaba enfrascada en la colocación de las joyas.

Cuando Joaquín entró, poníase los brazaletes, obra de su padre, los de los topacios incrustados; llevaba ya los pendientes, las dos grandes esmeraldas suspendidas que «descubriera» en un cofre y que su padre le regaló el día de su puesta de largo; Joaquín aguardaba a que terminara de abrochar el brazalete de oro; pensaba: ahora, el collar de perlas, mis perlas; pero Mariona sacó del cofre el pinjante de rubíes de su abuelo e hizo ademán de llevárselo al cuello. La mano le temblaba ligeramente.

—¿No te pones el collar?

—¿Qué collar?

—Mis perlas.

Ella miró el cofre. Recordó la tarde de la Fiesta Mayor; se lo había prometido.

—¿No te acordabas ya? —preguntó Joaquín, sonriendo, al notar el pasmo de su mujer.

—Es que... las perlas dan mala suerte y...

Sin embargo, lo cogió y se lo puso.

—¿Mala suerte? —inquirió Joaquín sonriendo.

La besó en la nuca. Ella encogió los hombros, escalofriada. Su ceño se contrajo, endurecido. Y sintió luego sobre su carne el contacto de las perlas; un frío mortal.

XV

EL ASESINATO DE LLOPIS había producido honda conmoción. Ya antes de llegar a su palco, los Rius fueron saludados por tres o cuatro amigos, y ni uno solo dejó de referirse al asesinato del famoso industrial. Los nervios estaban excitados. Los rostros estaban marcados por el signo del temor, como un presagio.

Llegaron con bastante anticipación, lo que permitió a Joaquín salir al «fumoir», donde encontró a Pepe Dolz; charlaron todavía un momento y se retiraron juntos al palco. Pepe Dolz entró en el paleo contiguo a saludar a los Torra. Joaquín observó la sonrisa significativa y delictiva con que Evelina le recibió, más sabrosa que nunca. Las lámparas de la sala acababan de ser totalmente iluminadas. El murmullo de las conversaciones era un murmullo de gran gala. Después de observar unos momentos el aspecto general de la sala desde la entradilla del anfiteatro, Joaquín se retiró satisfecho de la magnificencia de que formaba parte; estaba definitivamente entroncado con aquella sociedad; y su mujer era la más hermosa de toda la sala.

Entró en su palco. Mariona no estaba; habría salido a hablar con alguien, como era su costumbre.

Sentase con pausa. Elevó la mirada; lo mejor era, sin duda, el anfiteatro, en el que ellos tenían su palco. La platea era también sugestiva. Los escotes de las damas se ofrecían desde allí como una tentación. La carne femenina es ya el pecado. ¡Con qué gozo la exhiben! Dirigió su vista al segundo piso; los palcos del segundo son más recoletos, de gente más recatada, menos afanosa de lucir. El tercer piso es el de los solteros, el de las aventuras. El palco de Ernesto Villar estaba vacío; fijose ahora en el cuarto piso, y, finalmente, en el último repleto de fanáticos de Wagner, que escuchaban partitura en mano y siseaban a los primeros compases para obtener el silencio general. Eran los técnicos de la música y los locos; menestrales que se hubieran vendido los ahorros por no perderse la función, obreros que andaban desde Horta o Sarriá, que aguardaban tres horas en la cola de la taquilla solo para ver y oír, sin exhibirse y sin ser vistos, anónimamente, dramáticamente. Gente de los Ateneos populares obligados a compartir el resto del mes sus frustradas ambiciones artísticas con el jugador de billar y con el de dominó. Joaquín Rius pensaba en la mala impresión que ellos, los de abajo, debían causar a los demás, a los que suprimían la cena para adquirir la localidad. Y nuestras mujeres con diez mil duros en cada dedo! Pero ¿no estuvo en trance acaso de ser uno de los de arriba? ¿Acaso era suya la culpa?

El murmullo acreció, se tomó cálido; Joaquín miró a la platea; descubrió a Mariona, que, pasando por el pasillo lateral, dirigía su mirada al palco. La observó orgulloso de hallarla tan radiante; las luces dotaban de una suavidad acarminada a su rostro que denotaba pícaro entusiasmo.

—He estado viendo a los de Puig Ribalta... —dijo, con la respiración entrecortada, al entrar.

—No tienes que subir tan aprisa las escaleras.

—Creía no llegar a tiempo.

Joaquín echó un vistazo al reloj.

—Ahora van a empezar —dijo; en aquel momento se mitigaban las luces.

Saludaron con una sonrisa a los Torra. Pepe Dolz se despedía de Evelina. La madre de esta se dirigió a Mariona, apoyada en el terciopelo granate.

—Hace años que no había visto el Liceo tan bien. Está todo Barcelona. Será una noche inolvidable.

Los del quinto piso produjeron un ligero murmullo. Un impaciente había dado un grito.

Apareció el director, que fue aplaudido sin ganas.

—¿No han venido tu padre y tu hermana? —preguntó Joaquín.

—No. Papá dijo que prefería venir el domingo por la tarde, cuando la cantante no esté tan nerviosa.

—Es una lástima; una noche así...

—Sí; pero ya sabes que papá no es partidario de escuchar a las artistas la primera noche.

—No es como yo —afirmó Joaquín sonriendo—, que vengo para mirar a la sala.

—Ni yo —añadió sonriendo también Mariona—, que no hago más que entrar y salir. ¿No te incomoda?

El marido negó cariñosamente, en silencio; a mitad de la obertura, se estaba abriendo majestuosamente la enorme cortina.

La viuda Torra atendía displicente; su abanico estaba entreabierto. Centenares de binóculos se dirigían al escenario por captar la expresión de la hermosísima italiana, cuya voz parecía manar de una fuente de cristal. La escuela era maravillosa. Alternaba con el coro —un grupo numeroso de sirvientas, de atuendo dorado y cárdeno—, que la estaban peinando, en un castillo medieval. Al fondo, por una ventana abierta, comparecía de pronto un caballero, un paje cuyas piernas hicieron sonreír a Mariona, enfundadas en la media gris. Pero también el tenor tenía una bella voz. El coro de sirvientas se había retirado con aspavientos mercenarios.

La atmósfera del teatro se hacía más densa a medida que avanzaba la representación. De cada palco fluían docenas de miradas, alteradas por la voz y por la belleza de aquella mujer fascinadora.

—Me han dicho —afirmó en voz baja Mariona a Joaquín, mientras le cogía la mano, y Joaquín se sentía lleno de dicha— que hasta el segundo acto no se verá si es realmente buena o no.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Los Puig.

—Sí, tienen razón; el dúo fatal es el principio del segundo acto.

—¿Le llaman fatal?

—Es una piedra de toque para las tiples.

Un desconocido, desde una de las butacas del anfiteatro, había siseado para que se callaran.

Mariona, con ademán de complicidad, sonrió a su esposo.

Nunca se sintió tan dichoso, tan satisfecho de sí y de su vida. Para él, la música era un simple telón de fondo, una almohada sobre la cual seguir pensando en sus cosas; repasaba mentalmente las incidencias de su vida y advirtió que, por primera vez, transcurría mucho rato sin que pensara en la fábrica, sin acordarse de que existiera. «Has cambiado profundamente —pensaba—. Has llegado a una normalidad. Mariona ha realizado el milagro de separar a los dos Joaquín Rius y que uno de ellos fuera perfectamente humano, mientras el otro sigue manteniendo su independencia. Al otro, al de la fábrica —y sonreía imperceptiblemente— le has dejado en casa, acostado, para que mañana pueda levantarse a las seis».

—Antes del segundo acto bajaré al palco de los Puig, porque Montse Puig me ha dicho que me quiere consultar una cosa. Algo del peluquero —susurró Mariona casi al oído de Joaquín. Este asintió y le rogó con el índice en los labios que no levantara la voz.

Bárbara Vallini obtenía un éxito notable. Al terminar el dúo del primer acto, el quinto piso prorrumpió en aplausos fervorosos. Los de abajo eran más circunspectos. Se reservaban para el dúo del segundo, en el cual había sido copiosamente silbada dos años antes una cantante española.

El primer acto había caldeado la sala. A medida que avanzaba la representación, los caballeros notaban en el cuello las aristas de la pajarita, y las damas habían perdido su aire de ensueño, para ladearse nerviosamente al escuchar un comentario, al menor frufú de la seda próxima. Y, sin embargo, la sala no estaba enteramente prendida del escenario; por lo mismo, la mecía una suerte de maravillosa marejada, hecha de susurros, de fugaces miradas, rubor y malicia contagiados.

Tras el airoso y melodramático recital de la tiple, todos los personajes irrumpieron en escena; las dos cortinas cerraron el mágico mundo de los amores contrariados, del veneno, de la declaración de amor, epilogada por el puñal, que hería al valiente paje y que era esgrimido por un personaje barbudo, cierto barítono de dimensiones nórdicas. Los caballeros, de pie, aplaudían maravillados; las mujeres, en sus butacas, lo hacían con la palma de la mano deliciosamente curvada, como una concha en que el rumor del aplauso hallara su eco más propicio, íntimo, confidencial. Finalmente, y cuando la tiple ya no reapareció, caballeros y damas se levantaron de sus butacas.

—¿Le ha gustado? —preguntó una voz a Mariona.

Esta, que se levantaba a su vez, nerviosa, se sobresaltó un tanto; tratábase de Raimundo Tell, que seguramente venía a conversar con Joaquín del último artículo del Diario de Barcelona.

—Mucho —asintió Mariana, sin renunciar, sin embargo, a abandonar el palco.

Tell saludó a Joaquín.

Joaquín observó a la viuda Torra seguir a Mariona con los impertinentes, mientras esta se despedía de Raimundo. Aquel síntoma de curiosidad le molestó.

Tell y Joaquín dirigieron al salón. Joaquín apenas escuchaba a Raimundo. Le absorbía demasiado la consideración de su propia dicha, de su propia importancia. Tell se refería al asesinato de Llopis con una argumentación circunspecta, largamente meditada. A su juicio, el asesinato era promovido por vía de ensayo.

—Empezaremos una temporada de grandes pruebas. Compadezco a los que tengáis fábricas.

—¿Por qué?

—Esta organización de los sindicatos obliga a los que se inscriben a pagar la cuota y a matar a un industrial. He leído los estatutos.

—Creo que exageras.

—Te lo aseguro —ratificó el otro con toda la energía de que era capaz—. Es una especie de masonería de los trabajadores. Joaquín tenía ganas de cambiar de conversación.

—¿Te ha gustado la. Vallini? —preguntó a Tell.

—Encuentro que no hay como para considerarla la mejor cantante de la época, como me decía el señor Niebla.

—Sin embargo, *dice* la ópera maravillosamente.

—No lo niego. Pero la D'Ambra estaba más formada. Quizá dentro de unos años...

Joaquín se detuvo un momento, aturdido. Acababa de oír que dos personas, charlando al otro lado de la columna, habían pronunciado el nombre de su mujer.

Raimundo Tell seguía hablando. Y él no podía advertirle que callara.

No, sin duda no hablaban de Mariona. Puesto a escuchar, sin atender a la conversación de Raimundo, percibió claramente que estaban hablando de Pilar Riba, una muchacha recién puesta de largo. Y en el momento en que él volvía a prestar atención a lo que hablara Tell, y que ya empezaba a caminar de nuevo, escuchó, ahora sí, las mismas voces que estaban comentando algo de Ernesto Villar.

Volvió a mudar de expresión. E inmediatamente procuró extirpar la idea. Sin duda había sido un espejismo gratuito, sin fundamento. Además, ¿qué hubiera tenido de particular? Sin embargo, esto denotaba que «aquello» no se había cerrado todavía. Que sus celos todavía tenían por donde caminar.

—¿No te molesta que volvamos al palco? —había preguntado a Ten.

—No, de ningún modo —y este seguía charlando. Ahora volvía a expresar sus opiniones sobre el terrorismo.

—No te quepa duda. Me extraña verte tan tranquilo. Pero no acabará aquí. El Gobierno es muy débil y teme dar un golpe enérgico. Todos peligraremos. Por lo que a mí hace —seguía diciendo Tell sin arredrarse ante la notoria falta de entusiasmo de

Joaquín Rius—, me he hecho poner mi cama al borde del jardín para escaparme si llega la hora.

—Pero por Dios, Raimundo —le dijo Joaquín volviendo en sí—, estás exagerando.

—Ya sabrás decírmelo dentro de unos años. Es lo que afirmaba hace no más de un mes Mañé y Flaquer...

Era lo que faltaba. Joaquín se puso a mirar descaradamente a toda la sala sin hacer caso de la lata de Tell. Era ya hora de que este se diera cuenta de que se estaba haciendo pesado.

Pero no descubría a Mariona en el palco de los Puig. ¿Se habrá ido con Pilar al restaurante? Seguramente hubiera subido a avisarle. ¿Dónde estaría?

Sin darse cuenta, había mirado al último piso, y le causó horror o, más que horror, vértigo. Sentía la presencia de aquellas gentes matemáticamente encima de su cabeza sin acertar a saber por qué. Era una imprudencia que el quinto piso no tuviera su baranda maciza como los demás. ¿Es que el precio de los ahorros de «ellos» no daba para baranda maciza?

Al fin Raimundo se despidió.

—Te veo muy preocupado —dijo a Joaquín.

—Y yo te veo a ti muy apurado. ¿Es que no sabes hablar de alegría, de vida y no de muertes, asesinatos y sabotajes? Tienes que casarte, Raimundo; estás volviéndote un solterón.

Perplejo, Raimundo Tela se desconcertó.

—Es lo que me dice mi madre —repuso Tell, desarmado como un niño.

—Pues anda; a ser bueno y a obedecer a tu madre. Raimundo le miró sin acabar de comprender si se trataba de una broma o de un consejo en serio.

—¿Tú crees?

—Claro; las personas como tú tienen que creer a sus madres y seguir sus instrucciones —prosiguió con aire de broma.

La viuda Torra, que escuchaba el diálogo, abrigaba su sonrisa tras el abanico entreabierto.

—Rius tiene razón —afirmó la viuda Torra al notar que había sido vista—. Eres demasiado mayor, Raimundo, para que tu madre te deje ir solo y por tu cuenta. Esto está bien a los veinte años —concluyó con expresión juvenil.

Raimundo Tell abandonó el palco, perplejo, sin acertar a comprender la razón de la reprimenda.

Iban ya a empezar. ¿Por qué Mariona se entretenía tanto? Joaquín pensó un momento en ir a buscarla, pero la expresión de la señora Torra le hizo desistir.

—Mariona está cada día más bella —le dijo esta.

—Sí; a pesar de los maridos, las esposas están cada día más guapas —ratificó Joaquín, hallando un placer en trabar conversación con la exquisita señora.

A doña Concha Torra le llamó la atención la expresión de ironía afectuosa de

Joaquín Rius dada la fama que este tenía de hombre práctico, de nuevo rico a secas. Hizo lo posible por proseguir la conversación.

—En días así me siento joven. ¡Qué emoción da ver al Liceo como en sus buenos tiempos! Y más cuando una siente el temor de que esto no dure mucho. Supongo que habrá leído lo del pobre Llopis.

—Sí; lo he leído. Una desgracia.

—Más que una desgracia, un aviso para todos. —Y luego añadió, sonriendo, la dama—: Y que conste que no quiero continuar con el tono del chico Tell. ¡Qué pesada) es el pobre!

—Como no tiene nada más que hacer que leer la prensa... —afirmó Joaquín—. Es rico, no siente la necesidad de tratar con las mujeres y no le preocupa nada más que la perseverancia en la tranquilidad. Se comprende que le preocupe tanto lo que dicen los periódicos.

—¿Y a usted no le preocupa?

—No acabo de creer nunca lo que dicen los periódicos. La política siempre anda bastante mezclada de por medio.

—Sin embargo —observó doña Concha—, hay hechos que no se pueden desmentir.

—No lo niego. Pero esto no ocurre más que una vez al año.

La sala se llenaba de nuevo. Como en el curso de la embriaguez, los hombres sienten progresivamente que el mundo es mejor, que ellos son más altos y más libres, que la vida se ofrece con mil alicientes; así, en el seno de la sala cada uno se figuraba ser el héroe de un mundo maravilloso; que el brazo de la mujer que tenía a su lado, usando del mismo apoyo aterciopelado, pertenecía a la esfera del ensueño, de la embriaguez sensual y poética a un tiempo. La tamización mágica de las luces borraba los posibles errores de Dios —tal mirada no suficientemente viva, tal cutis no lo bastante terso— transfigurando a los seres hasta casi la pura perfección a un país supraterrrenal mágico.

Joaquín afirmó:

—Esto nunca podrán quitárnoslo.

Y doña Concha se volvió rápidamente a él, azotada por la ventolera de una idea aciaga.

—¿No ha pensado usted a veces que no tiene razón de ser? —inquirió—. No, claro —añadía—, no lo ha pensado usted porque es joven, porque su esposa es joven y porque se siente usted de lleno en este ensueño. Pero nosotros, los viejos__

—Sí, lo he pensado —prorrumpió Joaquín—. Esta misma noche, al mirar al quinto piso, he pensado en la manera en que todos esos seres nos deben contemplar y el aspecto que debemos ofrecerles. Quizá seamos un poco injustos...

—No es por eso —observó la viuda Torra—. Aunque esto fuera justo, nos sucedería igual. Yo me refiero a la noción de falsedad que uno tiene de sí mismo cuando se pone a reflexionar. Nosotros, los viejos, hemos dejado tantas ambiciones

aquí, tantos ensueños, a través de los años... Y lo mismo nuestros padres y abuelos.

El murmullo de la sala renacía poderoso. Y luego el silencio, un silencio súbito, provocado por el siseo de los del quinto, que aplacó en un instante la vitalidad de los diálogos y, simultáneamente, la de las luces. Y Mariona no estaba allí.

Se trataba de escuchar el dúo fatal.

Joaquín Rius pensó un instante en los plátanos de la Rambla sin saber por qué; en las hojas de los árboles que caerían, en aquel momento, sobre el empedrado con una flotación de vaivén. En la ciudad entera, a la que había sentido crecer con el mismo dolor, a la vez gozoso, con que había sentido crecer sus propios miembros.

Al iniciarse los primeros compases de la música sintió un dolor muy vivo en el corazón. Era el dolor de la ausencia de Mariana, una punzada simultánea a la de la música. Él, patente, solo en el palco, era igual que nadie, no era nadie. Ellos, ellos dos son «los» Rius. Mariona debiera estar aquí.

Sin acertar a comprender la razón exacta del presentimiento, al abrirse el telón, sobre sus hombros había sentido la presión de su soledad, de la mentira de aquel mundo, y de algo indefinido e ineluctable, que debía acontecer aquella noche. Las dos conversaciones, la de Tell y la de la viuda Torra, le habían colmado de tristeza repentinamente. Habían truncado su estúpida dicha. ¡Si Mariona estuviera ya aquí!

Volvió la vista del lado del palco de los Torra. Evelina mantenía el rostro hacia atrás. El escote, rosa y carne, palpitaba con la respiración pausada, profunda, subyugada. ¿A causa de qué? Y de pronto un siseo agudo avisó de que el dúo fatal iba a empezar. La tiple y el tenor, en efecto, se habían adelantado hasta casi rozar las candilejas.

El siseo había partido del quinto piso.

El teatro, enorme, era una sola respiración. Joaquín paseó con lentitud su mirada por la sala observando con detenimiento todos los rincones, las expresiones, la máscara, abominable y tentadora a la vez, que los primeros compases de la música dulce y dramática ponía en los rostros de las mujeres. ¡Qué maravilla si Mariona estuviera aquí! Y después, en el instante mismo en que la Vallini iniciaba, con la voz más fina y quebradiza y patética que pudiera escucharse, su papel, con los versos

O dolce amore

O piacere, o cuore...

él levanto la mirada con lentitud al quinto piso. Sin motivo alguno, su corazón palpitaba intensamente. Se detuvo en el tercero y pensó que Mariona siempre le echaba en cara que iba al Liceo para mirar a la sala. Elevose su mirada hasta el paraíso, y luego descendió un tanto, pero quedó suspensa a medio aire.

En aquel instante preciso caía un objeto oscuro, por el aire, desde arriba...

A una señora del quinto se le había caído el bolso.

Pero no había hecho el menor ruido.

Se levantó, asustado, espeluznado, de un salto. ¡Un bolso no cae así! Al mismo tiempo, un grito de mujer, maduro, bronco, tremendo, sacudió a la sala toda. Había retrocedido bruscamente, dando un salto atrás; fue cosa de un solo segundo. Fue derribado por un huracán de voces, por un solo alarido exasperado de millares de gargantas. Y no veía nada, derribado, asido al pie de la butaca que se había mantenido en pie. Sentíase sumido en una profunda, dramática, impenetrable oscuridad, como un ciego. Y en un silencio inexplicable, trágico. ¿Qué era de la música, Dios? ¿Dónde estaba?

Consiguió incorporar levemente la cabeza, incorporarse un tanto, recostado sobre los codos contra el suelo.

Una bomba, Dios mío, ha sido una bomba...

A través de la penumbra intensa, como un fantasma, veía avanzar algo, no sabía qué. Algo horroroso, indefinible. ¡Una bomba en el Liceo! —pensaba.

No era un fantasma enorme, era la lámpara, la inmensa araña que pendía del techo, que se balanceaba como un barco sumergido, pendida aún del techo resquebrajado por filamentos y cables como nervios destrozados. ¡Qué horror, si cae, si se desprende, qué horror!

Y en ese instante sintió que no estaba herido, que no estaba muerto, que todas sus fuerzas se mantenían, que conservaba toda su lucidez. En ese momento notó que la sala no estaba oscura, sino iluminada a medias por los globos de gas, por algunos globos de gas. Los ojos iban abriéndose al espectáculo más atroz que podía haber imaginado en una noche de delirio. Y no se atrevía a hacerlo, sentía un pavor inmenso de levantarse, de incorporarse; sin embargo, fue su propia voz la que le arrastró, como atado a la grupa de un caballo loco:

—¡Mariona! ¡Ma... ri... o... na!

Crispadas sus manos en la baranda, todo él de pie, su voz no se oía, no la oía él mismo, a pesar de que, en efecto, esto que oía era el silencio, un silencio terrible, de muerte. Se cubrió el rostro con ambas manos.

¡Mariona! Y volvió a gritar, sin mirar, porque no podía.

Casi toda la sala era un amasijo de butacas retorcidas, de madera, de cristal, de terciopelo desventado. Y encima y en los huecos, montones de carne, cuerpos tendidos, sin que fuera posible adivinar el rostro; sedas impregnadas de sangre, de la que se percibía hasta el olor. Y la muchedumbre apretujada en el hueco de las puertas sin lograr avanzar, odiándose unos a otros, apiñados y despavoridos.

Retirase un tanto hacia el interior del palco. Tenía que sostenerse en la cortina. Le había invadido un vértigo espantoso. Tenía que aplacar el vacío de su corazón, que ahogar la respiración que le horrorizaba, que no le permitía ser dueño de sí; tenía que hacer algo, algo de provecho, buscar a su mujer, recogerla, marcharse a casa con ella. No era posible que Mariona pudiera soportar aquello sola, sin él. ¡Dios, Dios, ayúdame a encontrarla! Pero contempló el abanico entreabierto de la viuda Torra, al que la blanca mano de la dama sostenía con suavidad. ¡Señor, la viuda Torra no ha

podido cerrar su abanico! Y se adelantó y, por encima de la balaustrada del palco, contempló el rostro de la dama sonreírle fijamente, impávido, sin moverse. Hubiera deseado tener el valor de cerrar sus ojos, aquellos ojos vaciados, en un segundo, de su expresión. ¡Ah, pero era preciso buscar a Mariona, encontrarla en el acto! Dios, dame solo fuerzas para bajar la escalera, para bajar la escalera y no más...

Apoyándose en las paredes logró con lentitud llegar al salón. De uno de los palcos frontales sacaban en aquel momento a una muchacha joven que gritaba como una endemoniada e iba dejando por las alfombras un rastro de sangre, casi ninguna, la última, por la que se le escapaba la vida. Y en la escalera principal, sentados, con mirada idiotizada por el dolor, por el pasmo o por la muerte, hombres, mujeres, las pecheras y los cuellos desordenados, la carne más íntima mostrándose con trágica impudicia. Zapatos plateados sueltos, perdidos, al salir. Y la carne de los hombres moviéndose aún en un último intento de asir una cosa, la vida que huía, la vida que se iba sin remisión.

A la platea era imposible entrar.

Intentó por una, por otra puerta. ¡Los ojos, sobre todo, los ojos de los moribundos! Sonreían para reconciliarse por última vez; ellos y los muertos sonríen; preguntan: ¿Es esto la muerte? ¿La muerte hoy, aquí, en el teatro? Sonríen diciéndose: Si no puede ser, esto no puede ser la muerte... Tampoco por la tercera puerta se podía entrar. Por esta estaba prohibido, unos ujieres sacaban cuerpos y los alineaban a lo largo del comedor.

Joaquín se enfrentó con un ujier; le zarandeaba.

—Tengo que entrar, déjeme; mi esposa está aquí. No puede, no puede impedírmelo —suplicaba.

Y pensó: ¿Y si estuviera muerta?

Con lentitud, se retiró y pasó ante las hileras de cadáveres. Hombres, mujeres... Se horrorizó; volvió la vista del otro lado. Pero continuó el camino macabro. Aquel, aquel de allá, era don Jacinto Miralles. ¡El que decía que no iba nunca a ninguna parte!... Y allá veía a Carolina Millet, la muchacha que tocaba Schumann el día de la puesta de largo, tendida, la sien destrozada, pero toda ella limpia, lo demás. De pie, a su lado, sin llorar, despeinada, los brazos tendidos, su hermana Gertrudis mirando a todos sin mover la cabeza, guardando el cuerpo inexplicablemente tronchado de la hermana mayor. Joaquín Rius dio la vuelta porque no estaba Mariona.

Notó que estaba volviendo en sí, porque los oídos se le habían destaponado de pronto y recogían atónitos el ruido, el ruido feroz de los ayes, de los llantos agudos, sincopados, que no se explicaba cómo no había percibido hasta entonces, brutalmente evidentes. Intentó entrar en la sala; pisó cuerpos, sedas, desesperado, sin mirar. Pero unos brazos lo asían, muchos brazos, enérgicos, y lo echaban para atrás, sin remisión. Lo suplicaba llorando y gritando fuera de sí. Eran diez, veinte los que suplicaban, los que forcejeaban, y se encontró en el suelo, echado, su mano sobre una mano yerta, inmóvil, de la cual lo que más le extrañó fue la tibieza, como de pájaro herido que

palpitara aún. Y se levantó trabajosamente. ¿Dónde?

Subió las escaleras, con los ojos cerrados, por el llanto y por el horror.

«Tengo que encontrar a alguien que me dé algún dato. Es preciso que la encuentre ahora mismo». Todo le dolía; con las uñas se había hecho sangrar el labio inferior.

El salón de fumar, nuevamente. Estaba casi solitario y oscuro. Su corazón sintió una sacudida, esperanzado. Aquel, aquel que caminaba hacia los bancos de terciopelo era un conocido, un amigo, había que hablarle. Pero ni uno ni otro conseguían caminar aprisa. El amigo se alejaba, y él no podía alcanzarle a pesar de caminar el otro con tanta lentitud.

—Pepe, Pepe...

¿Por qué no se volvía Pepe Dolz antes de llegar al sofá? Ahora se sentaba, con tanto cuidado que no era explicable. —Pepe —le dijo nuevamente.

Por fin estuvo a su alcance. Pepe Dolz se había sentado en el sofá y le miraba con la vista alta y débil, pero sin levantar la cabeza, el mentón hundido en el pecho.

—¿Has visto a Mariona, Pepe? Necesito saber dónde está Mariona, encontrarla en seguida.

Pero Pepe Dolz no hacía más que mirarle. Por fin, sonrió levemente, una sonrisa que no alcanzó a animarle más que las comisuras de los labios.

—Dímelo, Pepe —suplicaba—, si tienes fuerzas...

La respiración de Pepe Dolz se fue trocando en un estertor bronco e intermitente mientras sonreía aún e intentaba mantener abiertos los ojos. Luego levantó levemente la palma de la mano abierta, como en una súplica, mientras la respiración se acentuaba en un profundo, quejumbroso, ronquido.

Por la palma de la mano se escurría, sin mancharle el puño terso de almidón, un hilo de sangre oscura.

Joaquín se retiró lenta, despavoridamente, sin volverse de espaldas, como si se hundiera en la penumbra para no perder de vista aquellos ojos, de los que no conseguía desasir los suyos, porque dejar de mirarle era matar a aquel ser. Lentamente se fue de nuevo a su palco y se sentó. El abanico de la viuda Torra seguía entreabierto, y él no conseguía apartar la imagen de los ojos de Dolz, y su respiración como un mugido entrecortado por la muerte. No ha podido cerrar el abanico, pensaba, absorto, mirándolo.

Se cubrió el rostro con las manos. Gemía con desesperación de bestia herida.

—Mariona, Mariona... —balbucía.

A su imaginación sobrevino el recuerdo de Ernesto; y no quería ir a aquel palco, el del tercer piso. ¡Ojalá estuviera con él, ojalá! —pensaba—. En el tercer piso no ha ocurrido nada, se habría salvado. ¡Señor, Dios mío, haz que ella estuviera con Ernesto entonces! Y recobrada su confianza, recobrada su vida, se lanzó por las escaleras secundarias, al tercer piso, y, como un vendaval, penetró en el palco. Pero allí no había nadie, nadie. Nadie había estado aquella noche en el palco.

«Tengo que entrar abajo, a la sala. Si Mariona no está en la sala, me iré a casa,

seguro de que está allí» —se decía.

En efecto, ahora habían dejado expedita una puerta. Por ella entró. Había que cerrar los ojos para entrar allí. Recorrió toda la sala. Uno por uno iba inspeccionando los cuerpos tendidos con una emoción y una tensión tremendas. Minuciosamente, dolorosamente; pero fue largo, difícil. Tal vez pasaron horas. Se iba acostumbrando a no sentir nada ante el cuerpo de los desconocidos. Retiraba los mechones o las manos, la pierna tronchada. Estuvo una hora allí, entre otros que hacían lo mismo, en cuyos ojos se manifestaba progresivamente una suprema esperanza.

Luego volvió a recorrer la hilera de los cadáveres del corredor. ¡No, Mariona no estás —se decía con gozo.

Pero no era posible marchar a casa. ¿Por qué ella no había subido al palco si estaba ilesa? Tenía que estar allí; él no podía marcharse hasta saber que no estaba allí, entre aquellos, su cuerpo.

Entró el Viático y él se arrodilló.

Una idea le llenó de estupor y de dolor. ¿Cómo no lo había pensado antes? El corazón le palpitaba furiosamente; se levantó, rezando; penetró en el palco de los Puig Ribalta. Abrió la cortinilla, penetró dentro. No había nadie. Un guante solo. Lo cogió febrilmente. No, no era el de Mariona.

Luego, desde allí, fue meditando, reflexionando. Había estado en el tercer piso. Al segundo no era necesario ir. No había ocurrido nada. Había repasado el anfiteatro y el salón. La sala de fumar. Mariona no podía estar en ningún palco de anfiteatro. Le faltaban solo los palcos de platea. La campanilla del Viático martillaba en sus sienes. ¿Quién tiene un palco en la platea? ¿Qué conocido tiene un palco en la platea?

Lo recordó en el acto. Lo recordó con pavor atroz, de hecatombe. Recordó a Ernesto, en el Pabellón de la Exposición, que le había dicho que el palco de su familia estaba en la platea. Sí, era el segundo a la izquierda. Pero Ernesto no había ido casi nunca ahí porque estaba siempre a disposición de sus tías viejas.

—Mariona no estará allí —intentaba tranquilizarse—. No estará.

Caminaba, sin embargo, con lentitud, demorando la llegada. —Es el segundo a la izquierda — pensaba.

Antes de intentar, tragó profundamente su propia respiración; por la puertecilla, cerrada, se escurría un pequeño río de sangre.

Probó una y otra vez, y al fin, de un tirón seguro, saltó la frágil cerradura. Antes de decidirse a entrar, ya vio uno de los guantes de Mariona sobre la mesilla.

Se retiró, cayéndose, hasta la pared del pasillo, donde permaneció apoyado largo rato. Se pasó la mano por la frente.

Mariona tenía los ojos cerrados y su cabeza había caído, recostada, sobre el hombro de Ernesto; parecía abandonada en él, como si viviera. La cabeza de Ernesto, en cambio, parecía desnucada, caída contra la pared, con la frente evidente y el

mechón, sanguinolento ahora, sobre la sien.

Sus ojos estaban abiertos. No sonreían, pero su rostro sí. Era una sonrisa impávida, yerta. Así había sonreído toda la vida, desde el colegio. Miraba fijamente, pero no veía. Sin embargo, parecía una expresión de vida.

Joaquín se volvió un momento de espaldas. Aquella mirada era la mirada de un chico, la mirada de un colegial, y ahora estaban los dos arrodillados, castigados.

—*Eres idiota. Había sido Mir...*

Los separó brutalmente. La seda de Mariona crujió, prendida de algún botón, de un clavo, quizá, que la desgarraba. El la asió fuerte por la cintura. Recogió su guante. La llevaba recostada por la cintura sobre su hombro. Los cabellos, sueltos, flotaban. Atravesó el pasadizo con lentitud, para no herirla, con cuidado, con la frente alta, el mentón salido. Logró ganar la sala de entrada, luego el primer peldaño de las escaleras. Consiguió mantener firme su pie. Uno a uno, con seguridad creciente, iba subiendo los peldaños, por la parte de fuera de la alfombra, para sentir la seguridad del contacto. Y al fin del primer tramo, casi en el rellano, se detuvo, porque había oído el rumor de que algo se perdía, que huía cristalinamente; eran golpecillos secos y rotundos, saltarines, sobre el mármol de los peldaños. Se volvió, apenas, y vio como iban saltando por los peldaños, hasta ganar el suelo, las perlas del collar... Sintió en su espalda el gran escalofrío.

Siguió adelante. A mitad, había recogido con la suya la mano de Mariona, la pequeña mano blanca, completamente fría, y la apretaba con tesón. Ahora había que pasar por delante de la sala de fumar, y contempló a lo lejos, sentado en el mismo lugar, a Pepe Dolz, recostado como si viviera. Cerró un instante los ojos, porque sentía la descarga recorrer todas sus articulaciones y empezaba a temblar. Finalmente, consiguió penetrar en el palco. Dejó a Mariona allí, tendida, en el suelo, abrigada con su capa de terciopelo azul, que había permanecido colgada en el palco. Después, él se retiró.

Bajó las escaleras, solo ya, ebrio. Salió a la calle, sin atender a la muchedumbre, que le miraba pasar, con los ojos muy abiertos, horrorizados. Penetró en la noche de la ciudad, en aquella noche trágica. Fue caminando por la Rambla hacia arriba y se adentró en la primera bocacalle. Instintivamente, como una bestia herida, se encaminó a la calle de la Paja. Subiría las escaleras del antiguo pisito como si los años hubieran vuelto atrás, y toda su vida, la boda, el hijo, la muerte, no hubieran sido más que un sueño, y se despertara reclinado en el regazo de su madre. Al entrar en la calle sintió el vaho intenso de la herboristería, de hierbaluisa, de tilo, de espliego, de tomillo, tan familiar, tan dulce. Al hallarse ante la casa de su madre, se detuvo apenas un instante. No acertaba a entrar; no acertaba a recordar a su madre; le era imposible subir y decir: ahora vengo, madre, porque mi mujer ha muerto abrazada a otro.

Sintió tocar unas campanas, las de Santa María del Mar. Siguió caminando, siguió avanzando en la noche trágica, teñida de sangre, transida por gritos de muerte. Bordeó la basílica; caminó más lejos aún, como un sonámbulo; llegó lejos, todo era

lejano; aquí no existía ya la luz de los faroles; solo una lejana lucecita, a la que llegó rendido. El contacto de la llave era como el de una mano amiga. Penetró en la fábrica, y allí mismo, sobre la palanca fría de una máquina, sobre el rodillo fiel, tendió sus manos y su frente, hundió su pensamiento fantasmal. Rezó lo primero que le vino a la boca: una oración que renacía traída por la locura a través de los años, arrastrada a la fuerza desde su conciencia de niño: *Altísimo Dios... Verdad infalible...*

FIN



IGNACIO AGUSTÍ PEYPOCH (Llicà de Vall, 1913 - Barcelona, 1974) fue un novelista, periodista y poeta español en lenguas castellana y catalana. Realizó sus estudios secundarios en la Escuela de los jesuitas, y se licenció en Derecho por la Universidad de Barcelona. Su trabajo novelístico fue de carácter realista y centrado esencialmente en la burguesía catalana. Se inició en la literatura escribiendo exclusivamente en catalán, inicios en los que ya cultivó los más diversos géneros, como: la poesía en *El veler* (El velero, 1932), el teatro en *L'esfondrada* (*El hundimiento*, 1934), y la prosa en *Benaventurats els lladres* (*Bienaventurados los ladrones*, 1935).

Después de la guerra civil, inició una nueva etapa en la que sólo empleó el castellano como idioma literario y con él cosechó su mayor reconocimiento como escritor. De esta época cabe destacar la novela de carácter poemático *Los surcos* (1942) y la publicación de un ciclo novelístico titulado *La ceniza fue árbol*, donde se describía a la burguesía barcelonesa desde el siglo XIX hasta la gran crisis de la sociedad catalana durante la época de la industrialización.

Este ciclo, considerado su obra literaria más importante, se compone de las novelas *Mariona Rebull* (1943), *El viudo Rius* (1944), *Desiderio* (1957), *19 de Julio* (1965) y *Guerra civil* (1972), además de *Joaquín Rius y su nieto*, novela que nunca se llegó a publicar.

Fue director de la revista *Destino* entre los años 1944 y 1958, y desde 1962, de la revista *El español*. Su labor se vio galardonada con la concesión de los premios

literarios Mariano de Cavia (1955) y Miguel de Cervantes (1965). Póstumamente aparecieron sus memorias, que había dejado preparadas bajo el título *Ganas de hablar* (1974).

Notas

[1] Porche a la intemperie, junto a las eras, donde se almacenan las gavillas y la paja y se deja dormir a los mendigos de paso. <<